



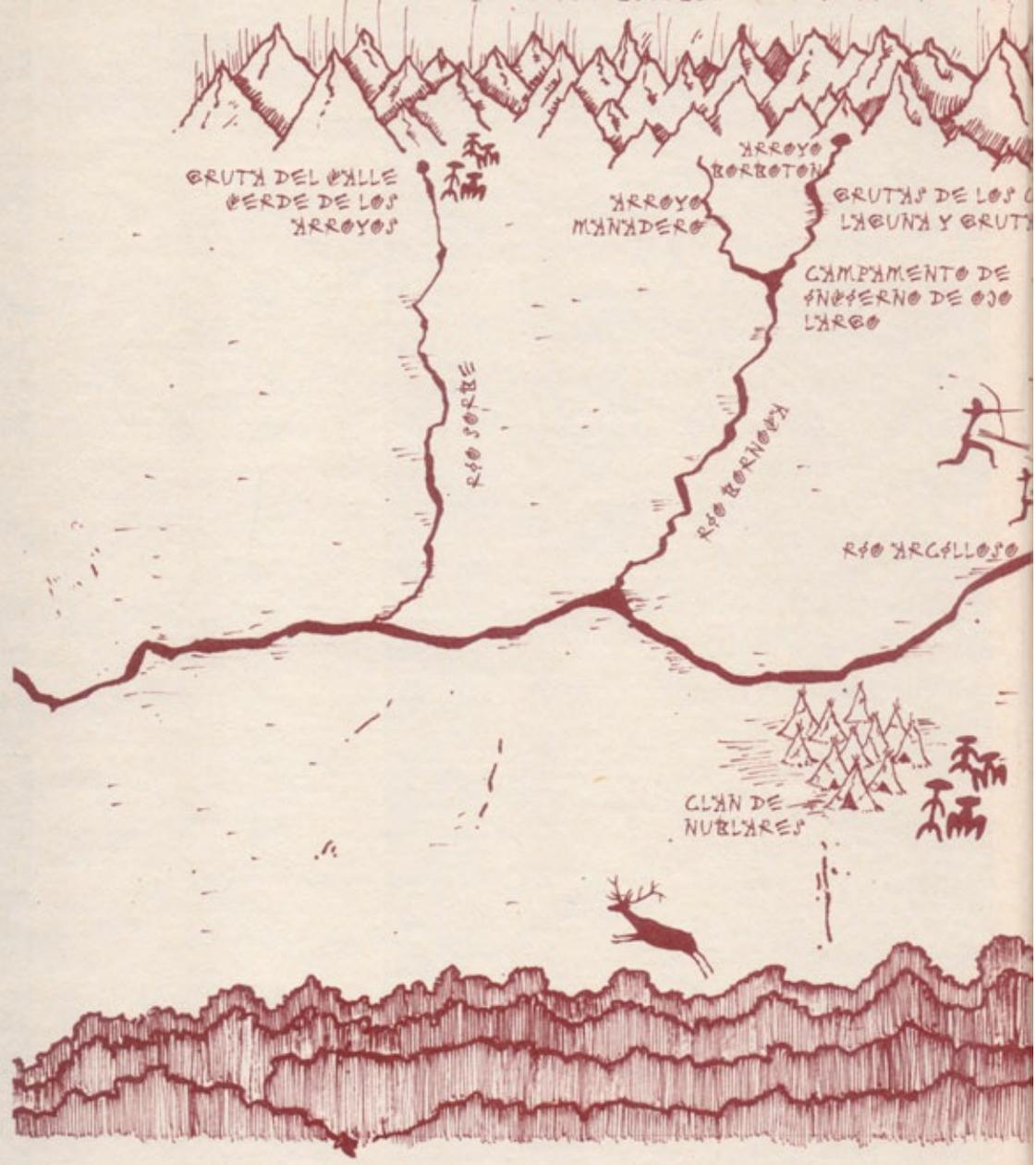
Nublaires

Saga Prehistórica I

ANTONIO PÉREZ HENARES



MONTAÑAS DEL NORTE



se

A mi perro Lord

Deseo expresar dos agradecimientos. A María, mi mujer, por su ayuda y apoyo y por los datos sobre plantas y hierbas medicinales y a Emma, quien logró interpretar mi caligrafía y volcar mis palabras al útil disquette informático.

I

EL CLAN DE LA CUEVA

El sol le estaba naciendo enfrente. Y él se erguía sobre el cortado del roquedo dando cara al amanecer. Había presentido el alba en el empaldecimiento de las estrellas y confirmado la llegada de la claridad al ver contornearse las siluetas de los montes allá por donde moraban otros clanes de su tribu: el de las Peñas Rodadas de donde llegó un día su padre y, todavía más hacia naciente, el del Cañón del Río Dulce donde vivía la Garza.

El astro se alzó al fin entre neblinas naranjas, hiriendo sin ira las pupilas, acariciando, con la extraña dulzura de esa luz primera, el ojo y la mejilla derecha del hombre que atalayaba el horizonte. Sabía que aún tardaría en divisar la lejana cordillera del norte, azul oscura en la distancia, pero ya veía a sus pies, desde la altura, la serpiente de chopos, aneas y carrizos que delataba el sinuoso transcurrir del río Arcilloso. Su río.

Ojo Largo escudriñó con detenimiento las orillas al acecho de cualquier movimiento que delatase a algún animal. Durante las últimas horas había sentido el furtivo acercamiento al cauce de algunos herbívoros y observado el temblor en la plata de la corriente cuando abrevaron. Y, entre dos luces, presintió al gran jabalí que hizo rechascar la vegetación ribereña a su paso. Lo sintió llegar. No lo oyó irse.

El hombre se adelantó unos pasos y dejó a su espalda el grueso talud de tierra coronado por rocas amontonadas que servía de protección al poblado. Tras aquella defensa y al amparo de su vigilancia dormía su clan, aunque la mayor seguridad para todos la proporcionaba el propio enclave. La rudimentaria muralla se acoplaba a los contornos de una reducida meseta que se despeñaba por sus costados, al este y al oeste, en profundos barrancos: dos cárcavas excavadas por las aguas torrenciales y abiertas como heridas en una tierra calcárea donde ya los rayos del sol le sacaban brillos a los cristales de

alabastro. Más abrupta aún era la caída hacia el norte, primero en vertical y roca viva y luego por una pelada y empinadísima ladera apenas dulcificada por los tomillos y algunos matojos de hierba. Era hacia el sur donde, aunque también amparada por otro corte del terreno, era más necesaria la fortificación, y más altos y masivos habían sido los amontonamientos de rocas que coronaban las cuatro esquinas.

El joven guerrero se dirigió hacia un hacinamiento de leña que tenía al lado, cogió un buen brazado y lo arrojó a las mortecinas llamas del fuego que mantenía al resguardo del viento en una hoya rodeada de gruesas piedras ya ennegrecidas. Cuando las llamas revivieron y su ardor creció, Ojo Largo se abrió su grueso manto de pieles para sentir mejor su abrazo. Aquel fuego era su fuego. Era el fuego del clan de Nublares. El ojo luminoso que tantas veces había contemplado desde la lejanía, desde la ondulada estepa que se extendía más allá del río hasta el circo de las lejanas montañas. Cuántas veces en la noche, en el pequeño campamento de caza, había buscado a través de la tiniebla su resplandor y qué íntima alegría le había subido por el pecho al descubrirlo.

Ahora amanecía. Oyó algún ruido en el interior del poblado y giró descuidadamente la cabeza. Pero prestó más atención a un animal de blanco pelaje, con tan sólo algunos manchones de color oscuro en orejas, cara y un costado, que había permanecido enroscado no lejos de la hoguera aprovechando una pequeña depresión del terreno para resguardarse, y que ahora se levantaba para ir junto a su amo. Era *Nariz*, su perro.

Ojo Largo era el único del clan de Nublares que poseía uno. Era más frecuentes en los otros clanes, en especial en el de las Peñas Rodadas, que también tenía algunos otros animales. Pero los del clan de Nublares se aferraban a la costumbre y no amansaban animales. Ellos los cazaban y se los comían. Se habían comido de hecho a todos los hermanos de *Nariz* cuando dieron al otro lado de la cárcava y al inicio de una expedición de caza con una lobera llena de cachorros. Ojo Largo, todavía un niño, se deslizó dentro y fue sacando a los lobeznos y alcanzándolos a los cazadores. Éstos los iban matando uno a uno, estrellándolos con violencia contra el suelo rocoso. Con el último, que se había refugiado en lo más hondo del cubil, cogido del cuello salió el muchacho a la luz del día y miró sorprendido el extraño pelaje blanco

con manchas del animal. Era un lobo muy raro. El niño observó al cachorrete que le devolvió una mirada cargada de miedo y preguntó al jefe:

—Los he sacado a todos. ¿Éste será para mí?

—Has cogido para todos. Ése lo puedes llevar al fuego de tu madre.

Pero Ojo Largo hizo entonces una de aquellas cosas que preludiaban comportamientos venideros y que aún llenaba de estupor a los de su clan, aunque hubieran visto extraños lobos de raros pelajes amansados por los del clan de las Peñas Rodadas.

—No lo mataré. Si el jefe me lo da, yo lo alimentaré con mi comida y luego él cazaré para mí.

Se rieron. Seguro que el lobo se moriría o se escaparía al monte.

Pero aunque a punto estuvo de que sucediera cualquiera de ambas cosas, sobre todo la primera, el lobete sobrevivió y no huyó. Ahora *Nariz* no perdía un paso de Ojo Largo, lo precedía en sus exploraciones y era el mejor compañero en la caza. Ahora otros habían intentado conseguir perros, pero se les murieron porque habían sido capturados muy pequeños y aún no masticaban carne o, uno que logró arrear a base de caldos, desapareció el primer día que le soltaron la cuerda que lo ataba.

Ojo Largo está orgulloso de *Nariz*. Había conseguido incluso cierta preminencia entre los jóvenes por su causa, y más después de que a algunos les había prometido cachorros, pues en su anterior visita al clan de Peñas Rodadas, *Nariz* se había apareado con una perra loba.

El amo de la hembra le había prometido dos cachorros cuando se destetaran y además le había resuelto el enigma del pelaje de su animal. *Nariz* seguramente no era hijo de dos lobos salvajes, sino que uno de sus padres debía de ser un animal huido de los hombres en la época de celo.

—Las hembras, cuando están altas, se escapan. Alguna ha vuelto incluso con sus cachorros después de parir por los montes. Los machos no suelen volver. Casi todos mueren combatiendo con sus rivales salvajes. *Nariz* debe de ser hijo de una cimarrona y un lobo.

Ojo Largo se agachó junto al animal que vino con un trote leve y alegre hacia él y le palmeó el costado. Los dos prestaron entonces más atención a los ruidos que venían del poblado.

—Ya ha despertado el sol, *Nariz*. Ahora despierta también el clan.

Era otra de las rarezas del joven guerrero. Hablaba mucho. La gente de Nublares hablaba poco, y él le hablaba hasta a su perro.

El recinto amurallado cobijaba en su interior seis fuegos, seis familias dirigidas por un cazador, que habitaban las cabañas del campamento estable. Cada uno de los habitáculos se había construido excavando profundamente en el suelo hasta más de la altura de un hombre. Las paredes se entablillaban con maderos, sobre los que se colocaba la techumbre, también de madera y a ras de suelo, para que las masas de nieve no se acumularan contra ella. Lo ideal era cubrir luego el maderamen con pieles de mamut, las mejores para tal menester, pero ya no había apenas mamutes y sólo estaba cubierta con ellos la primera construcción, la del jefe Paso de Lobo, que vivía con sus hembras Mimbrera y la joven Cielo en los Ojos y con los hijos de ambas, la muchacha Corzo, hija de Mimbrera y que aún no estaba apareada, y dos niños machos, muy pequeños, uno de cada mujer.

Para entrar en la cabaña de Paso de Lobo, al igual que en las otras, era necesario descender por un corredor techado inclinado hacia abajo, al final del cual y tras cruzar una abertura cubierta de pieles se llegaba a la habitación grande del recinto donde ardía un fuego. Otro acceso similar llevaba desde este espacio a un segundo cubículo provisto también de lumbre y adyacente a un tercero ya desprovisto de llama. En el primero se cocinaba, se comía y se trabajaban las pieles cuando era penoso estar al aire libre. En el segundo se dormía y en el tercero se almacenaban provisiones y utensilios.

Similares al de Paso de Lobo eran los otros recintos subterráneos del clan. Protegían muy bien del frío y eran frescos en verano. Junto al del jefe, el primero al norte y a naciente, se encontraba pegado al murallón de poniente el de Piel de Jabalí, un fuerte cazador emparejado con Avutarda, que proveía para el viejo Costilla Grande, la joven Perdiz y un niño y una niña. El primero ya crecido y la segunda de pecho.

La segunda línea la ocupaban, tras el jefe, Huesos, el chamán, con las viejas Grajas, madre y tía de su anterior hembra, la Grajilla, muerta; una hija de ésta, Cigüeña, y la nueva hembra del brujo, Mirlo, la curandera. A su lado estaba el fuego de Sombrío, un silencioso guerrero y el mejor tallador de sílex y pulidor de hueso de la tribu. Con él vivían Vuelvepiedras, su hembra, y Escarcha, su hija.

La tercera línea estaba ocupada por el hogar de una mujer sin cazador, la Velluda, hembra del anterior jefe; la hija de ambos, Nutria, y otra hija del cazador muerto y de su segunda hembra que desapareció con él: Oropéndola. Sus vecinos inmediatos eran el cazador Voz de Ciervo, el que hacía brotar con sus pinceles animales en la roca y en las astas de los gamos, emparejado con Luna entre Nubes, y sus hijas, la joven Agachadiza y dos niñas mellizas.

Por último, pegadas al paredón del sur había dos construcciones más, aunque algo diferentes de las anteriores. Los cubículos eran más grandes, pero sólo tenían una gran habitación. Era la Cabaña de Mujeres, donde éstas se recluían para no contaminar el clan cuando les llegaba la menstruación, y la Cabaña de las Pielas, almacén y lugar de trabajo y curtido comunal.

Los ruidos eran cada vez más numerosos en el interior de la muralla.

«Jóvenes mujeres desperezándose», pensó Ojo Largo, a quien se le representó nítida la hermosa y larga cabellera negra, el andar sinuoso y las formas redondas y mórbidas de los pechos y caderas de Mirlo, la hembra joven de ojos como la noche que cohabitaba desde no hacía mucho con el brujo. A Ojo Largo no le gustaba el chamán y miraba con deseo a Mirlo. Y ella, pensaba, también le miraba a veces a él.

Se quitó el casquete de piel vuelta con el que se había protegido la cabeza y se pasó los dedos por entre el cabello castaño claro y por la barba. Luego hizo un gesto como para ahuyentar las imágenes que le rondaban, se colocó de nuevo el gorro y se adelantó hasta el borde del cortado. Hacia abajo y a la altura de tres hombres había una repisa, una plataforma a modo de balcón sobre la empinadísima ladera. En la plataforma había restos de actividad humana: multitud de esquirlas de sílex y una hoguera apagada. Y aunque no veía su entrada, Ojo Largo sabía que allí estaba la cueva donde vivían los jóvenes machos como él, todavía no apareados pero que habían pasado su primera iniciación. Ya habían abandonado los fuegos familiares y participaban en algunas expediciones de caza.

Lanzó un grito y no tardó en brotar de la presentida boca de la gruta otro joven cazador, que miró hacia arriba.

Era la hora del relevo.

El segundo hombre trepó con agilidad por unos escalones esculpidos en la roca y remontó con un bufido al lado de Ojo Largo. Se sacudió con un

estremecimiento el relente de la amanecida. Cogió las dos lanzas que había traído sujetas a la espalda en la escalada junto con un carcaj lleno de flechas y un arco. Dejó una lanza en el suelo y empuñó la otra.

—El gran jabalí ha vuelto al bebedero —le dijo el vigía hasta el amanecer.

Su sustituto no contestó. Era un ejemplar tremendamente fuerte, más bajo que el anterior pero de espaldas y torso impresionantes y brazos increíblemente musculados. Sin embargo, sus piernas, muy robustas, eran más cortas y arqueadas que las de Ojo Largo que, aunque no carecía en absoluto de una recia musculatura, tenía un aspecto mucho más esbelto.

—Un día lo cazaré, Cara Ancha —le aseguró al que no había abierto la boca y a quien su nombre le venía dado por la cuadrada mandíbula, los pronunciadísimos arcos supraorbitales y la frente más achatada y hundida hacia atrás que la de su compañero. Era además bastante más peludo que éste, que no era precisamente lampiño, y en general de expresión más roqueña y tosca, aunque la impresión cambiaba al fijarse en sus grandes ojos marrones, del color de las avellanas, de mirar reposado y tranquilo.

—Lo cazarás, Ojo Largo. Ya lo cazarás. Baja a la cueva. Yo vigilo.

Y dicho esto, se dirigió al lugar que el otro abandonaba, removiéndolo el fuego, añadió algunas aliagas para reanimarlo aún más y luego arrojó un grueso tronco sobre la leña que había echado Ojo Largo.

Éste ya bajaba por los peldaños de la roca, aferrándose a ellos con pies y manos, con sus armas a la espalda, hasta la repisa frente a la entrada de la cueva, que era una impresionante hendidura de dos lanzas de altura. Los hombres habían trabajado penosamente la apertura natural, haciéndola más cómoda de acceso, pero al mismo tiempo protegiéndola con unas enormes rocas que formaban una barbacana que también hacía de eficaz cortavientos.

La plataforma de la entrada, a la que llegó casi al mismo tiempo que *Nariz*, el cual había bajado corriendo por la cárcava y trepado luego por la ladera, tenía un sinnúmero de muestras de la principal actividad que se desarrollaba en ella. El suelo estaba sembrado de esquirlas de sílex, virutas de huesos, astillas de madera y ástiles de flecha. Era el lugar de talla de Sombrío, quien solía pasar allí largos ratos dando aquellos golpes precisos con el cincel de hueso que eran la envidia de todos. Porque todos sabían

tallar, aunque Sombrío fuera el maestro. En una situación de emergencia saber fabricarse un hacha, un cuchillo, una punta de lanza o de flecha y saber engastar ésta en una recta vara de cornejo y emplumarla en su parte posterior era lo que separaba la vida de la muerte.

Pero aunque utilizada por todos, sobre todo por los jóvenes de la cueva, la plataforma era el lugar de Sombrío. Éste, con su experimentada habilidad, era quien desperdiciaba menos nódulos de sílex y entregaba ya a medio fabricar los utensilios para que luego cada uno rematara las faenas y los montara a su manera. Los suyos, eso sí, siempre tenían mejores acabados, filos más cortantes, engastes más precisos, y sus flechas eran codiciadas por todos. La fabricación de armas y útiles parecía ser lo único que producía disfrute al silencioso cazador, que se pasaba interminables espacios de tiempo completamente ensimismado en su trabajo sin pronunciar palabra alguna. Ojo Largo solía acompañarle en ocasiones procurando no molestarle con preguntas y admirando la precisión de su labor. Algo había aprendido, pero lo mejor que había sacado de aquellos ratos en la puerta de la cueva era el venablo y la lanzadera que Sombrío le había enseñado a construir, aunque quizá fuera más exacto decir que había fabricado casi por entero el maestro tallador. Ahora constituía el gran orgullo de Ojo Largo, que lograba con ella un alcance y precisión impropia para su edad y fortaleza.

El joven vigía penetró en la gruta. Tras la repisa había un breve corredor que se abría luego a una amplia rotonda con una gran losa de piedra desprendida del techo en cuyo centro ardía el fuego. En torno a ella, pegados a las paredes y al resguardo de las corrientes de aire, se distinguían confusamente en la penumbra los bultos de algunas figuras dormidas entre pieles. Eran los jóvenes sin hembra y sin fuego propio.

Ojo Largo dejó cuidadosamente apoyadas las lanzas, pero no se desprendió del arco. Lo que sí hizo fue dejar la gruesa pelliza de piel de bisonte que le había protegido por la noche y coger una especie de sobrepelliz hecho a base de juncos y aneas entretejidas que se introdujo por la cabeza y que le vendría mejor para lo que iba a hacer en las márgenes del río, donde tanto el rocío de la hierba como la propia agua de la corriente podían mojarle la pelliza de piel tan difícil luego de secar. Porque se iba a pescar. Mejor dicho a recolectar lo que sus anzuelos de hueso sujetos a crines de caballo

entrelazadas y atados a las aneas de las orillas habían pescado por él.

Estaba recogiendo de una pequeña repisa en la pared sobre su lecho algunos anzuelos y crines de repuesto para sustituir los que pudieran haberse perdido o deteriorado, cuando los otros habitantes de la gruta comenzaron a incorporarse. Cada uno tenía en la cueva su espacio vital que los otros respetaban y donde guardaba la práctica totalidad de sus pertenencias personales. Arcos, carcajes con flechas, lanzas, arpones, lanzaderas, hondas estaban apoyadas o colgadas de escarpías de hueso clavadas en la pared. En las muchas hornacinas horadadas en la roca había puntas de flecha, cuchillos, raspadores, punzones, buriles, peines, escudillas, cucharas y todo tipo de pequeños útiles hechos de piedra, hueso, asta o madera. Se podía ver también algún adorno de conchas, cuentas de piedras de color e incluso algún collar de colmillos o garras, aunque lo normal era que si un joven era poseedor de alguno de estos preciados trofeos lo llevara siempre encima.

Los dos espacios vacíos, los de Cara Ancha y el suyo, eran los primeros a los lados del corredor. Ambos eran hijos del mismo padre, el jefe muerto, pero mientras que Cara Ancha había nacido de la Velluda, Ojo Largo lo había hecho de otra hembra, Arroyo Claro. Junto a él ocupaban el poniente Viento en la Hierba, hijo de Voz de Ciervo, y Colmillo de Lince, que había bajado hacía muy poco del fuego de Sombrío. Al fondo, pegados a un nuevo corredor, se acomodaban dos huérfanos, los Dos que Caminan Juntos, los hermanos Bisonte y Caballo. Al otro lado del corredor que se adentraba en las entrañas de la cueva y de otra entrada a las profundidades cuidadosamente tapada con una piel que se abría tras un espacio vacío de lechos se acomodaba el Raboso, el más viejo de los muchachos, hijo de Vuelvepiedras, la actual hembra de Sombrío, y de un cazador desaparecido, Pantera en la Noche. El Raboso tenía ya edad de haber formado su propio fuego y de tener cabaña en el campamento de arriba, pero aún no había podido hacerlo. Por último, completando el círculo hacia naciente y enlazando con Cara Ancha, estaban las pieles de el Oso, un jovencísimo pero fuerte muchacho hijo de Piel de Jabalí y Avutarda.

Viento en la Hierba, su amigo y vecino de lecho, era el primero que se estaba incorporando, aunque Ojo Largo sabía que el Raboso llevaba observándolo desde el fondo de la cueva desde que había entrado. Pero el

Raboso esperaba a que se movieran todos para hacerlo él.

Viento en la Hierba se acercó al pescador.

—Bajaré contigo. Espera.

Recogió un arco y unas flechas. Cuando por fin salieron y comenzaron el descenso, los Dos que Caminan Juntos estaban alimentando el fuego en la losa de piedra y Sombrío bajaba por la escalinata a su lugar de talla. Salía desperezándose a la plataforma el Oso y ya no tardaría en asomar su afilada cara de barba rala el Raboso.

Descendieron con precaución y en zigzag por la ladera llena de escarcha. El meandro del río casi lamía el borde de la cuesta. Bebieron en una corrientilla e iniciaron su marcha aguas arriba. Caminaron en silencio un buen trecho hasta llegar a una zona donde el río llevaba más velocidad, se permitía algún rápido entre piedras someras y en algún recodo formaba un remolino con su poza y su rebalsa. En la cabecera de una de éstas buscaron la primera «cuerda» de la línea de cebos.

—Ésta es la última aguas arriba. Está atada a la raíz del árbol. Aguas abajo, hacia la cueva, tengo puestos cinco manos de anzuelos.

Las señales para localizar los señuelos eran varias. A veces unos carrizos tronchados. Otras veces una rama quebrada sobre la corriente o una muesca hecha en la corteza del arbolillo o en el arbusto al que se sujetaba la trampa.

La «cuerda» estaba hecha de finas fibras vegetales entrelazadas. A ella se habían anudado varias crines de caballo, en cada una de las cuales se engarzaba un anzuelo de hueso finamente pulido en el que se ensartaba el cebo, una lombriz o un gusano, y, en épocas de calor, un saltamontes o un grillo. Para fijarlo al fondo, se lastraba todo con una piedra.

Ojo Largo era un apasionado de la pesca. Pocos sabían como él dónde tender la trampa, cómo disimularla y cómo elegir el cebo adecuado, y aún menos eran los que sabían cómo conseguir que los empalmes del complejo aparejo fueran a la vez finos y resistentes.

Su habilidad, lejos de proporcionarle elogios, le acarreaba críticas al considerarla una ocupación menor para un aspirante a cazador-guerrero como él. No le importaba. No escuchaba las palabras despectivas de los otros jóvenes. Ojo Largo amaba el río. Algo en la corriente lograba ensimismarlo. La contemplación callada de las aguas fluyendo era lo único que apaciguaba

sus ansias y el latir a veces tan tumultuoso de su sangre. Su rumor era en muchas ocasiones el único consuelo cuando le invadían aquellas extrañas tristezas que nadie, excepto Viento, parecía comprender, o aquellas oleadas de cólera que ni siquiera Viento entendía.

Así, había atardeceres, sobre todo en el verano, en que buscaba aquel momento tan sereno del río y, absorto en él, fijos los ojos en los últimos reflejos de la luz sobre las aguas y acunado por su rumor, lo sorprendía la oscuridad. Pero no todo era inmovilidad en el joven, su aguda vista y sus sentidos alertas captaban todo aquello que vivía a su alrededor. Y eran muchos los seres que iban y venían, se posaban, llegaban o partían, que también le observaban a él. De todo aquello se empapaba su memoria y le aportaba a veces conocimientos sobre los animales que sorprendían a los más avezados de los cazadores.

—Ojo Largo ve más cuando se queda junto al río que cuando los jóvenes de la cueva se van haciendo ruido por el bosque. Los animales vienen hacia Ojo Largo. A vosotros son ellos los que os sienten acercaros y huyen. Son ellos los que tienen los ojos fijos en vosotros mientras que vosotros estáis ciegos para ellos. Son ellos los que no se mueven y vosotros los que no veis —solía burlarse de su amigo Viento en la Hierba.

Sin embargo, él sabía lo esquivo y ágil de sus presas. Tanto de los herbívoros como de los pequeños carnívoros a los que codiciaba por su piel. Peor eran las silenciosas aproximaciones de los grandes carnívoros, porque entonces la presa era él mismo.

Pero ahora se trataba de peces. Y también eran escurridizos los peces. Los pequeños, cachuelos y bogas, difícilmente se prendían y se comían además el cebo. Para ellos era mejor utilizar algunas nasas hechas con juncos de estrecha abertura en forma de embudo que luego les impedía escapar y que servían tanto para ellos como para los cangrejos. En los anzuelos caían sobre todo barbos y algunas, aunque bastantes menos, truchas. Pero luego sucedía que las grandes piezas, las que pasaban del grosor de su muñeca y la longitud de antebrazo, era fácil que rompieran el aparejo y huyeran.

Eso es lo que había sucedido de nuevo aquella mañana en una poza.

—La trucha grande ha picado, pero otra vez ha partido la crin por la junta. Es muy fuerte.

Reconstruyó el aparejo con la línea que le pareció más robusta. Ensartó la mejor lombriz y lo depositó todo con sumo cuidado al borde de una solapa de hierbas para que el agua lo metiera a su sombra.

—La cogeré —dijo con determinación a Viento en la Hierba—. Si no cae, esperaré a la próxima estación seca y la arponearé en las aguas someras. Pero la cogeré.

—Pero, Ojo Largo, la estación seca acaba de terminar.

—Ella seguirá aquí en la próxima y entonces se pondrá al alcance de mi arpón.

La cosecha de peces no fue, con todo, mala. Cuatro barbos, uno de buen tamaño, y una trucha mediana pendían por las agallas de un junco. Además habían cogido una cría de polla de agua que se había tragado un cebo.

—Las cercetas también caen a veces, pero los grandes patos azulones rompen siempre el aparejo —explicó Ojo Largo.

Pero lo mejor de la recolecta eran las cerca de veinte manos de cangrejos y algunos pececillos que se habían quedado encerrados en los grandes cestos de juncos y mimbres, alargados y de ancho culo, cuya estrecha entrada adquiría en el interior una precisa forma que impedía la salida. El pescador los había cebado con entrañas de animales medio podridas y lastrado con grandes piedras en las zonas donde el agua se estancaba y las orillas se cubrían de atolas y carrizales.

La orilla barrosa era también el lugar donde los animales dejaban sus huellas. Ninguna de ellas, fuera de ave o mamífero, pasaba desapercibida a los ojos de los jóvenes, en especial del más alto.

—Aquí pescó la garza. Aquí bebió el zorro. Aquí llegaron ciervas y gabatas. Vino un lobo. Ésta es de gato. Y ésta de una nutria y los restos de una trucha que se comió, y aquéllos sus excrementos. Hace dos lunas vi la huella de la pantera, pero debía andar de paso, pues no he vuelto a ver sus garras marcadas, ni rastro de alguna de sus presas. Fue más aguas arriba, pero será bueno estar alerta por si regresa. También he visto huellas de hienas más cerca de nuestros senderos que bajan de la cueva. Deberíamos matar a las hienas antes de que llegue el frío.

Pero el mayor interés de Ojo Largo estaba en el lugar donde bajaba el gran jabalí. El río había dejado fuera de su cauce unas charcas cenagosas

envueltas por una espesura de carrizos. El animal, bien se veía por el sobado carril, entraba allí a revolcarse en el légamo, oculto a todas las miradas y protegido de visitas no deseadas por la espesa y quebradiza vegetación que hacía imposible cualquier aproximación furtiva.

El joven cazador entró por la misma vereda que utilizaba el animal. Comprobó su presencia la noche anterior porque las ramitas clavadas por él mismo en el suelo el día de antes habían sufrido los revolcones y desaparecido enterradas o asomaban aquí y allá cubiertas de fango.

La huella del jabalí se marcaba profundamente en los blandos bordes de la charca. La gran pezuña se hundía en el barro, los cascabeles por delante, y se abría por detrás dando cuenta de la corpulencia y el peso de quien la dejaba. Su tamaño era también patente por los restregones que tras el baño de barro se daba contra el tronco del árbol que sombreaba la charca y donde dejaba la marca de fango seco a mucha altura. Hasta la cadera del cazador.

No pasó tampoco desapercibida otra marca que aún más arriba había dejado el jabalí sobre la corteza del árbol. Unos feroces colmillazos habían hecho saltar la cubierta leñosa.

—Se ha afilado sus cuchillas —musitó.

Pero algo inquietaba a Ojo Largo. Las pisadas no eran parejas. Algunas parecían más pequeñas. La pezuña no abría. Eran de un animal menor que también venía al revolcadero. Observó una vez más el entorno y entonces su vista se quedó fija en la horquilla de un viejo álamo medio seco, uno de cuyos gruesos brazos se cernía justo encima de la propia charca. Aquél podía ser el lugar de acecho, pero debía buscar una forma de acceder allí sin tener que pisar el carril, ni dejar su olor en el borde del barrizal. Salió y rodeó el lugar. Al fin vio una solución. Una gran rama rota del mismo álamo. Podía colocarla desde el exterior, por encima de los carrizos hasta alcanzar el árbol. Por allí podría subir.

—Ayúdame, Viento.

Consiguieron izar la gruesa y medio carcomida rama y Ojo Largo trepó con cuidado. Pronto estuvo sobre el grueso tronco.

—Está hueco. Cabe un hombre. Pero ahí me olería. Debo estar encima y caer sobre él después de alancearlo desde lo alto.

Bajó y se reunió con Viento en la Hierba procurando pisar sobre sus

propias huellas y dejar el mínimo rastro.

—Lo acecharé desde ahí. Pero hay que dejar pasar al menos media luna, porque el gran jabalí venteará que hemos estado aquí y tardará en regresar.

Volvían al campamento. El sol había ascendido y ahora toda la cuesta de la cueva recibía algunos de sus rayos. La gruta y el laderón, flanqueados por los montes escalonados, eran durante casi todo el día, y más ahora que ya acortaban tanto los días, de umbría. En verano era una zona fresca y agradable, pero en lo más crudo de la estación fría la escarcha era permanente y los yerbunos permanecían de continuo blanquecinos y rígidos. Ahora pasados los calores y con las lluvias habían reverdecido algunas olorosas matas de tomillo y unas pocas más de espliego que aún conservaban, aunque secas, las olorosas y moradas puntas de sus flores.

Viento en la Hierba miró hacia el horizonte de los cielos. Hacia el oeste estaba más oscurecido y se presentían las nubes acercándose.

Por el sendero de la cárcava bajaban las mujeres con los odres, conseguidos de los estómagos de los grandes herbívoros para llenarlos de agua en el río. La última del grupo era Mirlo. Se había detenido a recolectar algunas ramas de salvia, romero, tomillo, ajedrea y espliego, que eran muy abundantes y que guardaba en una bolsa colgada en su costado. La penetrante vista de Ojo Largo la vio desmenuzar las corolas de una mata de espliego, frotarlas entre las palmas de sus manos y luego llevárselas a la cara para aspirar su perfume.

El joven fijó sus pupilas verdosas en sus formas aún jóvenes y generosas, en su pelo tan negro como ala de corneja y, cuando se aproximó, en sus labios carnosos y húmedos. Al pasar junto a ella cruzó su mirada con la suya y del pozo negro de los ojos de la mujer llegó alguna respuesta que le hizo estremecerse.

Siguió, con Viento en la Hierba a su lado y con su perro trotando delante, cuesta arriba, en silencio. Pero de pronto se paró, contempló de nuevo a Mirlo y le dijo a su amigo:

—Algún día, Viento, la poseeré. Una noche mataré al gran jabalí y una noche también poseeré a esa mujer.

—No es tuya, Ojo Largo.

—Eso lo dirán mi fuerza y ella. No lo dirá ese brujo mentiroso que la

babea.

Desde la orilla del río Mirlo también miraba a los dos jóvenes detenidos a mitad de la cuesta y vueltos hacia ella.

Y por encima de todos, llegando ya desde el oeste, asomándose sobre los achatados picos a la espalda del poblado, venían los grandes nubarrones, inmensas alas cargadas de lluvia que se cernían sobre las laderas de la cueva nublando el espacio, nublando los campos, nublando también la mirada del joven cazador del clan de Nublares.

II

LA CAZA DEL GRAN JABALÍ

Llegó la noche en que la luna estuvo otra vez llena. Hasta entonces Ojo Largo no se había acercado a las sendas del jabalí. No hay lugar para la ansiedad en los pulsos del cazador aunque ésta anide en su corazón, le había dicho muchas veces su padre, Halcón en la Llanura.

Los días eran aún largos e intensos, aunque los álamos, chopos y alisos de las riberas ya comenzaban a presentir el hielo y sus hojas a convertirse en llamaradas. Era tiempo de abundancia y de recolección. Las mujeres regresaban de sus excursiones alrededor del campamento, protegidas por algún cazador, con sus cestos de mimbre a rebosar de bayas y frutas. En los lazos caía toda una nueva generación de gazapos ya crecidos. Se acercaba la jornada de la gran cacería del ciervo. Pero aún había que esperar. Esperar hasta que los bramidos de los machos en celo hicieran retemblar los montes y su frenesí los volviera sordos y ciegos. Entonces sería el gran día de la matanza. Pero antes él, Ojo Largo, tenía que matar al gran jabalí solitario. Y tenía que matarlo solo. Quería su carne, quería sus colmillos. Quería su poder y su fuerza, y cuando se los arrebatara al gran macho, serían su talismán para poseer a Mirlo.

La noche anterior había sido de nuevo el vigía hasta el amanecer. La luna había subido inmensa en un cielo sin nubes, y una extraña claridad, que siempre le hacía estremecerse, había inundado la tierra. Ojo Largo sentía la luna en su piel y se dejaba bañar por ella. Entre todos los espíritus que los brujos enseñaban, él se sentía bien con los de la noche. No los temía como algunos de sus compañeros, y sobre todo aquel que navegaba por el cielo de las noches le provocaba una enorme fascinación.

En los meses de calor lo había visto brotar, desprenderse de la tierra y ascender hacia lo alto, para iniciar luego su camino entre las estrellas.

Asomaba detrás mismo de los montes por los que él sabía que habitan las gentes del clan del río de las Aguas Dulces, donde vivía la Garza. Debía cobijarse durante las horas del sol en alguna de las grutas que se abren en las enormes escarpaduras que flanquean el río y allí dormir protegida de los hombres y las bestias por los grandes buitres leonados que sobrevuelan el cañón y por los halcones que anidan en sus cortados. Pensaba Ojo Largo que los guerreros del clan del Río Dulce debían de conocer el lugar exacto. El día de la reunión de los tres clanes del río Arcilloso pensaba preguntarlo a uno que hubiera bebido muchos tazones de zumo de bayas fermentadas y de té de datura, y si lograba que le dijera el secreto, él treparía por las paredes de roca y llegaría a la cueva donde descansaba la luna durante la estación del calor. Porque luego debía marcharse a descansar más lejos, pues él la vería iniciar su viaje a mucha más distancia. Pensaba llevar a *Nariz*, porque su perro también solía quedarse como él mirando la luna y, a veces, le aullaba. Él no aullaba, pero sentía las mismas emociones que cuando se quedaba mirando fijamente las llamas o las brasas del fuego. Quizá tuvieran algo que ver. Los dos brillaban. Pero la luna no desprendía ningún calor. El fuego debía descender del sol. El sol podía llegar a ser ardiente como el fuego. Se lo había preguntado al brujo, pero éste sólo le contó una historia de que el sol y la luna eran enemigos y no le dijo nada sobre de quién era hijo el fuego. Y mucho menos le supo decir por qué el espíritu del fuego estaba en cosas tan frías como los pedernales o las ramas, y saltaba a golpearlas o frotarlas. El brujo contaba muchas cosas, muchas de ellas muy temibles, pero Ojo Largo llegó a la conclusión de que del parentesco del fuego con el sol o la luna no sabía nada. Claro que el brujo de Nublares era muy poco reconocido. Quizá el de las Peñas Rodadas supiera mucho más o quizá su propia abuela, la Torcaz, que era la gran matriarca de aquel clan y famosa entre todos por su sabiduría, le pudiera dar una explicación.

No dejaba de pensar en el asunto en una noche de vigía. Y una cosa le preocupaba: el sol salía más o menos del mismo sitio que la luna algunas veces. Si lograba descubrir dónde dormían, su abuela se sentiría orgullosa de él y el brujo tendría que callarse para siempre sus historias. Creía las cosas que Huesos relataba sobre todos los espíritus de la tierra y del cielo. Lo creían todos, claro. Pero él dudaba mucho de que el chamán supiese sentir el espíritu

del fuego. La mujer que lo había cuidado, la Velluda, sabía mirar mejor que el brujo el espíritu del fuego. Ella le había enseñado a contemplarlo en silencio y a hablar desde su mente con él desde que era niño y mientras lo cuidaba. Él lo amaba. El brujo solía bailar a su alrededor e invocarlo, pero él notaba en sus ojos que no lo amaba. Ojo Largo sentía su caricia en el corazón y que el espíritu del fuego lo miraba a él y lo quería. Como lo estaba amando ahora allí en lo alto, sobre la cueva, mientras sus llamas subían hacia la oscuridad, como si quisieran irse a juntar con la luna.

Pasó aquella noche pensando en sus dos espíritus. Serían buenos y protectores para él y lo ayudarían a matar al gran jabalí. Necesitaba que uno le diera su luz y que el otro diera a su lanza su misma hirviente mordedura para traspasar aquella dura piel.

Durante toda su vigilia nocturna y hasta pasada el alba estuvo atento a cualquier movimiento o rumor en los alrededores de la charca del carrizal, pero no vio ni sintió al jabalí. Sin embargo, descendió a la cueva con la firme voluntad de acecharlo la próxima noche, porque la luna pronto empezaría a menguar y su oportunidad habría pasado.

Durmió en sus pieles hasta que el sol estuvo alto. Fue Viento en la Hierba quien comprobó los lazos y losas para conejos y perdices. Viento sabía poner muy bien las losas, con el palito en inestable equilibrio sujetando la piedra, y dónde dejar los granos de trigo que crecía salvaje para que el pájaro al picotear acabara por hacer caer la trampa sobre él. Ojo Largo ponía mejor los lazos, así que se complementaban y solían colocar sus líneas juntos. Pero en estos menesteres nadie había en todo el clan con la habilidad del Raboso. Él sí que sabía atrapar como nadie a liebres, conejos, perdices, sisones y todo tipo de aves, sobre todo pájaros de pequeña y mediana talla, como estorninos, zorzales, mirlos, alondras, totovías, cogujadas, gorriones y, sobre todo, codornices, tórtolas y palomas. Unas veces utilizaba una resina pegajosa, otras una red tejida con fibras y, en ocasiones, preparaba mortales encerronas en los aguaderos.

Cuando Viento regresó a la cueva con algunas de sus capturas, las otras las había entregado al fuego de su madre y al de la Velluda, Ojo Largo estaba revisando sus armas y preparándose para la noche.

Llevaría dos lanzas. Una gruesa de punta de pedernal para asestar el golpe

sin soltarla de la mano y un venablo más ligero, de punta de hueso, que pudiera propulsar con su lanzadera. Decidió dejar arco y flechas. Le molestarían, y si bien valían para atravesar las pieles de ciervos, gamos, corzos y hasta caballos y bisontes si se acertaba a sus puntos sensibles, dudaba de que pudieran servir contra el endurecido y viejo cuero del jabalí. Cogió, eso sí, el mejor de sus cuchillos y el hacha más pesada y de filos más cortantes.

No se unió a la partida de caza de todo el clan, que compuesta por los cazadores del campamento y los jóvenes de la cueva iba a intentar aquella tarde matar caballos en los vados del río Arcilloso, aguas abajo.

—Anoche fui el vigía hasta el amanecer —se excusó ante Paso de Lobo—, y quiero cazar solo esta noche.

—Solo, lo único que conseguirás es ser tú el cazado. El viejo jabalí —el jefe sabía, como todos, la obsesión de Ojo Largo por el animal— se burlará del joven engreído. Guárdate de las hienas y del leopardo.

Vio salir a los cazadores y a sus jóvenes compañeros en fila tras Paso de Lobo. Cara Ancha no dudó en expresarle con duras miradas su reproche. No estaba bien privar al clan de su lanza. No le gustaba. Ojo Largo le contestó con una sonrisa de suficiencia. La mayoría se limitaron a pasar ante él irguiendo los hombros con un gesto de desdén.

Cuando transpusieron la lejanía río abajo, él subió al poblado para dejar a *Nariz*, que sería un estorbo durante el aguardo, atado a un poste clavado en el suelo, a la puerta de la cabaña de la Velluda, y estaba ya el sol bajo y la sombra se había apoderado de la cuesta de la cueva cuando descendió. Se cruzó con algunas mujeres que subían una última carga de agua del río, pero aunque la buscó con la mirada entre ellas no estaba Mirlo. Llegó al meandro del río ya con el resol de la atardecida y sigilosamente se dirigió a su apostadero. Alcanzó la charca del gran verraco un poco antes del anochecer y, dando los pasos necesarios, sin rodeos y sin dejar más huellas de las precisas, se encaramó por la rama tendida al árbol, y una vez allí se acomodó lo mejor que pudo en la horquilla que pendía sobre el barrizal, colocó bien al alcance de su mano sus armas y se dispuso a esperar.

El acecho podía ser breve. Sabía que el jabalí venía a veces casi entre dos luces, directamente desde su encame en el monte. No era lo habitual, pues el

animal debía de frecuentar de salida algunas bañas más próximas a sus dormitorios, pero en alguna ocasión Ojo Largo había comprobado que la visita se producía apenas llegadas las primeras sombras. Quizá hoy fuera uno de esos días.

Caía definitivamente la luz. Sus criaturas se retiraban y las de la oscuridad aún no habían salido. Un mágico silencio se apoderó del espacio e hizo que cualquier minúsculo sonido, cualquier roce en hojas o hierbas, se percibiera con inquietante nitidez. Gritó un mirlo. En un cercano macizo de carrizos rebullían y silbaban los estorninos que utilizaban el lugar como dormitorio. Luego se aquietaron y sólo siguió sintiéndose de vez en cuando el revolver y la voz del inquieto mirlo. También acabó por callar, y ya parecía que todo iba a ser silencio. Pero Ojo Largo sabía que no, que otros ruidos, arrastres y voces iban a comenzar a llenar todo el espacio. Primero fue un guarrido lejano el que rompió el aire. Se elevó, calló y regresó otra vez; una, dos, tres veces. «Es un zorro que busca hembra», pensó. Luego fue el carrizo a sus pies el que tomó inusitada vida. Algunos animalillos se escurrían entre las plantas. Sin duda habría ratas de agua que salían en busca de comida por sus carriles, pero un sonido más furtivo le hizo pensar en algún pequeño predador, tal vez una comadreja, tal vez un visón, en busca de alguna presa, quizá un pájaro de los que dormían en el carrizal. Aguzó la vista y el oído intentando descubrirlo cuando se elevó violento e intenso, más allá del río, el aullido de un lobo.

—Es la llamada.

No tardó en ser respondida. Un aullido más y luego otro se elevaron hasta inundar la noche. Luego repentinamente callaron.

—Han comenzado la caza.

Caía lentamente la oscuridad. Sus pupilas se iban agrandando para adaptarse a la falta de luz y captar la poca que todavía quedaba. Aún le permitió ver a lo lejos a los ciervos que bajaban a beber al río, más arriba. Era un pelotón de hembras y crías.

—No va ningún macho. Están todavía enmontados. Estarán tirando ya las correas de la cuerna nueva. Pronto empezarán los combates.

En uno de los testeros de los montes, recortada un momento todavía su silueta contra el horizonte, divisó un corzo que pacía. Oyó luego bajar una

pequeña manada de caballos. Venían hacia el agua piafando y parándose. La hembra que los guiaba levantaba continuamente la cabeza y resollaba, algunos jóvenes potros golpeaban la tierra con sus cascos delanteros.

—Están nerviosos. Que el clan tenga buena caza en los vados.

La noche se movía, estaba llena de vida. Él absorbía todos sus latidos y los unía al suyo, allí, inmóvil sobre la horquilla del carcomido y viejo álamo. La luna comenzó a brotar.

—Ha dormido otra vez en las cuevas del desfiladero del río Dulce.

Cuando su luz le bañó la cara, descubrió sus ojos asestados hacia la tierra como un venablo. Junto a la luna brillaba otro espíritu que en esta época la acompañaba siempre en el camino. Ahora empezaban a salir muchos más. Pero él no tenía dedos para contarlos ni nombres que darles. Se le iba la cabeza al mirarlos, pero al igual que con el fuego había noches en que le era imposible separar la vista de aquella negra bóveda de la que colgaban encendidos como pequeñas fogatas en el techo de una inmensa gruta debajo de la cual estaba él.

La luz de la luna llena en el cielo sin nubes era tanta que de pronto se asustó al ver su sombra sobre el lodazal y la charca. Se rebulló en el árbol procurando confundirse con las ramas y camuflar aquel reflejo de su presencia para no asustar a su presa. Que no venía.

Deseaba ardientemente esa llegada. Cerró los ojos para concentrarse intensamente en ese deseo y en la percepción de todo lo que le rodeaba, y entonces algo llegó a sus sentidos que hizo que su vello se erizara.

No supo qué era. No lo oía. No lo veía. No lo olía. Pero había percibido una presencia. Su instinto le decía que cerca se escondía algo. Clavó la vista en las sombras y la detuvo en un pequeño bosquecillo de sauces y mimbreras junto al río. Lo que había llegado debió de subir ribera arriba y cayó en la cuenta de que era eso lo que le había alertado: el silencio que aquel animal iba haciendo nacer a su paso, toda una franja de inmovilidad y falta de rumores y voces junto al agua. Sabía que estaba allí, sabía que aquello era como él, un cazador al acecho. Y su vello erizado le decía que temible. Temible también para él.

Recordó las palabras de Paso de Lobo sobre el peligro que corre el cazador que no se ampara en la fuerza del clan y se sintió vulnerable y débil.

Apretó el astil de su lanzadera donde tenía preparado ya su venablo de punta de hueso, se palpó el hacha en el costado y se inmovilizó aún más en la rama del árbol.

Ahora se elevaban muchas menos voces en la noche. Ninguna desde el macizo de mimbreras donde acechaba el gran predador, pero por más que esforzó la vista no pudo descubrir el lugar exacto desde donde vigilaba.

—Está metido en la sombra, bajo las ramas, donde no le alcanza la luz de la luna.

Regresó la calma. Incluso a la orilla del río. Siempre hay una rana que croa la primera y aún hacía calor para que croaran las ranas. Luego fue un pequeño búho. Se oyó un chapoteo en la orilla de la corriente y luego trasiegos entre las aneas y las hierbas. Por el norte volvió a oírse aullar a coro a la manada de lobos. Pero Ojo Largo apenas les prestó atención ahora. Todo su ser estaba concentrado en localizar una sombra entre las sombras de los sauces.

Fue entonces cuando oyó venir aquel corzo por la senda. Algo debía de haberle asustado pues se acercaba a carreras cortas y paradas para escuchar lo que tenía detrás. Al remontar un pequeño ribazo e inmovilizarse en otra escucha, Ojo Largo vio que era un hermoso macho que aún conservaba su cuerna. Lo perdió después de vista, pero sólo para sentirlo chapotear en el agua.

—Quiere cruzar, pero ahí no tiene vado y la orilla de enfrente es escarpada. Un caballo tal vez pudiera, pero él no. Ya regresa. Ahora viene hacia mí. Quiere buscar monte. El corzo duda otra vez. No se arriesga porque hay mucho campo abierto hasta el primer bosque de chaparros.

El corzo se detuvo una vez más. Escuchó y venteó. El aire le traía lo que le había hecho huir. Atrás estaba el olor a peligro. Se decidió por fin y a un medio trote se dirigió en línea recta de nuevo hacia la vegetación de la orilla, derecho a la salceda.

Ojo Largo miraba fascinado al herbívoro. Sabía lo que iba a ocurrir, el corzo ya estaba allí, pero no ocurría. Nada sucedía. Iba a morir, ahora estaba pasando entre los troncos de las mimbreras, en el mismo centro de la sombra, pero no moría. Nada se movía, excepto el corzo, que ya llegaba a los sauces del borde del bosquecillo, y ya casi dejaba atrás el último de ellos. Apenas un

poco más allá vería el vado bueno iluminado por la luna y el paso franco hacia el otro lado. Ya salía el corzo de la sombra.

El gran gato saltó justo desde el borde de la oscuridad con la luz de la luna.

—¡El leopardo!

Imposible haber visto antes su pelaje amarillento moteado de negro en el claroscuro. El animal había jugado con las luces y las sombras. Sólo ahora se concretó su cuerpo al saltar en el aire.

El corzo reaccionó instantáneamente con un escorzo y un salto. Pero ya era tarde. Tenía las garras del felino en el lomo y los colmillos carniceros en el cuello. Lanzó un ronco balido de angustia mortal. Hubo unos largos instantes de pataleos y algunos balidos agónicos más. Luego todo olió a sangre y a muerte. La olió incluso Ojo Largo.

Y hubo un espeso silencio en toda la ribera. El leopardo ahora bien visible bajo la luz del astro de la noche agarró entre sus fauces la garganta degollada de su presa y comenzó a arrastrarla hacia el mismo sitio donde había estado agazapado acechándola. Estaba a punto de llegar al lugar que parecía haber elegido para comer, cuando se detuvo y su larga cola que se agitaba como una serpiente quedó inmóvil. Levantó la cabeza. Apuntó las orejas aguas abajo y cogió aire. Oteó hacia todos lados, y cuando la luz lunar dio en sus ojos, éstos brillaron como ascuas. Por un instante toda su atención quedó fija en un punto. Hizo ademán de agazaparse para de inmediato incorporarse, cargar de nuevo su presa, caminar con ella a rastras con inusitada rapidez, transponer las hierbas y perderse de vista. Ojo Largo aún lo divisó un instante cuando se descolgó por una pequeña terrera hacia una concentración de alamas, alisos y espesa vegetación de la ribera. No lo vio más.

—Lo que asustó al corzo y se lo entregó al leopardo viene haciendo mucho ruido río arriba. Es el clan que vuelve.

Sí. El clan volvía. En un lejano recodo del río vio sus sombras separarse de la orilla y en fila dirigirse hacia la falda de la montaña donde estaban el poblado y la cueva. Luego distinguió perfectamente sus siluetas al pasar por terreno más abierto y recortarse, más tarde, ladera arriba, y oyó su grito saludando al vigía.

Ojo Largo vio también que la caza del clan no había sido buena. No llevaban carga y treparon por la cuesta sin peso que dificultara su andar. Tampoco él había tenido buena caza. El clan quizá hasta le había salvado de ser el cazado. Si el corzo no se hubiera metido en la boca del leopardo, éste tal vez lo hubiera venteado a él o se hubiera movido y hubiera cortado su pista. Si el felino lo llega a descubrir en el árbol, éste no hubiera sido ningún refugio ante el agilísimo animal.

Dudó ahora si continuar su espera hasta el amanecer, pero desechó de inmediato la idea. Si el jabalí bajaba y se acercaba, su finísimo olfato no pasaría por alto el escandaloso olor a sangre ni el tufo del leopardo. Eso si las hienas, que no se sabe cómo huelen la matanza, no estaban ya acercándose. Lo mejor era irse cuanto antes.

Ojo Largo bajó con rapidez del árbol. Volvió sobre sus pasos y se movió con extrema ligereza hasta llegar a la pequeña senda utilizada por las gentes de Nublares y que bordeaba la costera de la montaña. Una vez en ella, inició una veloz carrera hasta llegar al camino de la cárcava, por el que ascendió hasta el poblado forzándose en la subida para alcanzar cuanto antes la cueva. Ni siquiera fue a buscar a *Nariz* junto al fuego de la Velluda. En la gruta todos estaban ya acostados en sus pieles, pero casi ninguno dormía. Viento le habló.

—No pudimos hacer entrar a los caballos en la trampa. La yegua guía se revolvió en el instante último. Un paso más y hubiéramos podido alancear a muchos, pero así sólo los que cerraban pudieron matar un potrillo. Era muy pequeño. Sólo patas. Apenas nada para los fuegos del campamento. Y tu jabalí, ¿vino?

—Quien vino fue el leopardo que merodeaba por la orilla del río. Él fue quien cazó a un corzo que huía de vosotros. Al menos no me cazó a mí, como dijo Paso de Lobo.

Cara Ancha, su medio hermano, también velaba.

—Ojo Largo no siente el clan. El clan le da toda su fuerza, pero él cree ser más. Pues no es nada. Un hombre no lo es si no se siente clan.

No le replicó. Para Cara Ancha, cuyo rostro tanto se parecía, según decían, a los Hombres del Pueblo Antiguo de las leyendas de la tribu, el clan lo era todo y todo estaba supeditado y regido, hasta el último detalle de la

vida cotidiana, por las costumbres del clan. Así que no quiso prestar oídos al reproche del hijo de su mismo padre y le pidió a Viento en la Hierba que le contara cómo había logrado huir la caballada de la trampa.

Los caballos al bajar a abreviar a los vados debían forzosamente traspasar una terrera, un pequeño cortado en el terreno donde se abría una transitada hendidura utilizada por una enorme variedad de herbívoros. Pasada ésta, se encontraban frente al vado, flanqueado aguas arriba por un pequeño bosquecillo y una gran poza que cerraba el paso aguas abajo. Los hombres de Nublares, con el viento soplando en su dirección, se habían ocultado en el bosquecillo y al otro lado del río. Cuando los equinos traspasaran la terrera, los que cerraban encenderían sus antorchas y darían grandes gritos al igual que los del otro lado del vado. Los caballos girarían aguas arriba o intentarían volver atrás y serían fácilmente alanceados desde los árboles o desde lo alto de la terrera.

Pero la vieja yegua venteó el peligro cuando iba a cruzar el paso e iniciar el descenso hacia el vado. Con un relincho de aviso reculó y con ella salieron todos en estampida. No hubo más voces que dar que las que rebotaron contra las grupas de los caballos, y sólo una lanza encontró el costado de un joven potrillo rezagado que en el tumulto buscaba a su madre.

Ojo Largo se durmió oyendo a Viento en la Hierba. Pensó antes del sueño que al día siguiente, a pesar de lo que dijera Cara Ancha, también habría luna llena.

Pero lo que hubo al amanecer fueron secas órdenes del jefe Paso de Lobo a los jóvenes. El fracaso de la cacería de caballos era un serio revés para el campamento. Se debía intentar almacenar la máxima provisión posible de carne para la estación de los hielos y el frío, que ya llamaba a las cabañas. Así que los aprendices de cazadores de la cueva fueron enviados de escuchas a los bosques que poblaban laderas y alturas monstruosas a la espalda del poblado, con la misión de saber si la brama de los venados había comenzado y hacia qué lugares se estaban dirigiendo los grandes machos para iniciar sus combates y comenzar a reunir sus harenes de hembras.

Salieron tres grupos. El Raboso, Colmillo de Lince y el Oso fueron hacia el naciente; hacia mediodía, los Dos que Caminan Juntos; y hacia el poniente, Ojo Largo, Cara Ancha y Viento en la Hierba. Las tres partidas volvieron

desalentadas. Sólo hubo un atisbo de esperanza en el relato de los Dos que Caminan Juntos, que en un gran navazo, casi un lago en la mitad de una meseta poblada de chaparros, rebollos y algunas sabinas, encontraron abundantes huellas de ciervos en sus orillas. El grupo de Ojo Largo, además, tuvo un mal tropiezo con una familia de hienas rayadas, que pudo ser más grave si no llega a mediar el aviso de *Nariz*, que los alertó y los hizo huir y refugiarse en una gran encina. No se fueron las hienas en mucho tiempo y ellos hubieron de regresar al campamento ya de noche y a la carrera, en la que se les reunió de nuevo el perro. Llegaron a Nublares sin resuello y llenos de temor por los brillos de tantos ojos en el bosque. A las gentes del clan, a no ser que toda la horda fuera junta y se montara campamento y fuego, les atemorizaba estar fuera de su refugio o de sus proximidades cuando el sol desaparecía.

Leopardos, hienas y lobos eran abundantes, e incluso podía presentarse algún grupo de leones que, aunque sus territorios caían más hacia el Gran Río Hundido, a veces se desplazaban hasta los terrenos de caza de Nublares, sobre todo cuando los jóvenes iniciaban su separación de la manada. Durante el día un hombre solo podía tener alguna oportunidad de lograr escapar de ellos, pero por la noche ni siquiera los árboles lo podían salvar del leopardo.

Dieron cuenta a Paso de Lobo de su fracaso y regresaron a la cueva. Comieron en silencio la pitanza que había bajado de algún fuego del campamento y que consistía en un gran cuenco de caldo donde se mezclaban vegetales con huesos y trozos de carne completada con una maza asada del potrillo abatido el día anterior.

El Oso era el vigía de noche y el resto se marchó a dormir, todos malhumorados y en silencio. También se acostó Ojo Largo. Pero durmió poco, antes del alba despertó a Viento.

—Sujétame a *Nariz*. Voy a intentarlo de nuevo. Puede que venga al amanecer.

—El leopardo te matará.

—No. Fue río arriba y tiene comida para dos o tres días con el corzo. Estará comiendo y durmiendo en el árbol donde tenga a su presa. No molestará.

Ojo Largo se deslizó en silencio por la boca de la gruta. Hizo un gesto

con el brazo al vigía desde media ladera y a trote rápido se dirigió de nuevo a su apostadero. Llevaba las mismas armas que la noche anterior. Lanzaría el venablo de punta de hueso y se reservaría la lanza gruesa de pedernal para el remate.

La noche se iba silenciando a su paso para volver a cerrarse en sonidos a su espalda. Llegó al árbol, trepó a la horquilla y desde allí su primera mirada fue para el bosquecillo de mimbreras donde había matado la pantera. Pero esta noche el lugar parecía tranquilo. Vio incluso algún pequeño herbívoro que, asustado por su llegada, cruzaba rápidamente el vado hacia la estepa. Se le ocurrió entonces pensar que tal vez el jabalí hubiera estado antes en el revolcadero y se hubiera marchado ya. Pero no podía bajar a comprobarlo sin desbaratar todas sus posibilidades de caza. Tozudamente confió en que no fuese así, en que el gran verraco decidiera venir esta vez al rayar el alba, como él lo había oído llegar a veces desde su atalaya de vigía. Aguzó los oídos. Comprobó el viento. Lo tenía a favor con respecto al monte, un poco sesgado de costado. Miró la gran luna. Las estrellas todavía no habían comenzado a empalidecer. Aún faltaba para el alba. Pero había algunos negros nubarrones en el cielo. Podían tapar la luna en cualquier momento.

De las estepas del norte, una noche más, llegó el aullido de los lobos.

—Esta noche ya han cazado. No es la llamada a la matanza.

Estaba pensando en los lobos, que ahora formaban pequeños grupos, pero cuando llegara la nieve se concentrarían todos en la terrible manada que dominaba la estepa desde el río hasta las montañas de los Claros y que muy bien podía acabar con un grupo de cazadores, cuando el silencio se rompió con el sonido que tanto había ansiado oír. Fue el chasquido de una rama seca al quebrarse justo al final de la ladera. Luego oyó claramente chocar las pezuñas contra las piedras sueltas del principio del terreno abierto. Y otra vez silencio.

—Se ha parado. Está haciendo una escucha.

Le latía con fuerza el corazón y se le aceleró el pulso. Llenó los pulmones de aire con una aspiración profunda para serenarse. Se había puesto en cuclillas sobre la rama al primer chasquido, con la lanzadera ya cargada del venablo dispuesta en la mano. Después de ello no había movido un solo músculo.

Pasados unos instantes eternos, el ruido de la marcha volvió.

—Viene.

Y entonces se nubló la noche. Apretó las mandíbulas con disgusto. Y aún torció más el gesto cuando unas ráfagas imprevistas de viento agitaron el carrizal tapando cualquier otro sonido.

—No podré sentirlo, ni podré verlo.

Pero se calmó el aire y pudo oírlo entrar en la vereda entre los carrizos. Ya venía directo y sin más paradas hacia la baña. Levantó el brazo. Apenas distinguía la charca en sombras y aún menos al animal que se había detenido justo en el mismo borde de la misma, cubierto aún por la protección del carrizo. Ojo Largo contuvo la respiración. En trevió que una difusa mancha oscura avanzaba. Se preparó para arrojar el arma. Iba a dar ya la orden a su brazo cuando la luna se desembarazó de las nubes y regresó. Ojo Largo se paralizó. Aquel pequeño jabalí que estaba junto al barrizal no era su presa. Era, bien lo delataba ahora su pelaje, un bermejo que sólo había visto crecer la hierba dos veces. Dudó sólo un instante y decidió en el otro. No lanzaría.

«Tú eres el de la pisada pequeña, el que abre el paso al macho grande, el que va delante para que el gran verraco se salve de las emboscadas. Tú eres el que se comen. Pero yo no te mataré ni te comeré. Yo me comeré a tu jefe. Es a él y no a ti al que quiero. Yo quiero los colmillos del que te manda delante hacia la muerte», recitó en una salmodia mental. Era algo que le habían contado los viejos cazadores, pero que él no había visto jamás hasta esa noche. Que los grandes machos que dominaban los territorios y cubrían a todas las hembras se hacían preceder de un aprendiz, de un joven jabalí que servía al gran jefe y que pagaba muchas veces con su vida el aprendizaje. Era el que abría la marcha por las peligrosas sendas de la oscuridad. «Como nosotros a Paso de Lobo y al brujo. Cara Ancha cree en el clan y que el clan nos protege a todos y todos le servimos, pero del clan se aprovechan algunos y otros le sirven. Unos eligen mujeres y el mejor trozo de la carne y otros abrimos las sendas peligrosas». Mientras con estos pensamientos el joven cazador intentaba volver a calmarse tras la tensión física que le había producido la llegada del jabalí, el bermejo se revolcaba y gruñía feliz en el fango de la charca, totalmente ajeno a la presencia del hombre. Las rachas de viento se llevaban por los altos su olor rumbo al norte, y aunque,

inquisitivamente, el animal levantó su sensible jeta al acabar su baño de barro, no barruntó el peligro. Se volvió a echar y después de un último revolcón consideró que se había embadurnado lo suficiente, se incorporó y salió de la charca. Se restregó con fuerza en el árbol unas cuantas veces y tras ello desapareció dando un bufido por la trocha, cogiendo de inmediato un trotecillo que lo llevó rápidamente a la ladera.

Ojo Largo lo vio perderse monte arriba, captando hasta el último movimiento del jabalí. Saberlo todo de la presa, conocer a la perfección sus hábitos y costumbres era esencial para cazarla. Cuando el bermejo se perdió ileso en la oscuridad del monte, Ojo Largo sabía algo más sobre jabalíes que podía serle muy útil en tiempos venideros. Y quizá sabía también algo más sobre hombres.

Se dispuso a seguir con su espera. La aurora aún no llegaba, pero el joven cazador ya presentía su cercanía. Ahora sí que empalidecían ya los astros de la noche y una cierta claridad se comenzaba a atisbar por naciente, por donde iba a salir el sol.

—Sale también de alguna cueva del cañón del río Dulce. Quizá de la misma en la que descansa la luna. Pero nunca duermen juntos en ella, aunque a veces sí se encuentran en el cielo cuando viene el uno y no se ha acabado de ir el otro. Pero durante los calores los dos viven cerca del clan del río Dulce, en aquel cañón tan fresco lleno de árboles y agua. La Garza será tan hermosa como dicen quizá por vivir cerca de ellos.

Presentía la llegada del alba, pero presentía también la del jabalí. No quería perderse en sus divagaciones ahora. Tenía que estar alerta. El verraco estaba en algún lugar cercano a la espera, y ahora ya sabía que podía entrar a su baña sin peligro. No tardaría en llegar.

Al fin lo oyó. Estaba ya justo al lado. Había cruzado el terreno descubierto y llegado hasta el carrizo con todo sigilo y sin que él hubiera podido sentirlo, pero ahora, ya en la vereda y a cubierto, avanzaba confiado dando sonoros gruñidos. Ojo Largo deseó fervientemente que no se volviera a ocultar la luna y que el viento no cambiara de dirección.

El gran verraco se paró en la linde de los carrizos y el barro. Escuchó y venteó una última vez. Ojo Largo pudo escuchar las profundas aspiraciones de su larga jeta, aquel husmeo inquisitivo y los resoplidos con los que el

animal expulsaba el aire. Deseó hacerse él mismo del olor del barro de la charca, con el que tal vez debiera haberse untado para ocultar el suyo. Pero aquella noche los espíritus de la caza estaban con él. Y el viento que tantas veces había librado al jabalí de sus enemigos, que de tantas asechanzas le había salvado, volvió la espalda al animal de pezuña hendida y le dio la cara al que camina sólo sobre dos patas.

El jabalí entró con un gruñido a la charca y comenzó a revolcarse entre grandes bufidos y jadeos. Ojo Largo supo que había llegado el momento. En un revolcón el jabalí ofreció el flanco a su lanza. Con todas sus fuerzas proyectó el brazo y lanzó hacia abajo el venablo de pálida punta de hueso.

Antes que nada, fue el poderoso gruñido de dolor y sorpresa el que le corroboró que había dado en el blanco. Luego vio la lanza hundida profundamente en el costillar del animal, muy cerca del brazuelo. Un ciervo o un caballo se hubieran desplomado. Pero el gran jabalí se revolcó una vez más, esta vez como para intentar quitarse aquel palo que lo traspasaba, y al instante, al no lograrlo, estaba de nuevo en pie y huía con el venablo clavado en el costado, arrollando todo lo que se oponía a su paso.

Ojo Largo se descolgó del árbol, dando un gran salto desde la primera horquilla, con la gruesa lanza de pedernal preparada en la mano, listo para dar el golpe definitivo.

Pero su presa, herida, huía. Lo oyó rompiendo el carrizal y lo siguió por la vereda que iba abriendo. El jabalí se dirigía hacia el río. Lo vio avanzar entre las hierbas altas, con la lanza colgando del costado.

—No lo ha atravesado.

Pero estaba muy malherido. Cayó una vez y al llegar a las mimbreras, donde el leopardo había matado la noche anterior, volvió a caer.

Ojo Largo estaba cerca cuando el jabalí alcanzó el vado. El joven guerrero se arrojó sobre él. Blandió su lanza y la asestó contra el animal hiriéndolo de nuevo, también en el flanco, pero esta vez más atrás y algo más abajo, cerca de los ijares. El verraco se revolvió furioso y raudo. La tarascada buscó la ingle de Ojo Largo, pero no la encontró. Éste había medido bien la distancia y la lanza colgante impedía al animal una mejor movilidad porque el astil tropezaba en el lecho del río.

El jabalí cargó de frente y esta vez fue más certero. Ojo Largo sólo pudo

hurtarse en parte de la acometida y sintió que la navaja le desgarraba la pierna. Volteado, soltó la lanza de la mano y cayó de bruces en el río. Sintió que su sangre brotaba y teñía el agua y que el jabalí volvía sobre él. En el agua sus manos tropezaron con la lanza de hueso clavada en el costado del verraco, se aferró a ella con todas sus fuerzas, primero usándola para mantener a distancia los colmillos del animal y luego para profundizar aún más la herida, para intentar abrísela, aunque ya estaba bastante ensanchada a causa de los tropezones contra el suelo, y que entrara el aire por ella y acabara con la vida de la bestia. Ésta había decidido buscar el agua más profunda y ahora se lanzó con decisión hacia adonde ésta le cubría. Si lograba llegar allí podría remontar al otro lado del río y el hombre perdería su presa.

Ojo Largo tiró ahora con desesperación de la lanza. Tanto que al lograr desprenderla cayó de nuevo hacia atrás. Se revolcó en el agua con angustia intentando girar su cuerpo porque el jabalí podría estar sobre él y lo mataría. Pero el animal, aunque hizo un último arranque, no llegó a su carne. Dio un gran bufido, un estertor, y se desplomó. La sangre manaba a borbotones por la herida y teñía el río. El jabalí aún hacía castañetear sus navajas con las amoladeras, pero Ojo Largo supo que la vida se le estaba escapando y que la victoria era suya. El cazador se incorporó con el venablo de hueso en la mano y esperó la muerte del animal. No quería arriesgarse a situarse en el radio de acción de sus colmillos. Y la muerte no tardó en llegar al jabalí. Dio un último resoplido, que trajo sangre a sus belfos, y dejó caer pesadamente su enorme cabezota en la corriente. Había cazado al gran macho. Era suyo. Lo había cazado solo. Un alarido le subió por el pecho y se convirtió en su garganta en un grito de furia, de victoria y de poder que resonó en la noche retando a hombres y bestias. Era el grito de otro macho triunfante, lleno de fuerza y preñado de todos los deseos.

Volteó utilizando toda su fuerza al pesado corpachón del animal y buscó sus grandes genitales. Empuñó su afilado cuchillo de pedernal y con un gran esfuerzo logró hacer dos incisiones a los lados en su piel durísima, incluso en ese lugar. Trabajó con ardor rajando y tirando hasta que por fin pudo arrancarlos.

Y de nuevo elevó su grito a la luna con su sanguinolento trofeo en la

mano. Su pensamiento voló hacia Mirlo. Sería suya. Ahora sí sería suya. A pesar de quien fuera y contra quien fuera, la poseería. Hasta contra ella misma la poseería. Él era quien había matado al gran jabalí.

En un creciente grado de excitación arrastró como pudo su presa hasta la orilla. Cuando llegó, y sólo entonces, un ramalazo de miedo lo invadió. Vendrían las hienas. Le disputarían su presa y se la robarían. Descolgó el hacha de piedra del costado y se apresuró. Quería los colmillos y comenzó a dar golpes para desprender el gran morro del jabalí. Hizo el corte casi al lado mismo de los ojos porque conocía hasta dónde subían mandíbula arriba las defensas del animal. Y él quería, ante todo, intactos aquellos grandes y afilados colmillos. Logró cortar la parte superior y luego comenzó a intentarlo con la inferior. Por alguna extraña razón el pánico se iba apoderando de él. La sensación de peligro era cada vez mayor. Tal vez no estuviera lejos el leopardo. Y sólo tenía una lanza. Estaba pensando en cómo arrastrar a un sitio más seguro a su presa, cuando oyó el jadeo de un animal que llegaba veloz a la carrera. Levantó el hacha, pero la bajó de inmediato, aliviado y con una sonrisa en la cara. Quien llegaba a la carrera era su perro, precediendo a un tropel de cazadores. Delante de ellos, el jefe Paso de Lobo; detrás, muchos del clan. El vigía había oído sus gritos y dado la alarma. Ojo Largo los esperó erguido ante su presa. Era todo orgullo bañado por la débil luna y... por las primeras luces del amanecer.

—Ojo Largo ha cazado al gran jabalí. Él solo —arrojó sus palabras como lanzazos a la cara del jefe—. La carne es del clan.

Viento en la Hierba también venía. Él fue quien vio la gran herida en su pierna y se acercó a su amigo para comprobar su gravedad. Era larga y había desgarrado a mucha profundidad tejidos y músculos.

—Lávate. Es muy profunda. Luego tendrán que ponerte hierbas que curan o se te pudrirá la carne.

Ensoberbecido por su triunfo, el joven matador iba a responderle con un gesto de desprecio, pero algo en la expresión amable de su compañero le hizo cambiar el gesto. Se iba calmando poco a poco y ahora comenzaba a sentirse muy débil, así que se despojó de sus empapadas ropas de piel curtida y se bañó todo el cuerpo en el río. Luego hizo que el agua que corría más ligera por el vado se metiera bien por su herida, que no había dejado de sangrar. Fue

Voz de Ciervo quien le anudó con fuerza una tira de cuero más arriba de la herida para detener la hemorragia. Alguien le puso una pelliza de piel sobre los hombros.

—Vamos al campamento —concluyó Paso de Lobo.

Fue entonces cuando Ojo Largo miró a su gente. Y vio muchas cosas. Vio respeto, pero aún vio más ira, más resentimiento y más odio.

Subió hacia la cueva apoyado en Viento en la Hierba. No soltó ni un segundo de su mano los genitales y los dos trozos de morro del verraco donde estaban los colmillos. Delante de él, el clan trepaba con el jabalí colgado de una gruesa rama.

Era el alba.

III

EL CELO DEL VENADO

Ojo Largo subió a Nublares. La herida seguía sangrando mucho y era preciso frenar la hemorragia. Viento dejó en un rincón las ropas empapadas y manchadas de sangre y acompañó a su amigo al fuego del brujo. Allí estaba Mirlo.

Huesos era el brujo, el hombre espíritu, pero era Mirlo la sanadora. Su madre lo había sido, y la madre de su madre también. Ella era la que conocía las hierbas, sabía coser la carne rajada, desmontar tendones y unir huesos. El brujo era el hombre de los espíritus, de llamar a la caza, de decir las palabras de los ritos, de cantar la vida de los hombres cuando morían. Pero no era el que sanaba las enfermedades, y en realidad una buena parte de su prestigio se lo debía al hecho de haber tomado a la mujer curandera.

Huesos estaba allí. Él no había bajado con los otros hombres. Miró al joven con desprecio.

—Ojo Largo ya ha conseguido una sangre: la suya.

Éste le miró con furia. Estuvo a punto de golpearle. Pero fue Viento quien se interpuso.

—Ojo Largo ha matado al gran jabalí. Deja que la mujer Mirlo lo cure.

Mirlo salía por la puerta de la cabaña de techo de tierra. Había oído.

—Entra.

Las mujeres y los niños del campamento se arremolinaban alrededor del herido. Había muchos cuchicheos y todos señalaban la sangre que cubría su pierna y su vello rubio. Velluda se acercó a él. Tras ella estaban Oropéndola, la hermana de Ojo Largo, y Nutria, su medio hermana.

—La sangre se ve mucho.

El joven la siguió. Pasó a la segunda habitación donde Mirlo tenía sus ungüentos, hierbas y emplastos. Tras ellos entró Velluda.

—Pon agua al fuego hasta que hierva —le pidió la curandera.

Velluda se apresuró a hacerlo. Huesos y Viento se quedaron mirando.

Mirlo había hecho tumbarse al joven. Con agua caliente fue limpiando la pierna herida, echando el líquido, que casi quemaba, directamente sobre la carne rajada. Cuando la rajadura quedó bien lavada, puso un unguento hecho a base de cola de caballo y alholva, para que no se le infectara.

—Te voy a coser. Muerde este trozo de cuero y así no gemirás —le dijo con sorna.

Él, que la había visto al principio algo asustada, notó que se relajaba, casi jugaba, ahora lo provocaba como hacía siempre con las miradas. Sintió que le hervía la sangre. Él, que había matado al gran jabalí, no iba a permitir que aquella mujer se burlara de él. Pero ella le estaba sonriendo. Cerca. Con los labios entreabiertos y con sus formas, que él palpaba con los ojos, sugerentes y redondas, cerca, bien cerca. Pero Huesos estaba allí.

Mirlo lo miró ahora con la aguja en la mano. Tenía otra expresión. Fue rápida. Él sintió las punzadas. Pero no fue un dolor excesivo. Lo que empezó a notar era una creciente excitación. Ella se alejó y luego regresó con un emplasto de hierbas de verbena y ajo. Sus manos sobre el muslo aplacaron el ardor de su herida, pero estaba haciendo arder su miembro viril, que iba engordando por segundos. La mujer lo había notado sin duda, pero lejos de parar su masaje lo continuó con mayor suavidad, subiendo aún más por la cara interior del muslo. Un poco más y tocaría su miembro viril totalmente erecto. Huesos se daría cuenta. Pero no. Ella le tapaba la visibilidad con su cuerpo. Además el brujo estaba hablando con Viento.

Deseaba que la mano pequeña de Mirlo tocara su miembro. Su respiración entrecortada revelaba la urgencia de ese deseo. Estuvo a punto de cogerle la mano y llevarla hacia él. Pero ella le miró de nuevo, con aquella sonrisa burlona y provocativa. Él reprimió el gesto antes de iniciarlo. Entonces Mirlo llegó con un último masaje, una caricia larga por todo el muslo, casi al borde mismo del contacto con sus genitales. Los rozó. Y luego retiró la mano.

—Sanará. Es limpia. Quedará marca. Cada día debes venir a que te cambie la cataplasma. Bébetes ahora esta tisana contra la fiebre. Es de saúco, malva y raíz de regaliz. Te bajará la calentura.

—Si la pierna queda bien, te haré un gran regalo, Mirlo —dijo Ojo Largo con voz ronca. Quería que lo oyera Huesos, pues sabía cuál iba a ser el regalo y quería que el brujo no pudiera oponerse. Sería un pago por sus curas.

Y entonces ella dijo en un susurro, para que Huesos no la oyera:

—Quizá yo coja antes lo que quiero de ti, Ojo Largo.

Subían los hombres con el corpachón del jabalí. Pesaba casi como dos hombres y varios de ellos debían turnarse para llevar el grueso palo del que habían suspendido al animal. Llegaron al campamento cuando Ojo Largo salía de la cura. Se encontró frente a Paso de Lobo.

—Este joven cazador podrá estar en la cacería del celo del venado.

—Irás si no es un estorbo y su pierna está sana —contestó el jefe en tono seco. Luego cambió su tono de voz—. ¿Quiere Ojo Largo la piel de su presa?

—No la quiero para mí, pero sí para el fuego de la mujer Velluda y mis hermanas.

—Será buena como cortavientos. Ya no hay mamut. Era yo niño cuando la horda cazó el último y sólo he visto cuatro desde entonces. La del bisonte es buena. Deberíamos cazarla antes de que caiga la nieve. Pero no hay manadas cerca y los ciervos nos darán buena carne.

Paso de Lobo nunca había hablado así con Ojo Largo. El jefe pensaba en voz alta, casi buscando complicidad, y él era un joven que tan sólo tenía la primera iniciación. Se sintió muy importante y bajó a la cueva afanándose en ello.

La primera iniciación en la tribu de Nublares se producía en los jóvenes machos cuando éstos empezaban a producir esperma. Los juegos infantiles de niños y niñas imitaban continuamente el acto sexual de los animales. La masturbación era también frecuente. No faltaban tampoco algunas jóvenes que buscaban niños y los iniciaban en la penetración, pues sabían que si no tenían «leche» no había riesgo de preñez. Ojo Largo conocía muy bien todo aquello porque él mismo había participado en aquellos placenteros juegos con muchachas mayores y sin hombre.

El momento en que los niños pasaban a ser considerados jóvenes era cuando ya producían la «leche de los hombres». Ellos eran los primeros en comunicarlo ufanos. En ese instante tenía lugar su primera iniciación y pasaban a formar parte de la comunidad de solteros de la cueva.

El rito era muy simple. Debían de traer carne por sí solos. No importaba cuánta, ni de qué animal, ni por qué medio. Bastaba una presa pequeña. La iniciación definitiva vendría más tarde. Entonces sí que se ponía a prueba a los jóvenes, entonces debían pasar por una durísima experiencia: una luna sobreviviendo en soledad, y aportar luego carne suficiente para que un fuego pudiera abastecerse otra luna entera. Entonces se les consideraba ya aptos para tener un fuego y poder tomar mujer.

Los jóvenes como Ojo Largo habían pasado su primera iniciación y estaban en período de aprendizaje, sirviendo de auxiliares a los cazadores y adiestrándose en todas las artes y tretas. Pasada la cacería del ciervo, los que el jefe considerara maduros podrían proponerse pasar la prueba durante las lunas previas de la dispersión de invierno.

Alguno como el Raboso ya lo había intentado y había fracasado. Dentro de poco volvería a probarlo. Cara Ancha lo conseguiría seguro esta temporada. Los Dos que Caminan Juntos y Ojo Largo saldrían solos también a los montes. Viento en la Hierba, el Oso y Colmillo de Lince eran más dudosos, quizá el jefe decidiría que debían esperar. Ojo Largo estaba seguro de conseguirlo. No tenía previsto coger mujer y fundar fuego, pero quería poder hacerlo cuando quisiera y, sobre todo, imprimir su mano embadurnada en ocre rojo en la pared del recinto más oculto de la cueva, el de las ceremonias de los hombres adultos, junto a las de todos los cazadores allí impresas desde el principio del clan.

Ojo Largo pasó la mayor parte del día en que mató al gran jabalí tumbado encima de sus pieles. La herida, al enfriarse, le dolió mucho más, pero le habían enseñado a aguantar el dolor.

Se ocupó en extraer los colmillos del hocico del verraco. Para ello había de cocer durante mucho tiempo la mandíbula hasta que los dientes se aflojaran y él pudiera sacarlos de sus cavidades. Las amoladeras de abajo fueron relativamente fáciles de extraer pero los colmillos le costaron bastante. Por fin logró tenerlos en la mano. Eran enormes y afilados. Ahora debía rellenarlos por su parte ancha y hueca o se astillarían, por eso le pidió a Viento que le trajera piedra blanca. La trituró y cuando la tuvo bien molida la amasó con agua hasta lograr una pasta que le sirvió.

Una vez finalizado el relleno, contempló los colmillos con orgullo. El

círculo que formaban al juntarlos era más grande que el que podía abarcar con sus manos. Sería un collar magnífico en cuanto su hermana Oropéndola le pusiera un enganche para poderlo cerrar y abrir. Cualquier mujer desearía un regalo así. Se había reservado para él las dos gruesas amoladeras de la mandíbula superior que pensaba colgarse al cuello. Serían sus dos primeros amuletos. Ya añadiría luego el de su segunda y definitiva iniciación.

Pasó el día con la sola compañía del perro en la cueva. Del fuego de la Velluda un niño del campamento le bajó verduras cocidas y un trozo de carne de caballo, pero él se asó los testículos del jabalí en el fuego central y se los comió mirando hacia las sierras del norte, el territorio de los claros donde había desaparecido su padre, Halcón en la Llanura.

Miró hacia el norte y pensó obsesivamente en Mirlo. Le ardía el recuerdo de aquellas caricias furtivas lo mismo que ahora le quemaba la herida del jabalí. El deseo era doloroso, casi una angustia insufrible. Ansiaba la cura de mañana e imaginaba una escena tras otra, y en todas Mirlo era suya. A pesar del dolor creciente de la herida, su ardor era mayor y se masturbó dos veces, pero su excitación no bajó por ello.

Por la tarde esperó infructuosamente a que Sombrío, el mejor tallador de la tribu, bajara de la plataforma de la entrada de la cueva donde tenía su yunque de piedra, que era su lugar habitual de trabajo. Pero Sombrío y todos los hombres, excepto el vigía del campamento, habían salido rumbo a los bosques del sur.

Cuando regresaron al atardecer, Ojo Largo dormitaba enfebrecido. Viento en la Hierba le trajo agua fresca y luego le ofreció cena que aquella noche había bajado del fuego del jefe. La trajo Paso de Lobo, pero contra lo que tenía por costumbre, aquella noche no se quedó a compartirla con los jóvenes ni a conversar luego con ellos. Lanzó algunas miradas furtivas al lecho de Ojo Largo, a quien había saludado escuetamente al entrar, e hizo lo mismo al salir.

—Cuida tu pierna. No la descuides.

—¿Por qué no se queda el jefe esta noche con los jóvenes y les cuenta sus cacerías? —preguntó el Raboso.

Paso de Lobo notó lo avieso de sus palabras tras los recientes fracasos, pero un jefe no iba a dejarse provocar por el peor de los jóvenes.

—Mañana hay que cazar —contestó y se marchó.

La cacería del día tampoco había sido buena, sólo se habían conseguido piezas pequeñas entre conejos, lagartos y algún ave. No había sido posible abatir grandes presas, pero la fortuna había sonreído y encontraron restos de una hembra de bisonte a medio comer por los lobos. Le disputaron la presa a las hienas y lograron ahuyentarlas a flechazos. Los chacales y los buitres no eran rivales, y volvieron al campamento con carne.

La mejor noticia había sido escuchar los primeros bramidos de un ciervo en la espesura. La berrea estaba próxima. Eso llenaba de excitación a todos, pero inquietó a Ojo Largo al verse postrado a causa de su pierna.

Las mujeres por su parte recolectaban intensamente frutos maduros y bayas, y habían comenzado a recoger las primeras setas. Era época de abundancia y había que almacenar para los fríos.

Ojo Largo pasó la noche entre pesadillas, sudores y la imagen de Mirlo, pero despertó mucho mejor por la mañana. Algunos de sus compañeros se disponían a salir con los cazadores adultos, pero la mayoría iban a pescar con cestos al río. Viento en la Hierba, Colmillo de Lince, el Raboso y los Dos que Caminan Juntos se quedaban. Sólo Cara Ancha y el Oso saldrían con la partida de caza.

Ojo Largo esperó a que se fueran y luego ascendió hasta el campamento, porque las mujeres no solían bajar a la cueva de los jóvenes. Le dolía la pierna, pero era el corazón el que latía con tal violencia que temía que se le notara la ansiedad en cada gesto.

Mirlo estaba en la puerta. Llevaba un vestido de una pieza que dejaba ver sus morenos hombros desnudos y el pelo suelto. Remarcaba sus caderas y le pidió que le siguiera hasta su cabaña.

Dentro, al lado del primer fuego, estaba Huesos, sin hacer aparentemente otra cosa que contemplar las brasas. Lo saludó con un gruñido. Mirlo y Ojo Largo penetraron en el segundo recinto. La cura fue rápida y precisa. Los bordes de la herida aparecían tumefactos e hinchados. Ella la lavó y luego aplicó el ungüento y sobre él un emplasto que sujetó con una ancha tira de cuero. No hubo más. Ni siquiera aquella mirada. Mucho menos algo que pareciera una caricia. Ojo Largo se encontró de nuevo fuera, y cuando regresó a su lecho en la cueva, su desconcierto era absoluto.

Y así fueron también los tres días siguientes. La única novedad fue que le trajeron su lanza perdida. Estaba en el vado y Viento se la subió. La herida tuvo un principio de infección que Mirlo cortó con nuevos lavados de cola de caballo y un unguento aún más fuerte que Ojo Largo pensó que estaba hecho con sustancias sacadas del estómago de algún herbívoro.

Ojo Largo pasó por un tiempo de tedio, sólo mitigado por la presencia de *Nariz* y, a ratos, la del tallador Sombrío. Se sentaba junto a él admirando los precisos golpes en los módulos de sílex y cómo extraía una a una las herramientas, cuchillos y puntas. Se convirtió un poco en su ayudante, y aunque era torpe para lograr desprender la esquirla precisa, se le daba bien pulir con arenisca algunas puntas y aún más el trabajo del hueso. De esos días sacó un magnífico arpón dentado que pensaba aplicar a la pesca de trucha cuando llegara el desove y los peces se arriesgaran en aguas poco profundas.

Una vez más subió a su cura diaria, al aviso de su llegada respondió la voz de Mirlo dándole permiso de entrada. Cruzó la cortina de piel. En el primer fuego no había nadie; luego llegó al recinto donde se encontraba la curandera. Iba cabizbajo, casi humillado. Ella, como todos los días, descubrió la herida que sanaba con rapidez. Él ni siquiera levantó los ojos. Pero de pronto notó algo en la forma de aplicar el unguento, algo muy diferente. Se puso tenso y siguió tozudamente mirando al suelo. Entonces ella le hizo levantar la cara y su sonrisa maliciosa se lo dijo todo. Todo lo que ya le estaban diciendo sus manos, que se movían entre sus muslos y se habían olvidado de la herida. Tenía aprisionados con dulzura sus testículos y trataba a su verga como a un pájaro.

El miembro creció en un instante. Estuvo tieso y palpitante. Ojo Largo creyó estallar. Y entonces ella hizo algo aún más inaudito, se lo llevó a su boca, la de aquellos labios carnosos que lo obsesionaban; primero lo lamió, luego lo chupó y finalmente, se lo introdujo entero sorbiéndolo con fruición. Él ni siquiera pensó en contenerse. Se derramó en una explosión y bombeó su leche. Mirlo había intuido el momento y no la recogió dentro sino en sus manos, que siguieron acariciando lentamente el miembro que ahora se encogía.

Él no había pronunciado palabra alguna. Ella tampoco. Y cuando Ojo Largo fue a decir algo, no sabía el qué, ella le puso su dedo índice en la boca,

ordenándole el silencio. Se lavó las manos, acabó de sujetar con la tira de cuero el empasto y dio por finalizada la cura y la visita.

—Vete. Mañana, antes de venir, baja al río. No te preocupes por la herida y lávate el cuerpo. Estás sucio.

Ojo Largo la miró sorprendido, tanto por sus palabras como por lo que había sucedido. No rechistó. El matador del gran jabalí salió como un recental tembloroso. Hasta *Nariz* se dio cuenta de que a su amo y compañero le pasaba algo extraño y se acercó a él inquieto y moviendo el rabo.

Pasó la tarde en la plataforma de la cueva con Sombrío, y al atardecer se decidió a bajar hasta el río. La pierna ya casi no le molestaba. Primero daría una vuelta a sus abandonados anzuelos, que únicamente Viento había revisado algún día, para reponer todas las cuerdas que sin duda estarían deterioradas y luego tal vez se bañaría. Remoloneó de trampa en trampa, recogiendo tan sólo un par de barbos, y cuando las dejó todas listas encaminó sus pasos hacia el vado donde había rematado al jabalí.

El recuerdo de su combate lo llenó de orgullo. Era un gran cazador y un guerrero poderoso. No lo iba a mandar ninguna mujer. Pero cuando se volvía enfadado le vino otro recuerdo: el del placer y el de su deseo, y se rindió a él. Recogió unas plantas de saponaria, se despojó de su chaqueta, de las largas polainas de cuero, del taparrabos, del vendaje de la herida y de los mocasines y se zambulló en las frías aguas, en la ribera de enfrente donde el río era profundo, allá donde intentó llegar el gran jabalí herido. Regresó a la cueva alegre. Allí estaban sus compañeros. Hablaban con creciente excitación de la cacería del ciervo. La berrea se estaba extendiendo y los grandes machos habían iniciado sus combates por las hembras. Paso de Lobo los conduciría en cualquier momento al gran navazo, en medio del monte cuyas orillas habían convertido los venados en el lugar de sus combates.

—¿Ojo Largo estará listo para venir con nosotros?

—Mi pierna ya ha sanado.

—Aún renquea.

—No estorbaré.

Pero deseó que no fuera al día siguiente cuando el jefe diera la orden de iniciar la gran cacería.

Esa noche hizo algo más. Se cortó el pelo con una delgada navaja de

pedernal y también se dio un repaso a algunas zonas donde la barba se había enmarañado y alargado en exceso.

Al día siguiente, antes de acudir a la cura, fue al fuego de Velluda. Su hermana Oropéndola tenía ya listo el collar con los dos colmillos de jabalí. Los había unido con un firme enganche que permitía su apertura y cierre. Y también había pasado las dos amoladeras con una delgada cinta de cuero para que su hermano las pudiera lucir al cuello.

—Oropéndola está feliz por la valentía de su hermano. Será el mejor de la horda de Nublares, será jefe como lo fue su padre —le dijo con orgullo.

Desde niña Oropéndola sólo había mirado por los ojos de su hermano. Desde muy pequeña lo seguía por donde iba, sintiendo por él una absoluta devoción. Lamentó mucho que su hermano mayor tuviera que bajar a la cueva, pero se sentía tremendamente orgullosa de sus hazañas. Para ella no había nadie que superara a Ojo Largo, era el reflejo de aquel padre que recordaba poderoso y fuerte.

Él remoloneó en las cercanías del fuego de su familia hasta que comprobó que el brujo Huesos no estaba en el campamento y había salido con los hombres. Entonces se dirigió a la cabaña de Mirlo. Caminó erguido hasta la piel de entrada. Iba resuelto, pero nada más entrar le atrapó la timidez y se sintió enrojecer. Tan sólo balbuceó unas palabras y extendió las manos. En ellas como una ofrenda estaba el collar de colmillos.

Ojo Largo había pensado entregárselo con un gesto altanero, pero fue aquel otro el que le salió. Fue entonces cuando la sonrisa burlona de Mirlo se dulcificó en un gesto de ternura y una sombra acuosa pasó por sus ojos. Lo recogió. Se lo puso y tras acariciarlo se pasó las manos por los pechos para después llevarlas hasta el cuello de Ojo Largo, enroscarse en él, atraerlo hacia sus labios y darle un largo y húmedo beso.

Él se lo devolvió con torpeza y la abrazó con fuerza. Mirlo se apretó contra su cuerpo tan intensamente que él la sintió por toda su piel. Era sinuosa y redonda, sus piernas se entrelazaban con las suyas y sentía las mórbidas redondeces de sus tetas aplastándose contra su pecho. La pelvis de ella inició un enloquecedor movimiento de invitación. Él quiso tumbarla. Ella se resistió.

—Espera. Desnúdame.

Levantó los brazos para que le sacara la túnica. Desnuda, su piel morena acariciada por el resplandor del fuego era aún más hermosa. Ella misma era un fuego. Pero aún no lo dejó llegar. Ahora era ella quien con mano diestra lo estaba desvistiendo, quien lo acariciaba y lo lamía, y una vez más llegó hasta su miembro y lo recogió amorosamente con las manos.

—Ven.

Lo arrastró con suavidad hasta un lecho de pieles. Se tumbó en él. Entreabrió los labios y los muslos y le susurró:

—Penétrame. Poséeme, mi niño, con toda tu fuerza y sin esperar. Como quieras hoy. No te pediré que esperes mi placer. Coge el tuyo.

Se abrió para que él pudiera entrar con toda facilidad en la cueva de los placeres. Ojo Largo bufaba de ansiedad. Ella hubo de dirigir la primera embestida. Luego él cabalgó enfebrecido a galope, tan urgente como rápido. No tardó en vaciarse dentro, y cuando acabó exhaló un fuerte suspiro. Hundió su cara entre los pechos de la mujer y la larga cabellera de Mirlo le cubrió como un manto. Después ella habló de nuevo:

—Ya me has tenido, Ojo Largo. Yo aún no. Pero habrá tiempo, mi pequeño cazador, habrá tiempo si callas y no dejas ver. Ahora vístete y vete.

—Volveré mañana.

—No. Mañana no. Enseñaré hoy el collar al hombre de este fuego y mañana él querrá quedarse aquí. Espera mi señal. Tu herida ya no necesita ser curada cada día. Vuelve dentro de tres días o mejor cuando regreséis de cazar el ciervo. Porque será mañana cuando partáis.

—¿Cómo lo sabes?

—El brujo, el jefe y Voz de Ciervo han ido hoy a por tierra roja y negra para los ritos de caza de esta noche.

Los jóvenes estaban excitados. El chamán había bajado a la cueva. Había penetrado por una hendidura de la izquierda, por la que se llegaba a su recinto privado, al que absolutamente nadie, aparte suyo, tenía permitido el acceso. La entrada estaba protegida por una gruesa piel que colgaba del techo hasta el suelo, donde se enterraba su parte inferior. Al otro lado, en la oscuridad, los hombres sabían que acechaba la muerte. Allí se depositaban las calaveras de los enemigos sacrificados en rituales. Sólo el brujo podía entrar en ese lugar, ningún otro se había atrevido a traspasar esa barrera mágica. Sabían que allí

estaban los restos de los más feroces enemigos, los grandes cráneos de los Hombres Antiguos a los que sus antepasados habían vencido y las delicadas calaveras de las doncellas que habían sacrificado a la Estrella del Alba.

El brujo se encerró allí la tarde entera. Se escondía ya el sol cuando el jefe y los otros hombres fueron a buscarle. Todos llevaban sus armas. Las depositaron en la entrada de la cueva y luego apartaron la losa que cerraba el acceso al pasadizo por el que desde la gran sala central se llegaba al recinto de las ceremonias. Se encontraba en lo más hondo de la cueva, donde sólo podían entrar los cazadores que habían superado los segundos ritos de iniciación y habían dejado marcada su mano junto a las de todos los hombres que formaban y habían formado la horda de Nublaires.

Una vez abierto el paso, el jefe se dirigió a la puerta del brujo, ordenó a los jóvenes que se apartaran hacia la entrada de la cueva y llamó a Huesos. Éste brotó de su recinto. Se había pintado el cuerpo de color ocre y se cubría con una piel de venado rematada en la parte superior del cráneo del animal con su cornamenta, que se encasquetaba en la propia cabeza del brujo. En las manos portaba un recipiente lleno de un caldo humeante. Cada uno de los hombres llevaba una antorcha en la mano y, precedidos del brujo, penetraron en el pasadizo. Primero Paso de Lobo, después Piel de Jabalí, a continuación Voz de Ciervo, quien llevaba en las manos dos recipientes con material para pintar y sendos pinceles hechos con pelo de cola de tejón para aplicar a la pared los materiales. Tras ellos iba Sombrío con un gran brazado de leña. Eran los cinco adultos de la horda. Pocos. Pero pronto pasarían algunos jóvenes sus ritos de iniciación y cubrirían los huecos de aquellos que fueron hacia las tierras de los claros con Halcón en la Llanura y no regresaron jamás.

Los hombres se alejaron con el resplandor de las antorchas por el pasadizo salmodiando un monótono canturreo cuyos preludios eran marcados por el brujo.

Una vez en el recinto de las ceremonias, Paso de Lobo encendió el fuego en el centro. Tardó en prender por la humedad, pero finalmente se elevaron las llamas. A su luz se pudo ver el techo de la cueva. Allí, en un rincón, estaban las manos; en el otro lado, los animales.

El brujo saltó hacia el fuego y comenzó un nuevo canto. Luego bebió un largo trago del tazón humeante y se lo pasó al jefe, que también bebió y se

unió a la danza después de darle el cuenco a Piel de Jabalí. Éste se lo ofreció a Voz de Ciervo, quien, finalmente, se lo dio a Sombrío para que bebiera. Los cinco hombres en corro danzaron alrededor de la hoguera. Estimulados por el líquido preparado por el brujo a base de datura y belladona, su ritmo aumentó al igual que el volumen de su canto hasta conjuntarse en un alarido final.

No duró mucho la danza. A una señal del chamán dejaron de bailar, y por turno, una vez más precedidos por Paso de Lobo, se dirigieron al rincón de las manos. Allí pusieron las suyas sobre sus propias marcas hechas el día de su iniciación, y gritaron su nombre y el de su ser protector. Luego regresaron junto a la hoguera y se sentaron en círculo. Era el turno de Voz de Ciervo. Éste buscó un saliente idóneo de la roca y se aplicó a su tarea. El brujo inició una nueva salmodia: era un canto al venado en celo, el mismo que estaba surgiendo de los dedos y los pinceles de Voz de Ciervo. Era un gran animal, un macho con la cuerna de muchas puntas, espléndido y en su plenitud, captado en lo más intenso y enloquecido de su bramido de celo. Cuando estuvo acabado, cada uno de los hombres cogió una flecha y con ella en la mano hizo el ademán de herirlo, tocando levemente con la punta la figura recién pintada. Tras ello, Huesos regresó junto al fuego y danzó imitando los saltos del animal. Primero solo, después rodeado de los cazadores. La escena fue pronto una cacería cuyo final fue la gran cabeza astada caída a los pies de los hombres de la horda de Nublares.

Por fin salieron. Taparon de nuevo con la losa el paso al recinto de las ceremonias. Era ya de noche. Ya no volverían a subir al campamento. El fuego ardía vivo en el centro de la sala. Los jóvenes habían preparado una cena abundante a base de carne asada y pescados. El brujo cogió su ración y se marchó a su recinto, haciendo caer tras él la cortina de piel. Luego los cazadores se sirvieron, y sólo cuando tuvieron sus raciones, les tocó el turno a los jóvenes. Éstos habían permanecido en un expectante silencio mientras había durado la ceremonia de la que sólo les llegaba el eco de algún canto. Todos ansiaban que llegara el día en que ellos penetraran por el pasadizo y pudieran ser considerados verdaderos guerreros y cazadores. Ahora tan sólo eran aprendices; aun así, en condiciones normales o en otra horda más numerosa, hubieran tenido aún menos protagonismo en la cacería que se avecinaba, pero dada la escasez de hombres maduros en Nublares su

participación se hacía necesaria.

Ahora todos estaban a la expectativa de quiénes serían los elegidos, pues además del brujo, exento de participar en las grandes partidas de caza, otros dos más quedarían en el campamento.

Ojo Largo era el que estaba más tenso. Recordaba las palabras del jefe y las temía. Deseaba ir, aunque otra parte de sí le retenía. Tal vez así tuviera una oportunidad de acercarse a Mirlo aunque Huesos rondara cerca. El brujo le había dado miedo aquella tarde, pero su deseo era más intenso que el miedo a los espíritus que pudiera atraer el chamán. Además, el olor del cuerpo de Mirlo prevalecía aún sobre su piel y le llenaba de recuerdos y de una sensación de plenitud. Ojo Largo recordaba que su padre no había tenido en mucha estima al brujo. Lo utilizaba. Halcón en la Llanura prefería los oficios de una sanadora a todas las salmodias de los chamanes. Su madre, la Torcaz, la matriarca de la horda de las Peñas Rodadas, le había inculcado esas ideas y parecían una señal distintiva de su estirpe. Los hombres normales temían a los brujos, y éstos temían a los descendientes de la Torcaz. Quizá eso era lo que Mirlo había presentido. La osadía del muchacho y su desprecio al hombre al que ella también despreciaba. Pero eso Ojo Largo aún no lo sabía. Ahora temblaba; en realidad su mayor deseo era ir a la gran cacería, y temía no estar entre los elegidos.

Sus temores se cumplieron. El jefe lo señaló junto a Colmillo de Lince para quedarse en el campamento. Iba a levantarse rabioso y a protestar cuando lo paró el brazo de Viento en la Hierba y la voz del Oso.

—Que vaya Ojo Largo. Ayer el hombro de este joven se dislocó en una caída. La mujer Mirlo ha encajado de nuevo el hueso en su sitio, pero no vale para apuntar el arco ni para arrojar la lanza. El Oso sería un estorbo. Ojo Largo camina ya bien.

El jefe, a quien no había pasado desapercibido el gesto de rebelión de Ojo Largo, hizo un gesto de desagrado, pero lo contuvo rápidamente. Ya disciplinaría a aquel joven desvergonzado y valentón. Ahora lo importante era el clan. Paso de Lobo expuso su plan.

—Cercaremos el navazo donde los ciervos combaten. Cuando llegue la noche los rodearemos. Será allí donde Paso de Lobo diga el sitio de cada uno. Viento en la Hierba es rápido, también corre veloz Colmillo de Lince. Por

eso, uno viene y el otro se queda. Serán los enlaces. Si el campamento sufre algún ataque Colmillo llegará rápido con la alarma. Si la caza es buena, Viento avisará a las mujeres y éstas vendrán donde los cazadores para ayudar a desollar, destazar y acarrear las presas al campamento. Los jóvenes deberán llevar arco y todas sus flechas. Que cojan también los venablos ligeros que se puedan arrojar con lanzaderas, un hacha y un cuchillo. No es necesario llevar las lanzas fuertes. Cazaremos el ciervo, no el bisonte ni el jabalí.

Fue una noche corta. Cargada de relatos de caza que los jóvenes bebían de los labios de los que las habían protagonizado.

—Cuando el venado brama, no oye, no ve. El celo lo deja ciego y sordo. Ésa es la oportunidad del cazador —enseñaba Voz de Ciervo.

Pero no sólo de caza, los jóvenes también quisieron saber de los parientes, los clanes amigos y los enemigos. Fue Paso de Lobo el encargado de aleccionarlos.

—Las tribus amigas del río Arcilloso son tres: la de Nublares, la de las Peñas Rodadas y la del Cañón del Río Dulce que vierte en el Arcilloso sus aguas. La horda de Nublares está más al poniente. La de las Peñas Rodadas está a mediodía y la del Río Dulce se encuentra en el naciente. Somos parientes de ambas. Entre las gentes de Peñas Rodadas y nosotros hay hermanos que se han criado al mismo fuego. La gran matriarca de las Peñas Rodadas es la Torcaz. El jefe es Azor en el Bosque, hermano de Halcón en la Llanura, que vino a esta horda, fue el primero en la fila de caza, y tuvo dos mujeres, la Velluda, que le dio a Cara Ancha y Nutria, y Arroyo Claro, que le dio a Ojo Largo y a Oropéndola. Halcón desapareció durante una expedición a la tierra de los claros. También perecieron entonces los padres de los Dos que Caminan Juntos, la Grajilla, que era mujer de Huesos, y el padre y el hermano de Mirlo, a la que entregamos a Huesos para que la sustentara, pues su madre había muerto al parir a un niño que pereció con ella. Fue una partida aciaga. Nadie supo nunca lo sucedido. Tan sólo que nunca volvieron.

—¿Por qué los mataron los claros?

—¿Los claros han sido siempre nuestros enemigos, jefe?

—Hubo un día que combatimos juntos contra los Hombres Antiguos. Con ellos dimos la última batalla en las cuevas sobre la laguna de las Sombras. Todo el pueblo de los Hombres Antiguos pereció. Sólo alguna mujer fue

traída prisionera. Una de ellas la tuvo un jefe y la hija de la hija de su hija fue la Velluda. Pero luego estalló la guerra con los claros. Hace mucho. No recuerdo. Sé que nosotros les robamos sus mujeres y ellos nos matan cuando caemos en sus manos. Halcón capturó a Arroyo Claro, y Ojo Largo y Oropéndola son sus hijos.

—¿Son muchos los claros?

—Más que nuestras tres hordas juntas, pero nunca atraviesan la llanura. Viven en las serranías y muy pocas veces dejan la protección de sus montañas.

—¿Y nosotros, la horda de los Nublares, de dónde venimos?

—Somos el viejo clan. La cueva fue antes que nada y en ella están los espíritus y las manos de todos nuestros antepasados. Luego algunos fueron aguas arriba, hasta el altozano de las Piedras Rodadas, y allá, sobre el promontorio del recodo del río y en la pequeña isleta que forma sus dos brazos, se establecieron. Más tarde algunos fueron aún más hacia el naciente y llegaron al río de aguas dulces y limpias que vierte en el nuestro. Lo siguieron y encontraron el cañón de paredes de roca que caen del cielo, y se establecieron en sus grutas. Nosotros hoy sólo somos seis fuegos, pero seremos más cuando algunos de vosotros tengáis el vuestro la próxima temporada de la hierba nueva. Ahora los fuegos son el que os he dicho de la Velluda, único sin hombre pero con dos hijos que ya cazan en la cueva. El mío con mis dos mujeres, Mimbera, que me ha dado a la joven Corzo y dos niños, y Cielo en los Ojos, que conseguí hace dos inviernos de los claros. En el fuego de Piel de Jabalí, el más fuerte de nuestros cazadores, vive el más viejo de la horda, el anciano Costilla Grande, que fue un cazador de los primeros. Piel de Jabalí ahora sólo tiene una mujer, pues la otra murió en el parto, cuando le trajo a Perdiz. Avutarda le ha dado el Oso y ahora cría otro hijo y una niña. Voz de Ciervo es quien captura a los animales en las paredes. Su mujer es Luna entre Nubes. Viento en la Hierba ha heredado la velocidad en las piernas que tuvo su padre. En ese fuego se calientan Agachadiza y dos mellizos que llegaron hace un año. El fuego del Tallador fue antes de Pantera en la Noche, a quien mataron los lobos un año de grandes nieves. En su cabaña vino el Raboso de su mujer Vuelvepiedras, la que siempre busca, y ahora le ha traído a Sombrío, a Colmillo de Lince y a su hermana mayor

Escarcha. El fuego del chamán tuvo antes a la Grajilla y allí siguen las viejas Grajas, su madre y su tía, que lo mantuvieron cuando yo ni era un niño. La Grajilla fue la nueva curandera cuando la madre de Mirlo, la sanadora, murió de parto, cuyo padre y hermano perecieron también con la Grajilla. La Grajilla murió, ya os lo he dicho, en la expedición de Halcón en la Llanura y yo le di la mujer Mirlo a Huesos. El fuego de Velluda ya os lo he contado.

—¿Y de dónde vino Huesos? ¿De dónde su poder? ¿Vivió con los jóvenes en la cueva?

—No. Él vino del Gran Río Hundido, del río Tajo que llaman. Estaba enfermo y se quedó a morir. Pero sanó. Volvió del delirio de la muerte con visiones. Y también interpretaba las nuestras. Fue ya el brujo de tu padre. Y ahora me interpreta a mí los destinos.

Ojo Largo calló. No creía que el viejo Huesos viera tanto. A su padre siempre le decía lo que el brujo sabía que le gustaba oír.

—¿Cuándo nos encontraremos de nuevo con los clanes hermanos?

—Cuando vuelva la hierba nueva después de la estación de los hielos. Este año la reunión será en el cañón del río Claro. Subiremos primero al encuentro del clan de las Peñas Rodadas y luego iremos todos al río Dulce.

—¿Los otros clanes son más numerosos que los nuestros?

—El más grande es el de la Torcaz y su hijo Azor, en la Arboleda. Si para el nuestro sólo hacen falta cuatro veces las dos manos para contarnos, a ellos hay que contarlos por dos veces nuestra gente y aún más. El clan del Dulce es más pequeño. Muy parejo al nuestro.

—¿Es tan hermosa la joven que llaman la Garza del clan del Río Dulce?

—Lo es. Y su voz canta como un río entre las piedras.

—¿Y tiene ya un fuego y un hombre?

—Cuando nos separamos no quiso ir a ninguno ni de su clan ni de los nuestros.

Soñaron los jóvenes con la belleza de la Garza. Todos menos Ojo Largo. Él tenía sobre su piel el olor de Mirlo y la noche se lo estaba volviendo deseo.

Al amanecer la fila de diez hombres abandonó Nublares y se dirigió hacia los grandes bosques que poblaban los montes que en escalera venían desde donde nace el sol, entre las tierras del río Arcilloso y las de las tribus y clanes del Gran Río Hundido, a muchos días de camino. Los cazadores caminaron

con paso y semblante alegre con el perro de Ojo Largo trotando delante y desapareciendo de vez en cuando en la maleza para regresar siempre junto a su amo.

La vereda, transitada desde antiguo, se extendía primero por la falda de un monte hasta llegar a una fuente, Naguafría, conocida por todos, pues era de las pocas que manaba en la estación seca. Junto a la fuente estaba la meseta arbolada del Zancajo y la del Puerco, habituales bebedores de mamíferos y aves que descendían desde sus refugios boscosos para refrescarse. Los tres eran lugares habituales de espera y acecho para los cazadores de Nublares.

Hicieron alto en Naguafría y desde allí se dividieron en dos líneas. La primera cogería altura hacia la meseta arbolada y luego giraría para dirigirse por el chaparral hacia naciente. Encabezada por Sombrío, estaría compuesta por todos los jóvenes menos Cara Ancha. La otra línea, formada por éste y los cazadores Paso de Lobo, Piel de Jabalí y Voz de Ciervo, seguiría faldeando por las laderas hacia naciente, y al llegar al barranco del Conejo, ascendería con rapidez para apostarse y abatir alguna pieza.

Los jóvenes, pues, harían de ojeadores e intentarían llevar presas hasta los arcos de los tres mejores cazadores, acompañados de Cara Ancha. Éstos se situarían con el viento a favor en una línea de piedras rematada en su parte más alta por la Roca del Búho, desde la que se atalayaba la costera de enfrente y se dominaba el barranco y los pasos de la caza por él.

Esta forma de cazar utilizando a los jóvenes como ojeadores que con voces y ruidos empujaban a las piezas era habitual en el clan de Nublares y solía dar buen resultado.

Lo importante era que los cazadores afinaran luego su puntería en los pasos, tanto con los arcos como con los propulsores de venablos. Paso de Lobo era buen arquero, y a Piel de Jabalí y Cara Ancha les gustaba más usar los venablos con lanzadera.

La jornada no fue mala. Una vez más, el protagonista de aquella emboscada fue *Nariz*. El perro movía más monte que todos los hombres y hacía levantar con sus ladridos un buen número de piezas, sobre todo las pequeñas.

Ojo Largo disfrutaba lo mismo que sus compañeros gritando y aullando a

pleno pulmón. Caminaba entre alaridos gozosos por el espeso chaparral, buscando los recovecos y las veredas para deslizarse entre el boscaje. Empezaban a cambiar de color algunas hojas y a aparecer los primeros hongos en el suelo húmedo por las primeras lluvias. La mañana era limpia, y al mirar hacia el norte la sierra de los Claros se perfilaba con toda nitidez sobre el horizonte, con los picos asomando en la lejanía.

Los jóvenes llegaron sudorosos al barranco sobre el que se apostaban los cazadores y por los gestos supieron que algunas piezas habían sido abatidas. *Nariz* llevaba en la boca una liebre atravesada por una flecha.

—La hubiera perdido porque el flechazo fue trasero y el animal se ocultó en la maleza, pero el perro ha llegado por el rastro —dijo *Voz de Ciervo*, que había conseguido flechar otros dos conejos y un zorro, que nada más comenzar los gritos había intentado deslizarse entre los cazadores.

Piel de Jabalí tenía otra liebre y un conejo en su haber y se lamentaba de haber fallado con la lanza a un corzo. El jefe, *Paso de Lobo*, había matado una mano entera entre conejos y liebres, además de una hembra joven de corzo. Pero el más feliz era *Cara Ancha*, quien había cobrado un jabalí bermejo de dos temporadas, abatido limpiamente con un certero lanzado. Tenía además a sus pies un hermoso lince con una flecha en el costado, al que había rematado con lanza. Había tenido el puesto más cubierto, por el que era difícil ver pasar las presas, pero el lince había buscado por allí su huida y había encontrado la muerte por la mano del silencioso cazador, que lo esperó hasta que lo tuvo a tiro.

—Llegó como una sombra. Pero oí su paso en la hojarasca.

Paso de Lobo estaba contento. Las liebres, los conejos, la corza y el jabalí servirían para que ya no hubiera preocupaciones por la propia subsistencia durante los días que durara la cacería del ciervo. El jabalí se guardaría para el poblado. Además de que los cazadores preferían la carne fresca a los tasajos ahumados que llevaban como raciones de emergencia. El que hubiera salido tan bien era sin duda el mejor presagio. El ambiente de la partida era risueño y esperanzado.

Hicieron fuegos al resguardo de la Roca del Búho, asaron los conejos y las vísceras de la corza y guardaron en sus macutos de viaje el resto del animal troceado y las liebres. *Cara Ancha* despellejó a su lince y *Voz de*

Ciervo a su zorro. Los cuerpos los tiraron. Sólo cuando el hambre acechaba se comían a los felinos y al zorro. No tenían buena carne. Pero sus pieles, sobre todo la del lince, eran codiciadas.

El grupo se puso de nuevo en marcha. Paso de Lobo ordenó ahora silencio. Caminaba hacia naciente, justo por el mismo viso de los montes, bordeando la gran mancha boscosa. Y de allí no tardó en llegar rebotando en el cielo de la tarde el profundo bramido de un ciervo macho, que pronto fue retado por un rival.

Un estremecimiento recorrió la piel de los cazadores, y los jóvenes no pudieron evitar algunos gestos. *Nariz* se inmovilizó mirando hacia donde había surgido el ronco bramido, pero antes de que se lanzaran en esa dirección y atendiendo a un gesto de Paso de Lobo, Ojo Largo lo ató con una correa de nuevo. Ahora caminaría sujeto a él. Según se acercaban a su destino, la berrea crecía en intensidad. Al atardecer el espacio estaba inundado de las voces ásperas, broncas y apasionadas de la llamada sexual de los venados entremezclado con el seco chasquido de las cuernas al chocar furiosamente. Los cazadores siguieron hacia ellas en silencio.

Había salido la luna en cuarto menguante y a su lado aquella estrella que era la primera en aparecer. El sol se había marchado. El cielo aún seguía siendo azul oscuro.

Acamparon pronto. Conocían un reducto idóneo, un refugio en una pared de rocas calizas suficientemente grande para cobijarlos a todos. Restauraron rápidamente el cortavientos de piedras, prepararon la cena escuchando el creciente clamor de la berrea. El jefe explicó su plan para la noche siguiente.

—Los ciervos combaten en el gran navazo que aún tiene un poco de agua en el centro. En ese gran claro rodeado de monte se concentran las hembras. Los machos salen del bosque y luchan contra los que tienen a las ciervas. El vencedor las monta y los vencidos se esconden en el bosque a esperar que los más grandes y robustos se agoten para intentar conseguir una victoria.

Paso de Lobo dibujó luego en el suelo el lugar y a su alrededor fue poniendo redondeles, excepto al sur, donde trazó un pasadizo que conducía a una rotonda.

—Rodearemos el navazo. Llegaremos de tres direcciones. Empujaremos a las reses con antorchas hacia una única salida: esta rotonda, que es una

depresión rodeada de rocas. Cada uno debe saber cuál será su lugar y quién estará a su lado. Piel de Jabalí irá desde naciente con Cara Ancha, Sombrío desde el norte con Ojo Largo y el Raboso, desde poniente llegará Voz de Ciervo con Viento en la Hierba y los Dos que Caminan Juntos. Dejaremos abierto el paso hacia el sur, hacia la hondonada. Cerraré yo. Todos debéis correr una vez que los animales entren en la trampa para rodearlos por arriba. Desde allí disparad todas vuestras flechas, arrojad con vuestros propulsores hasta la última lanza. Luego bajaremos todos, cuando yo lo ordene, a rematar.

—¿Cuándo partiremos?

—Al alba. Los jóvenes seguid siempre a los cazadores que hemos reconocido el lugar estos días de atrás. No sigáis reses sueltas. Muchas huirán. Pero algunas han de llegar a la hondonada. Ahora que duerman los jóvenes. Esta noche vigilarán los cazadores. Aquí hay muchas presas y habrá también muchos carnívoros. Hace mucho tiempo que no sentimos al león, pero puede venir. La pantera, la hiena y el lobo están ahí fuera. Y ellos también quieren comer.

Ojo Largo se hizo un ovillo con su piel. Pero tardó en dormir. Desde aquella altura se dominaba todo el valle y las más pequeñas estribaciones que rodeaban el poblado de Nublares. Al fondo de la oscuridad, bajo las estrellas más lejanas, estaban las sierras de los Claros.

El bramido de los ciervos crecía en la noche, sus voces eran una llamada al sexo, potente, perentoria, enloquecida. No cesaban. Una subía, retumbaba, descendía y otra ocupaba su lugar. Ojo Largo miró en dirección a Nublares. Allí, a lo lejos, había un resplandor. Todos lo habían visto y señalado. Era la hoguera de su campamento. Y allí estaría Mirlo con su pelo negro acariciando su cuerpo moreno y redondo, el que él había gozado pero que ahora ansiaba poseer más que antes. El cielo de los ciervos lo llenaba de ansiedad. Clavó los ojos en aquel resplandor durante largo tiempo, luego los volteó hacia las hogueras del cielo y al bajarlos a la oscuridad, hacia las sierras del norte, un destello de luz apareció en la lejanía. Estaba sobre tierra y aquel fuego no era el de su clan. Su perro se rebulló en sus pies.

Supo, nada más abrir los ojos, cuando lo rozó la mano de Paso de Lobo, que ya no faltaba demasiado para el amanecer. Se incorporaron sin hacer ruido. En un instante estuvieron todos tras el jefe con las armas preparadas en

silencio y procurando pisar blando.

Paso de Lobo había elegido el camino por el que menos riesgo tenían de alarmar a las reses, aunque según se acercaban a la concentración algún animal daba una espantada entre los árboles y huía arrollando monte. Tropezaron también con una pequeña manada de lobos que devoraba a un viejo ciervo. La bordearon y siguieron su camino. Encendieron las antorchas. Él, Sombrío y el Raboso fueron los primeros en ocupar su posición, los otros desaparecieron. Debían esperar el gesto de Paso de Lobo. Todo el cuerpo de *Nariz* temblaba. Aguzó el oído. Sólo se oía la berrea y algún chocar de cornamentas. Por fin llegó el grito humano y él contestó con otro, soltó al perro e inició la carrera. Se arañó la cara y una rama le tropezó en la herida de la pierna, pero nada importaba. Veía el destello de otras antorchas que se movían a su lado. Gritando a todo pulmón llegaron con la primera luz del día al navazo. Enfrente vio antorchas que confluían hacia el pequeño embalse de agua. Muchos animales salían en estampida por los lados y escapaban. Un gran pelotón de ciervos se metió en el agua; pareció que iba a romper luego en dirección naciente a escapar de la trampa, pero ahí estaba *Nariz*. Se lanzó hacia ellas ladrando, mordió ijares, y aunque recibió algún revolcón y fue pisoteado, los ciervos en tropel tomaron el rumbo deseado. Algunos quedaron tendidos en el agua, pues los cazadores viéndolos agrupados habían disparado sus primeras flechas y arrojado algunas lanzas. Corrieron todos tras los animales que huían y vieron a Paso de Lobo que los dirigió con gestos rápidos a los bordes de la trampa. Llegaron sin recuperar el resuello, lanzaron todas sus armas contra los animales que se arremolinaban en el fondo. Ahora las voces de los ciervos ya no eran de celo, eran de dolor y agonía.

A los cazadores pronto no les quedaron proyectiles y tampoco quedaban casi animales en la hondonada. Los que no habían caído huían, unos arrollando ladera arriba, otros volviendo por el lugar de entrada. Entonces todos vieron a un impresionante venado que en una carrera desesperada, la impresionante cornamenta levantada, los ojos extraviados, se dirigía hacia el escape y vieron que allí, esperándolo, estaba Cara Ancha. Pareció que el ciervo lo arrollaría, que iba a aplastarlo, y casi no vieron moverse el brazo del hombre, ni cómo apenas a un paso arrojó con toda su fuerza su última lanza al tiempo que de un salto apartaba el cuerpo al choque con el animal. Éste dio

un gran salto y parecía que iba a seguir su carrera, pero lo que hizo fue voltearse violentamente hacia un costado, caer pesadamente sobre los matorrales, levantarse pataleando y volver a caer de nuevo, vencida ya la cabeza. Cara Ancha estaba a su lado y lo remató con el hacha, golpeándole entre los ojos.

Fue el inicio anunciado por Paso de Lobo para comenzar a rematar las piezas heridas. Lo hicieron con rapidez y las hachas actuaron con eficacia. Contaron seis animales muertos, cuatro hembras y dos machos no muy grandes. A ellos había que añadir el gran semental de Cara Ancha y una cierva más que *Nariz* descubrió agonizante en la espesura. En el navazo, dentro del agua, había otras tres reses, dos hembras y una jabata. La caza había sido buena.

Paso de Lobo abrió el ciervo grande e indicó a Cara Ancha que se acercara. Extrajo el corazón del animal y se lo entregó. Luego hizo un pequeño hoyo en la tierra y le indicó que lo enterrara. Los cazadores rodearon la escena, levantaron las lanzas sangrantes que acababa de recuperar de sus presas y pidieron perdón a los espíritus de los animales por haberlos matado. Luego dieron las gracias a los espíritus de la tierra por proporcionarles la carne que necesitaban. Paso de Lobo cortó entonces un brote tierno y se lo pasó entre los dientes al gran semental muerto.

—Te hemos dado gran ciervo tu último bocado y hemos enterrado tu corazón para que tus hijos se multipliquen sobre la tierra.

No había tiempo de más. La tarea que quedaba era dura. Viento en la Hierba recibió la orden y se apresuró a cumplir con la misión encomendada.

—Regresa pronto con todo el clan. Que vengan todos.

Antes había mucho que hacer. Lo primero, trasladar a las reses muertas al refugio en la pared. Era más seguro y más fácil de defender de los ataques de otros predadores. Mientras Viento corría, el resto sudó transportando las pesadas cargas. Entre dos hombres llevaban un animal colgando de una gruesa rama. Cuando acabaron, después de tres agotadores viajes, el jefe les permitió un descanso e hizo su primera reflexión sobre la cacería.

—El perro ha hecho por muchos hombres. Si cazamos con perros abatiremos muchas más presas. Ojo Largo deberá conseguir cachorros y enseñar a los cazadores a que cacen con ellos. Nadie en Nublares se comerá

los cachorros de los perros. Nos serán útiles.

Al atardecer llegó el resto de la horda, hasta las mujeres con niños de pecho; antes habían llegado los buitres, las hienas y los chacales. Pero era mucha la fuerza del clan y del fuego y se mantenían alejados.

Mirlo venía también. El brujo hizo un conjuro para que los espíritus de los animales muertos les perdonaran y todos se pusieron rápidamente a desviscerar y trocear a los animales para trasladarlos mejor al campamento de la cueva. Se aprovechaba casi todo. Los estómagos, por ejemplo, eran muy codiciados para hacer odres que servirían para transportar agua. Mirlo recogió también de los intestinos sustancias a medio digerir que luego utilizaría para hacer sus unguentos medicinales.

Trabajaron sin descanso y era noche cerrada cuando finalizaron su tarea. Ya había comenzado a llover y después el aguacero se hizo más intenso y frío. El olor a sangre, visceras, sudor y humedad era intenso, pero, amontonados, el clan dormía agotado en el refugio protegido por las hogueras y la vigilancia de los mejores y más fuertes cazadores.

El regreso fue penoso. Seguía lloviendo y la marcha fue difícil y agotadora, pero sabían que en Nublares tendrían un refugio, calor y pieles secas. Caminaron sin desmayo. En algún momento Ojo Largo volvió la vista hacia el lugar donde habían destazado a los ciervos y sobre él distinguió una gran corona de buitres que descendía. Llegaron empapados. Cada familia regresó a su fuego. Los jóvenes a la cueva. Del fuego del jefe bajó luego un enorme tazón de caldo para que todos se repusieran. Y en la hoguera se asó el cuarto trasero de una cierva.

Reconfortados y tras descansar un poco, la excitación volvió. Todos contaban la gran aventura y todos admiraban la hazaña de Cara Ancha. El jefe le había entregado el frontal con la cuerna de dieciséis puntas de su víctima, que ahora descansaba junto a sus pieles.

Ojo Largo quiso alegrarse de la fortuna de su medio hermano.

—Halcón en la Llanura estará orgulloso de su hijo. Los hijos de Halcón destacan en el clan de Nublares.

—No hables por mi boca. Mi corazón no es el tuyo. Es mi mano quien ha herido al ciervo, pero es el clan quien lo ha cazado. Tú, Ojo Largo, no quieres al clan, sólo deseas subir sobre él. Tu perro es mejor que tú. Él caza y no

exige otra cosa que su ración. Tú pides poder. Quieres ser jefe, pero no tienes corazón de jefe. Paso de Lobo lo tiene. Él daría todo por el clan. Tú quieres coger todo el clan.

Nunca había hablado tanto Cara Ancha. Ojo Largo retrocedió como si lo estuvieran golpeando con furia en la cara. Su medio hermano lo insultaba ante todos los jóvenes. Humillado y confundido, se dio la vuelta y salió a la plataforma exterior. Tras él fue Viento en la Hierba, su amigo quiso hablarle, pero él no quiso escuchar.

—Cara Ancha no es mi hermano. Es el peor de mis enemigos. Ahora lo sé.

Esa noche habría una gran fiesta, se comería y se bebería. Quizá fuera el gran triunfo de su medio hermano, pero él buscaría a Mirlo.

Una gran fogata ardía en el habitual puesto del vigía, y otras en el centro del campamento fortificado. Los jóvenes subieron desde la cueva vistiendo sus mejores pieles y llevando al cuello sus trofeos más preciados. Los cazadores adultos sonreían al verlos, pero ellos también lucían orgullosos los recordatorios de sus hazañas: las garras de una pantera o de un oso. El jefe mismo se había colocado su piel de lobo con la cabeza del animal sobre la suya y llevaba en la mano el bastón de marfil, tallado en un colmillo de mamut, símbolo de su jefatura y primacía sobre el clan de la cueva.

Las mujeres se habían puesto vestidos de piel vuelta, calzaban ligeros mocasines cosidos con tiras coloreadas y llevaban toda suerte de abalorios: collares de conchas, de cuentas de piedras verdes, de alabastro, de cristales de roca, anillos y pulseras. Mirlo estaba hermosa. Había peinado con esmero su largo pelo negro con un pequeñísimo peine de hueso que Ojo Largo le había visto en su cabaña y se había remarcado, no sabía con qué sustancia, sus cejas y también sus largas pestañas. Se había puesto flores en el pelo como algunas otras mujeres y llevaba una preciosa pulsera de alabastro translúcido. No lucía, sin embargo, el collar de colmillos de jabalí; llevaba uno de hermosas cuentas verdes y conchas nacaradas de minúsculos mejillones de río.

Los niños corrían y jugaban alborozados. Las madres gritaban. Los jóvenes se pavoneaban ante las muchachas que se habían reunido en un par de grupos compactos para soportar mejor el asedio de miradas y gestos y poder cuchichear entre ellas. Paso de Lobo y sus tres cazadores contemplaban

con arrogante satisfacción la escena. Huesos se mantenía algo apartado, atento al gesto del jefe.

La Velluda con las otras mujeres estaba acabando de preparar la cena. Era tiempo de abundancia y el clan comería hasta reventar. El tiempo frío acechaba ya por el norte y con él descendería el hambre. Pero eso sería después de algunas lunas.

La de esta noche alumbraba una enorme cantidad de provisiones en cestillos tejidos con aneas, atolas y mimbres. Había toda suerte de frutos secos (nueces, avellanas y almendras crudas y bellotas asadas), de bayas, sobre todo dulcísimas moras, y también manzanas y peras. Sobre una esterilla estaban las carnes ahumadas, tanto de grandes truchas como de tiras de venado, corzo, caballo y bisonte. En otra había caracoles, cangrejos y algunos mejillones, no muchos porque no era la estación. Los caracoles solía ser plato obligado en verano y había quien llegaba a aborrecerlos tanto como a los cangrejos. Otros los devoraban con fruición.

Una gran vasija de arcilla, recibida de sus parientes de las Peñas Rodadas, que cocían la arcilla mejor que ellos, contenía un sabroso caldo de verduras, carne y huesos. Pero lo mejor, lo sabían todos, estaba en el horno que la Velluda cuidaba y que destaparía en el momento preciso. Se había excavado primero un gran hoyo en la tierra donde se había puesto un gran lecho de hojas, sobre las piedras calientes recién sacadas del fuego, más hojas y encima verduras y frutas de todas clases. Todo ello se tapaba luego con hojas y tierra. Para unos ésta sería la parte culminante del festín, mientras que otros preferían el asado que iba a prepararse en la fogata del vigía cuando las llamas hubieran dado lugar a ardientes brasas. Una cierva partida en dos estaba ya clavada en vertical a ambos lados de la hoguera, bien sujeta con fuertes estacas al suelo. El vigía tendría que ir girando de vez en cuando para que se asara por ambos lados.

También se comerían en el festín el jabalí pequeño que habían abatido en la cacería al que habían limpiado la piel de pelos y porquería echándole agua hirviendo por encima y utilizando rascadores. Había también una golosina final. Los cazadores habían descubierto un panal y logrado con humos y bastantes picotazos quitarles su dulce hogar a las abejas. Habían derretido los panales y ahora la miel granulosa era una tentación para todos. Y todos desde

la niña más pequeña al jefe tuvieron su ración.

Fue la noche del triunfo de Cara Ancha. Porque cuando todos estuvieron ahitos llegó la hora del relato. Cara Ancha se vio obligado a contar una y otra vez su hazaña la cual fue obligado a representar ayudado por un cazador que hizo de ciervo. Entonces la Velluda se dirigió a la casa de las pieles donde se secaban ya las de los animales desollados tras la cacería y reapareció con la impresionante cuerna. Había cortado y descarnado el frontal hasta dejar blanco el hueso, sobre el que se sustentaba la cornamenta. Después de la danza la Velluda se lo entregó a su hijo en medio del alarido del clan. Pero Cara Ancha lo devolvió con un gesto.

—Sobre las cabañas de los fuegos de los cazadores hay trofeos. Sobre el de Paso de Lobo la cuerna de un bisonte, sobre las otras cabañas hay cuernos de gamos, de cabras montesas o de venados. Desde que el Halcón en la Llanura no volvió los trofeos desaparecieron del frontal del fuego de mi madre. Su hijo quiere que cuelgue éste si al clan no le parece contra las costumbres.

No. El clan aprobó con un rugido de admiración. Fue el triunfo de Cara Ancha, de la fuerza del clan unido. Alguna mirada, sintió sobre todo la de Paso de Lobo, cayó sobre Ojo Largo. Y no era clara. Sabían a quién había entregado el collar de colmillos de jabalí, y aunque lo había hecho por agradecimiento a la sanadora, había algo malsano en el regalo. Algo malsano que también había existido en su caza en solitario y en lo que quiso hacer ver con ella.

Esa noche fue triste para Ojo Largo. Se sintió desplazado por los otros jóvenes y las muchachas no lo admiraban, Paso de Lobo desconfiaba de él y Mirlo no había querido lucir su collar. Hubiera querido beber de aquellos fermentos que el brujo preparaba para la fiesta del reencuentro, tras la dispersión de la época fría, y que bebían sólo hombres y mujeres ya con sus ritos de iniciación, o comer aquellos hongos que prodigaban en la fiesta de la transgresión, y que él había probado furtivamente en una ocasión; le habían producido visiones y sueños. Quería cualquier cosa menos estar allí, sentado solo en medio del bullicio, y la alegría de todos. Había buscado la mirada de Mirlo, y ésta le había rehuido refugiándose en el grupo de mujeres. Sólo Oropéndola se acercó a él.

—Mi hermano está triste. ¿Acaso no ha sido él uno más de los cazadores?

—Parece que sólo haya cazado Cara Ancha —contestó resentido.

Su hermana le miró con dulzura.

—No se amargue tu corazón. Si miras bien, verás que más de unos ojos de muchacha están pendientes de ti, y no les importaría perderse contigo en la oscuridad en cuanto no haya nadie mirando.

—¡Buf! No quiero juegos.

—Pues antes bien jugabas con Corzo o con Agachadiza —se rió picaramente Oropéndola.

—Juegos de niños —bufó malhumorado el joven.

—Más que de niños, lo sé. —No se dio por rendida ella.

Ojo Largo hizo un gesto furioso y le gritó cada vez más enfadado. Su hermana se quedó muda, con los ojos arrasados repentinamente por las lágrimas. Él, de pronto, se dio cuenta de su brutalidad. Quería a su hermana. No podía hacer daño a quien venía a su lado.

—Ojo Largo tiene esta noche tan mal la cabeza que grita a su hermana —le susurró mientras la abrazaba con ternura—. Que su hermano no le meta a ella también la tristeza en el corazón. Vete a jugar tú con los jóvenes, que también yo he visto ojos pendientes de ti. Pero cuidado con los juegos, que los que hay en la cueva ya dan leche de hombre y no quisiera que en el fuego de la Velluda hubiera un niño más y sin haber aún un cazador al frente.

Oropéndola recobró su sonrisa y alegría, se puso colorada, abrazó a su hermano y se fue con el grupo de jóvenes.

Ojo Largo acarició a su perro que permanecía inmóvil a sus pies. No, él no jugaría.

Aquellas noches las jóvenes burlaban más el control de sus mayores. No era raro, ni el clan condenaba por ello que alguna muchacha acabara quedándose preñada. El hijo era acogido en el fuego de la familia. Luego, cuando la joven se apareaba definitivamente con algún cazador, el niño iba con ella. El padre podía ser otro de los jóvenes o, con más posibilidad, algún cazador adulto, pues éstos no dejaban de acechar a las muchachas, buscándolas para sus fuegos, bien para acogerlas en ellos, o bien para montarlas en alguna oportunidad. Ojo Largo sabía que la animadversión de algunos cazadores se debía precisamente a la predilección que algunas

jóvenes tenían por hacerse las encontradizas con él en alguna soledad cerca del río o mientras recolectaban frutos o bayas en el monte.

Pero esa noche dio la espalda a la fiesta, salió del recinto fortificado y fue a hacer compañía al vigía, quien se había quedado solo después de que se hubieran llevado el asado de ciervo de la fogata. Era el Oso; aunque su robustez no lo hiciera suponer, él y Colmillo de Lince eran los de menos edad de todos los jóvenes. Era mucho más corpulento que éste e incluso que los dos gemelos o Viento en la Hierba, mayores que él. Sólo Cara Ancha le aventajaba en fuerza y Ojo Largo en estatura. El hijo de Piel de Jabalí y Avutarda era un muchacho silencioso y pacífico, pero increíblemente robusto. Cuando bajó a la cueva hubo quien, como el Raboso, el más viejo de todos los muchachos y también el más enclenque, o los dos gemelos, pretendió dominarle. Él pareció obedecer sumiso hasta que un día el Raboso y los Dos que Caminan Juntos fueron demasiado lejos. El Raboso se encontró arrojado como un trapo en el fondo de la gruta, y con los hermanos, el Oso entabló tal batalla que aunque salió bastante mal parado sus rivales no salieron mucho mejor. A partir de entonces no sólo lo dejaron en paz sino que se ganó su respeto y su amistad.

El Oso admiraba profundamente a Cara Ancha. Era algo evidente, y el muchacho seguía los pasos y la conducta de su líder. Con Ojo Largo mantenía distancias, consciente de la tensión entre los dos medio hermanos. Ojo Largo llegó a su lado con el perro.

—El Oso está aquí muy solo. Dejó su puesto en la cacería a Ojo Largo, y ahora no participa en la fiesta. ¿Tiene ya bien su hombro?

—Pronto estará como antes. Fue mejor que fuera Ojo Largo. Yo hubiera sido un estorbo. El clan hubiera cazado menos.

—Si el Oso quiere, yo cogeré su lanza y tomaré su puesto para que él pueda alegrarse. Aún habrá danzas y risas.

El muchacho no esperaba tal ofrecimiento del otro. Hizo ademán de rehusar, pero la expresión de su cara hizo que Ojo Largo insistiera sin palabras y con un enérgico ademán le tomara el arma.

—Déjame la pelliza, Oso. Tú danza y no te hará falta —le dijo alegre cuando el joven se iba.

Se puso en cuclillas junto a la hoguera y súbitamente, y para su extrañeza,

se sintió caliente por dentro. Sonrió, acarició a su perro y miró fijamente hacia las montañas por si descubría la chispa de luz que había visto desde el monte del navazo dos noches antes. No la divisó, ni tampoco vio a la mujer que por detrás de él se asomó a la barbacoa de piedras y le dirigió una breve y furtiva mirada. Se había extrañado de ver aparecer a Oso a la luz de las hogueras del campamento. Era Mirlo.

El ruido de las risas, los gritos y los cánticos duró aún mucho tiempo a sus espaldas. Luego se apagó. Oyó pasos que bajaban hacia la cueva y otros más furtivos que se dirigían hacia el barranco de poniente. Escuchó alguna risa sofocada. Luego oyó un suave roce por entre las sombras proveniente del poblado y que cada vez se escuchaba más cerca. *Nariz* también lo había oído y se incorporó con un ladrido.

—Quieto —ordenó.

Ella ni siquiera llegó hasta Ojo Largo.

—Mañana muchos sufrirán. Los estómagos estarán enfermos. Tendré muchas infusiones que preparar... —Rió—. Por la tarde deberé ir por las laderas hacia poniente a coger nuevas hierbas. Si Ojo Largo ve que llevo puesto su collar, que me siga. Que él vaya por el río, yo lo veré en la orilla. Yo bajaré a él.

Luego se perdió en las sombras, que avanzaron y cubrieron el campamento y al vigía, quien, ensimismado, no se cuidó de alimentar la hoguera.

—El fuego se le está muriendo a mi amigo Ojo Largo. Yo lo avivaré. Que él descansa ahora. El Oso guardará en su corazón lo que hizo por él esta noche quien mató al gran jabalí.

Era media tarde cuando la vio por la senda de la cárcava. Pasó bajo la cueva, a media ladera, recogiendo tomillo, espliego, orégano y romero y se alejó hacia poniente.

Ojo Largo había pasado casi todo el día en la plataforma de talla puliendo una punta de lanza hecha con un trozo de un colmillo de mamut que la Velluda atesoraba y entregaba de vez en cuando a su hijo y al hijo de quien fue su compañero. Era mejor punta que el hueso, pero costaba mucho

trabajarla. Además, Ojo Largo no ponía demasiado interés en su trabajo.

Cuando Mirlo desapareció, él regresó al interior de la cueva, donde algunos jóvenes permanecían acostados con semblantes enfermizos debido al atracón. Remoloneó un poco y luego cogió algunos útiles de pescar y se dirigió a la ribera del río. Una vez allí, puso algunas cuerdas, con un ojo en la ladera de enfrente. Creyó divisar a Mirlo en una ocasión, pero no era ella. Llegó a unos recodos del río muy cercanos a la montaña y entonces la vio cerca. Llevaba el collar. Desde la cueva ni se había dado cuenta. Ella también lo había visto. Decidió esperar.

El meandro del río había formado una minúscula playa arenosa protegida por un terraplén y las ramas de unos sauces que casi la hacían invisible. Allí aguardó.

Ella llegó a la orilla. Sonrió de aquella forma que lo hacía arder. Se llevó un dedo a los labios ordenando silencio y se dirigió al agua. Se sacó el vestido de cuero por la cabeza y se quedó desnuda, tan sólo con el collar de colmillos alrededor de su cuello y el sol del atardecer besándole la piel, al borde de la corriente. Fue un instante. Pero él supo que quería que la admirara. Luego se zambulló.

Salió del río con el agua chorreándole por el pelo, entre los pechos, jugando en la espesa mata de vello púbico. Abrió la boca en un gesto de ansioso deseo y se fue directa hacia adonde estaba él. Se tumbó en la arena.

—No esperes. Penétrame.

Se abrió, levantó sus piernas y rodeó con ellas la espalda de Ojo Largo, para que su miembro pudiera ir aún más adentro. Y él se hundió en ella con violencia, con fuertes golpes de cadera, oyéndola gemir.

—Dame, dame —le susurró.

Él sintió que iba a estallar. Ella se aferró entonces a él, como si quisiera sentirlo entero en su interior, apretándolo con toda la fuerza de sus piernas y sus brazos. Hasta que él se vació; aún estuvo un tiempo dentro de ella, luego se destrabó y rodó hacia un lado en la arena y le sonrió. Ahora había dulzura. Esa misma expresión de la primera vez en la cabaña.

—Desnúdate del todo y ven al agua. Límpiame el cuerpo, Ojo Largo, ahora que te has limpiado interiormente. —Se rió alegremente.

Chapotearon los dos en la poza. Ella le salpicaba y él la abrazaba. Mirlo

giraba a su alrededor; al principio Ojo Largo estaba desconcertado, pero luego se lanzó feliz al juego. La besaba en la boca, deslizaba sus labios por la oreja y el cuello, la buscaba con su miembro. Por fin salieron. Se tumbaron y se secaron con sus propias pieles. Empezaba a hacer frío. Ella iba a ponerse el vestido cuando él se le vino encima buscándole la boca, los pechos y el sexo. Ella se le enroscó y con un hábil gesto de la cadera le facilitó la penetración, pero después no le dejó iniciar la loca cabalgada.

—Espacio. Así; yo marcaré el ritmo.

Y lo marcó. Suavemente, con un redondo compás, girando sobre su miembro duro. En uno de los movimientos, él estuvo de lado y ella entonces se desclavó de él y lo volteó de espaldas. Se le subió encima. Ella misma se introdujo la verga. Ahora era ella la que cabalgaba, pero lo hacía midiendo el paso. Él pugnaba por arremeter con mayor violencia, pero Mirlo no se lo consentía. Gotas de agua caían desde su cabellera mojada a su pecho.

Él no pudo resistir y forzó la embestida, ella se dejó voltear y se abrió para recibirlo mejor, permitiéndole que siguiera con sus acometidas. Ojo Largo la sintió gemir de nuevo, y escuchó cómo su gemido se iba haciendo más intenso. Volvió a oír aquel susurro.

—Dame, dame.

Se entregó a ella, se fue en su interior, y cuando lo creía todo acabado, sintió el violento estremecimiento interior de ella, más violentas sacudidas, cómo se aferraba a él desesperada y luego gemía en su oreja.

—¡No te vayas! ¡No te vayas! —le decía agarrándolo con fuerza.

Ojo Largo intentó seguir dentro de ella, y lo hizo hasta que su miembro ya no respondió y se fue achicando. Tenía la sensación de haber fallado en alguna cosa. Pero entonces se dio cuenta de que se equivocaba, algo había ido mejor. Ella se reía. Era una risa plena, alborozada. Ojo Largo supo que era la primera vez que cubría bien a una hembra, y él también se sintió lleno de alegría.

Se vistieron. Al sol le faltaba tan sólo unos momentos para comenzar a ponerse.

—Espera hasta que me veas cerca de la cueva en la ladera. Entonces comienza el regreso.

Él quiso retenerla un poco más, pero Mirlo se zafó de su abrazo. Había

regresado a sus ojos y sus labios la burlona expresión que lo enfebreció.

—Ahora sí. Ahora ya he cogido yo mi placer de ti, joven Ojo Largo.

IV

LA INICIACIÓN

Todo estaba dispuesto. La luna había sido ayer una mínima raya en el cielo. Hoy no se veía porque las nubes cubrían los cielos y empapaban las tierras. Llovía sin pausa. No era buen momento, pero no quedaba otra luna antes de la dispersión, y los jóvenes que quisieran ganarse su derecho a ser iniciados definitivamente como cazadores debían partir.

La costumbre así lo establecía. La prueba del clan de Nublares para que un joven demostrara que podía mantener un fuego propio consistía en que los aprendices permanecieran durante una luna en soledad, lograran sobrevivir con su habilidad, fuerza y destreza y llevaran a su vuelta al clan una presa de tamaño considerable que sirviera de alimento a un fuego entero. Si no podía cargar con toda la carne, debía llevar el trofeo de su cuerna o colmillos como prueba.

La fecha elegida no era la más dura, la estación fría, cuando el alimento escaseaba, ni tampoco la más propicia, el nacimiento de la hierba, cuando muchos animales tenían sus crías y eran fáciles de cazar. Se elegía ésta, en la que había cierta abundancia de alimento pero en la que las condiciones meteorológicas eran adversas por las lluvias y el comienzo del frío.

Los jóvenes de la cueva se presentaban a la prueba y el jefe decidía quiénes de todos ellos podrían afrontarla, pues aunque todos deseaban partir, Paso de Lobo podía considerar que los más jóvenes o débiles debían esperar una temporada más.

Pero Paso de Lobo necesitaba más fuegos en el campamento. La fuerza de su clan había disminuido desde la desaparición de la expedición de Halcón en la Llanura y debía de ser restaurada. Necesitaba fuegos nuevos y parejas que los poblaran. Tenía ocho jóvenes en la cueva y siete muchachas listas para aparearse. Si al menos cuatro lograban superar las pruebas de iniciación,

el clan de Nublares podría recuperar en la fiesta del reencuentro de las tribus del río Arcilloso la importancia que había perdido y que le había llevado a convertirse en el más débil de los tres clanes, doblado en número por el de las Peñas Rodadas y superado también por el del Río Dulce, cuando había sido el primero y el tronco del que partieron todos los demás.

Así que Paso de Lobo autorizó a siete de los ocho jóvenes a partir. Únicamente se quedó el más pequeño, Colmillo de Lince; el jefe había dudado en dejar marchar a Viento en la Hierba, pero al fin decidió que podía hacerlo. El Oso era suficientemente corpulento, a pesar de su edad, para intentarlo. En cuanto a Cara Ancha, Ojo Largo y los Dos que Caminan Juntos, tenía fundadas esperanzas de que regresaran triunfantes. El Raboso había fracasado la vez anterior, cuando a los pocos días regresó a la cueva, y debía salir airoso en esta nueva oportunidad.

Los cazadores y el clan entero estuvieron presentes para verlos marchar y presenciar el sorteo de las flechas. Se ponían en el suelo apuntando cada una en distintas direcciones, y junto a cada punta se colocaba una piedra de diferente color. Se metían otras tantas piedras gemelas en color en un saco de piel, el jefe las agitaba y cada joven elegía una, y con ella su flecha y su rumbo. Tras recoger la flecha cada muchacho salía del campamento. Sólo podía llevar unos mocasines, un pantalón, y una chaqueta de cuero curtido, una pelliza, un gorro de piel, una mochila con provisiones de carne seca para algunos días y una piel enrollada con la que improvisar un refugio en la llanura. Un arco y un carcaj con cinco manos de flechas, un propulsor y una lanza gruesa, un hacha, cuchillos y las azagayas que estimaran convenientes constituían su armamento. No faltaban, eran lo más imprescindible, las piedras para encender fuego y la yesca seca para alimentar las primeras chispas.

Al amanecer del primer día de la luna nueva salieron. Cara Ancha hacia el sur, y en dirección contraria, hacia las montañas de los Claros, se fue Ojo Largo. Al lado de Ojo Largo les tocó al Oso y a Bisonte, e inmediatamente al lado de éste a su hermano gemelo. Era la primera vez que no iban a poder caminar juntos, pero el destino al menos permitió la cercanía. Al lado del Caballo estaría Cara Ancha, luego Viento y el Raboso completaban el círculo de destinos marcados por las flechas.

Salieron uno a uno, erguidos y en silencio. A Ojo Largo, el más alto de todos, le tocó salir el último. Se esforzó en mantener su rostro impávido y la mirada fija en su destino, pero al coger el camino de la cárcava hacia el vado por el que tenía que cruzar el río no pudo evitar echar una ojeada rápida a las gentes de su clan y a Mirlo. Ella llevaba su collar. El joven no se permitió ante ella una sonrisa, pero sí se le vino una a la boca al contemplar la cara triste y angustiada de Oropéndola, su hermana, y le dedicó una caricia de ánimo y de despedida.

Paso de Lobo los vio desaparecer hacia todos los puntos del horizonte. Rompió el silencio para ordenar a las mujeres que durante la luna, y en dos grupos protegidos por sendos cazadores, intensificaran las labores de recolección en los campos de todos los frutos, bayas, setas y raíces que fueran comestibles.

Y un espeso silencio cayó sobre el clan. Nadie debería hablar de los ausentes mientras estuvieran fuera. Pero su ausencia estaba en todos los corazones. El brujo debía hacer ofrendas para que todos volvieran. Cuando regresaran, sería el momento de los relatos. Cada uno el suyo. Se efectuaba, extraordinariamente, en la Cabaña de Mujeres, pues éstas tenían derecho a opinar si el cazador era ya capaz de proveer alimentos para un fuego. Y su voz era en esa ocasión tan influyente como la de los hombres.

El cielo permaneció encapotado durante largos días. Las nubes no paraban de asomarse por los montes a la espalda de Nublares sin dar un solo respiro al sol. Un velo de lluvia caía sin cesar difuminando el horizonte.

Y entre aquellos velos de agua el vigía vio regresar tambaleante una figura que se acercaba por la estepa con la cabeza agachada. Su avance era lento. El vigía dio la voz de alarma cuando lo vio tropezar y caer. Tras él creyó divisar, en medio de las ráfagas de nieve, a algunos animales que lo seguían. Luego lo vio levantarse de nuevo y seguir avanzando en dirección a los vados. Paso de Lobo junto a dos cazadores se lanzaron a la carrera ladera abajo para acudir a su encuentro.

Era el Oso. Llegaba cubierto de barro, se mantenía en pie apoyado en la gruesa lanza, que utilizaba como bastón. Era la única arma que le quedaba. Había perdido el arco y los venablos, así como su pelliza y el macuto. Sus ropas estaban desgarradas y el barro y la sangre se mezclaban en su costado

izquierdo, donde más graves eran las heridas.

Los cazadores del clan llegaron junto a él, y el Oso pasó a su lado como si no los hubiera visto. Siguió caminando tozudamente en dirección a la cueva. Pero sí sabía que estaban junto a él, porque señaló a la manada de lobos que traía a los alcances y les dijo:

—Hace dos días que me siguen.

Llegó por su propio pie a la falda de la cueva e hizo ademán de querer subir hacia la gruta, pero Paso de Lobo se lo impidió.

—El Oso tiene que ser curado. El clan se alegra de que haya vuelto. Que suba al campamento y que la mujer Mirlo lave sus heridas.

—El Oso ha fracasado, ha fallado a su clan —respondió el joven con una mirada velada por las lágrimas que pugnaban por brotar.

—El Oso está vivo. Será un gran guerrero. Es muy joven y muy fuerte. Conseguirá pasar su prueba. Luego contará quién le ha herido.

Lo contó al atardecer. Envuelto en pieles y ya en su lecho en la cueva. Todos los cazadores lo escucharon con respeto y en silencio.

—Avancé hacia donde mi flecha había señalado, pasé algunos arroyos y al segundo día topé con un río. El primero de los ríos de los Claros, el que baja entre desfiladeros. Me cortaba el paso. Decidí descender a su ribera. Allí tendría sustento y buscaría un buen cobijo. Así fue. La lluvia seguía. Cacé pequeños animales, cogí peces y ranas y sólo hice fuego en cubierto para que nuestros enemigos no detectaran mi presencia. Un día en la pared rocosa de enfrente vi unas cabras montesas. Dos machos de grandes cornamentas se disputaban un grupo de hembras. Los topetazos resonaban en todo el desfiladero. Pensé que el espíritu de la caza me los enviaba, pues uno acabaría derrotado y fatigado y yo podría cazarlo. Sería mi presa y mi trofeo para los ritos de iniciación. Así que comencé el ascenso por la pared del desfiladero. La subida era difícil. La lluvia había dejado resbaladizas las pizarras, mi hombro no estaba del todo curado. Caí. El golpe lo sufrí en el costado y en el hombro malo. Tenía el brazo paralizado, pero comprobé que no tenía rotos los huesos de las piernas. Supe que debía regresar o quedarme allí a morir. Comencé el camino. El ascenso por el lado contrario del desfiladero me llevó un día hasta que encontré un portillo en la pared de pizarra que me permitió remontar. No podía llevar mi mochila y no podía

manejar el arco, así que los dejé. Los lobos cortaron mi pista en el amanecer de hace dos días. Quisieron caer sobre mí en la noche, pero pude encontrar una covacha donde me metí y prendí fuego en la boca. Cuando se acabó la leña me atacaron pero no podían entrar en la cueva más que de uno en uno y ensarté a dos. Perdí mis venablos. Me desgarraron aún más el costado y el brazo herido. Por el día se retiraron. Salí y comencé a caminar. La noche anterior pude distinguir en la lejanía la fogata del clan. He fracasado. Paso de Lobo no podrá tener un fuego nuevo en su campamento.

—Pero tiene un joven de corazón valiente que proveerá al clan. Que descanse y se cure. Mirlo ha dicho que su costado y su hombro sanarán. Que sólo un hueso se ha salido del sitio. Esta vez no hará nada con él hasta que no esté bien del todo.

Pasaron más días. El tiempo aclaró. Una noche las nubes permitieron ver la luna. Estaba en creciente, más que de mediana. Los jóvenes ya podían regresar.

Al amanecer siguiente volvieron dos. Eran los Dos que Caminan Juntos. Era un incumplimiento, pues debían haber realizado la prueba en soledad. Ésa era la costumbre. Pero es que uno de los gemelos cargaba con su hermano inerte a las espaldas, y así llegó a la cabaña del brujo y de la curandera.

—Mi hermano aún respira, pero cerró los ojos anoche. Fue la pantera.

Caballo era el malherido. Bisonte había cargado la noche entera con él. Su relato, mientras Mirlo intentaba salvar la vida a su hermano con el pecho abierto y una pierna rota y lacerada hasta el hueso, hizo enmudecer a todos.

—Ambos seguimos nuestra flecha. No rompimos la ley. No nos juntamos. Siempre hemos caminado al lado el uno del otro pero sabíamos que la prueba teníamos que pasarla solos. Yo atravesé el navazo de los ciervos y me interné en el bosque. Comí bellotas y alguna seta que conozco, también algún conejo. Me hice un refugio en la horquilla de una gran encina y allí me protegí de los animales y la lluvia. Después aceché una presa. Maté un gamo y tenía en mi zurrón sus cuernas palmeadas y parte de su carne. Iba a volver cuando presentí que mi hermano estaba en peligro. Sabía que Caballo estaba al borde de la muerte. No sé si por ello no tendré derecho a un fuego propio, pero lo busqué porque él me necesitaba. Conocía la dirección de su flecha.

Caballo había ido hacia el naciente, hacia los territorios de caza del clan de las Peñas Rodadas. He cazado allí con el clan, y sabía adónde había ido mi hermano: a las rocas que hay sobre el arroyo de los Caballos, que son nuestra linde con el clan amigo. A él le gusta ese lugar y conocía allí una pequeña cueva. En el arroyo y en las peñas hay mucha caza pequeña. Vivió bien y acechó a los caballos, pues había elegido como presa el animal del que ha tomado el nombre para que fuera propicia su iniciación.

Esperó en las noches el paso de la yeguada. A la tercera noche su venablo encontró el pecho de un semental. Me contó que estaba cortándole la crin al garañón cuando la pantera cayó sobre él. El felino también tenía su guarida en las peñas y cazaba en el arroyo. Casi no pudo defenderse. Le abrió el pecho y la pierna, pero pudo salvar su yugular. Logró rodar sobre sí mismo y desde las piedras caer al arroyo. Allí buscó el agua profunda. La pantera no le siguió. Tenía la presa muerta por mi hermano y comió de ella. Yo llegué por la mañana. Caballo se había arrastrado fuera del agua. Se había hecho un torniquete para intentar parar la hemorragia de la pierna, pero ya había perdido mucha sangre. Yo taponé como pude sus heridas, pero él se debilitaba por momentos. Debía traerlo. Allá ha quedado mi trofeo, pero no me importa si mi hermano vive.

Caballo se debatía entre la vida y la muerte. Mientras duraba su delirio y su gemelo velaba por él, fue llegando el resto de los jóvenes. Llegó Viento en la Hierba con un corzo, el Raboso se presentó con una gran avutarda, y cuando la luna estaba llena, desde los puntos contrarios de la tierra, llegaron Cara Ancha y Ojo Largo. El primero traía a la espalda los solomillos, la lengua y el corazón de un bisonte, cuya cuerna coronaba su mochila. El segundo, presentado y saludado por los ladridos de su perro que bajó la costera de la cueva para correr a su encuentro, llevaba cruzado a su espalda el cuerpo eviscerado de un extraño animal con pequeños cuernos caprinos y una cara blanca y negra. Era un rebeco de los altos picos de los Claros.

La noche siguiente llegaría el relato de cada uno, el examen y el veredicto del clan.

El olor a pieles de muchos animales se sobreponía al de la leña que ardía. Los cazadores y las mujeres emparejadas se sentaban alrededor del fuego. Fuera estaban los jóvenes que habían de someterse a su examen y las

muchachas que a veces se asomaban curiosas a las puertas de las cabañas. El viejo Costilla Grande no había ido a la junta y también faltaba Mirlo, que se ocupaba de curar al delirante Caballo. Ojo Largo sospechó que también él podía tener algo que ver con su ausencia. Sólo la había entrevisto al llegar. Ella estaba delante de la piel de entrada de su fuego, pero rápidamente y tras una breve ojeada al hombre que volvía se había refugiado en su interior. Ya no la había visto más.

El primero en entrar fue Bisonte. El jefe Paso de Lobo no le dejó hablar y fue él quien tomó la palabra.

—Los cazadores han ido al lugar donde tu hermano fue atacado. Han leído en la tierra que cuanto dijiste es verdad. Han traído los restos destrozados de tu mochila, y estos huesos —le entregó una hermosa cuerna palmeada de gamo— son los trofeos del animal que mataste. No has incumplido la ley salvando la vida de otro del clan. Has puesto a tu hermano por delante de ti mismo. Los cazadores se sienten orgullosos de que Bisonte se siente entre ellos. Podrá hacer su fuego y podrá llevar con él a su hermano. Mirlo ya nos ha advertido que aunque Caballo no muera su pierna no recuperará su vigor. Tiene tendones que no se soldarán. Será cojo. Su hermano deberá proveer por él. Caballo no podrá ser un cazador.

A Bisonte se le oscureció el semblante y se le nublaron los ojos. Calló un tiempo, pero luego habló con voz densa y preñada por el dolor.

—No. Mi hermano será cazador. Los Dos que Caminan Juntos lo seguirán haciendo. Yo haré que mi paso sea el suyo. La próxima vez mi hermano ganará su derecho a poner su mano en la piedra del clan y entonces también la pondré yo. Mientras, renunciaré a mi iniciación y viviré en la cueva. Si no se acepta que mi hermano pueda hacer la prueba, yo no aceptaré haberla superado.

Habló Huesos, el chamán.

—Los espíritus pueden llevarse a tu hermano. Si no se lo llevan será un hombre mermado. No puedes unir tu destino al suyo. No es ésa la ley del clan.

—Si mi hermano vive, aun con una pierna seca será útil a la tribu y demostrará que es un cazador. Nadie puede negarle la prueba. Si se la negáis es mejor que muera.

Habló la Velluda.

—Los Dos que Caminan Juntos se han unido una vez más en el dolor. No los separéis. Que sea como dice, pero que el Bisonte acepte su iniciación, haga fuego en el campamento, coja mujer y lleve con él a su hermano.

—No. No tendré fuego propio de cazador hasta que mi hermano pueda tenerlo también.

Habló Paso de Lobo.

—Que tu sangre no te nuble. Se permitirá que haga la prueba. Pero si fracasa la próxima vez, tú te lo llevarás a tu fuego en el campamento y hará trabajos de mujer. Hasta entonces podréis permanecer juntos en la cueva, pero esta noche Bisonte habrá de poner su mano. Eso es lo que dice Paso de Lobo y somete al clan.

El clan asintió. Bisonte salió y se dirigió al lecho de su hermano.

Entró el Raboso. Estaba nervioso y buscaba con los ojos a su padre, pero éste miraba al suelo. Había fracasado otras veces y ésta no había traído una gran presa. Supo que necesitaba la simpatía del clan y buscó su beneplácito con astucia. Había rumiado sus palabras una luna entera. Sería humilde y buscaría su compasión.

—El Raboso sabe que no es cazador puntero y otros tienen más fuerza en su brazo. Cuando quiso emularlos fracasó. Pero un cazador también puede servirse de la astucia y de la habilidad. Eso hice esta luna de la iniciación. No me alejé mucho. Caminé tan sólo hasta las zonas llanas, esas que sólo puntean dos colinas en forma de pezones de mujer. En una de ellas, en un diminuto recoveco, busqué refugio para defenderme de los animales grandes, aunque no abundan demasiado en aquel paraje. Sólo me molestaban algunas hienas, pero hasta el Raboso sabe cómo ponerse a salvo por el día y el fuego le ayudó en las noches. No pasé hambre ni sed. Quizá no alcancé a abatir un gran animal, pero sí sé capturar muchos pequeños, y pocos hombres me aventajan en poner lazos. Vi las grandes aves que otean en la llanura y pensé que una de ellas podía ser mi presa. Pero sabéis que son muy desconfiadas y ven desde muy lejos. Muchos intentos acabaron en fracaso. Antes de llegar a estar a tiro el gran macho que vigila en el otero daba la alarma y volaban todas lejos de mí. Así que decidí que si no me era posible acercarme a ellas serían ellas las que se acercarían a mí. Espié cuál era su querencia más

visitada y me oculté. Para ello excavé en la tierra un hoyo donde meterme y me tapé con hierbas. Antes del amanecer me introduje en él y esperé. La primera mañana mi espera fue infructuosa, pero la segunda el bando se posó en las proximidades de mi escondite y lentamente se fueron acercando. Cuando la distancia fue adecuada, disparé mi arco. Es mi presa, no es un bisonte, pero un fuego se saciaría con ella.

Habló Piel de Jabalí.

—No es una presa para la iniciación de un cazador. Un guerrero ha de mostrar su fuerza y su valentía.

Hubo murmullos. La mujer de Piel de Jabalí, llamada como el animal que había traído el Raboso, y gorda también como el ave, asintió ante las palabras de su marido.

Habló Voz de Ciervo.

—El Raboso ha demostrado que su astucia le vale para sobrevivir y para conseguir carne. El clan no pide un mamut de los que antes transitaban por la estepa. Ni Piel de Jabalí ni su mujer serían capaces de comerse solos toda la carne de la avutarda en una sola sentada. El Raboso con sus artes y sus triquiñuelas será útil al clan. Debe ser iniciado.

Habló Paso de Lobo.

—Voz de Ciervo es sensato. El jefe piensa igual. ¿Hay otros que piensan como Piel de Jabalí y su mujer?

Nadie habló. El jefe concluyó entonces:

—El Raboso puede hacer su fuego.

—Este cazador le pedirá en la ceremonia de la iniciación mujer al jefe — dijo el Raboso, y todos sabían a quién se refería.

El Raboso salió de la cabaña con los ojillos brillantes y fue a la cabaña de Huesos para decírselo a la joven Cigüeña. Irían juntos a la dispersión y a la vuelta harían ya un fuego en el campamento. La desgarrada hija del brujo y la Grajilla, la curandera muerta, rió complacida. Las Viejas Grajas cloquearían satisfechas. Huesos no pondría pegas y Mirlo, que no soportaba a su seca y patilarga hijastra, estaría encantada de perderla de vista. Siempre estaba vigilando todo lo que hacía.

Entró Viento en la Hierba.

—Quise cazar a la Sombra del Bosque porque es el animal al que este

cazador quisiera parecerse. Es ágil, silencioso, fiel a sus querencias, le gustan los brotes tiernos y sabe elegir el mejor pasto. En el bosque encontré mi refugio. Viví cerca de la fuente Blanquina, en esa meseta que hay sobre el monte al que señaló mi flecha, llena de piedras porosas y donde abunda el chaparro. Viví de los conejos, las setas, las raíces y las últimas moras y bayas. Sufrí la persecución de una pareja de panteras que cortaron mi rastro junto a la fuente, pero al saliente de roca, en un pequeño cantil sobre el agua donde había instalado mi refugio, no pudieron subir. Maté a mi corzo desde allí. He de decir que no lo hice el primer día, ni con el primer venablo que lancé, fallé alguna vez, pero a cambio, cuando lo abatí, esparcí sus visceras para atraer a los carroñeros y le he traído al chamán todas las plumas de un buitre leonado que bajó a comer y se encontró con una flecha. Sé que Huesos las quería para un tocado mágico, y este cazador se las ofrece.

No se levantó ninguna voz contra la iniciación del más joven de los cazadores y cuya voz tanto gustaba a las muchachas. Su madre, Luna entre Nubes, le sonrió con una mezcla de dicha y tristeza. Su hijo haría otro fuego.

—Este cazador no tiene pensado aún hacer un fuego para él en el campamento. Si el jefe se lo permite, a la vuelta de la dispersión le gustaría seguir con el joven Colmillo de Lince y los Dos que Caminan Juntos en la cueva.

—Es derecho del cazador. Él dirá cuándo sube y a quién pide.

El jefe llamó a Cara Ancha.

El fuerte joven gozaba del aprecio de casi todos, y su presa había sido la más importante. Creían que Paso de Lobo lo llamaría el último por ello, pero el jefe tenía otros planes.

Cara Ancha normalmente apenas hablaba y ahora sudaba al tener que hacerlo ante todo el clan. Se mantuvo en silencio con su magnífico trofeo a los pies hasta que el jefe le preguntó:

—¿Cómo viviste y cómo mataste tu presa?

—Mi venablo me dio carne y mi lanza me defendió de los que quisieron disputármela en los bosques cerrados del sur. Cuando creció la luna, aceché un pequeño rebaño de bisontes. Me arrastré hasta ellos y derribé a uno. Luego maté a una hiena que quiso quitármelo.

No dijo más. Era suficiente. El clan tendría un magnífico brazo entre los

cazadores.

—¿Hará fuego Cara Ancha en el campamento? ¿Pedirá mujer en la ceremonia?

—Pediré mujer. Pediré a Perdiz, la hija de Piel de Jabalí y su primera mujer, que murió al parirla, y pido a Avutarda, que la amamantó, y al jefe que no se opongan.

Los tres asintieron. Piel de Jabalí con sorpresa. No esperaba que su rechoncha hija se hubiera ganado al mejor de los jóvenes cazadores. Estaba contento y orgulloso.

—¿Irá a la dispersión con ella?

—Sí. Pero Cara Ancha pide no ir con Piel de Jabalí, pues él y su hijo el Oso proveerán para ese fuego sin problemas, sino con su madre la Velluda cuyo fuego es de muchas bocas de mujeres.

—El jefe lo autoriza.

Era una advertencia a Ojo Largo. El fuego de la Velluda era también el que él debía sustentar; ni Cara Ancha ni el jefe lo habían dicho abiertamente, pero era evidente que ambos desaprobaban la conducta de Ojo Largo.

Y ahora el clan se preguntaba por qué el jefe lo hacía llamar el último si no era su trofeo el mejor. Ojo Largo entró con la cabeza de aquella extraña cabra con antifaz, de afilados cuernos hacia atrás.

—Este jefe —dijo Paso de Lobo— quiere decir algo antes de que Ojo Largo hable. Todos sabemos que este joven es un buen cazador. No hace falta el rebeco para demostrarlo. Sabemos también que es hábil y capaz de hacer frente al peligro. Pero ¿es Ojo Largo bueno para el clan? ¿Sabe servirlo? ¿O este joven sólo piensa en él mismo? Eso es lo que debería tener en cuenta el clan a la hora de considerar si Ojo Largo debe ser iniciado.

El joven cazador encajó el golpe. Había preparado su parlamento, pero las palabras se congelaron en su boca. Fue la Velluda quien habló antes que él, y sus palabras conmocionaron a todos porque no ocultó su disgusto ni la directa confrontación contra el jefe.

—El jefe no ha hecho bien. Podría haber esperado al final y hablar luego. Sus palabras marcan el camino de la condena porque es el jefe y arrastrará voluntades. Y la Velluda le devuelve a Paso de Lobo sus palabras. Ha hecho eso por el bien del clan o hay resentimiento hacia el joven hijo de Halcón en

la Llanura.

La mujer recalcó el nombre del jefe desaparecido. Todos la miraron atónitos, pero sus palabras estaban calando. Acabó su parlamento.

—Que los hombres y mujeres del clan juzguen a Ojo Largo por la luna de la iniciación. Si ha ganado su derecho al fuego, no podemos negárselo.

Habló Paso de Lobo.

—Si la mujer Velluda cree que este jefe habla por malos sentimientos contra Ojo Largo, este jefe dice que no hablará al final, no será su voz la que se sume a las de los que aprueban ni a la de los que rechacen. No dirá nada ni a favor ni en contra. Que hable Ojo Largo.

El alto joven había recuperado el aplomo. Pero quiso ser sencillo.

—Caminé hacia las montañas de los Claros, en dirección al pico más alto. Me oculté de nuestros enemigos y llegué al segundo de sus ríos, el más lejano de nosotros. Me escondí junto a él. Viví de sus animales. Comí más pescado que carne. Una mañana vi en una praderilla situada entre las rocas del desfiladero a estos animales y decidí cazar uno. Machos y hembras tienen cuernos, pero los de los machos son un poco más fuertes. Observé sus costumbres y comprobé que cada tarde venían a comer al pasto de esa pradera. Pensé que sólo si conseguía ponerme por encima de su altura tendría posibilidades de acercarme hasta que estuvieran a tiro de mi arco. Lo hice. Logré encaramarme, me aposté tras unas rocas sobre ellos, y cuando salieron de entre las malezas esperé a que se acercasen a mí, disparé mis flechas y logré abatir a éste. He regresado con él. Pido mi derecho a ser iniciado.

El jefe preguntó uno a uno. Huesos, las dos Grajas, Piel de Jabalí, siempre fiel al jefe, Avutarda y Mimblera dijeron que no. La Velluda, Voz de Ciervo, Luna entre Nubes, Sombrío, Vuelvepiedras y, aún más extraño, la segunda hembra del jefe, Cielo en los Ojos, dieron el sí. Eran los mismos. El jefe tendría que hablar. Ojo Largo miró al suelo sintiéndose condenado. Pero entonces se levantó la gruesa piel de la puerta. Era Mirlo. Sabía lo que pasaba.

—La curandera quiere hablar. Ojo Largo fue a la cacería del ciervo con su pierna a medio sanar y no falló. Ojo Largo llevó a su perro *Nariz* que hizo feliz la cacería. El jefe dijo que deberíamos amaestrar perros como Ojo Largo. Ha ayudado al clan. Ha traído su trofeo y superado la prueba.

Paso de Lobo se tensó. Huesos ensombreció su mirada. Dos mujeres, Mirlo y Cielo en los Ojos, la suya, inclinaban la balanza. El jefe podía hacer venir al viejo Costilla Grande que volvería a crear el empate y luego él podía zanjar la cuestión dando su voto, pero las palabras de la Velluda y las suyas propias le habían puesto en evidencia. El voto de su segunda mujer en especial lo llenaba de ira; en esa situación, si insistía, su autoridad quedaría mal parada. En contra de Ojo Largo estaban el brujo, las dos viejas y el viejo si lo hacía llamar, pero sólo un cazador, Piel de Jabalí y también la mujer de éste. Era una posición débil. Los otros dos, Voz de Ciervo, cuya actitud era previsible, y Sombrío se habían decantado a favor de Ojo Largo. Voz de Ciervo, cuyo hijo Viento estaba tan unido a Ojo Largo, era lógico que le hubiera dado su apoyo, pero que lo hubiera hecho Sombrío no lo podía comprender.

El silencioso tallador había llegado a apreciar al joven en su convalecencia y aprobado sus esfuerzos por aprender el arte de la talla. También había observado que Ojo Largo era valiente, y aunque a algunos no les gustaba su carácter impulsivo y a veces egoísta, él había observado aspectos generosos en su comportamiento, y sobre todo una capacidad que no veía en los otros jóvenes de aprender e innovar. Sombrío callaba mucho, pero pocas cosas se escapaban a su escrutadora mirada. A él no le había extrañado el voto de Cielo en los Ojos, y aún menos la irrupción de Mirlo. Ella hubiera preferido no haber tenido que intervenir así, pero al comprobar el cariz que tomaba el asunto para Ojo Largo se había descubierto, al menos para los agudos ojos de Sombrío. Pero él sabía callar y además no le gustaba el brujo. Lo que estaba claro es que Ojo Largo atraía a las mujeres y sin duda a muchos jóvenes, los menos aferrados a las costumbres, aunque entre ellos su intento de liderazgo se veía fuertemente cuestionado por su medio hermano Cara Ancha. Pero el sagaz Sombrío lo veía claro, los jóvenes más listos tenían en Ojo Largo a su líder. Su propio hijo Colmillo de Lince manifestaba su admiración por su carácter rebelde e innovador. «Hace cosas que no se han hecho. Pero son buenas. Yo tendré perro como él». Los más apegados a las costumbres estaban con Cara Ancha.

Habló Paso de Lobo:

—Ojo Largo pondrá su mano junto a la de los cazadores. ¿Hará su fuego

en el campamento? ¿Pedirá mujer?

—Ojo Largo pondrá su fuego en el campamento cuando vuelva de la dispersión. Pero no pedirá mujer al jefe. A la dispersión irá con la mujer Velluda para ayudarle a alimentar su fuego.

Se levantó y salió de la cabaña. Era el más alto del clan y, en ese momento, al jefe se lo pareció todavía más. En la puerta le esperaba *Nariz*. Muy erguido cogió su camino predilecto y descendió hasta el río.

La reunión había finalizado. Salieron todos. En las espaldas de Ojo Largo se clavaron varias miradas. Dos estaban cargadas de odio, la de Huesos y la de Paso de Lobo. Las de algunas mujeres no.

Al día siguiente por la noche en la caverna sería la ceremonia de iniciación. El brujo salió de la cueva de las calaveras donde había permanecido toda la tarde con el cuerpo pintado de rayas rojas y negras y vestido tan sólo con su tocado de venado rematado con la cuerna. En sus manos llevaba una calabaza donde había amasado con arcilla ocre, tierra negra, sangre de animales y grasas, formando una espesa pasta. Le esperaban en la sala central el jefe y los demás cazadores. Tras ellos, los jóvenes que iban a ser iniciados, con sus armas y cubiertos tan sólo con un taparrabos.

Penetraron en fila en la sala de los cazadores. Ardía un gran fuego que Voz de Ciervo se había encargado de encender y que iluminaba con sus llamas los rincones de la gruta descubriendo los colores de los animales que allí había dejado pintados.

Pero los ojos de los muchachos apenas se fijaron en los bisontes, caballos, ciervos y otros animales que brotaban de las paredes cuando los acariciaba el resplandor de las llamas, todos miraron la pared donde apiladas estaban las manos impresas que generación tras generación habían estampado en ella los cazadores del clan. Y hoy iban a poner ellos la suya. La hoguera ardía en toda su intensidad. El jefe les ordenó sentarse alrededor y uno por uno les ofreció de beber de una calabaza. Lo hicieron primero los cazadores, luego Cara Ancha, Ojo Largo, Bizonte, Raboso y Viento en la Hierba. El bebedizo había sido preparado a base de estramonio, ruda, mandrágora y menta. Tenía efectos estimulantes, transmitía una sensación casi inmediata de euforia y vigor. Era el secreto del brujo, al igual que la combinación de hierbas curativas para lavar las heridas o para hacer tisanas y emplastos era el secreto

de la curandera.

Paso de Lobo los miraba orgulloso. El clan doblaba sus fuerzas. Dentro de algunas primaveras ya no irían a la reunión de la Hierba Nueva con la cabeza gacha. El clan de Nublares, el origen de todos los clanes del río Arcilloso, volvería a ser el primero un día.

Las pieles de los hombres, debido al calor del fuego y a los efectos de la bebida, se pusieron sudorosas y relucientes. El brujo inició una danza y dio un nuevo trago a cada uno de los asistentes. Cuando se hubo consumido todo el brebaje y a una señal de Paso de Lobo, los jóvenes se pusieron en círculo y danzaron alrededor de la hoguera. Sólo una vuelta por cada cazador que iba a ser iniciado. Luego se despojaron del taparrabos y quedaron de pie y desnudos cara al fuego. Entonces el brujo se acercó a cada uno con el bol que había preparado con ocre, sangre y grasa y con una afiladísima y fina cuchilla de pedernal se puso en cuclillas delante de cada uno y cogió su pene. Lo descapulló y con un corte preciso cortó el frenillo. Las gotas de sangre fueron cayendo en la calabaza y quedaron mezcladas con la pasta casi líquida.

Los jóvenes dieron otra vez las vueltas exigidas alrededor del fuego y después, siguiendo al brujo y al jefe, se dirigieron a la pared de las manos. Huesos entregó la calabaza a Paso de Lobo y éste fue llamando uno a uno a los muchachos. Les ofrecía la pasta para que se untaran una mano, aquella con la que mejor sujetaban la lanza, y luego les decía:

—Ponla en la pared junto a las de tus hermanos cazadores.

Una vez impresa, el jefe elevaba la voz y clamaba:

—Tu mano es del clan. —Pronunciaba el nombre de cada cual y remataba solemnemente—: Cazador del clan de la cueva de Nublares.

Acabada la ceremonia el brujo les dio un unguento y un emplasto que había preparado Mirlo para que no se infectara la herida. Se pusieron los taparrabos y de nuevo, acompañados y dirigidos por Huesos, danzaron alrededor del fuego, uniéndose a ellos ahora los cazadores veteranos. Luego comieron. La cena ritual consistía en un guisado preparado con un trozo de cada uno de los animales que habían servido para su iniciación. Su significado era claro. La comida cazada había de juntarse y ser disfrutada por todos. Los nuevos cazadores daban de comer al clan.

Mientras engullía su ración Ojo Largo miró la pared donde ya estaba su

mano. Se preguntaba cuál sería la de su padre. Al estampar la suya en la roca había observado que algunas tenían algún dedo mutilado por alguna falange. Preguntó la razón.

—Algún cazador en señal de dolor por la muerte de otro al que se sentía muy unido se cortaba un dedo y luego dejaba impresa su mano mutilada en la pared.

La hoguera se iba debilitando. Las llamas eran más tenues y las sombras mayores. El resplandor apenas rozaba la pared de las manos cuando el brujo dio por concluida la ceremonia. Salieron tras él y el jefe. En la casa central, Colmillo de Lince y el Oso les miraron con veneración y envidia.

Ojo Largo se asomó a la boca de la cueva. Hacía frío. La noche era muy estrellada.

—El cielo está raso. Mañana habrá escarcha.

El jefe dio las órdenes para la jornada siguiente. Era el momento del desove de las truchas. Mañana con arpones y cestas irían todos los cazadores, mujeres, jóvenes y niños a pescar en los lechos arenosos y de poca profundidad donde iban a frezar.

Fue una jornada alegre. No muy fructífera pero sí muy ruidosa. No era fácil ensartar una trucha en los arpones y algunos de los mejores cazadores eran muy torpes en este arte. Tenían bastante acierto Sombrío y Viento mientras que, Cara Ancha se enfurecía con sus reiterados fallos, y el indudable maestro era Ojo Largo, que daba los golpes más precisos con el arpón dentado de hueso que se había hecho durante la convalecencia de las heridas del jabalí.

El alto cazador disfrutó del día, aunque le pesó la ausencia de Mirlo, que se había quedado en el campamento para seguir curando a Caballo, que había salido de su delirio y mejoraba, aunque las heridas de su pierna le dejarían lisiado para toda su vida.

Volvían con sus capturas hacia la cueva cuando un clamoreo en el cielo les hizo levantar la vista. Una formación de grandes aves volando a mucha altura se dirigía hacia el sur.

—Las grullas bajan —dijo Paso de Lobo, y todos entendieron su mensaje. Estaba llegando el momento de la dispersión—. El jefe y los cazadores bajarán esta noche a la cueva.

Había un silencio helado cuando Paso de Lobo comenzó a hablar. Lo primero que hizo el jefe fue fijar la fecha. Después de una mano de días partirían. Ese tiempo había que dedicarlo a preparar la marcha y poner a punto impedimenta y armas. Sobre todo había que hacer flechas. Algo muy laborioso. Tenían que cortar varas rectas de cornejo y luego dejarlas bien pulidas para engastar las puntas de sílex y ranurar y emplumar su parte posterior. Era esencial una gran provisión de buenas flechas. En ello podía estar la diferencia entre la vida y la muerte.

Pero eso lo sabían. Lo que había que decidir era quiénes y cómo partían. También los que quedarían en el campamento. Eso fue lo primero en resolverse. El jefe Paso de Lobo se quedaría con sus dos mujeres, Mimbrera y Cielo en los Ojos, con la joven Corzo y los tres niños de aquel fuego. Quedaría también en el poblado el fuego del brujo, Huesos, las Grajas y Mirlo, y por último se quedarían los Dos que Caminan Juntos, el herido imposibilitado para la partida y su gemelo para ayudar al jefe a alimentar y defender el campamento. Las provisiones más importantes quedaban a su cuidado y para su sustento, pues era mucha gente para tan sólo dos cazadores y en el lugar, debido a la presencia sistemática del clan, las presas escaseaban más.

Los grupos que partirían quedaron constituidos de la siguiente manera: Piel de Jabalí llevaría a Avutarda, al viejo Costilla Grande, al Oso y a los dos niños del fuego. Voz de Ciervo iría con Luna, Viento, Agachadiza y las dos criaturas de su familia. Sombrío sería la cabeza de Vuelvepiedras, los jóvenes Colmillo de Lince y Escarcha y los recién emparejados, el Raboso y Cigüeña. Con la Velluda irían los dos flamantes cazadores, Ojo Largo y Cara Ancha, éste ya con su hembra, Perdiz, Nutria y Oropéndola.

La última consideración del jefe fue que mientras los hombres preparaban las armas, las mujeres hicieran una última recolección de frutos y bayas por los alrededores, sin alejarse en exceso del poblado.

Ojo Largo veía pasar desazonado los días. Preparaba su impedimenta, pero no podía evitar que la zozobra le invadiera y que buscara cualquier excusa para subir al poblado o salir a otear a la plataforma de la cueva. Pero nunca se tropezaba con Mirlo. Ésta parecía huírle y él ardía en deseos. Tan sólo una vez se la cruzó entre las cabañas, cuando él iba a la de Velluda, y la

morena curandera apretó el paso y bajó la vista al suelo.

Aquello lo llenó de angustia, de rabia, de anhelo, de dudas, y se torturaba con el recuerdo de lo ocurrido al borde del cilanco cuando la había penetrado por última vez. Un celo loco le obligaba a acechar sus pasos. Necesitaba poseerla antes de partir. No podía irse sin sentirla suya, sin hacerla gemir y llegar hasta el fondo de sus entrañas con su verga.

Por fin, cuando sólo quedaba aquella tarde y otro día más para la partida, la vio salir del poblado y dirigirse hacia el bosque. Iba sola.

No esperó a verla desaparecer en la lejanía. Llamó a *Nariz*, cogió tan sólo un venablo y salió tras ella casi sin disimulo alguno. La vio transponer los árboles e internarse en unos bosquecillos de madroños. Los árboles ofrecían junto a sus racimos de campanelas los frutos ya maduros y rojos, y debía de ir Mirlo a recoger algunos para utilizarlos en alguna de sus recetas medicinales.

Ojo Largo miró hacia atrás y comprobó que nadie le seguía ni parecía haberse percatado de sus pasos. Desapareció también velozmente y se ocultó de todas las miradas.

La entrevió en el claroscuro del bosque. Los madroños mantenían su follaje verde, pero las hojas de los chaparros ya estaban grises y otras amarilleaban. Algunas hojas rojizas de castaño alfombraban el suelo. Se acercó silenciosamente a la mujer. La sorprendió o al menos ella no se volvió hasta tenerlo encima, la sujetó por la cintura y atrajo sus nalgas hacia su miembro que ya había desenfundado. La hizo caer de rodillas con las manos en el suelo. Levantó la falda por detrás y le obligó a bajar la cabeza para que le ofreciera su sexo, donde él quería hundirse. Ella no se resistió. Su pelo se desparramó ante sus ojos y alzó las caderas. Él arremetió con toda la violencia. La embestida le llegó dentro a la hembra. Sintió que ella se agitaba en sus entrañas. Volvió a embestir crecido en su poder. Ella no contuvo el gemido, que fue casi un grito y el jadeo fue haciéndose más intenso hasta desbordarse cuando él la sujetó por los hombros e inició un rítmico golpear de sus muslos contra las carnosas nalgas de ella. Mezclado con el jadeo él creyó oír una súplica.

—¡Pega! ¡Pega!

Ojo Largo, pletórico, se hundió en ella hasta el fondo, hasta donde no había llegado nunca. La sintió derramarse y la oyó gritar su nombre.

—¡Dame! ¡Dame! —susurraba, y le oprimía la verga con movimientos de su vagina, como queriéndola acariciar aun mas. Él siguió embistiendo y luego se clavó fijamente en sus entrañas mientras derramaba su leche dentro de ella y la sentía desparramarse y mezclarse con los jugos que Mirlo había derramado.

Finalmente ambos rodaron por el suelo del bosque, exhaustos. No se habían mirado a la cara. Cuando lo hicieron, algo les hizo buscar un mínimo refugio donde cobijarse de no sabían qué. Mirlo no lucía esa sonrisa que le hacía sentirse nervioso e inseguro, su expresión era mucho más anhelante, como si aún le quedara un jadeo en la mirada y en los labios. Fue entonces cuando él dijo:

—Hoy Ojo Largo ha tenido a Mirlo. Hoy la ha cogido. —Sonrió orgulloso.

El gesto de ella se endureció al instante, como si él la hubiera golpeado. Luego brotó su sonrisa burlona, se humedeció los labios lentamente con la lengua, como invitando a un beso, pero lo que dijo fue como si un colmillo le volviera a rasgar la carne, pero esta vez mucho más hondo que donde había llegado el jabalí.

—Ojo Largo recordará muchas veces en la nieve este bosque y me recordará a mí. Me deseará. Pero estará lejos y se atormentará de celo. ¿Seré suya a su vuelta? ¿Volverá a hacerme gemir? ¿Quién tiene a quién, Ojo Largo?

V

DISPERSIÓN

La nieve caía blandamente. Eran los primeros copos del invierno. Era el tiempo de iniciar la marcha. Ojo Largo miró hacia el norte. Se dirigiría hacia allí. Buscaría el último campamento, aquel del que su padre no regresó, y sabría el porqué.

La dispersión del clan comenzaba un año más. En Nublares tan sólo quedarían dos fuegos. Para ellos aún habría caza y comida en los alrededores de la cueva. Uno sería el fuego del brujo, quien no se movía nunca del enclave del clan. Así lo decía la costumbre y además él no era hábil para la caza. Este año lo acompañaría el jefe Paso de Lobo, quien junto a Bisonte, que se quedaba con su hermano herido, podría proveer a las dos familias. Los demás debían partir, desparramarse por el territorio e incluso adentrarse en otros desconocidos. En pequeños grupos sería más fácil la supervivencia.

Así que la mujer Velluda y sus hijos, Cara Ancha con Perdiz, su joven pareja, y Nutria, y los hijos que Halcón, el jefe muerto, tuvo con su mujer que vino de los Claros, Ojo Largo y Oropéndola, se pusieron en marcha. Los dos jóvenes hermanastros debían ser lo suficientemente hombres para cazar y regresar con las cuatro hembras sanas y salvas para la primavera. Ambos se sentían orgullosos de su cometido. Pero Paso de Lobo, el jefe, confiaba sobre todo en la destreza, sabiduría y la fuerza de la Velluda para que su clan no mermara.

Ahora Ojo Largo sentía caer blandamente la nieve sobre la capucha. Iban bien preparados para el viaje. Los seis iban literalmente forrados de piel, y como el frío aún no era muy intenso la sensación del joven era de comfortable calor interno. Bajó la cuesta a la cabeza del grupo, precedido por *Nariz*, que mostraba una creciente excitación, y al poner pie en la llanura sintió que su cuerpo se estremecía con un tumulto de sensaciones. Le había llenado de

gozo empezar la marcha y sentir blanda la tierra empapada bajo sus pies. Pisaba con tiento la fina hierba invernal para no mancharse con el barro que aparecía donde ésta faltaba. El rumor apagado de sus propios pasos no le había permitido en el descenso escuchar el campo, pero ahora, al llegar al llano, alzó la cara a la débil nevada para hacerlo. Era un silencio hondo el que se abría ante él, sólo el quedo posarse de los copos sobre su cuerpo punteaba aquella callada hondura.

Nariz se había adelantado, alegre. Presentía el perro una larga temporada al aire libre, de continuo caminar y cazar y mostraba su gozo. Al descender había saludado a la nieve revolcándose en un recodo donde ésta se había amontonado. Ojo Largo había sonreído al ver las cabriolas de su compañero.

—*Nariz* juega. *Nariz* se siente lobo. Cazaremos juntos muchas presas — le dijo el joven guerrero cuando el perro volvió junto a él, y tras recibir unas enérgicas caricias en la cabeza y el lomo, el animal salió al trote vivo, adelantando de nuevo a todos, siempre eso sí a la vista de Ojo Largo, pues el perro hacía frecuentes paradas para mantener siempre en su campo visual a su amo.

Éste se estaba ajustando aún mejor su caperuza y de nuevo sentía latir extrañamente su corazón. Pero ahora no era por la nieve. Era por Mirlo. El recuerdo de la mujer de cabello negro y ojos como pozos de agua oscura lo atormentaba. Sentía toda la desazón de su lejanía. Temores y presentimientos lo angustiaban. Ella le había sembrado de dudas aunque se le hubiera entregado. Había sido suya. La había tenido en sus brazos, bajo su cuerpo, su boca se había abierto para él y sus labios le habían besado en todas partes. Se había estrujado contra él, le había dejado jugar con sus hermosos pechos y acariciar sus muslos y su sexo. Y hasta la había penetrado. Sí. Pero eso no le calmaba. Aquel derramarse tan intenso, como apresurado, lejos de colmarle le había dejado aún más lleno de ansia y de ardor por ella. Más aún cuando ella había seguido siendo una promesa de entrega.

—¡Búscame! ¡Búscame! —le había dicho con su voz cuajada de pasiones mientras se había producido uno de sus furtivos encuentros. Y ella no sólo se había dejado tomar, sino que había sido todo fuego y carne estremecida que acudía al encuentro de otra carne acicateada por el deseo y el frenesí.

«¡Búscame!». Aún le resonaba en la cabeza esta palabra, dicha

entrecortadamente, como preludio de otro abrazo que no pudo ser porque oyeron voces y no podían ser vistos.

Desde entonces el ardor de Ojo Largo no había hecho más que crecer cada vez que se habían cruzado en el campamento y la mirada de ella le había dicho que estaba dispuesta.

Pero no hubo ninguna oportunidad más. Por más que él buscó un resquicio para poder encontrarla sola en un lugar aislado, fue imposible. Unas veces más mujeres bajaban inmediatamente después que ella hasta el río, otras era el brujo quien merodeaba cerca, y en otras ocasiones era él quien no podía sustraerse a otras compañías.

Y ahora tenía que alejarse. Y sombríos presentimientos le atenazaban las entrañas. «Nunca la poseeré. Nunca me saciaré de ella. Nunca la haré mía del todo. Será de otro este invierno. Huesos es un viejo y ella necesita un macho fuerte, y si no estoy yo, otro estará, estará Paso de Lobo o cualquier otro». El deseo casi le hacía daño físico, pero al mismo tiempo que el celo le llegaba su promesa.

«Búscame», y entonces pensaba que ella lo deseaba tanto como él a ella y que ahora lo estaría mirando alejarse desde arriba y que lo esperaría. Estaba seguro de que en primavera se harían realidad todos sus impulsos, y que su cuerpo se rendiría al suyo y la penetraría hasta que pudiera sentir de verdad haberla poseído. Ahora ella estaría pensando eso mismo mientras lo veía partir. Pero él no podía volver la vista hacia la pared donde se abría la cueva. No debía hacerlo. Pero lo hizo. Aprovechó el gesto de despedida de todo el grupo antes de irse llano adelante para dirigir una intensa mirada hacia lo alto. Allí estaba el clan, y estaba Mirlo. Dirigiendo su vista hacia los que partían. Pero ¿lo miraba a él? ¿Por qué no había ni un gesto en su mano? ¿Por qué no le había dicho que lo esperaría? ¿Por qué le seguía torturando aquel susurrado y ardiente «búscame»?

Se adentraron en la ventisca. Poco a poco los copos de nieve se hicieron más pequeños y compactos. Luego ya fueron casi granizo, y el repiqueteo sobre la capucha y los hombros se hizo tan intenso que ensordeció los latidos de su corazón.

El grupo de la Velluda cruzó el río Arcilloso sin mojarse los pies, aprovechando el puente natural formado por troncos de álamo caídos que el

clan había mejorado con tierra, piedras y carrizo. Luego se internaron en la llanura rumbo al norte. La primera zona que debían atravesar era uno de sus territorios de caza más asiduos. El terreno era una planicie en ligero ascenso, ondulada por sucesivas y suaves lomas. En ellas crecían pequeñas espesuras de chaparros, mientras que en los llanos predominaban las hierbas altas respunteadas por arbustos y espinos. Algunos humedales en los reguerones que buscaban el río se delataban por mayores verdores, espesura de zarzas y juncadas.

Ojo Largo y Cara Ancha sabían que aquellos bosquetes y las regueras eran buenos lugares para la caza, porque los animales solían refugiarse en ellos de las ventiscas y para encontrar comida. Pero debían dejar esas presas para la gente de los fuegos que quedaban en el poblado. Ellos debían caminar al menos una mano de días utilizando las provisiones que llevaban antes de establecer un primer campamento y dedicarse a cazar. Ésa era la costumbre. Así dejaban para el resto del clan un territorio lo suficientemente amplio que permitiera sobrevivir a los que guardaban Nublares.

Ojo Largo tenía claro el itinerario, pero sabía que la decisión última correspondía a la Velluda. Desde que Halcón y su expedición no habían regresado, nadie había ido hacia el norte, que sin embargo era el mejor cazadero, aunque realmente no se sabía cuál había sido el destino final del grupo que encabezaba su padre. Ojo Largo creía saberlo desde su prueba de iniciación. Por eso le dijo a su medio hermano Cara Ancha:

—Si giramos hacia poniente encontraremos el primero de los ríos claros. La subida por su margen nos facilitará el camino hasta llegar al primer desfiladero. Luego podemos coger la senda de la altura, hasta el segundo río, donde está la gran encina hundida, y allí ya está el límite donde podemos comenzar a buscar un lugar de invernada.

La ruta era buena y fácil y a Cara Ancha le gustaba lo fácil, lo que conocía y no le iba a traer sorpresas, las cuales no le gustaban nada. A Cara Ancha lo que más le desagradaba era lo imprevisto, lo que se presentaba de golpe, sin avisar y sin que él tuviera memoria de qué podía suceder. Además, esa senda les permitiría acampar la primera noche en las Peñas Blancas, un lugar donde una concentración de piedras calizas en un otero era una fortaleza natural que se podía acondicionar con poco esfuerzo y garantizaba

una primera noche a salvo de las manadas de lobos y del ataque por sorpresa de los grandes felinos.

Los dos jóvenes, de acuerdo, le propusieron la ruta a la Velluda y ésta asintió, aunque Ojo Largo sintió su mirada inquisitiva preguntándole por el motivo real por el que quería seguir ese camino.

La ventisca de nieve fue perdiendo fuerza y cuando hicieron un primer alto a mediodía al resguardo de un bosquecillo de chaparros los copos habían dejado de caer. Quedó un cielo triste y opaco.

—Si está nublado hará menos frío —observó Cara Ancha.

Peñas Blancas apenas si necesitó ser acondicionada. Era un resguardo habitual del clan de Nublares en sus correrías. Tenía todas las ventajas, entre ellas un manantial de agua cercano. Las mujeres buscaron leña mientras los dos hombres se preocupaban de reparar y taponar con rocas y ramas los desportillones que se habían producido en el círculo defensivo después de las últimas ocupaciones. Pronto ardió un gran fuego en el centro. No levantarían ninguna tienda, sino que bastarían unos pequeños toldos adosados a las rocas para protegerse de la lluvia y la nieve.

La primera cena de la dispersión la preparó esmeradamente la Velluda. Sacó de su impedimenta su tesoro más preciado: una vasija de barro en la que poder hervir agua y cocer vegetales y carnes. La llevaba con extremo cuidado, siempre protegida entre pieles. Había sido el mejor regalo de la Torcaz. En las Peñas Rodadas tenían un horno para cocer el barro y los cacharros eran mucho mejor que los de Nublares, tan sólo secados al sol.

La Velluda volcó dentro tasajos de carne, huesos y sobre todo tubérculos y raíces recogidas durante la marcha. Eso les entonaría el cuerpo y lo dejaría caliente para la noche a la intemperie que se avecinaba. Cuando estuvo preparado, se sirvió en cuencos de madera de olivo que cada uno de los componentes de la partida llevaba en su impedimenta. Se completó la cena con un par de grandes truchas de las capturadas durante el desove y con un reconfortante té de roca, la planta que crecía entre las intersecciones de las grietas de las peñas y que era utilizada tanto por la curandera para enfriamientos y dolores estomacales como por los cocineros para finalizar las comidas, sobre todo las copiosas. Era la infusión favorita de la Velluda y tanto Cara Ancha como Ojo Largo sintieron cómo su olor y sabor les

llevaban de vuelta a sus días de infancia junto al fuego de aquella mujer que los había criado, aunque sólo Cara Ancha era su hijo natural.

Ella llamaba a ambos hijos, al igual que a las dos jóvenes, Oropéndola y Nutria. Aunque bien sabía lo diferentes que eran entre sí. Halcón en la Llanura estaba en los cuatro, pero el contraste de los rasgos de los claros y de los antiguos podía observarse en las dos parejas de hermanos. Los primeros más esbeltos, Ojo Largo era ya el más alto del clan, de vello rubio y ojos verdosos. Sus hijos, por contra, eran macizos y achaparrados, de grandes cabezas, prominentes cejas, duras mandíbulas y pelumbre y ojos oscuros. La Velluda, aunque jamás lo hubiera confesado, sentía debilidad por las grandes y expresivas pupilas marrones de Cara Ancha.

Velluda les habló esa noche.

—Mis dos hijos son ya cazadores y la Velluda se siente orgullosa y segura a su lado. Sabe que ellos cuidarán de ella y de sus hermanas y de Perdiz, la hembra de Cara Ancha que es nueva en nuestro fuego, y a la que mis hijos deberán tratar como a una hermana. La Velluda se siente feliz de salir de nuevo a la dispersión después de haber tenido que ser una carga en el campamento tras la muerte de Halcón, en el tiempo del frío. Sus hijos ya saben proveer. La Velluda los admira, pero ellos han de saber que aún son jóvenes y que esta mujer sabe muchas cosas que ellos desconocen. Así que ellos todavía la obedecerán. Esta mujer que quiere a sus hijos será, por última vez, la jefe de este fuego.

Cara Ancha y Ojo Largo ni siquiera contestaron. Se miraron tratando de descubrir en el otro alguna señal de disconformidad. No la había. Aquella noche alrededor del fuego, en medio de la estepa en aquel pequeño otero de Peñas Blancas, se sentían unidos y contentos. Los dos jóvenes tenían entre ellos a Perdiz, quien sonreía tímidamente a sus atenciones. La dispersión empezaba con buenos augurios.

Había dejado de lloviznar. La Velluda les dio otro tazón de té y siguió hablando.

—Mis dos hijos han elegido el norte. A mis hijos les gusta la nieve. Yo sé por qué. Algo en su sangre viene de esas montañas. La madre de Ojo Largo y Oropéndola, Arroyo Claro, fue traída de allí por Halcón. Él se la arrebató a los claros. Sus hijos llevan esa sangre en sus venas. Pero también Cara Ancha

y Nutria tienen por mí, aunque vieja, sangre de esas montañas. Fue hace mucho cuando los claros y los del río Arcilloso decidieron exterminar a las pocas gentes que quedaban del Pueblo Antiguo. Éstos habían sido numerosos, pero ya sólo quedaban unos pocos. Vivían en grandes grutas sobre una laguna en la que brota el primero de los ríos de los Claros. Atacaron a los antiguos y los mataron a todos sin perdonar a sus crías. Pero se quedaron a algunas mujeres jóvenes y mezclaron su simiente con ellas. La madre de mi madre me contó que la madre de la madre de su madre había sido una de ellas. Yo sabía que los hijos de este fuego cogerían rumbo norte. Está bien. Pero que no olviden que su padre cogió esta ruta para una expedición que no volvió y que con él desapareció más de una mano de gentes de Nublares. Ahora combatimos con los claros. Ellos no suelen traspasar el desfiladero, pero a veces sí lo hacen. Pasados los desfiladeros de sus dos ríos está su territorio y si nos topamos con ellos habrá lucha.

Los hijos del clan de Nublares habían nacido y crecido odiando a los claros. Eran el enemigo. Lo habían sido siempre. Si se encontraban en las lindes de los territorios se atacaban y las expediciones agresivas hacia los enclaves contrarios eran también habituales. Ahora la Velluda decía que una vez habían luchado juntos. Fue Ojo Largo quien quiso preguntar.

—¿Por qué empezó el combate entre nuestras tribus?

—¡Qué importa! La madre de mi madre ya no lo sabía —se evadió la Velluda.

—¿Fue por la caza?

—Fue por la caza, sí. Pero también fueron los espíritus, los brujos. Al menos eso le dijo a la madre de mi madre aquella antepasada que no era de ninguna de las tribus. Pero yo no se más, y mis hijos harían mejor en prevenirse de los claros y en dejar de pensar por qué son sus enemigos. Este fuego debe volver completo a Nublares.

Alimentaron el fuego. Ojo Largo hizo el primer turno junto a la hoguera. Mejor así. No hubiera podido conciliar el sueño pensando en el Pueblo Antiguo y aquel tiempo en que los claros y ellos les combatieron en sus últimos reductos de la montaña. Luego pensó en los claros. Su madre, de la que apenas recordaba nada, era una de ellos. La había traído Halcón en la Llanura. ¿Vería a los claros durante la dispersión? Él ya había estado cerca de

sus territorios durante la prueba de la iniciación. Pero aunque sus partidas de caza solían llegar hasta adonde había cazado el rebeco, sabía que sus enclaves estaban más hacia poniente y que no era frecuente que se desplazaran tanto siguiendo la cordillera. Estaba dando vueltas en su mente a todo esto cuando Cara Ancha se incorporó entre sus pieles. Había comenzado de nuevo a nevar, esta vez mucho más copiosamente. La caída blanda de los copos y el crepitar de la madera quemándose era el único sonido que perturbaba la noche. Tan sólo pasó una manada de lobos que cazaban hacia el norte, pero se les oyó lejos y no se detuvieron.

—Duerme, Ojo Largo, mañana debemos llegar al primer río. Encontraremos en su ribera mejor refugio contra la ventisca que aquí en la estepa.

El alba descubrió un manto blanco sobre toda la llanura. No era muy espeso pero la Velluda lo miró con preocupación.

—Debemos llegar hoy al río. No podemos hacer noche en medio de la llanura. Hay que caminar deprisa.

El campamento se desmontó rápidamente. Se tomó con igual prisa un caldo con los restos de la noche anterior y tasajos de carne ahumada. La fila, encabezada por Ojo Largo y cerrada por Cara Ancha, que se turnaban también en sus puestos, echó a andar estepa adelante.

La marcha al principio fue penosa. Azotados por la ventisca caminaron con las cabezas gachas. La protección de las grandes capuchas no evitaba que la nieve les golpeará en los ojos, cegándolos. Pero ellos siguieron imperturbables, silenciosos. Luego el temporal empezó a amainar. Las ráfagas de viento se hicieron menos violentas y, finalmente, la nieve dejó de caer. A mediodía, cuando hicieron un alto al amparo de un bosquecillo, la situación había mejorado tanto que la Velluda consideró incluso que se podían detener para hacer un fuego, calentarse y comer algo caliente. Aunque todos llevaban entre sus pertenencias el pedernal y la piedra negra y la yesca para poder encender una hoguera, lo normal era transportar en una jaula de barro cocido unas ascuas que se mantenían vivas durante la jornada para iniciar rápidamente una fogata.

Ojo Largo, ahora protegiendo la retaguardia, se volvió para ver humear sus rescoldos cuando reiniciaron la marcha. El tiempo había mejorado tanto

que en el cielo se comenzaban a ver algunos claros de azul intenso. Era un magnífico observador y ningún elemento pasaba inadvertido a su penetrante mirada y a sus agudos sentidos. El paisaje estaba cambiando y en su memoria almacenaba toda aquella información. El saber qué plantas, qué animales podían encontrar era vital para sobrevivir.

En los bosques, a la espalda de la cueva de Nublares, la vegetación estaba compuesta por robles, encinas, quejidos, chaparros, alcornoques y madroños. Los animales con los que se alimentaban eran conejos y palomas torcaces entre los de pequeña talla, y ciervos, corzos y jabalíes, entre los grandes herbívoros. Entre los pequeños predadores se encontraba la garduña, el tejón, el gato montés, el zorro y el lince. A éstos no había que tenerles miedo, pero sí al leopardo y al lobo. Este último era especialmente peligroso aquí, en la estepa, por donde ahora caminaban, en estos grandes terrenos cubiertos de hierba donde tan sólo algunos bosquecillos o algunos sotos junto a los arroyos rompían la monotonía del paisaje. Sin embargo, en la estepa abundaban los animales: perdices, avutardas, siones, y no faltaban los conejos y grandes manadas de caballos, bisontes, ciervos y gamos. A veces, aún se había visto pasar algún rinoceronte y se recordaba en el campamento de Nublares cuando los cazadores habían avistado algún enorme mamut.

Era el mejor terreno para los herbívoros, pero también el más peligroso para los hombres. Las manadas de lobos recorrían las planicies, y en los bosquecillos y las arboledas cercanas a los regatos de agua acechaban las panteras. Las hienas y los chacales eran frecuentes, y sobre todos ellos se oía a veces la voz profunda del león macho marcando su territorio. Ojo Largo la había oído en ocasiones y ahí en campo abierto temía, más que en ningún otro lugar, el encuentro. Si se oía el rugido del macho aún se podía evitar el peligro, lo mortal era tropezarse entre las altas hierbas con la familia tumbada y descansando. Entonces sí que no había salvación alguna. Los leones no iban a dejar escapar una presa tan fácil. Por eso era mejor que nevara. En la nieve quedaban impresas las huellas que delataban a los enemigos.

Estaban llegando al primero de los ríos claros. Álamos, arces, sauces y avellanos habían perdido ya sus hojas y el río bajaba entre sus esqueletos desnudos deslizándose entre las pizarras.

Ojo Largo conocía el lugar y se dirigió rápidamente a un recodo donde

sabía que podrían encontrar un buen refugio para pasar la noche y tal vez algunos días. El río bordeaba un promontorio rocoso y allí se dirigió el grupo. Entre la roca y el río había un mínimo paso, pero luego el espacio se abría en un recodo lleno de cantos rodados y troncos. Una pequeña oquedad en las peñas permitía improvisar un refugio para defenderse de la lluvia y la nieve. Tendrían leña y agua. Al asomarse se levantaron del agua algunos patos. Tal vez también tuvieran algo de carne fresca. El río quizá les procurase algún pez aunque éstos apenas se movían al igual que los cangrejos que acababan de terminar sus peleas del celo y habían desaparecido en sus agujeros como también lo habían hecho las ratas de agua. Era mal tiempo. Pero ellos sabrían vencerlo.

Aquella noche Ojo Largo y Cara Ancha decidieron con la Velluda la marcha que seguirían.

—Yo pasé por aquí durante mi prueba de iniciación. Luego fui hacia el segundo río. Eso puede ser peligroso, pues nos haría aproximarnos mucho al territorio de los claros. Será mejor seguir por esta ribera agua arriba hasta encontrar los bosques de pinos. Son árboles que no pierden la hoja y estaremos mejor protegidos, hasta es posible hallar más caza allí. Patos en el río, urogallos y perdices de las nieves, animales como el que yo abatí, cabras en los bosques y también corzos. El león no se acerca a esos lugares, los osos están durmiendo en sus cuevas, sólo los lobos nos amenazarán.

Cara Ancha, que había temido que su medio hermano quisiera cruzar el cauce e internarse en territorio desconocido, respiró aliviado. Era muy razonable su propuesta, y la idea de ir subiendo río arriba, la mejor para el grupo. Cerca del agua siempre había más refugio y comida. No haría falta perderse por la estepa o adentrarse en el bosque dejando a las mujeres solas. No quería separarse por las noches de Perdiz.

La Velluda se sorprendió también. Pero por otra razón. Se daba cuenta de que Ojo Largo tenía perfectamente trazado su recorrido y un objetivo final en su cabeza. Pero por otro lado su plan era sensato, el mejor. Tal vez, pensó, era porque en su prueba de iniciación había explorado esos lugares y por ello tenía tan claro hacia adónde ir. Pero le asaltó una duda: ¿Y si hubiera encontrado algo que no contó en su relato? Pero no podía oponer nada razonable al plan del joven, así que accedió. Sin embargo, esa noche,

mientras se asaban unas truchas que habían conseguido capturar. —Ojo Largo tenía mano con los peces—, la Velluda no dejaba de dar vueltas a una idea de la cabeza: «Ojo Largo busca algo. Sigue una pista».

Pero el alto joven estaba risueño e incluso mantenía una buena relación con su medio hermano, algo que no era ni mucho menos habitual. La tensión había existido siempre entre ambos desde niños. Pero ahora Cara Ancha tenía muchos más ojos para Perdiz que ganas de pelearse con su hermanastro. La armonía y las risas eran una constante en el campamento. Ojo Largo incluso bromeaba.

—Quería traerte una trucha más grande, sé que te hace falta porque ahora gastas muchas fuerzas con Perdiz, pero cuando estaba a punto de conseguir una enorme, me la quitó una nutria. Salió de algún lugar y se la llevó cuando la tenía acorralada, prácticamente a mis pies. Tendrás que contentarte con estas pequeñas y jadear menos entre las pieles esta noche, Cara Ancha.

Éste sonrió. Quizá la dispersión sería buena y el rebelde Ojo Largo aprendería a actuar por el bien de todos, pensó Cara Ancha mientras veía a su hermanastro riendo junto a Oropéndola y su hermana.

—Sí, una nutria como tú, lustrosa y gordita me robó la trucha de Cara Ancha —seguía bromeando Ojo Largo.

Desde el emparejamiento de Perdiz y Cara Ancha, Nutria se había sentido un poco triste, pero estos días le habían devuelto la alegría. Se había cobijado en su cariñosa medio hermana y las dos habían hecho agradable la adaptación de la hembra de su hermano.

—Pues caza la nutria, Ojo Largo, y esta mujer te hará un gorro bien caliente con su piel —le dijo Nutria.

—Mejor será que cacemos mañana patos, —terció Cara Ancha siempre más práctico—. Nos hace falta carne y estoy harto de comer pescado.

La mañana trajo un cielo de azul intenso y un sol tibio que comenzó a derretir la nieve.

—Nos quedaremos aquí hasta que se deshaga toda la nieve. Exploraremos río arriba e iremos buscando campamentos y trasladándonos a ellos hasta que finalmente encontremos uno definitivo en el que podamos pasar el invierno.

Fue media luna más tarde cuando lo hablaron. Pasados algunos días Ojo Largo partió con *Nariz* a la caza de un rebeco y regresó de la expedición con

su pieza, una cría, pero muy excitado y ansioso. Tanto insistió sobre la bondad del lugar que finalmente se decidieron a seguirle y descubrieron que, en efecto, era el mejor sitio para un campamento. Ojo Largo había hallado las juntas del río con su caudaloso afluente que llegaban por su izquierda. Ambos ríos protegían el enclave —una pequeña praderilla elevada lo suficiente para que las crecidas no pudieran alcanzarla— abrazándolo con sus corrientes, excepto por naciente, donde se elevaba un alto saliente de pizarra. La roca ofrecía resguardo y había sitio además para instalar una tienda.

La Velluda, aunque inquieta por la gran excitación que observaba en Ojo Largo, ordenó el alto definitivo. Pasarían allí la temporada fría hasta que los días volvieran a alargarse y creciera la nueva hierba. El pequeño grupo trabajó aquel día intensamente, y al atardecer la tienda de pieles se aposentaba firmemente sobre el terreno sostenida por fuertes palos y rodeada de un círculo oval de grandes piedras que junto con la tierra la fijaban sólidamente al terreno, además de hacerle de cortavientos y dique, aunque una zanja y otra muralla de piedras en círculo oval más amplio cumplía esta misión. Abrazando el hogar exterior, situado en el lugar más estrecho de aquella construcción, la tienda de pieles se encontraba en la zona más ancha del óvalo.

La noche les encontró agotados de cansancio, pero con un techado bajo el que cobijarse. Para el vigía nocturno se habilitó, bajo el resguardo de roca con cortavientos laterales y gruesas pieles, un cubículo en el cual pudiera protegerse. Al lado, en un hoyo con paja seca y una piel, había un lugar para *Nariz*. Ojo Largo y su perro iban a pasar muchas y largas noches allí. El cazador le había dicho a Cara Ancha que bastaría con que él durmiera fuera con su perro, ya que éste alertaría de cualquier peligro que pudiera aproximarse y, además, el lugar era en sí mismo una pequeña plataforma fortificada.

Y allí vieron alargarse las noches, empequeñecer los días, caer la nieve y cómo ésta se hizo dueña de los campos. Llegó el hambre y los cazadores se desesperaron al no encontrar presas. Pero lograron salir adelante. La carne de una cabra montés que un día se descuidó sirvió para que, con raciones muy menudas, servidas con rigidez por la Velluda, todos pudieran comer.

Ojo Largo parecía esperar algo. El cubículo de la roca se convirtió en su

apoyado perpetuo. Allí pasaba con *Nariz* las noches, y los demás terminaron por aceptar aquella fórmula. Acompañaba al grupo cuando la Velluda decidía alguna salida conjunta, cazaba en compañía de Cara Ancha, pero siempre que podía hacía excursiones solo con su perro, bien para revisar su línea de lazos y trampas, bien para recorrer los alrededores. En alguna ocasión regresó de aquellas expediciones solitarias tarde y agotado. La Velluda le recriminó aquel comportamiento un par de veces, pero todo transcurría con normalidad. No hubo encuentros desafortunados con los claros y ni siquiera se cortó un rastro humano en aquellas oscuras y frías jornadas. Luego los días, lentamente, comenzaron a alargarse y el sol a calentar un poco más la tierra. La nieve fue haciéndose más escasa y el suelo aterido empezó a recuperar la vida. Estaba llegando el momento de la vuelta. Fue un amanecer cuando, una vez más en compañía de su inseparable perro, Ojo Largo salió del campamento para revisar sus lazos. Antes bromeó con su hermanastra.

—Regresaremos sin que me hagas mi gorro de piel. La vieja nutria se ha burlado de todas mis trampas.

—Tráela hoy y a mí aún me dará tiempo de hacértelo, Ojo Largo.

El cazador salió del campamento y cogió la orilla derecha del afluente del río. Era la frontera que la Velluda había marcado. Era un camino ya muy conocido para él, pues muchas veces lo había recorrido aquel invierno. El riachuelo bajaba embarrancado y encogido entre rocas y maleza. Había dado muchas presas. Pero Ojo Largo iba hacia un destino concreto, el lugar que había descubierto al poco tiempo de su llegada a las grutas.

Una gran roca permitía el salto sobre la estrecha corriente. Ojo Largo pasó a la otra ribera y la siguió con rapidez. No había caminado mucho cuando llegó al lugar que ya había visitado otras veces. Rodeado de una pequeña espesura de árboles había un claro donde la nieve al retirarse había dejado al descubierto unos restos ennegrecidos por el fuego y un círculo de piedras ahora desbaratado. Ojo Largo estaba en lo que había sido el último fuego de su padre. Allí habían perecido Halcón en la Llanura, su madre Arroyo Claro, la Grajilla, los padres de los Dos que Caminan Juntos y el padre y el hermano de Mirlo, la malograda expedición de caza del jefe de Nublares de la que el clan sólo hablaba en susurros. Nadie de ellos había vuelto.

Durante toda la dispersión Ojo Largo había acudido a escondidas siempre que le había sido posible a ese lugar para intentar arrancarle el secreto de lo sucedido. Tan sólo tenía la certeza de que el campamento había sido atacado e incendiado. Había podido encontrar algunos restos: trozos de maderas y pieles quemados, algunas vasijas rotas, el puntal quebrado de una lanza rota... Su último hallazgo fue una pelliza casi irreconocible que alguna riada había depositado al pie de una zarza en un confuso montón de barro, carrizos y ramas. El fuego y luego las avenidas del agua habían asolado el antiguo campamento barriendo prácticamente todos los indicios que pudieran permitir descifrar el misterio de lo sucedido.

No había encontrado huesos humanos y ello le había hecho concebir alguna esperanza. Sabía que si hubiera dado cuenta de su hallazgo, la Velluda habría ordenado de inmediato levantar la tienda y partir río abajo para preservar al grupo del peligro. Pero Ojo Largo quería saber. Y por ello volvía allí una y otra vez.

Aquel día decidió ir más allá. Avanzar hacia el noroeste. No pondría en riesgo a la partida, pero necesitaba saber si alguien había sobrevivido. Empuñó con fuerza su venablo, ajustó el arco y el carcaj a su espalda y con paso decidido se internó en las tierras de sus enemigos.

Lo capturaron al atardecer.

Nariz había dado muestras de nerviosismo al atravesar un sombrío pinar. Se detuvo alerta y escudriñó entre los troncos y las ramas bajas, pero no pudo ver nada en la penumbra del bosque. Pasada la alarma, salieron a un despejado calvero en el que habían sucumbido dos gigantes arbóreos, cayendo uno sobre el otro. *Nariz* se adelantó inquisitivo hacia el lindero del pinar. Ojo Largo se internó en él y fue entonces cuando se le vinieron encima. Saltaron sobre él desde lo alto, desde las ramas de algún árbol. Cayó y ni siquiera pudo herir a su enemigo. Vio llegar a su perro a la carrera y saltar sobre uno de los que le apresaban, que gritó de dolor, pero otro golpeó con su hacha a *Nariz*. La piedra no alcanzó por centímetros la cabeza del animal, pero sí su costado. *Nariz* aulló y se revolcó en el suelo cubierto de agujas de pino. Iba a volver a la carga, pero Ojo Largo se lo impidió gritando:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Corre, *Nariz*, corre!

Un golpe en su cabeza lo dejó sin sentido. Antes de la oscuridad le

pareció ver a *Nariz* corriendo hacia los árboles y a un enemigo que tensaba su arco.

Cuando despertó tenía las manos atadas a la espalda y los pies sujetos por fuertes correas de cuero. El bosque estaba ya casi sumido en la oscuridad. Sus captores habían improvisado un refugio entre los árboles caídos y los arbustos y habían encendido un alegre fuego en el centro del calvero.

Miró a sus captores. Eran siete. Todos ellos jóvenes. Vestían pieles curtidas y cosidas con tendones y llevaban gruesas pellizas y gorros de pieles de marta con los que se protegían las cabezas. Eran altos, tanto o más que él mismo, esbeltos y flexibles al caminar. Observó que la mayoría tenían el pelo, barba y vello de color rubio o rojizo y los ojos azules o verdosos, aunque había algunos más oscuros de piel y de ojos marrones. Sin duda eran los claros.

Se percataron de que había vuelto en sí. Estaban asando los cuartos traseros de un corzo. Le desataron las manos y le ofrecieron comida. Ojo Largo comprendió sus palabras. Era la misma lengua del clan, aunque su acento era diferente y en ocasiones no entendía algunas frases.

—¿Eres de los clanes del río Arcilloso? —le preguntó el que parecía menos joven. Un guerrero impresionante cuyas espaldas podían competir con las de Cara Ancha, pero al que sacaría muy bien una cabeza de altura.

Ojo Largo no contestó, pero una patada en el costado le hizo pensarlo mejor.

—Sí. Soy del clan de Nublares.

—Ya lo sabía por tus ropas, aunque eres alto para ser de esas tribus y tienes el pelo casi rubio. Podías pasar por uno de los nuestros —se rió.

Luego se volvió hacia los otros.

—En la reunión de las Grutas se tendrá que decir que nunca la expedición volvió antes con su cautivo para el día del Sol Ardiente. Los guerreros del Valle Verde de los Arroyos serán honrados por ello. No tendremos que bajar al río Arcilloso, ni hasta el Gran Río Hundido, el río Tajo que le llaman sus tribus, hasta donde hubo de llegar la partida de las Grutas de la Encina Hendida por el Rayo.

Comieron alegres. Pero de pronto el jefe de los claros se volvió hacia él, brusco, airado y amenazador.

—¿Qué hacías adentrándote en nuestro territorio de caza? No estabas solo. ¿Dónde están los otros?

Esta vez Ojo Largo no contestó aunque le llovieron las patadas.

Un guerrero levantó la voz.

—No le golpees mucho, Rayo, es el cautivo para el día del Sol Ardiente.

Rayo se detuvo. Miró a su prisionero con desdén y odio, y lo volvió a atar.

—Ya comerás bien en el Valle Verde. Te cuidaremos, hombre de Nublares. Te cuidarán muy bien nuestras mujeres hasta el día del Sol Ardiente. Pero esta noche pasarás hambre y frío. Aún me quema el mordisco de ese maldito lobo blanco que te acompañaba. ¿Desde cuándo los del clan se juntan con lobos? ¿Tal es ya vuestra degeneración?

Por fin lo dejó y se fue con los otros. Ojo Largo quiso preguntarles por *Nariz*, quería saber si había escapado, pero comprendió que era mejor callar. No vio el cadáver del perro en el calvero y confió en que no le hubiera alcanzado ninguna flecha. Aguzó el oído para escuchar lo que hablaban los claros.

—Aunque viaja con el lobo, no habrá llegado aquí solo desde el río Arcilloso.

—Los jóvenes a veces llegan solos. Hemos matado a algunos.

—Pero eso es antes de la estación fría. Cuando pasan su prueba como guerreros.

—¿La iniciación a la caza, como hacemos nosotros?

—Nosotros lo hacemos en el tiempo de la hierba nueva —contestó Rayo.

—Pero es igual.

—Dicen que hubo un tiempo en que los clanes del río Arcilloso y nosotros cazábamos juntos.

—Ahora son nuestros enemigos.

—Si no ha venido solo, ¿dónde están los otros? ¿Serán guerreros? ¿Quizá lo busquen?

—Lo vimos entrar en los bosques al mediodía. Venía solo.

—Vino desde el río que nace en la laguna, el que baja hacia el suyo.

—Los del clan se dispersan en la estación fría y hacen campamentos. Pero no cruzan el río.

Ahora habló Rayo:

—Cuando yo era un joven como vosotros, sí lo cruzaron. Pero de aquella expedición no regresó nadie a su cueva de Nublares.

Ojo Largo comprendió que hablaba de la expedición de Halcón. Intentó escuchar algo, pero Rayo no siguió hablando de ello. Les preocupaba más que pudieran acecharles a ellos.

—Habrás que vigilar esta noche. Mañana seguiremos la pista y descubriremos de dónde ha venido.

La angustia invadió a Ojo Largo. Aquellos siete guerreros claros iban a caer sobre el fuego de la Velluda. Su imprudencia llevaría la muerte a los suyos, que sólo tenían a Cara Ancha para defenderlos.

Seguían discutiendo.

—Nuestra misión es conseguir un cautivo para el día del Sol Ardiente. Debemos regresar con él a las Grutas. El jefe Hacha Negra no nos ordenó atacar campamentos. Llevar un cautivo es la misión de los siete guerreros del valle Verde de los Arroyos. Nada que la ponga en peligro debe entorpecerla. Tenemos al cautivo. Volvamos. Estamos cerca. Luego podemos indicar la pista de este hombre del clan al jefe y que él decida.

—Escaparán si no les damos caza mañana —insistió Rayo.

Ojo Largo se dio cuenta de que aunque Rayo era el líder de la expedición los otros tenían a su favor la costumbre y la orden precisa del jefe de las Grutas.

—Sea como dices, Fresno. Llevaros a las Grutas al cautivo, pero yo me iré con la luz, antes de que los rastros se borren, a descubrir el cubil de donde ha salido este enemigo. Así Hacha Negra los cazaré mejor. ¿Quiénes vendrán conmigo?

Dos de los guerreros se ofrecieron a ir con Rayo. Los otros cuatro volverían a las Grutas con el cautivo.

Ojo Largo se acercó a la hoguera reptando para intentar captar algo de su calor. Dos claros vigilaban. Los otros se envolvieron en sus pieles y durmieron en sus lechos de agujas de pino. Él se mantuvo despierto. Al día siguiente la Velluda, Oropéndola y toda su gente podían morir por su culpa.

Con el amanecer salieron Rayo y los otros dos guerreros. Con la luz Ojo Largo escudriñó el calvero en busca del cuerpo de *Nariz*. Sintió alivio al no

encontrarlo. Le soltaron los pies para que caminara. Al principio apenas podía mantenerse en pie, aterido y entumecido como estaba, pero poco a poco se recuperó. En ausencia de Rayo, sus captores le trataban mejor. Le dieron un espeso caldo de carne y le dejaron calentarse al fuego. Luego emprendieron el camino.

Ojo Largo sospechaba cuál sería su suerte el día del Sol Ardiente. Alguna similar a la de las muchachas de los claros en Nublares para el día de la Estrella Vespertina.

Caminaron toda la jornada sin apenas detenerse para una comida fría. No hicieron fuego hasta la noche, cuando llegaron a las márgenes del río. Era el segundo río de los Claros. La oscuridad le impidió verlo, pero oyó el rumor de su corriente. Agotado, se durmió profundamente. Esa noche le prepararon una cama de agujas de pino y le echaron una pelliza de piel por encima, por lo que pasó menos frío.

Al amanecer lo primero que vio fue la caudalosa corriente del río. Era tal su transparencia que engañaba su profundidad. Era un río fuerte. Preguntó su nombre a uno de sus captores:

—Le llamamos Sorbe.

—Y al otro.

—Borbotón, que se junta con el Manadero.

Pero no era el río lo que impresionaba a Ojo Largo. Estaban en un pequeño cañón abierto por el agua y al fondo, cerrando el horizonte y cerniéndose sobre él, se levantaba una impresionante montaña cubierta en su mayor parte de nieve.

Los claros se la señalaron con orgullo.

—Es el Ocejón, nuestra montaña, la más alta de todas las de las tribus de las Grutas.

Llegaron con el sol cayendo. El río se abría en un hermoso valle recorrido por multitud de arroyos con restos de hielo en sus orillas y donde se extendían enormes prados en los que se veía asomar el verdor de la hierba ante la nieve. La aparición de los guerreros y su cautivo fue saludada con un espeluznante alarido que brotó de las gargantas de las gentes del lugar.

A la inquietud por el número de los que regresaban, siguió una enorme excitación. Ojo Largo vio una partida de dos manos de guerreros salir

presurosos río abajo al encuentro de Rayo. No les detendría ni la noche. A él lo llevaron en medio del griterío por entre aquellas gentes altas y rubias, sin que se alzara una sola mano contra él. Llegó a lo alto de una impresionante cascada que se desplomaba desde la montaña; impresionantes carámbanos de hielo colgaban de ella.

Allí salió a recibir a la comitiva un viejo reseco, arrebuñado en sus pieles. Llevaba en su mano derecha una gran garra de águila y en su izquierda un báculo rematado por la calavera de un lobo. Levantó los dos amuletos sobre su cabeza y exclamó:

—Tú eres el enviado por los espíritus para el día del Sol Ardiente. Que nuestra montaña te cobije y alimente.

Los cuatro jóvenes que lo habían capturado lo escoltaron hasta una cabaña muy parecida a las de Nublares, pero que tenía una entrada minúscula que se taponaba con una gran roca que sólo podía moverse entre varios hombres. Lo metieron dentro, lo desataron, salieron e hicieron rodar la peña. Se alejaron. Por un minúsculo ventanuco a la altura de su cabeza vio cómo sus captores eran agasajados y que muchas muchachas de largas cabelleras rubias les sonreían y halagaban. Dentro de la cabaña ardía el fuego y se apilaba leña en abundancia para alimentarlo. Había una comida preparada, ropas secas y un gran lecho de pieles.

No le faltó la comida ni la bebida. Era una prisión, pero pensada para que el prisionero no pasara privación alguna. Incluso habían previsto las necesidades corporales del cautivo con una fosa séptica con desagüe al fondo de la cabaña. Allí arrojaba la ceniza de la hoguera y volcaba un gran odre de agua, que le suministraban diariamente, para que arrastrara las suciedades. La comida y la bebida llegaba puntualmente traída por mujeres tres veces al día. Un guerrero armado vigilaba la entrada, pero no con excesivo celo, pues era imposible que el cautivo pudiera mover la roca. Tampoco tenía ningún utensilio que le permitiera abrirse camino por el techo, un fuerte tablazón de maderas y pizarra cubierto con una masa hecha de tierra y paja.

La cabaña estaba situada en lo alto del poblado y desde el ventanuco y algunas rendijas podía ver el movimiento de los claros. Así vio un día regresar a Rayo y a los cazadores que habían iniciado la persecución del grupo de la Velluda. No traían prisioneros. Habían escapado o los habían

matado a todos.

Las jóvenes que se turnaban para traerle la comida, al igual que los guerreros que hacían guardia, mantuvieron un hosco silencio al principio, pero después fueron mostrándose más amables. Los vigilantes eran los que le habían capturado y fue con ellos con quienes comenzó a mantener conversaciones. Lo primero fue preguntarles por la suerte de sus compañeros.

—Rayo descubrió vuestro campamento en las juntas antes de que llegara la noche, pero los tuyos habían huido. Dejaron atrás todo, la tienda y muchas pieles, y hasta el fuego encendido. Rayo esperó allí al jefe Hacha Negra y al amanecer los persiguieron. Si hubieran huido río abajo los hubieran alcanzado, pero los de tu clan se perdieron en la estepa, se fueron llanura adelante. El jefe siguió sus huellas un día más, pero no les dio alcance y sus señales se fueron debilitando. Al otro día regresaron. Rayo dice que alguien les avisó de que íbamos a cogerlos en las juntas. Pero tú ibas solo.

A Ojo Largo se le alegró por vez primera el corazón. *Nariz* estaba vivo. El perro había regresado herido al campamento y la Velluda había interpretado bien la señal y huido a toda prisa de regreso a Nublares.

Tuvo más noticias Ojo Largo. Una lo dejó paralizado. Su madre Arroyo Claro estaba viva. Había sobrevivido a la matanza del fuego de Halcón en la Llanura, y ahora era vieja y una de las hembras que cuidaban el fuego de Rayo.

Se lo contó también uno de los jóvenes guerreros que lo habían cogido en el bosque. Era el más inquieto y el único que parecía tenerle alguna especie de simpatía.

—Vosotros los del clan nos robáis mujeres. Sois cobardes. Nosotros los de las Grutas capturamos guerreros para ofrecérselos al sol. Somos valientes. Bajamos hasta vuestros territorios. Este año le tocaba a la gente de mi gruta y el espíritu te puso en nuestro camino. Tú serás la ofrenda al Sol Ardiente para que cobre vigor y vengza a los malos espíritus que viven del hielo y la oscuridad.

—Los del clan que Rayo dijo haber encontrado en las Juntas del Borbotón y el Manadero, ¿también los trajisteis aquí para sacrificarlos a los espíritus?

—No. Los guerreros de las Grutas sólo hacen la guerra florida para

capturar a un guerrero y ofrecérselo a los espíritus del cielo una vez al año. Aquello fue una batalla contra nuestros enemigos. Rayo nos contó que fue en el año en que él había sido iniciado y acompañaba a Hacha Negra por primera vez en una partida de guerra. Dos cazadores descubrieron el campamento de Nublares y cayeron sobre él al amanecer. Mataron a flechazos al que vigilaba, incendiaron la tienda y fueron abatiendo a todos los que salían. Los mataron a todos menos a una mujer porque Hacha Negra gritó que era de nuestra propia gente. El jefe de aquel campamento la había raptado y la había tenido para él. Ya no era joven y después de haberla tenido un hombre del río Arcilloso nadie la quería. El jefe se la dio a Rayo porque vosotros le habíais quitado una hermana y entonces no tenía quien cuidara de su fuego. Ahora Rayo tiene otras mujeres, pero la que vivió en Nublares aún sigue en su cabaña.

—Pero en aquel grupo había otras mujeres.

—Una debió de morir en la tienda. La otra no la quiso nadie. Era vieja.

—Pero yo pasé por aquel campamento y no vi huesos.

—Las gentes de las Grutas entierran a los hombres. Aunque sean sus enemigos. Cerca de allí hay una sima de huesos donde los arrojaron a todos.

Ojo Largo hubo de hacer un esfuerzo para no pedirle que le señalara a aquella mujer o que le dijera que se acercara a su ventana. Si deseaba mantener alguna esperanza, lo esencial era no despertar sospecha alguna. Y descubrir quién era su madre no supondría ventaja alguna para él, sino ser aún más vigilado.

Lo que hizo fue aparentar sumisión a su destino. En una ocasión recibió la visita del brujo para quien se desplazó la gran piedra. El viejo chamán fue a ilustrarle sobre el rito. Observaba los cielos para marcar el día en que la ofrenda debía ser hecha. El día siguiente a la noche más corta, a mediodía cuando el astro estuviera en lo más alto. Iría limpio, perfumado y con las mejores ropas, cubierto de flores. La noche anterior tendría derecho a yacer con una joven. La que eligiera. Ella le lavaría el cuerpo y le prepararía para el sacrificio. El sol debía recobrar todo su vigor y llenar de vida los valles de los hombres de las Grutas.

Ojo Largo se mostró interesado. Odió al chamán como odiaba a Huesos, pero intentó extraer algún provecho. Los brujos eran poderosos en todos los sitios. Dominaban la voluntad de las gentes, aunque también aquí se dio

cuenta de que el chamán era un instrumento del jefe, Hacha Negra, lo mismo que Huesos de Paso de Lobo. Entre ambos se apoyaban y mantenían sus respectivos poderes.

El brujo de los claros también le contó otra historia. La del Pueblo Antiguo. La razón por la que los claros no se acercaban demasiado a las márgenes del Manadero era porque este río nacía en la laguna sobre la cual estaban las cuevas en semicírculo del Pueblo Antiguo. Allí había tenido lugar en tiempos muy lejanos la terrible y última batalla de exterminio. El Pueblo Antiguo había sido numeroso y cada uno de sus guerreros era más fuerte que dos de los hombres de los claros juntos, pero su número y vigor había ido decreciendo. El Nuevo Pueblo lo fue arrinconando y expulsando de los cazaderos. Al final sólo tuvieron la laguna y sus alrededores. Y un día el Pueblo Antiguo fue borrado de la faz de la tierra. El recuerdo de la masacre hizo que la laguna y su entorno no fueran un territorio por el que se cazara, se convirtió en un lugar maléfico. El Pueblo Nueva recogió a sus muertos, pero los huesos del Pueblo Antiguo quedaron esparcidos por sus cavernas, donde se les había dado muerte sin piedad, y en el fondo de la laguna, donde arrojaron muchos cadáveres de mujeres y niños.

Su charla con el brujo no convenció a éste de que le dejaran salir de la cabaña aunque fuera maniatado. El rito señalaba que sólo saldría de su encierro para dirigirse a la tierra campá, junto a la cascada. Pero consiguió que no hubiera límites para sus charlas: «Que no se prohíba a los guerreros y a las mujeres que conversen conmigo. No tengo nada que hacer en la cabaña». Su petición fue tenida en cuenta. Vio hablar al brujo con Hacha Negra, y la actitud de los vigilantes y las mujeres cambió. No en todos. Rayo, el jefe de la partida que lo capturó, seguía mostrando su hosca inquina. A sus preguntas respondía con amenazas.

—El sol calienta cada vez más. No tardaré en beber jugo fermentado de cerezas mezclado con tu sangre, hombre de Nublares.

En una ocasión Ojo Largo se atrevió a preguntarle por la mujer que vivía en su cabaña.

—En nuestro campamento hubo una mujer que ahora tienes tú. Nosotros la llamábamos Arroyo Claro.

—Hubo otra que era de mi sangre y a la que vuestro brujo le arrancó el

corazón. Ésta era de nuestra gente, y luego regresó. Pero regresó con nuestros enemigos, y aunque ahora vive aquí de nuevo, yo sé que parte de su corazón ya no es nuestro.

Rayo transpiraba odio pero dio una información muy valiosa a Ojo Largo: una de las jóvenes que venía a traerle la comida era la hija de una hermana de Arroyo Claro. Ojo Largo no tardó en hablar con ella. Era una jovencita delgada, más tímida que las otras, y que solía permanecer muda ante el ventanuco. El joven guerrero de Nublares utilizó su mejor sonrisa para no asustarla. Supo de sus labios que se llamaba Sauce. Le pidió luego que le trajera té de roca porque tenía molestias a causa de la comida, y cuando la muchacha regresó, se atrevió a preguntarle con una sonrisa:

—Sauce, tú eres la hija de la hermana de Arroyo Claro, la que vivió entre los del río Arcilloso. Yo la conocí de niño. Me gustaría verla. Dile que el hijo de Halcón en la Llanura es quien está en la cabaña de la ofrenda.

Ojo Largo apenas tenía recuerdos de su madre. No la hubiera reconocido desde luego en la viejecilla encogida y arrugada que llegó al caer la tarde, aprovechando que Rayo había salido del poblado y el vigilante se entretenía viendo cómo las jovencillas del pueblo jugaban. En Nublares aún se hablaba de la belleza de Arroyo Claro, pero de aquella hermosura ya no quedaba nada. O tal vez sí. En los ojos profundos como pozos de agua verdosa, Ojo Largo reconoció a su madre. Arroyo Claro y Ojo Largo no tenían mucho tiempo.

—Veo de nuevo a mi hijo tan sólo para tener que verlo morir.

—Aún no han arrancado el corazón del hijo de Halcón. Mi madre todavía puede salvarme.

—No podré, hijo. Rayo sabrá mañana que he venido y no lo tolerará más. Aunque no sepa que tú eres mi hijo. Su odio alcanza a todos.

—Pero Sauce sí puede. Si ella quisiera, podría cortar mis ligaduras cuando vayan a sacarme a la tierra campa. Yo la elegiré a ella, y cuando los guardianes quiten la piedra y vengán a maniatarme, ella puede cortar las correas o dejarme un cuchillo antes de irse. Aún no estoy muerto, pero que mi madre calle que lo es, pues entonces lo estaré.

—Callaré. Pero... ¿y tu hermana?, ¿estaba contigo?

—Sí. Acampamos en las juntas. Yo descubrí vuestro último fuego. Iba

solo cuando me cogieron. Ellos pudieron huir de Rayo y luego de Hacha Negra. Oropéndola estará ya en Nublares.

—¿Quién mandaba el campamento?

—La Velluda. Sus hijos y los tuyos éramos su fuego. Ella nos cuidó cuando vosotros no volvisteis.

—Halcón quería descubrir nuevos terrenos de caza. Había observado que los claros no frecuentaban el río Manadero. Me llevó con él como hija de estas tierras. De aquí me había raptado, pero yo sabía que era suya, le había dado hijos y ya pertenecía al clan. Vino también la curandera Grajilla y dos fuegos más. Todos perecieron. ¿Viven aún las Grajas?

—Viven.

—Y seguirán gritando. Le dieron la Grajilla a Huesos sólo para alcanzar algo de poder. No tenía ningún don para sanar, pero la curandera había muerto de parto. La Velluda siempre fue una mujer fuerte. Cuando Halcón vino del clan de las Peñas Rodadas era un forastero sin poder. Ella fue quien lo guió, ella lo puso en la senda de la jefatura. Tu padre cogió la fuerza de esa mujer de la estirpe del Pueblo Antiguo. Y cuando me tomó a mí, ella lo entendió. Fue ella mi mejor amiga en Nublares, y mi hijo ahora me dice que ha sido su madre.

—Su prudencia ha salvado ahora a la gente que se calienta en su fuego. Sólo tu hijo está aquí por no querer obedecerla.

—Hablaré con Sauce. Es mejor que no te vea más, Ojo Largo. Si te veo será porque vas camino de la campa a morir.

Arroyo Claro metió la mano por el ventanuco y acarició la cara cubierta de vello de su hijo. Luego la retiró y encogida bajó hasta el poblado. Ojo Largo se sintió niño otra vez y un nudo en la garganta le puso agua en los ojos. Pero no tardó en reponerse. Cuando Sauce llegó al día siguiente tuvo para ella todas las sonrisas y hasta hizo reír a la tímida joven con sus insinuaciones. La siguiente vez ya supo que su madre le había hablado porque la joven llegó turbada. Ojo Largo alcanzó a saber que Sauce conocía su parentesco pero aún no sabía nada de su plan. Así siguieron algunos días más, con cierta intimidación creciente pero sin saber cuál iba a ser la decisión de la joven. Y, finalmente, no supo si su madre le había contado a Sauce lo que tenían planeado porque otra tarde se presentó el brujo y dijo:

—Mañana será la noche de la fiesta. En la mañana siguiente saldrás a la ofrenda de la campa. Nuestro pueblo se sentirá honrado si quieres elegir una joven para tu última noche. Ojalá tu simiente fructifique. Será un hijo bendecido por los espíritus.

Hubo algunas jóvenes de rotundas caderas y espectaculares cabelleras que se sintieron desdeñadas cuando el joven prisionero de palabras dulces y ojos de gato eligió a Sauce. Ella llegó al atardecer. Llevaba un vestido de piel largo hasta la rodilla. Se había peinado su fino pelo castaño adornándolo con cuentas, abalorios y flores.

Los guerreros desplazaron la piedra. Con Sauce entraron varias jóvenes llevando toda suerte de carnes, verduras y frutas. También unos odres de agua y diferentes vasijas. Lo dejaron todo en el suelo. Se marcharon y la roca volvió a caer.

Sauce le indicó que callara y escuchara los ruidos de fuera. Cuando oyeron alejarse a los visitantes y separarse al guardia, la joven se acercó a él y le susurró.

—No comas de lo que yo te señale. Tu pensamiento se desprendería de tu cuerpo y ya no sentirías nada. Ahora hagamos lo que marca el rito. Primero he de bañarte y perfumarte.

Lo hizo con agua y saponaria y luego con esencias de espliego y menta. Él la dejó hacer y se relajó en sus manos.

Cuando acabó comieron en abundancia y hasta bebió un poco de zumo de cerezas fermentadas. Ojo Largo no sabía si debía o no preguntarle por su posibilidad de huida; quiso dirigir la conversación hacia ese tema, pero ella la desvió.

—La fiesta ha comenzado. Ya han llegado las gentes de todas las Grutas a nuestro valle.

Por la ventana Ojo Largo vio el resplandor de las hogueras en los campos, las figuras que danzaban alrededor. El retumbar rítmico de los tambores se mezclaba con los cánticos. Se oían risas y grandes alaridos.

—El zumo de la cereza hace que los corazones enloquezcan esta noche.

Ojo Largo había asistido en su campamento a alguna fiesta, pero el grado de excitación que adquiriría aquélla no lo había visto nunca. La noche no tardó en ser un frenesí de gritos, alaridos y jadeos. Las parejas se abrazaban por

todos los lados, algunos vinieron a aparearse al lado de las paredes de la cabaña y una mujer acabó por arrancar de su puesto al vigilante y arrastrarlo con ella.

Ojo Largo contemplaba a la delicada compañera de la que podía ser su última noche de vida. No sabía si ella había decidido intentar ayudarle. Preguntárselo podía ser suicida. Era ella quien debía decirlo. Pero sólo dijo:

—Estoy muy agradecida por que Ojo Largo me haya elegido.

Él supo que no poseerla sería un insulto. Además, podía morir a la mañana siguiente, y el zumo de cereza fermentado también había enloquecido su corazón.

Desnudó a Sauce delicadamente y luego se tumbó a su lado sobre las mullidas pieles de oso que le hacían de lecho. Ella se hizo aún más lánguida entre sus brazos. Era una mujer de huesos finos, pechos pequeños y piernas esbeltas y delgadas. Él creía que no sería muy avezada en los asuntos de los hombres, pero se llevó una gran sorpresa. Comenzó a besarla con tanta delicadeza como deseo, y al momento él tenía todo su cuerpo encendido. Ella sabía apaciguarlo y enardecerlo midiendo sus impulsos. Cuando por fin le permitió penetrarla, se encontró con un sexo acogedor y húmedo, espacioso y que recibía acariciadoramente su miembro. Ella apenas le permitió abandonarlo en toda la noche, y él se dejó conducir por su firme dulzura a todos los placeres.

El frenesí de la fiesta no cesaba en el exterior. Entre escandalosas risotadas una pareja se apareaba frenéticamente en el tejado de la cabaña.

Sauce se arrebujó entre los fuertes y velludos brazos del joven condenado. Y entonces, cuando empezaba a clarear el alba, le dijo:

—Si tus pies son rápidos no morirás hoy.

Él iba a hablar, pero ella añadió:

—Debes descansar. Será bueno que ya no derroches más tus fuerzas. Yo descansaré contigo hasta que vengan a buscarnos. Aún tardarán.

Lo despertó la voz aguardentosa de un hombre. Luego oyó a Sauce.

—Espera. Ha de estar limpio. No tardaré mucho.

Ojo Largo se frotó vigorosamente el cuerpo con agua fría. Se sentía lleno de energía. Sauce le puso un pantalón ceñido y una chaqueta de piel de gamo. Él se calzó unos elásticos mocasines.

—Ya podéis entrar.

Oyó desplazarse la gran roca, y entraron dos guerreros. Ojo Largo notó en ellos los estragos de la noche anterior.

—No tardará en venir el chamán y la comitiva a buscarte.

Le ataron las manos a la espalda y le pusieron una tira de cuero en los pies que le permitía andar pero no correr. Luego se dirigieron a Sauce.

—Tú, muchacha, ven. Tenemos que irnos y cerrar hasta que ellos lleguen.

Ojo Largo temió entonces que ella le hubiera mentido y se marchara sin más. Fue sólo un momento. Ellos estaban junto a la puerta y ella, tras él, aprovechó ese instante. Dos precisos cortes con un afilado cuchillo de sílex le liberaron los pies y las manos. Un guardia se volvía. Hizo un esfuerzo. Las correas a medio cortar cedieron. Ojo Largo saltó como una fiera hasta la puerta y arrolló a los dos jóvenes guerreros. El primero cayó, el segundo levantó la lanza pero un gran golpe en la cara lo derribó. Sauce chillaba en la puerta. Sus alaridos no importaban; Ojo Largo entendió su intención: quería entorpecer aún más la salida de los dos jóvenes claros. Su amiga le daba unos metros más de ventaja. Huyó. Vio miradas atónitas, oyó gritos de estupor, temió ser alcanzado por alguna flecha, pero sólo llegó hasta él un creciente alarido de alarma que salía del poblado.

Huyó hacia el norte y hacia el naciente. Tenía hacia el sur todos los pasos cortados. Ante él se levantaba la gran montaña. Se internó en los espesos montes de hayas de sus faldas. Los grandes árboles ya habían echado todas sus hojas. El bosque era un impresionante canto a la vida. Ojo Largo no iba a morir allí. Corrió. Huyó con los aullidos de la persecución mordiéndole los talones. Se adentró en el bosque de hayas y luego en lugares donde sólo crece el enebro y la sabina. Oía la persecución a su espalda. Les llevaba una cierta ventaja que había aumentado rápidamente al principio, que luego había disminuido y que ahora se mantenía estable.

Tenía a su favor la noche de excesos de sus enemigos y en contra el número de hombres que iban tras él y que les permitía turnarse en la persecución. Ojo Largo había procurado hacer todos los días ejercicio y dar saltos por la cabaña para que no se le entumecieran los músculos, pero aun así el encierro le había mermado sus facultades. Sin embargo tenía la desesperación de la huida y el ansia de vivir. Y continuó huyendo casi por el

borde de la nieve. Era mediodía cuando vislumbró desde lo alto de unos riscos los bosques de pinos donde había sido capturado. Giró entonces más hacia el norte. Aquello debió de despistar a sus perseguidores, que sin duda creían conocer su ruta de huida hacia el campamento de invierno. Pero Ojo Largo sabía que allí lo estarían esperando. Caía ya el sol, le ardían los pulmones, cada vez sentía más próximos a sus enemigos, y su aullido se clavaba en sus pisadas cuando llegó a la laguna.

Supo nada más verla dónde estaba. Aquél era el escenario de la matanza del Pueblo Antiguo. Una minúscula apertura lograda por el río daba lugar a un circo de grandes paredes rocosas. Al fondo, en la pared más alta, las bocas de las grutas. Un gran lobo saltó de debajo de una mimbrera cuando Ojo Largo cruzó por la orilla húmeda de las aguas. Sin mirar hacia atrás el joven llegó a las rocas del fondo y comenzó a trepar hacia las cuevas. Hizo un último esfuerzo para encaramarse a la plataforma donde se abría la desportillada boca de la gruta. Vio unas toscas escalinatas en el costado de ésta y con el último aliento trepó por ellas. Esa caverna era pequeña pero parecía muy honda. Se internó en la oscuridad. Al arrastrarse tropezó con restos esparcidos por el suelo. Por el tacto supo que eran trozos de madera y huesos. Cayó exhausto en un rincón oscuro y sus manos tocaron algo. Era una gran calavera de un hombre antiguo. Tenía todo un lado roto, destrozado como consecuencia de fuertes golpes de un hacha. Ojo Largo pensó que tal vez lo hubiera matado algún antepasado suyo, de los que había ahora acechándole o de los que le darían por muerto en Nublares.

Los claros se habían detenido a la entrada de la laguna. Habían visto al lobo. Lo señalaban con sus brazos mientras el animal transponía las crestas echando una postrera mirada a los hombres que habían turbado su descanso.

La visión del lobo atemorizó a los claros. Aquél era un lugar de muerte. Allí no se iba nunca, y los brujos tenían prohibida la entrada. Y el prisionero se había metido allí y había visto salir en su lugar a un lobo. No. Ellos no iban a romper el tabú de los hombres antiguos. Aquel prisionero moriría allí sin duda. Ellos harían fuego y campamento a la entrada por si salía, pero no penetrarían en aquel lugar.

Dos noches y dos días tuvo los fuegos de los claros tapándole la salida de la laguna. Sintió hambre y la sed le hizo lamer las paredes y las mismísimas

estalactitas de la gruta. La tercera noche se mantuvieron las lumbres, pero las nubes apagaron la luna. Entonces salió y remontó gateando la pared de las cuevas. Al alba llegó a las juntas. Del campamento sólo quedaban tizones, pero allí estaba, en el refugio, esperando su vuelta, famélico, su perro. Los dos cogieron rumbo hacia Nublare. Una hiena casi los mató cuando se disputaron con ella una carroña, y una leona los tuvo atemorizados una noche entera, refugiados como dos ratas en un agujero que taponaron con piedras.

Pero una tarde dieron vista al río Arcilloso y los dos pasaron por su pie el vado donde Ojo Largo mató al jabalí. Y oyeron gritar al vigía desde la cueva. Pero ni el perro ni el hombre tuvieron fuerzas para contestar al grito.

VI

EL SACRIFICIO DE LA ESTRELLA VESPERTINA

Ojo Largo y *Nariz* llegaron a Nublares. El clan les dio cobijo y comida. Durmieron un largo sueño y al despertar Ojo Largo sintió la soledad. El clan lo rechazaba. Sin palabras hoscas, sin gestos destemplados, simplemente lo rehuía, le hacía el vacío. Había puesto en peligro a todo el campamento de la Velluda, y esto no se perdonaba en el clan.

Apenas si cruzaban una palabra con él. Comía en el fuego de la cueva, ahora reducido al Oso, Colmillo de Lince y Caballo, el gemelo tullido, aún no iniciados, y los tres cazadores que sí habían superado la prueba: Bisonte y Viento en la Hierba, que aun no habían levantado cabaña y fuego en el campamento, pero nadie contaba con Ojo Largo para las expediciones de caza. Si quería unirse lo aceptaban, pero no le buscaban para que los acompañara. Se dio cuenta de ello y poco a poco comenzó a aislarse. Volvió a sus cuerdas para los peces y a intentar emboscadas en solitario para cazar a algún herbívoro de los que acudían a beber.

La primavera estallaba a su alrededor como una explosión de vida, pero él no tenía con quién compartirla. Ni tan siquiera su hermana Oropéndola se permitía conversar demasiado con él. Además, en cuanto los veían juntos la joven era requerida de inmediato para cualquier tarea a fin de alejarla de su hermano. Oropéndola lo dejaba con una sonrisa de simpatía y de disculpa, y de nuevo Ojo Largo se encontraba bajo las miradas torvas de todos.

Más doloroso aún era lo de Mirlo. Ésta no sólo lo rehuía, sino que hizo una clara manifestación de rechazo cuando él intentó acercarse a ella. Ya no había sonrisas provocativas ni miradas cargadas de intenciones. Parecía que Mirlo, más que haber olvidado su pasión, la había transformado en desdén.

Ojo Largo, con su perro, que se convirtió en sombra, se despertaba antes que nadie y bajaba al río, o en raras ocasiones se perdía por los bosques.

Junto a las aguas encontraba un poco de calma y compañía. Los álamos y los alisos tenían pequeñas hojas recién nacidas, crecía la hierba, se reclamaban todas la aves y, mientras, Ojo Largo lo miraba todo con la tristeza anidándole en el corazón. Tan sólo *Nariz* se refrotaba junto a él.

Un atardecer no subió a la cueva. Se quedó junto al agua. Vio irse el sol, dejando tras él la luz más hermosa sobre las tierras reverdecidas, y luego caer el crepúsculo y la noche. Buscó la horquilla de un árbol y se acurrucó en ella. Su perro se quedó de guardia abajo. La noche no acababa de cerrarse por los resplandores de la luna y las estrellas, y él no dormía.

Entonces cerca, en un árbol de al lado cantó un mirlo. Elevó sus notas musicales junto a él como si quisiera acompañarle, mandarle un mensaje. A él se lo pareció. Ojo Largo cantó con el pájaro un buen rato y luego éste se marchó lanzando un grito asustado.

El joven cazador se sintió aún más solo. Y cuando por la mañana, de regreso al poblado, vio a Mirlo, entendió que todo había sido un sueño y que la había perdido. Tuvo esta certeza al darse cuenta de que la mujer sonreía ahora a uno de los Dos que Caminan Juntos, no supo si a Bisonte o al gemelo tullido. Entonces su corazón se llenó de rabia contra Mirlo, y esa noche los recuerdos le negaron el sueño y no le dejaron dormir.

Poco a poco la rabia dejó paso a una aguda tristeza y ésta a un absoluto ensimismamiento. El joven caminaba solo y, cada vez más, únicamente atento a los sonidos de la naturaleza, alerta exteriormente, pero sintiéndose más y más débil en su interior, como si por dentro algo le comiera el pecho. Y una tarde, en el sereno del río, descubrió que los ojos se le volvían agua y que las lágrimas lentamente brotaban y resbalaban hasta su barba. *Nariz*, que había permanecido inmóvil junto a él mirando el fluir de las aguas, se levantó, se le acercó con cautela, le puso las patas delanteras en sus piernas cruzadas, levantó la cabeza hacia su cara y comenzó a lamerlas. Ojo Largo supo lo que era un amigo y una caricia.

A partir de entonces cambió su paso. Lo que había sido abatimiento se transformó en silencioso orgullo. Su andar se irguió, su mirada cogió reflejos azules de hielo. Mantuvo sin pestañear las miradas de sus compañeros de cueva, agradeció el gesto siempre alentador de Viento en la Hierba, y cuando se cruzó con la sonriente Mirlo, la mujer sintió que un mal frío paralizaba su

cuerpo al encontrarse con las pupilas del joven.

Él siguió su camino aquella tarde rumbo al fuego de la Velluda para hablar con su hermana Oropéndola.

—Si el jefe y los cazadores del clan no quieren que yo siga en Nublares, Ojo Largo se irá y le pedirá cobijo a la madre de su padre en el poblado de las Peñas Rodadas.

—Oropéndola le pide que se quede. Ojo Largo sabe que Viento es su amigo.

—Me quedaré hasta la reunión de los clanes, pero Ojo Largo no vivirá en el clan, ni buscará su cobijo, ni pedirá su amparo. Ojo Largo vivirá solo, no humillará su paso ante quienes le hieren.

Ya no importó la soledad. Era él quien la buscaba. Cada día antes del alba dejaba sus pieles, descendía en silencio por la cárcava y se dirigía a cazar y a pescar río arriba. Los demás fueron dejando aquel itinerario como el particular cazadero del joven proscrito. Y él acabó por construirse un refugio en un grueso árbol hueco para poder preparar su comida e incluso pasar muchas noches sin regresar al campamento. Tan sólo lo hacía cuando conseguía una pieza de gran porte que llevar a los fuegos. El orgullo anidó en su corazón y fue cada vez más un ojo vigilante y solitario dispuesto a matar y a intentar no morir.

Hubo de resguardarse de la pantera y de las hienas y envidió a la manada de lobos que noche tras noche cazaba unida al otro lado del río, en las estepas.

Un amanecer se topó con un gran macho cuando ambos bebían uno a cada lado de un vado del río Arcilloso. Los dos habían llegado en silencio y al levantar ambos la vista se miraron frente a frente. El animal clavó en el hombre su mirada oblicua y amarilla. El hombre apretó el mástil de su lanza y devolvió la mirada sin parpadear. Escucharon el sonido del agua que se deslizaba entre ambos, inmóviles, y se comprendieron. Sólo la llegada de *Nariz* con el pelo erizado, los belfos retraídos y un gruñido en el pecho hizo que el lobo abandonara su inmovilidad. Enseñó sus caninos, erizó el lomo y puso la cola rígida, como gran macho dominante, y sin perder de vista al hombre y al perro se deslizó entre la maleza de la otra orilla. Ojo Largo lo vio desaparecer y supo que aquel lobo y él debían de tener algo de hermanos.

Y llegó un día que Ojo Largo temía en el que el clan bajó a buscarlo. El joven cazador sabía para qué lo requerían y no deseaba hacer lo que iban a pedirle. Fue el jefe, Paso de Lobo, quien le dio la orden.

—Ojo Largo deberá indicar el camino hasta los poblados de los claros a los cazadores de Nublares. Que suba ahora a la reunión del clan si sigue siendo de los que han puesto su mano junto a todos.

Ojo Largo conocía bien el objetivo de la partida. Sabía que tendría que escuchar a aquel maldito brujo y sabía que su negativa a hacer lo que le pedían lo convertiría para siempre en un apestado para su clan. Muchos no le importaban, pero otros eran su sangre y sus hermanos. Así pues, subió a la reunión celebrada en la sala de los cazadores en la cueva de Nublares y se sentó en el círculo alrededor del fuego ceremonial junto a todos. —Paso de Lobo, Piel de Jabalí, Sombrío, Voz de Ciervo, Cara Ancha, Bisonte y Viento en la Hierba—, dispuesto a esperar al brujo Huesos.

Éste entró con el «paquete del lucero del alba». Contenía un collar de piel de nutria, una piel de halcón, plumón de avutarda y una piel de lince. Con gestos medidos y solemnes se lo entregó a Paso de Lobo. Éste lo recogió. En el hombro izquierdo se colocó la piel de nutria. El brujo le pintó dos rayas rojas en cada mejilla y una huella de ave en la frente. Paso de Lobo eligió entonces a sus acompañantes: Piel de Jabalí, Cara Ancha y Ojo Largo.

Salieron a la boca de la cueva. Esperaron la aparición del lucero del alba en el cielo nocturno. El chamán lo invocó encomendándole a Paso de Lobo:

—Aquí está tu hombre. Él lleva tu ropa. Protégele y haz que tenga éxito. Que traiga a la muchacha, que traiga a la estrella vespertina para que pueda unirse a ti mediante el sacrificio, lucero del alba, y engendres en ella hijos para el clan de Nublares.

Luego el brujo se dirigió a los expedicionarios.

—Saldréis mañana. Viajaréis por la noche al amparo del lucero y acamparéis ocultos por el día cuando él se oculte. Traed a la estrella vespertina.

Ojo Largo había visto sacrificar a muchachas de los Claros atadas al poste. Siempre le había repugnado el ritual, que no se practicó durante la jefatura de su padre, ya que en el clan de las Peñas Rodadas la Torcaz los había abolido, pero Paso de Lobo y Huesos habían restablecido el rito

asegurando al campamento que su no realización había traído la muerte de Halcón y de los hijos de Nublares.

Ahora Ojo Largo sería el guía. No tenía otra elección si quería continuar siendo un cazador del clan, y al atardecer siguiente estuvo presto en el campamento sobre la cueva para partir. El fuego alumbró el círculo de las gentes con los cuatro hombres en el centro preparados para partir. Ojo Largo se mantenía silencioso y tenso, mirando fijamente las oscuridades del norte. De pronto notó una mirada fija en él y al girar la cabeza se encontró con los ojos negros con reflejos de agua de Mirlo, que lo miraba sonriente. Llevaba puesto al cuello su collar de colmillos del gran jabalí. Pero Ojo Largo no sólo no respondió a la sonrisa, sino que le clavó sus duras pupilas y las mantuvo inmóviles, fijas en los ojos de la mujer, sin pestañear, disparándole su antiguo deseo, su angustia, su soledad y, por encima de todo, su desprecio. A Mirlo se le borró la sonrisa burlona de la boca. Y cuando el alto guerrero se giró de nuevo hacia el norte, supo que lo había perdido para siempre. Quien partía era un hombre que había pasado por el fuego y cuyas pupilas quemaban.

Cuando el brujo dio la señal de partida, Mirlo vio otra cosa. Varias muchachas seguían con admiración el andar erguido de Ojo Largo y no le sorprendió que la mirada más atrevida fuera la de la segunda mujer del jefe, Cielo en los Ojos.

Ojo Largo salió el último del campamento y su única mirada amable, acompañada de una sonrisa, fue para su hermana Oropéndola, a quien contra la costumbre de no despedirse con ningún tipo de contacto físico hizo una caricia inauditamente tierna en el solitario cazador. Su áspera mano rozó levemente el pelo y luego la barbilla de Oropéndola, y ésta supo una vez más que tenía en el corazón aparentemente hirviente de su hermano un lugar fresco y confortable para ella. Y Mirlo hubiera deseado más que nadie, más que las jóvenes que admiraban a Ojo Largo y más que Cielo en los Ojos que lo deseaba, aquel gesto de ternura, que ella nunca había conseguido. Pensó entonces en sus propias palabras y se dijo a sí misma con amargura: «Quizá quien nunca poseyó a Ojo Largo fui yo».

El joven cazador guió en silencio a la partida río Bornova arriba, hasta las juntas con el Borbotón, y allí, donde había descubierto el destruido campamento de su padre, cruzó la corriente y se internaron en tierra enemiga.

Protegidos por la noche y por los bosques, acampando por el día sin encender fuego alguno que los delatara, llegaron al segundo río de los Claros, el Sorbe, y se pusieron al acecho.

El primer día fueron ellos los que estuvieron a punto de ser los capturados cuando una partida de caza de los claros del valle Verde de los Arroyos bajó por la senda del agua rumbo a sus cazaderos del sur. Pero pasaron junto a ellos sin que se percataran de su presencia. Ojo Largo reconoció entre los rubios cazadores al jefe Hacha Negra y al feroz Rayo.

El segundo día tuvieron otra suerte. Poco después del amanecer vieron descender por la ribera a dos jovencísimas muchachas que recogían puntas de espárragos tiernos. Se agazaparon y las dos cayeron como pajarillos asustados en sus manos. Las amordazaron y las hicieron correr aterrorizadas. Al atardecer ya estaban cerca de las juntas, que repasaron de noche, y en tres días más, con sus jóvenes prisioneras al borde de la extenuación, llegaron al río Arcilloso.

El brujo salió a recibirlos con alborozo. Ojo Largo ni siquiera subió al poblado. Se reencontró con su perro, que había permanecido al cuidado de Viento en la Hierba, bajó a bañarse al río y durmieron luego ambos en el tronco del árbol hueco. Sabía la suerte que le esperaba a una de las prisioneras. La misma que le habían destinado a él en los Claros.

Las dos jóvenes fueron conducidas a la Cabaña de Mujeres, allí les cambiaron sus destrozadas ropas por las mejores y más adornadas vestimentas que había en Nublares. Serían tratadas como invitadas de honor, gozarían de todos los privilegios y agasajos. Nadie pondría un dedo sobre ellas, porque ello significaría la muerte para el transgresor. Pero cuando el brujo viera señales en el cielo y soñara el día, una de ellas sería sacrificada ritualmente. La otra podría ser reclamada por cualquier cazador para su fuego. Si no había nadie que la quisiera la matarían, pero siempre había un cazador que la tomaba. Las doncellas de los Claros habían dado muchos hijos a Nublares.

Al final de la luna, Ojo Largo fue reclamado de nuevo y fue a la cueva. Se reunía el cónclave de cazadores con el brujo para decidir cuál de las dos muchachas sería la estrella vespertina.

El brujo habló al fuego.

—El lucero del alba me ha hablado. He sabido quién debe ser la elegida. Será la más joven.

Nadie respondió. El silencio sólo lo rompía el crepitar de la leña.

Habló Paso de Lobo a los cazadores.

—¿Quiere algún cazador sin fuego de los que aún habitan en la cueva tomar a la cautiva y hacer fuego y cabaña en el campamento junto a Cara Ancha y el Raboso?

—Bisonte la tomará, —contestó el gemelo de los Dos que Caminan Juntos—, pero quiere pedir al jefe que permita subir al fuego a su hermano con la pierna seca. No está iniciado y no tiene derecho a fundar un fuego, pero ahora podrá compartir el mío y no será una carga para el clan.

Nadie se opuso.

Habló el brujo.

—El lucero del alba me ha dicho que cuando se llene la luna le entreguemos a la estrella vespertina.

Ojo Largo había permanecido hosco y silencioso con la mirada en las llamas. El joven había reconocido, ya en el momento del rapto, a las jóvenes. La mayor, una muchacha muy alta y de rasgos enérgicos, era una de las que le habían llevado la comida al ventanuco cuando él era su prisionero, y a la pequeña, apenas una niña, de expresión siempre risueña, la había visto jugar en ocasiones en la tierra campa frente al lugar de su encierro. La tensión que había ido creciendo en su interior estalló pronto.

—Este cazador dice que el sacrificio no debe realizarse. Este cazador iba a ser sacrificado por los claros, pero los espíritus del Pueblo Antiguo se lo impidieron. Por mi sangre que no se derramó pido que no se derrame ésta.

La conmoción fue instantánea. El chamán se agitó convulso, el Raboso se incorporó como picado por un escorpión, Piel de Jabalí hizo un gesto de desprecio. Paso de Lobo miró al insubordinado joven con dureza, pero fue Cara Ancha el primero en hablar.

—Otra vez Ojo Largo se opone a su clan y a sus costumbres. En las juntas del Bornova casi nos trajo la muerte. Ha vivido solo y ahora pretende arrastrar a Nublales a la desgracia negándose a cumplir el rito de la fertilidad. Que se vaya de la cueva, que viva siempre solo.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo. Bisonte lanzó un grito para

demostrar su acuerdo con Cara Ancha y lo mismo hizo el Raboso.

Habló Piel de Jabalí.

—Al joven cazador le pesa su sangre de los claros. Que se vaya a vivir con ellos, con los que le quisieron arrancar el corazón.

Se levantó Voz de Ciervo.

—Le pido a Ojo Largo que una su mano al clan y que dispare con ellos su flecha.

Sombrío se dirigió directamente a él.

—Vuelve a tu clan, Ojo Largo. La soledad te ha llenado de amargura.

El chamán con voz silabeante amenazó:

—Si Ojo Largo quiere insultar al lucero del alba, que caiga sobre él la maldición de los espíritus de la noche y que no le permitan nunca engendrar un hijo.

Paso de Lobo ordenó:

—Ojo Largo nos guió hasta los claros de la gruta del valle Verde de los Arroyos. Con ello purgó su culpa por lo ocurrido en la dispersión. Nos marcó el camino a la ida y nos condujo seguros en la retirada. Había vuelto a su clan. Ahora habrá de decidir. Si dispara su flecha será del clan, si no lo hace habrá de abandonarlo y no regresar jamás, y si vuelve entonces a pisar nuestros cazaderos lo mataremos y nos comeremos su corazón y su cerebro.

Ojo Largo permaneció en silencio. Nadie parecía apoyarlo. Estaba solo. Había vivido en soledad, pero siempre a la vista de la cueva, con la seguridad de poder refugiarse en ella. Ser expulsado era otra cosa, y no poder regresar era lo peor que le podía suceder. Sería un cazador sin tribu, un hombre solo, como uno de aquellos animales expulsados de su manada, condenado a la desesperación y, más pronto que tarde, a la muerte.

Pensó velozmente. Cuando mató al gran jabalí, soñó con ser jefe y poseer cuantas mujeres quisiese. Todo se haría humo si persistía en apoyar a la prisionera, que se habría reído alegremente en la tierra campá mientras a él le extraían el corazón con un cuchillo de sílex. Algo en su interior se quebró.

—Ojo Largo obedecerá al clan —dijo, y se sentó abatido mirando al fuego.

Había sido vencido. Sentía la derrota en sus entrañas, donde se mezcló con la amargura por los pasados desdenes de Mirlo. No quería luchar más.

Dispararía su flecha.

La reunión iba a finalizar. Reducido el rebelde, el clan en silencio se fortalecía en torno a las llamas. Pero aquélla era la noche de las cosas inauditas. Nadie podía esperar algo así del joven y tímido Viento en la Hierba, pero allí donde se había doblegado la voluntad del poderoso emergió el valor del más débil.

—El clan ha quebrado a Ojo Largo —habló despacio, casi en un susurro—. Él disparará su flecha, pero Viento en la Hierba no lo hará. No derramaré la sangre de la joven hija de los Claros. No es posible convencer al jefe, ni al brujo, ni al clan. La mataréis, pero yo no lanzaré mi flecha. Puede el clan hacer conmigo lo que quiera.

Ojo Largo miró con asombro a su joven amigo. La mayoría del clan lo miraba con rabia. Nadie hablaba. Tomó la palabra Paso de Lobo.

—Valdrá para él lo que se advirtió a Ojo Largo. Si no emplea su arco en el sacrificio, deberá abandonar el clan. Que el joven cazador lo medite.

—La nueva luna estará llena mañana. Al crepúsculo será el sacrificio de la estrella vespertina —anunció Huesos.

—Que el joven cazador lo medite —repitió Paso Largo.

Los cazadores salieron en silencio de la sala de ceremonias. Todos, incluido Bisonte que iba a recoger a la prisionera, abandonaron la cueva rumbo al poblado. En la gruta quedaron únicamente Ojo Largo y Viento en la Hierba, pues los dos muchachos no iniciados, Colmillo de Lince y el Oso, estaban arriba turnándose como vigías.

Los dos amigos salieron a la plataforma de la entrada y se sentaron mirando hacia el inmenso cielo cuajado de estrellas y hacia la oscuridad del horizonte. Apenas hablaron. Ojo Largo se sentía deshecho en su interior. No podía intentar convencer a Viento de que hiciera algo a lo que él se había opuesto. Y Viento no quería entristecer más a su amigo, conocía su sufrimiento y comprendía su derrota. Ojo Largo sería un día el jefe de Nublares.

—Mi amigo no disparará mañana su flecha, ¿verdad? —afirmó más que preguntó el alto cazador.

—Mi amigo deberá hacerlo. Viento no se lo reprochará. Lo comprende —contestó.

Inmóviles en la noche, ninguno quiso recogerse en sus pieles. No hablaron, pero sentían la necesidad de no dejar solo al otro. Así vieron clarear el día.

El silencio lo rompió Ojo Largo.

—Durmamos ahora. No quiero ver a nadie del clan. Cuando mi amigo se vaya, Ojo Largo aún estará más solo. Nadie del clan lo quiere.

Viento en la Hierba no respondió. Se levantaron y se hundieron en la oscuridad de la cueva de Nublares. Arriba, en el campamento, empezaban los preparativos para el sacrificio de la estrella vespertina.

Cuando Ojo Largo despertó, el sol comenzaba a caminar hacia las montañas de poniente. Viento no estaba. Cogió su aljaba y su arco, se colgó el collar con las amoladeras del gran jabalí y subió al poblado.

Arriba todo era agitación. Junto a la hoguera del vigía vio el grueso poste al que sería atada la joven. A sus pies habían cavado una zanja en la tierra. Junto a la muralla vio a Viento hablando con su padre, Voz de Ciervo. El que hacía brotar animales en las paredes de la gruta se inclinaba sobre el joven. Éste, que aún parecía muy frágil, permanecía callado. Pero cuando Voz de Ciervo concluyó, Ojo Largo vio cómo su amigo negaba con la cabeza. Su padre, con un gesto de enfado y resignación, lo abandonó.

Comenzaba el crepúsculo. El canto del brujo comenzó a oírse al fondo del campamento, junto a la Cabaña de las Mujeres. No tardó en ver a la comitiva. La muchacha, engalanada, caminaba como en sueños sujeta por Mirlo. Debían de haberle suministrado algún bebedizo. Delante de ambas, Huesos, y tras ellos, Paso de Lobo y todos los cazadores con las mejillas pintadas con ocre rojo.

Las mujeres del clan subieron al murallón del poblado para contemplar el ritual desde allí.

Caían las sombras. Colmillo de Lince y el Oso prendieron fuego a un enorme montón de leña que habían apilado durante el día. El cielo era ya de un azul muy oscuro. La estrella vespertina estaba ya en el cielo junto a la luna nueva.

La joven fue atada al poste. Se elevó un canto ritual iniciado por el chamán que golpeaba rítmicamente un tambor de piel. Lo acompañaron todos. Formaron los cazadores. Ojo Largo se colocó el último. A su lado

llegó Viento en la Hierba. Subió el cántico del brujo. Cantaron los hombres. Las mujeres iniciaron también un extraño ulular. La cercana hoguera iluminaba la escena.

—Lucero del alba, te entregamos a la estrella vespertina. Apareaos. Que la sangre de su sacrificio traiga la fertilidad al clan de Nublares —clamó el brujo.

La muchacha estaba ya en el poste. Paso de Lobo se adelantó, tensó su arco. Crepitaba la hoguera. La flecha se clavó en el corazón de la muchacha. El brujo seguía cantando. La cabeza de la joven se abatió sobre su pecho. Se adelantó Piel de Jabalí. Disparó su flecha. Y así, uno a uno, fueron clavando sus dardos en el pecho de la hija de los Claros. Le llegó el turno a Ojo Largo. Miró a su amigo, con una muda súplica en los ojos. Viento no respondió. El alto cazador envió también su flecha. Notó que el cuerpo inerte de la muchacha ya no sentía el impacto. Se volvió hacia Viento y le habló.

—Está ya muerta. Lanza tu flecha. No matarás lo que ya está muerto.

Pero Viento no contestó ni se movió. Se quedó inmóvil con todas las miradas del clan fijas en él.

Pareció detenerse el tiempo. Ojo Largo levantó la vista hacia la delgada raja de la luna naciente y hacia el brillante lucero que la acompañaba en el cielo aún vacío de estrellas. Luego vio avanzar a Paso de Lobo.

—¿Viento no lanzará su flecha?

El joven se limitó a mover negativamente la cabeza, pero mantuvo con firmeza la mirada.

—El clan lo destierra. Que coja sus cosas y se vaya. Al amanecer deberá estar lejos de Nublares. Si vuelve encontrará la muerte.

Viento en la Hierba se dio la vuelta y se dirigió al camino de bajada de la cueva. Ojo Largo siguió inmóvil. Vio cómo el brujo y Mirlo desataban a la joven y la depositaban en la zanja. Así su sangre se derramaría mejor en las entrañas de la tierra para fertilizarla. Era la sangre más preciada y no podía perderse una sola gota. Más tarde enterrarían el cuerpo tras cortarle la cabeza. La calavera descarnada pasaría al reducto del brujo en la cueva.

Ojo Largo contempló todo a la luz de las llamas de la hoguera. Huesos recomenzaba un canto nuevo. Su voz le sacó del ensimismamiento. Hizo un gesto de animal desperezándose. Miró a Mirlo. Ésta le devolvió la mirada.

Detectó el ansia de la hembra. Se revolvió como herido por una cuchillada. Fue entonces cuando tomó su determinación. Apretó el arco y se dirigió hasta donde estaba su hermana Oropéndola.

—Ojo Largo también se va. Ha sido cobarde. No lo volverá a ser jamás. No dejaré solo a Viento en la Hierba. Yo sí puedo volver a Nublares y tampoco dejaré sola a mi hermana.

Le hizo aquella cómplice y leve caricia en la barbilla. Irguió los hombros y se dirigió a la cueva. En ella Viento ultimaba sus preparativos para partir.

—Que Viento en la Hierba me espere. Si no lo impide, Ojo Largo caminará junto a él.

Poco después ambos, con *Nariz* abriéndoles el camino, se perdieron en las sombras río arriba. Aquella noche compartieron el viejo árbol hueco que había sido el refugio de Ojo Largo. Y por primera vez desde que volvió de su cautiverio con los claros, Ojo Largo sintió que la soledad ya no era su compañera.

VII

LA GARZA

El campamento del clan de las Peñas Rodadas estaba situado sobre la gran curva de un meandro del río Arcilloso. Grandes peñascos que se habían desplomado desde lo alto de la colina hasta el borde de la corriente le daban su nombre. El lugar había sido cuidadosamente fortificado a lo largo de generaciones y su disposición permitía el acceso al agua desde un reborde pétreo que se cernía sobre el río. La vegetación ribereña, un gran bosque de alisos, sauces, mimbreros y álamos, enmarañados de zarcas y espinos albares, se extendía hasta los mismos pies del poblado, al otro lado del río. Más allá, la estepa ondulada. Detrás, los grandes bosques de chaparros, robles y quejigos.

Ojo Largo y Viento en la Hierba, después de media luna cazando juntos, se dirigieron al campamento del clan de Peñas Rodadas. Tuvieron buen cuidado de hacerse ver desde cierta distancia para no causar mayores alarmas y al descubierto enfilaron hacia el poblado. Los primeros en recibirlos fueron los perros que salieron ladrando furiosos hacia ellos. Ojo Largo sujetó con su ramal a *Nariz* y él y Viento ahuyentaron con un gesto de las lanzas a los perros, que se retiraron a prudente distancia sin dejar de gruñir ni enseñar los dientes.

Hombres armados salieron a su encuentro. Entre ellos venía Azor en el Bosque, el hermano de su padre, y Ojo Largo se adelantó, extendiendo la mano derecha abierta, sin arma en ella.

—El hijo de Halcón en la Llanura, Ojo Largo, saluda al hermano de su padre y le pide cobijo para él y para su amigo, Viento en la Hierba, en su campamento de las Peñas Rodadas.

Azor se adelantó escoltado por dos guerreros. Observó atentamente a los jóvenes, fijándose en cada uno de los detalles y sin pasarle por alto el aspecto

de quienes, sin tiendas, han estado largos días a la intemperie.

—Reconozco a Ojo Largo. Él y su amigo pueden entrar en nuestro poblado. También su perro, pero llévalo sujeto o los nuestros lo matarán. Luego le contará su nieto a la Torcaz qué hace tan lejos de Nublares si aún quedan más de dos lunas para la reunión de los clanes. ¿Vienen Ojo Largo y Viento en la Hierba de visita? ¿Traen noticias de nuestro clan hermano?

—No. Nublares ya no es nuestro clan. Somos lobos sin manada. Pedimos refugio.

—La Torcaz decidirá.

Subieron hacia el centro del campamento. La curiosidad les acompañó. Niños, mujeres, ancianos, cazadores adultos y jóvenes de su edad de ambos sexos salieron de sus cabañas, similares a las de Nublares, para verlos pasar. Los niños, osados, hicieron enjambre tras ellos sin dejar de alborotar. Ojo Largo y Viento se sorprendieron de su número. El clan de las Peñas Rodadas florecía.

Llegaron a una cabaña guarnecida en su techumbre y en la puerta con una piel de mamut. Su frontal estaba adornado por un hueso casi circular, recortado de un omoplato del gigantesco animal, en el que se habían tallado delicadas filigranas, unas onduladas, otras rectas, haciendo un sutil dibujo. Las estrías habían sido luego policromadas con diferentes colores, y el efecto resultante les pareció en verdad hermoso a los dos jóvenes cazadores. Nunca habían visto nada igual.

La Torcaz estaba delante de su fuego. Ojo Largo la conocía de las anteriores reuniones de los clanes, tres veranos atrás, y de antes incluso, cuando había ido a las Peñas Rodadas de la mano de su padre. Su abuela siempre le había parecido una mujer imponente. Hoy también, aunque él era una cabeza más alta que ella.

La mujer, robusta sin llegar a ser demasiado gruesa, llevaba un vestido esmeradamente curtido sin rastro alguno de pelo, de piel de gamo, teñida enteramente de ocre pálido. Al cuello un bello collar de piedras verdes, separadas por conchas de nácar y cuentas de alabastro pulido, y en las muñecas dos pulseras de marfil tallado en forma de alas. Ojo Largo comprendió: representaba a sus dos hijos, Azor y Halcón.

El gesto de la anciana era sereno y afectuoso.

—La abuela se alegra de ver a su nieto que es ya un hombre. Se llena de gozo al ver a su sangre tan alta y tan fuerte. Ven, Ojo Largo.

Lo abrazó y lo besó con fuerza. El joven una vez más se sintió niño ante ella. Niño pero sin ningún miedo. La Torcaz emanaba protección, seguridad, como si nada malo pudiera sucederle a uno bajo sus alas. Ella le preguntó:

—¿Quién es tu compañero?

—Mi amigo es Viento en la Hierba. Ambos salimos hace media luna de Nublares. No podemos regresar.

La Torcaz miró a Azor. Su hijo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Lo contaréis después. Ahora entrad. Dejad vuestras armas y vuestra carga.

—Ojo Largo y Viento no te han podido traer presente alguno, Torcaz. Pero tu nieto quiere darte algo.

Ojo Largo se llevó las manos al cuello. Se sacó su amuleto con las dos grandes amoladeras del gran jabalí. Y se lo tendió.

—Lo engastó la otra hija de tu hijo, Oropéndola. Ella también se sentirá feliz de que lo tengas.

La Torcaz supo que aquél era el bien máspreciado del joven.

Cogió el regalo y lo contempló con atención.

—¿Lo cazaste tú?

—Ojo Largo mató solo al gran jabalí de Nublares.

—Es hermoso. Guárdatelo. A tu abuela le gusta más que esté en tu cuello. Se sentirá orgullosa de su nieto al vérselo. Es el adorno de un hombre, de un cazador. Esta mujer ya es feliz con contemplar a su nieto esta mañana.

Luego cambió el tono. Se dirigió a Azor.

—Jefe, habrá que convocar al consejo para escuchar a estos dos cazadores de Nublares. A la puesta del sol, en la Cabaña de los Ritos. Vosotros comed y lavaos el cuerpo. Luego os llamaremos para el cónclave. Seguid ahora a mi hija. Tórtola, enséñales dónde pueden quedarse y encuentra alguna prenda que les sirva mientras lavan y secan las suyas — concluyó volviéndose hacia una muchacha jovencita que había permanecido casi tapada por ella, contemplando toda la escena a hurtadillas.

Ojo Largo se fijó ahora en Tórtola. Era algunos ciclos más joven que él, de la edad de su hermana tal vez. Supo el porqué de su nombre al contemplar

sus ojos. Los tenía como el ave, de un extraño color violeta, redondos, algo tristes, como asustados. En cualquier caso tenía bien puesto el nombre la hija de la Torcaz.

La siguieron al interior subterráneo y acogedor de la cabaña. Pasaron la primera y la segunda estancia. En la tercera, la jovencita les indicó un lugar. Su voz era ahora sorprendentemente enérgica.

—No os hará falta el fuego. Con las pieles no pasaréis frío. Os traeré otra ropa para que podáis bajar al río a bañaros y lavar vuestros vestidos. Atad aquí al perro. Esperad a que vuelva —les ordenó, y se marchó.

Los dos jóvenes la miraron sorprendidos. Cuando desapareció fue Viento quien hizo el comentario.

—Tu familia es fuerte. Tu abuela deja mudo, tu tío te traspasa con la mirada y esta jovencita, que es también tu tía, tan delicada y tímida y nos da órdenes como Paso de Lobo.

Se echó a reír. Ojo Largo le acompañó.

—Peñas Rodadas es el clan más grande y poderoso de entre las tribus del río Arcilloso. Mi abuelo, León, fue el jefe, ahora lo es Azor en el Bosque, pero sólo son jefes de caza y combate. En el poblado el mando es de la Torcaz. Así me dijo que era mi padre, Halcón en la Llanura. Él se bajó hacia Nublares para no competir con su hermano. Sí. Es una sangre fuerte. Pero a veces eso no es bueno. Somos dos desterrados.

—Lo soy yo. Tú puedes regresar.

—No regresaré nunca si no es con Viento.

Se desembarazaron de sus lanzas, arcos y aljabas, desempacaron sus pertenencias. Ataron a *Nariz* y esperaron. Tórtola no tardó. Les trajo ropa y algunas viandas para que comieran.

—La Torcaz me ha dicho que podéis andar libremente por el poblado. No llevéis armas.

Comieron y se decidieron a salir. El poblado era el doble que el de Nublares. Tenía mucha actividad. Las gentes los saludaban con un gesto y volvía a sus tareas. La Torcaz y Azor habían dado órdenes.

Bajaron hasta el río. Se bañaron, se recortaron el pelo y la barba y se pusieron la ropa de Peñas Redondas, piel curtida y limpia. Eran dos piezas, pantalón y chaqueta de cuero de piel sin pelo que les sorprendieron por su

curtido y por los vivos colores con que adornaban algunas costuras. Eran suaves y flexibles. Los cosidos eran perfectos. Una de ellas tenía pintada un ala de Azor. Debía de ser de su tío.

De regreso al poblado curiosearon entre las cabañas, haciendo comentarios sobre muchas de las cosas que veían. Se quedaron un buen rato observando cómo las mujeres se afanaban con una piel estirada con estaquillas, primero en el suelo y luego colgada de cuatro palos para poder trabajarla por ambos lados. Estaban acabando de limpiarla de grasa y pelo con raederas. Luego comenzaron la tarea del curtido con una sustancia vegetal pero también con algo en lo que los jóvenes reconocieron sesos de animales. Lo preguntaron y les respondieron afirmativamente. Con ello quedaban más suaves y flexibles.

Los vestidos grandes se hacían con pieles de ciervos o gamos. Se cosían con delicadas agujas de hueso a las que enhebraban filamentos de tendones, tripas secas o finísimas tiras de cuero. Para capuchas, ropa de niños y guarniciones y adornos, se utilizaban pieles de zorros rojos, nutrias, turones, armiños, garduñas y comadreja. En ocasiones se limpiaban de pelo, sobre todo si las pieles eran de ciervos o gamos, pero si eran de otros animales se conservaba para que dieran más calor en invierno. Ojo Largo y Viento vieron adornar una capucha con diminutas conchas de colores.

Comprobaron también que en Peñas Rodadas coloreaban y teñían mucho mejor que en Nublare. Preguntaron a un anciano que estaba decorando un largo arpón de pesca con estrías y que tenía también secando a su lado una gran asta de gamo en la que había hecho un dibujo a base de finísimas líneas ovaladas. Les explicó que el color negro se conseguía con carbón de leña, el blanco con rocas muy calizas y el amarillo, ocre y rojo con arcillas. Estos materiales se machacaban sobre piedras planas hasta reducirlos a polvo y luego se añadían grasas animales para hacer una masa compacta. Ésta se aplicaba después con espátula o con unos pinceles de pelo.

—El de tejón es el mejor —les dijo el viejo.

Siguieron recorriendo el poblado. Buscaron el lugar donde cocían aquellas vasijas de barro tan codiciadas por los demás clanes. En Nublare secaban las suyas al lado del fuego o al sol y eran mucho más frágiles y defectuosas. Los de Peñas Rodadas las cocían bajo tierra. Algunas se

quebraban, pero otras les sorprendieron por su acabado. Había piezas que también tenían algunas líneas de adorno.

Ojo Largo y Viento en la Hierba pasaron el día con los ojos muy abiertos. Los pobladores de Peñas Rodadas eran amables con ellos. Los ancianos les preguntaron por algunos conocidos suyos del otro clan, y muchos sabían que Ojo Largo era nieto de la Torcaz, el hijo de Halcón en la Llanura, el cazador muerto. Alguna joven les dirigió alguna sonrisita nerviosa. Los cazadores eran más reservados y los más jóvenes de entre ellos fueron los únicos que les miraron con cierta altanería y desconfianza.

En algún momento vieron a la Torcaz hablando con Azor y un anciano reseco. Les saludaron con la mano, pero no se atrevieron a acercarse. Se estaba poniendo el sol cuando Tórtola, la seria recadera, vino a buscarles y los condujo a una gran cabaña pegada al murallón sur del poblado.

Ardía un pequeño fuego en el centro. Las paredes estaban casi cubiertas de los más diversos trofeos: astas, colmillos, huesos, garras y plumas colgaban de ellas o se amontonaban en el suelo. Ojo Largo y Viento comprendieron que eran ofrendas. En Nublares depositaban las suyas junto al poste donde se sacrificaba a la estrella vespertina y habían convertido el lugar en un pequeño túmulo de osamentas.

La Torcaz presidía. A un lado tenía a Azor y al otro al anciano, ahora con la cabeza tocada por un copete negro, tal vez hecho de plumas de cuervo. Debía de ser el chamán de las Peñas Rodadas.

Ellos dos permanecieron de pie, pues no les hicieron indicación alguna de que se sentaran en torno a la hoguera. Esperaban que hablara la matriarca del clan, pero no lo hizo. En su lugar tomó la palabra Azor en el Bosque. Contestó Ojo Largo.

—¿Sois los dos cazadores iniciados del clan de Nublares?

—Sí. Antes del gran frío pusimos nuestra mano junto a las de los cazadores de Nublares.

—Entonces ¿por qué habéis dejado vuestro clan y pedido refugio en éste?

—Hemos sido desterrados de Nublares y de sus territorios de caza.

—¿Por qué? ¿Habéis causado mal a vuestro clan? ¿Habéis dado muerte a alguno de sus miembros?

La pregunta tomó tono de acusación. Sólo por alguna causa de tal

gravedad, por un asesinato, era por lo que los clanes del río Arcilloso imponían penas tan severas.

—No hemos dado muerte a nadie de nuestro clan. Debimos dejar Nublares por negarnos al sacrificio de la estrella vespertina.

Los cazadores de Peñas Rodadas conocían de sobra el rito y su significado. Así que Ojo Largo no consideró necesario explicar más. Pero sí lo hizo Viento en la Hierba.

—Ojo Largo fue capturado por los claros en la dispersión del invierno pasado. Esta primavera se le ordenó guiar a una expedición a los Claros para capturar doncellas. Lo hizo. Regresaron con dos cautivas. Ojo Largo en la reunión de cazadores pidió que no se sacrificara a la elegida. No lo escucharon. Yo también me opuse. Él lanzó su flecha cuando ya estaba muerta, en el poste. Yo no quise hacerlo. Yo soy el desterrado, pero él puede regresar.

—Fui cobarde al lanzar una flecha que no quería disparar. Uní luego mi destino a Viento en la Hierba. Así se lo dije a mi clan.

Hubo un murmullo entre los cazadores. La Torcaz guardaba silencio.

Habló el viejo brujo.

—En Peñas Rodadas no sacrificamos humanos a los espíritus. Antes lo hicimos. Pero tenemos nuestros ritos y nuestros sacrificios. Romperlos es grave. Vosotros habéis roto las costumbres de vuestro clan, sagradas para vosotros. Mucha es vuestra falta. Si habéis roto esos tabúes de vuestro propio clan, ¿quién nos dice que no romperéis los nuestros? —Hizo una pausa y se dirigió a los suyos—. No debemos acogerlos. Han cometido un delito en un clan hermano. Ampararlos sería una prueba de enemistad hacia Nublares. Además serían el peor ejemplo para nuestros jóvenes. Han violado la costumbre de su clan. Que sigan su camino y purguen su culpa fuera de las tierras de las tribus del río Arcilloso.

Las palabras del brujo surtieron efecto. Ojo Largo sintió que la reunión se volvía contra ellos y que la simpatía que habían despertado se desvanecía.

Habló Azor en el Bosque.

—Cada uno de los tres clanes tiene sus costumbres. Somos parientes, pero cada uno se diferencia de los otros. En nuestros ritos, en nuestras ropas, y hasta en nuestro sílex para fabricar las puntas de nuestras flechas y lanzas.

Nublares usa nódulos blancos, grises los del cañón del río Dulce, rosáceo nosotros. Eso nos diferencia. Pero cada clan y sus miembros han de cumplir sus propias normas.

Se levantó un cazador joven.

—Nos habéis dicho que sacrificar hombres a los espíritus era malo. El clan del Dulce y nosotros no seguimos ya esa costumbre. En su tiempo, entre nosotros se hacían esos sacrificios como ahora los hacen ellos. ¿Deberíamos haber castigado a quienes primero se negaron a hacerlos entre nosotros? Entonces, ¿cómo podemos castigarlos a ellos?

Algunos asintieron. Hubo silencio. Nadie más iba a hablar. Muchos ojos se dirigieron a la Torcaz, que había permanecido muda. Por fin la matriarca habló.

—Habéis pedido refugio en Peñas Rodadas. Tú, Ojo Largo, eres de mi sangre. Pero eso no debe pesar en nuestro ánimo, ni en el del jefe Azor, ni en el de los cazadores del consejo. ¿Cuál es vuestra intención al venir a nosotros?

—Quisiéramos vivir aquí. Respetaremos vuestras costumbres. Obedeceremos a vuestro jefe, seremos los últimos en la línea de caza.

La Torcaz hizo un gesto cuando algún otro cazador iba a replicar. Habló de nuevo.

—Salid y esperad afuera. El consejo va a decidir ahora. Luego seréis llamados.

Abandonaron la cabaña. Fuera era ya de noche. Apenas si alumbraban algunos fuegos en el campamento, pero sobre él había una luna casi llena y un cielo que empezaba a cuajarse de estrellas.

—La noche será muy clara, Ojo Largo.

—Tal vez nos haga más fácil el camino —contestó éste entre la sonrisa y la amargura.

—Aunque nos expulsen no lo harán esta noche. Tu abuela no lo permitirá y tampoco tu tío.

—Si nos rechazan no pasaré ni siquiera esta noche en su poblado —respondió el alto y orgulloso joven.

Ninguno de los dos se había percatado de la presencia de Tórtola. Cerca, amparada en las sombras, ella también esperaba.

Y tuvieron que aguardar mucho tiempo. La luna ya sacaba sombras de sus siluetas cuando un cazador brotó de la cabaña semisubterránea y les hizo regresar a la reunión a oír el veredicto del consejo.

Habló la Torcaz.

—El clan de las Peñas Rodadas ha decidido que Ojo Largo y Viento en la Hierba podrán vivir entre nosotros pero no serán parte de nuestro clan. Permanecerán con nosotros, si así lo desean, hasta la reunión de los tres clanes al final de verano en Río Dulce. Allí los tres clanes deliberarán sobre su suerte. No han derramado sangre de los clanes del río Arcilloso, pero han violado un tabú de uno de ellos. De todo ello habrá de hablarse. Hasta entonces que enciendan aquí su fuego. Hay una cabaña vacía. Que la acondicionen y vivan en ella. No serán carga para nuestro clan. Cazarán y pescarán a las órdenes de Azor en el Bosque y harán todo lo que él les ordene.

Se levantó Azor en el Bosque y habló.

—Serán los últimos en mi línea de cazadores, pero cazarán con nosotros.

Volvió a hablar la Torcaz.

—¿Aceptáis nuestras condiciones para quedaros?

Ojo Largo y Viento se consultaron con la mirada. Pensaban que tendrían que partir aquella noche. Ambos acataron con la cabeza y casi al mismo tiempo dijeron:

—Aceptamos las condiciones de vuestro clan.

Salieron todos al exterior. Una vez fuera la Torcaz se acercó a ellos. Ahora su voz era otra y su gesto muy distinto, mucho más cálido.

—Esta abuela se alegra de que su nieto y su compañero se queden una temporada con ella. Mientras se repara vuestro fuego dormiréis junto al mío.

—Luego buscó con la vista a su alrededor y llamó—: Vamos, Tórtola.

Ésta surgió como una sombra más de entre las sombras y se colocó junto a la matriarca. Los jóvenes las siguieron. No pudieron ver ni la sonrisa de la anciana ni la de la más joven que brillaba blanca bajo la luna.

Pasaron los días. La limpieza y acondicionamiento de su vivienda les mantuvo muy ocupados. La gente del poblado se volcó con ellos. Lo que antes fue suspicacia en los jóvenes cazadores dio lugar a una profunda simpatía hacia los dos al conocer la causa de su destierro. Fueron muchas

manos las que les ayudaron a reparar postes, techado, y muchos los que les prestaron pieles y aportaron todo tipo de utensilios hasta que el habitáculo quedó perfectamente listo y cómodo.

La vida en las Peñas Rodadas discurría tranquila, mucho menos tensa que en Nublares. Había una mayor relación entre todos, menos rigidez en las maneras que tanto compartimentaban y regulaban la existencia de las gentes de Nublares en la cueva. Allí todo parecía discurrir con la serenidad del agua al fluir, amparados bajo las alas protectoras de la Torcaz.

Ojo Largo y Viento pronto se integraron con naturalidad en la vida del campamento. Las conversaciones de los cazadores se prolongaban hasta muy tarde alrededor del fuego comunal y allí se fue conociendo la aventura de Ojo Largo entre los claros, su huida instantes antes del sacrificio, el furor que dominaba a los clanes de la sierra norte por los raptos de sus doncellas, su arribada a las grutas del Pueblo Antiguo y su llegada a Nublares. Pero era a Viento en la Hierba al que los más jóvenes admiraban por su valentía al enfrentarse a todos y negarse a disparar su flecha.

Los soles y las lunas se sucedieron en paz para todos. Al fin también para *Nariz*, que los primeros días llevó una existencia ajetreada, violenta y pendenciera, hasta que tras muchas dentelladas recibidas y propinadas logró hacerse un hueco entre los perros del poblado y marcar su propio territorio alrededor de la cabaña donde vivía su amo. Allí él también se sentía dueño y seguro y llevaba el rabo levantado.

Las gentes de las Peñas Rodadas, muy pescadores, apreciaron mucho las habilidades de Ojo Largo en ese menester. Algunos de sus trucos con sedales y anzuelos eran muy celebrados, aunque en realidad era él quien más aprendía y se asombraba de la depurada técnica y finura de los utensilios de sus nuevos compañeros, mucho más eficaces que los que él fabricaba en Nublares. Eran unos auténticos maestros en el tejido de redes vegetales y asas y en la fabricación de anzuelos y aparejos, que tenían un acabado mucho mejor que los de Nublares. Se sorprendió también de los primorosos dibujos que tallaban en sus arpones preferidos. Su mayor gozo fue cuando un veterano pescador, después de una tarde afortunada en la que ensartó con su arpón una hermosa trucha de un codo de larga, le ofreció cambiárselo por el suyo, cosa que Ojo Largo aceptó de inmediato.

Participaron obedientemente en las expediciones de caza dirigidas con eficacia y sabiduría por Azor en el Bosque, todo un experto en emboscadas y trampas. Sus cualidades, la aguda vista de Ojo Largo y la velocidad de las piernas de Viento en la Hierba no tardaron en ser apreciadas por todos, y la aparente hosquedad de su tío Azor, dado su puesto de jefe y la necesidad de hacer notar su rango, no impidió que Ojo Largo se percatara de que se sentía satisfecho de ellos e incluso descubrió en su cara algún gesto de orgullo cuando su sobrino realizó alguna acción meritoria. Hasta descendió a hacer objeto de alguna felicitación pública a los dos muchachos de Nublares, algo que jamás había hecho con sus dos hijos, dos excelentes cazadores que no tardaron en convertirse en inseparables de los dos desterrados.

—Mi padre oculta sus sentimientos, pero no dejará que ningún mal caiga sobre vosotros. Permitirá que os quedéis. Ya lo verás, Ojo Largo. Está orgulloso de ti y de tu amigo —le dijo Gavilán, el mayor de sus dos primos.

—Él sí nos lo permitiría. Pero como jefe debe ser el primero en acatar la decisión de los tres clanes.

—Aún queda mucha luna para el día de la reunión —intervino alegre Alcotán, el más joven.

Pero la luna fue menguando y luego hubo naciente y se fue llenando y la fecha de la reunión llegó en los días del calor, cuando el sol hacía a hombres y bestias buscar la sombra de los árboles y la cercanía del agua.

Y llegó a Peñas Rodadas el clan de Nublares para reunirse y proseguir juntos el camino aguas arriba del Arcilloso, hasta el empalme con el río Dulce, y proseguir hasta el cañón donde habitaba el tercer clan, el anfitrión.

Ojo Largo los vio venir en la lejanía. Paso de Lobo delante seguido por Piel de Jabalí; flanqueando la marcha, Cara Ancha, el Raboso, el Oso y Colmillo de Lince. Protegiendo la retaguardia, Voz de Ciervo y Bisonte. En el centro, las mujeres y los niños. Vio a la Velluda y al lado a su hermana Oropéndola, al final del grupo iban Mirlo, Huesos y el Tullido. Contempló con alegría a su hermana, con una punzada en el pecho a Mirlo y con desazón a todos mientras se acercaban.

Salieron Azor en el Bosque, la Torcaz y el chamán de las Peñas acompañados de un grupo de cazadores a recibirlos.

Ojo Largo y Viento en la Hierba vieron a los dos jefes, la Torcaz y los

dos brujos separarse y hablar. Supieron que hablaban de ellos. El conciliábulo fue breve. El gesto de Azor, enérgico, y el de la Torcaz, pausado. Subieron todos hacia el poblado.

No se levantaron tiendas, la temperatura permitía dormir al raso y sobraban hasta las pieles. Hubo un gran fuego en el campamento de las Peñas Rodadas y se asó para los visitantes toda la carne de un bisonte. Hubo muchos saludos y alegrías.

Ojo Largo y Viento, siempre acompañados de Gavilán y Alcotán, se mantuvieron en un segundo plano. Uno y otro saludaron a sus familiares más directos. Ojo Largo abrazó a su hermana y besó a la Velluda; Viento a sus padres, a su hermana Agachadiza y a las dos niñitas mellizas. Luego se apartaron del grupo de Nublares y permanecieron silenciosos durante la fiesta. Si Ojo Largo hubiera tenido los sentidos más alerta y menos perturbados por el reencuentro se hubiera dado cuenta de que Tórtola observó con tristeza cómo él miraba a hurtadillas a Mirlo cuando pensaba que nadie lo observaba y cómo aquella provocativa mujer sonreía con malicia, sin recatarse, hacia adonde estaba el alto cazador. Tórtola también notó que otra mujer, la segunda del jefe de Nublares, Cielo en los Ojos, dirigía su espléndida y azul mirada en esa misma dirección, aunque con mucho más disimulo. Para ella fue un alivio cuando Ojo Largo y su amigo se levantaron de la reunión, casi los primeros, y se dirigieron a dormir a su cabaña.

Entonces ella se incorporó al grupo de Nublares y se metió de lleno en la charla de las mujeres. Quería saber.

Los dos clanes partieron rumbo al cañón del río Dulce al alba. Hicieron alto la primera noche en las juntas con el Arcilloso y luego cogieron la vereda del río del tercer clan. Estaba el sol en lo alto cuando llegaron a las puertas del estrecho desfiladero. Desde encima de una inmensa roca suspendida sobre la corriente los recibió el grito de un vigía.

Viento le dijo a su amigo:

—Esta tarde veremos la belleza de la Garza.

Luego ambos se asombraron de los grandes farallones que flanqueaban el río. Sólo algunas hierbas y algún arbolillo aguantaban en aquellas paredes de roca viva que caían casi verticalmente y a cuyas escarpaduras, allá en lo alto, veían llegar grandes buitres leonados que planeaban majestuosos en el cielo.

La vereda junto al Dulce era estrecha y fresca, casi tapada por la exuberante vegetación ribereña. Las aguas eran rápidas y cristalinas. Algunas truchas asustadas huían velozmente aguas arriba. A cada trecho y desde lo alto de las laderas los saludaba el grito y el gesto de un guerrero, hasta que de pronto la trocha desembocó en una praderilla que se abría al fondo en un montículo. Y allí estaba el clan del Cañón del Río Dulce al completo para recibirlos, con las múltiples cuevas donde vivían abriendo sus oscuras bocas a sus espaldas.

Vino hacia ellos el jefe, un fibroso guerrero, llamado Espadaña, acompañado del hombre espíritu; pero muchos ojos buscaron a la mujer cuya belleza era leyenda en todos los clanes del río Arcilloso y hasta en los lejanos del Gran Río Hundido.

La Garza estaba allí. Ojo Largo y Viento, como muchos otros, la miraron atónitos. Era alta, muy alta. Destacaba su esbelto cuello adornado por un collar de nácar y una larguísima y negra cabellera que le caía por los hombros hasta tapar toda su espalda. Los ojos enormes, almendrados, del color de las avellanas, hacían que uno no pudiera separar de ella la vista, al igual que de sus cejas finamente dibujadas, ni de su amplia y hermosa boca y su fina nariz algo aguileña. Llevaba un vestido de cuero curtido, que dejaba al descubierto dos hombros perfectos, blanqueado con tintes calizos y con algunos finos dibujos verdes y rojos. Un ceñidor rojo en la cintura y unos mocasines del mismo color completaban el sencillo pero espléndido atavío. En la mano, como el resto de las mujeres y en señal de bienvenida, agitaba una olorosa rama de romero florecido.

El clan del Cañón del Río Dulce había preparado una gran comida de bienvenida para los clanes invitados. Todo estaba dispuesto a la sombra de unos grandes árboles que rodeaban un enorme círculo abierto expresamente por los hombres con ayuda del fuego. Allí se estaban asando multitud de viandas, entre las que las aves y las truchas eran predominantes. Si algo distinguía al clan anfitrión era el de ser grandes cazadores de pájaros, sobre todo de aves acuáticas, y los mejores pescadores de los tres clanes.

Grandes truchas de carnes rosáceas fueron el manjar con el que más se deleitaron todos, también hicieron los honores a las cercetas y fochas y, sobre todo, a los gordos patos azulones. La verdura tenía sabor a río y los berros de

las limpias aguas del Dulce sirvieron de complemento verde y refrescante. El atracón de pescado y carne fue completado con asado de corzo, el herbívoro más abundante de la zona, en cuya caza también eran expertos los del Dulce. Al final hubo guindas y manzanas que no faltaban en los sotos del río.

Por la tarde se levantaron las tiendas de los campamentos de los clanes invitados, en realidad dos grandes tiendas comunales, pues la buena temperatura permitía dormir al raso. Pero tanto Peñas Rodadas como Nublares rivalizaron en izar dos espectaculares estructuras de largos y resistentes palos firmemente anclados en el suelo, rodeados de una buena zanja y un círculo ovalado de piedras. Las cubrieron luego con las mejores pieles y ante la puerta plantaron los tótems de ambos clanes: la enorme cabezota de un león con su piel completa los de Peñas Rodadas y la de un lobo los de Nublares. Clavados junto a ellos los bastones de mando labrados en marfil: el de Peñas Rodadas en el que destacaban las coloreadas filigranas, y en madera el de Nublares cuya parte superior, la empuñadura, estaba rematada por dos cabezas lobunas que se miraban de frente. Acabada la tarea, hombres, mujeres y niños marcharon al río. La primera fiesta sería esa misma noche y todos querían ofrecer el mejor aspecto posible. Las mujeres habían traído sus mejores vestidos y los hombres no habían olvidado sus adornos, trofeos y collares de garras que les acreditaban como buenos cazadores.

Pero antes de la primera gran hoguera de la Reunión, debía tener lugar el cónclave de los jefes y los hombres espíritu. A él acudirían también la Torcaz, la matriarca de Peñas Rodadas, y la Garza, que gozaba de similar rango en el Cañón del Río Dulce a pesar de su juventud.

La Garza era hija de la mujer medicina más reconocida entre todas las tribus desde el Gran Río Hundido hasta las montañas de los Claros. Había sido una mujer de extraordinaria belleza, proveniente de una saga de curanderas, y había creado una leyenda en torno a ella por su sabiduría y sus poderes. Como la Torcaz, no se había desviado del culto a la diosa madre ni había permitido que lo hiciera su clan. Los sucesivos jefes de caza habían reconocido su poder y fue ella quien durante largo tiempo había dirigido la vida de su clan en todo lo concerniente al poblado.

Nunca había compartido su fuego con hombre alguno, aunque muchos lo habían pretendido. Quién engendró a su única hija era para todos un misterio.

Jamás lo había dicho, y el que había sido el padre también mantuvo el secreto.

La Garza había crecido a la sombra de su madre, y desde niña había aprendido todos los saberes de la curandería. Sus bebedizos, emplastos y pócimas no tardaron en ser tan reconocidos como los de su progenitora, y cuando ésta murió, la hija ocupó naturalmente su puesto y su rango dentro del clan. Es más, parecía tener aun un don mayor para sanar que su antecesora, algo que brotaba de sus manos y de su aliento y devolvía la energía a quien sufría el mal, las enfermedades o las heridas.

Como su madre, la Garza tampoco había elegido compañero para su fuego. Parecía querer consagrar su tiempo al culto de la diosa madre y a su labor de sanadora. Hombres y jóvenes habían querido tenerla y mucho se hablaba de quienes lo habían intentado y hasta logrado, pero si en verdad algunos habían compartido su lecho y gozado de su cuerpo, algún misterioso conjuro o compromiso los hacía permanecer mudos y no alardear de ello. Pero sí había un rumor insistente en los tres clanes: a la Garza le gustaban los jóvenes y los prefería a los más curtidos guerreros. Y quizá por ello muchos de los muchachos recién iniciados de los tres campamentos habían soñado durante el invierno con su belleza y ahora al contemplarla soñaban con ser los elegidos o hasta con llevársela a sus fuegos de origen. Todos anhelaban que llegara la hora de la danza de la primera fiesta de la Reunión, al lado de la hoguera. Entonces tendrían su oportunidad. Pero ahora se había producido una conmoción en el poblado. Los vigías de las rocas anunciaban la llegada de tres viajeros más. Y uno de ellos era un buhonero. La expectación fue enorme hasta que escoltados por guerreros de los clanes el trío llegó junto a las tiendas.

El jefe Espadaña les dio la bienvenida y preguntó el origen de los recién llegados.

—Vengo de las tribus del río Tajo, el Gran Río Hundido. Los que me acompañan son dos jóvenes del clan de la Cueva de los Casares, junto al río Salado. Han dejado la protección de su clan porque quieren conocer la tierra y a otros hombres y otras tribus. Salimos cuatro desde los dos grandes farallones de granito donde anida el águila, que se levanta en la pradera sagrada de su gente, pero uno de ellos ha perecido en el camino bajo los

colmillos de un leopardo que saltó sobre nosotros cuando bebíamos. Venimos en paz.

El jefe Espadaña no prolongó sus preguntas. La llegada de un buhonero era un acontecimiento que no podría hurtar a su gente. Todos estaban ansiosos de poder ver sus mercancías en las que sin duda habría desconocidas maravillas y de oír las noticias de tierras y tribus lejanas. Con las gentes del Gran Río Hundido tenían de tarde en tarde algún contacto cuando las expediciones de caza los llevaban a unos y a otros a los límites de sus territorios. Los encuentros eran tradicionalmente amistosos y no había enfrentamientos.

Los dos jóvenes cazadores, de piel morena y cabello muy negro, vestían pieles curtidas de color rojizo y portaban venablos y arcos que suscitaron la admiración de todos por la extraña madera de que estaban hechos. Fueron asaetados a preguntas por los cazadores de los tres clanes. Contestaron que era conocida entre los suyos la reunión de las gentes del río Arcilloso, el lugar y la luna en que tendría lugar, y habían decidido acompañar al buhonero en esa difícil ruta que se negaba a hacer solo. No tenían fuego propio y las mujeres escaseaban en su clan, y dijeron que acompañarían al buhonero hasta las grutas de los Claros donde les habían dicho que las hembras tenían el cabello como los rayos del sol. Si podían comprarían dos a sus jefes y volverían con ellas a su gruta del río Salado. Los miraron perplejos. ¿Comprar mujeres?

—Sí. Es la costumbre de nuestro clan. El buhonero nos dará los abalorios que necesitamos por haberle protegido en su viaje.

—Son costumbres. Pero los claros no suelen vender a sus mujeres. Son guerreros y fuertes como los osos de sus montañas. Ellos y nosotros combatimos.

—El buhonero lleva cosas que sus jefes querrán poseer y, además, yendo con él nadie levantará lanzas contra nosotros.

Luego uno de ellos miró con sorpresa los cabellos rubios de algunos de sus anfitriones y de varias mujeres, entre las que destacaba Cielo en los Ojos.

—Vosotros también tenéis mujeres de cabellos rubios. ¿Las habéis comprado?

—Ella —le contestaron, al ver a quien señalaba— es la mujer del jefe del

clan de Nublares, Paso de Lobo, el más cercano al territorio claro. No la compró, se la arrebató en combate a su tribu. También a nosotros nos gustan las hijas de los claros. Pero no es fácil conseguirlas. Ya lo creo que no.

Hubo grandes carcajadas de todos y cierta perplejidad de los dos recién llegados.

—Como veréis, quizá no era necesario que lleguéis a las montañas del norte para lograr mujer. Pero será si ellas quieren y si el consejo lo autoriza. Nosotros no cambiamos a nuestras mujeres por cosas —remató risueño Gavilán, el nieto de la Torcaz.

Mientras, el buhonero había extendido su mercancía y los trueques comenzaban. Piedras pulidas de los más variados colores, minúsculas conchas nacaradas ensartadas, trabajos en hueso y raras maderas, pulseras trenzadas, ámbar, cintas para el pelo, collares, tobilleras, buriles, agujas, raederas y plumas de aves desconocidas podían verse sobre la vieja y sobada piel que el hombre extendió en el suelo. No faltaban tampoco hierbas a las que atribuían fuertes poderes y unas grandes conchas, casi como platos, de origen desconocido, que fueron la admiración de todos y que el buhonero dijo haber cambiado a otro que le afirmó provenían del lugar donde se acaba la tierra y es la gran agua, hasta donde se pierde la vista.

Los hombres pasaban junto a él con miradas displicentes, pero las mujeres formaron un auténtico remolino en torno a él. Muchas cosas no tardaron en cambiar de mano. El buhonero quería sobre todo marfil y gorros o adornos de pieles de pequeños animales como armiños, martas o turones. Al final algunos hombres también se acercaron y entonces él mostró un buen surtido de útiles del mejor cuero, magníficos cuchillos de pedernal, así como algunas hachas, y luego impactó a todos con una extraña sustancia que calentada resultaba increíblemente pegajosa.

—La extraen las gentes del río Tajo de los árboles y hacen que las puntas de las flechas se fijen mejor a los ástiles. Sólo tengo estos dos cuencos. Los cambiaré sólo por marfil.

Ojo Largo también se acercó con Viento y los dos hijos del jefe de las Peñas Rodadas. Un collar de cuentas verdes separado por finos nácares llamó su atención y quiso quedárselo, pero no sabía qué podía ofrecer a cambio. No tenía nada que pudiera ser de interés para el buhonero. Fue Gavilán quien lo

ayudó.

—¿Para quién quiere Ojo Largo ese collar? ¿Tiene alguien a quien ofrecérselo esta noche? —Como el otro no contestaba su joven pariente prosiguió—: No me lo dirás, pero si lo deseas tanto yo tengo una pulsera de marfil de mamut que puedes ofrecerle.

—¿Y qué te daré yo a cambio?

—Cuando regresemos a Peñas Rodadas quiero tres manos de tus anzuelos de pesca, con sus aparejos de crin de caballo.

El collar pasó a manos de Ojo Largo. Pero llegaba el crepúsculo. El consejo de los jefes previo a la fiesta estaba a punto de dar comienzo en la Cabaña de los Ritos del clan de Cañón del Río Dulce. Allí llegaron los participantes cuando el sol ya se había tapado y el cañón estaba en sombra. Ojo Largo y Viento en la Hierba sabían que su destino dependía de aquel cónclave.

Vieron ir hacia la cueva a Paso de Lobo y Hueso, a la Torcaz, Azor y el brujo de las Peñas Rodadas. Esperándoles estaban a la entrada Espadaña, la Garza y el chamán del Dulce. Todos penetraron en la gruta.

Cada jefe llevaba su bastón de mando y, tallado en un asta, el tótem de su clan. Cada chamán portaba el símbolo de sus espíritus, y el del Dulce iba con el «llamador» de todos ellos que luego utilizaría al inicio de los ritos de la fiesta. La Torcaz y la Garza llevaban sendas estatuillas femeninas, su diosa madre.

Tardaron mucho en salir. La luna subió a los cielos y Ojo Largo tuvo una amarga decepción: el astro no surgía de ninguna cueva del cañón, sino de más lejos, de montes aún más lejanos. Así que no dormía allí y él no podría encontrar la gruta donde la luna descansaba.

Pero aquella noche estaba más preocupado por otros asuntos. Quizá él y Viento fueran obligados a partir hacia territorios alejados de sus clanes. Quizá tuviera que seguir el camino del buhonero.

Por fin, cuando la gran hoguera ya ardía y sus llamas se elevaban en la noche alumbrando el gran círculo donde se iba a dar el gran banquete, la comitiva regresó. Las dos mujeres venían delante, tras ellas, los brujos y, cerrando el grupo, los tres jefes. El último, el flaco Espadaña.

Pasaron junto a los jóvenes sin mirarlos. La Torcaz y la Garza parecieron

no verlos, al igual que los hombres espíritu, aunque Ojo Largo vio crispación e ira en el rostro de Huesos, que miraba al frente fijamente. Pasó Azor, luego Paso de Lobo, y cuando Espadaña parecía que tampoco iba a indicarles nada, se detuvo un instante y brevemente transmitió, como jefe del clan que congregaba a todos, la sentencia del cónclave.

—Ojo Largo y Viento en la Hierba han sido admitidos en el clan de las Peñas Rodadas. Pueden participar en la fiesta de los clanes. Viento en la Hierba no podrá regresar nunca a Nublares. Ojo Largo sí.

Lo dijo y se unió con rapidez a la comitiva. Era un asunto pequeño al que no había que darle más trascendencia. Paso de Lobo había vuelto hacia ellos la vista, la pasó como si no existiera por Viento en la Hierba y la clavó en Ojo Largo. Era una mirada dura, pero el alto cazador vio algo más en ella. Quizá la llamada de un jefe a uno de sus guerreros.

Nadie pareció darse cuenta de la breve interrupción, pero todos sabían lo que ocurría y algunos se relajaron cuando vieron que los jóvenes desterrados se abrazaban. La comitiva siguió adelante con parsimonia hacia el círculo iluminado.

Clavaron en el suelo los bastones, depositaron a su lado las astas totémicas. La Torcaz y la Garza colocaron en un tocón de árbol las estatuillas y los brujos de Nublares y las Peñas Rodadas flanquearon al del Río Dulce. Éste iba a ser el encargado de conjurar a los espíritus para que fueran propicios. Los tres tocados con las cabezas de tres ciervos iniciaron la danza en torno al fuego, acompañados del canto ritual de los tres clanes. Dieron tres lentas vueltas al círculo. Luego se produjo un gran silencio y el brujo del Dulce hizo girar el «llamador de espíritus». Era un instrumento lanceolado, de un palmo de largo, hecho en hueso y curvado. Atado a un cordón, el mago lo hizo girar hacia la izquierda con todas sus fuerzas imprimiéndole toda la velocidad que pudo hasta que el llamador comenzó a emitir un sonido zumbante. Todos los ojos se clavaron en él y en todos los oídos se escuchó la voz de los espíritus que llegaban convidados al banquete.

Éste ya podía comenzar. Los hombres espíritu reiniciaron su danza, esta vez en sentido contrario en torno al fuego y acompañados ya por el son de los tambores de madera que marcaban sus pasos. Un redoble en el tambor de cuero indicó que la fiesta podía iniciarse.

Los clanes comieron con ansia, pero por una vez la comida no era lo más importante. Hombres y mujeres bebieron con avidez de los cuencos un fuerte caldo de frutas fermentadas. Todos esperaban el inicio de la danza común, del momento de la unión entre los clanes a través del salto, y del grito. Todos miraban como lobos y muchos como lobos en celo a las hembras porque aquella noche todo estaba permitido, todo lo que podía conseguirse se conseguía aquella noche.

Participaban todos con la excepción de los niños, incluso los jóvenes que no habían sido iniciados como cazadores y las muchachas más jóvenes que acababan de visitar hacía muy poco por primera vez la Cabaña de Mujeres para purificarse de su propia sangre.

Pero antes del frenesí colectivo había un tiempo. El de quienes querían representar y contar así algún hecho importante que había impactado a su clan. Los cazadores lo aprovechaban para alardear de sus hazañas, que ahora querían mostrar a las mujeres de todas las tribus. Era el reclamo de los machos ante las hembras.

Los de Nublares representaron con su danza la matanza de los ciervos, con Paso de Lobo dirigiendo el círculo de antorchas que acorralaba a las presas y Cara Ancha tapando la salida y abatiendo al gran venado. Los del Río Dulce contaron con su danza su expedición río arriba para dar muerte a dos leones jóvenes que se habían cobrado vidas en su clan y a los que habían logrado acorralar en una cueva, asfixiarlos con humo y fuego y rematarlos a lanzazos. Pero el clan de las Peñas Rodadas hizo aquel año algo que dejó silenciosos y atónitos a todos. No representaron ninguna muerte bajo sus pedernales, sino que con su danza narraron la huida de quien ya era miembro de su clan. Los jóvenes de Peñas Rodadas, liderados por Gavilán y Alcotán y animados por la sonrisa de la Torcaz y el gesto retador de Azor en el Bosque, bailaron la danza del prisionero que había logrado huir de los claros. La danza de Ojo Largo.

Éste con su perro acurrucado en los pies se contempló a sí mismo al ser capturado y amarrado, volvió a ser prisionero de sus enemigos, se angustió de nuevo ante su propio sacrificio, y sintió otra vez cómo eran cortadas sus ataduras y cómo emprendía su desesperada huida con la horda de perseguidores aullando tras él. Se aterró nuevamente cuando el grito de caza

le mordía el carcañal, revivió su agotamiento, su extenuación y, al fin, su triunfo al contemplar de nuevo su río y su cueva.

Los tres clanes siguieron en silencio tenso toda la danza. Al final estallaron en un alarido colectivo. Todos incluso la mayoría de Nublares prorrumpieron en un grito que era un reto al enemigo burlado. Ellos eran las tribus del río Arcilloso y era el corazón de uno de los suyos el que iba a ser arrancado. Todos habían vencido con Ojo Largo. Un intenso orgullo fue subiendo y arrasando el pecho del joven cazador tanto tiempo ensombrecido.

Corrieron los danzantes hacia él y lo rodearon. Le acercaron un gran cuenco con un gesto de alabanza y él bebió henchido con sus primos Alcotán y Gavilán, con sus nuevos compañeros de Peñas Rodadas, con Viento, con todos. Era su triunfo y lo notó en la admiración que había en los ojos de las mujeres. La historia de Ojo Largo era conocida en los clanes. Ahora sería un canto y una danza y él su héroe.

Así se sentía cuando juntos ya todos los clanes se levantaron para la danza común. Retumbaron los tambores y aún más en la cabeza de Ojo Largo. Retumbaron tanto, con tanto frenesí como el que fue creciendo en los pies, en los latidos y en el deseo de todos.

Ojo Largo sintió el de Mirlo. Ella también danzaba y era una de las que más hacía arder las miradas y agitarse los gestos. En un momento se paró ante él y el joven notó su oferta. Sintió toda la carga del sentimiento, del recuerdo, sintió su piel, sus pechos, sus labios, los que ahora le sonreían con aquella enloquecedora mueca que tantas veces lo había hecho desvelarse en plena noche y mantenerse despierto hasta el amanecer. Mirlo agitó la negra cabellera y se llevó las manos riendo al collar, a su collar. Le hizo un gesto de que la siguiera y él la siguió más allá del círculo iluminado por la hoguera. Por una vez no importaba quiénes pudieran verlos.

Apenas había llegado a las sombras ella le echó los brazos al cuello y apretó su cuerpo siempre tierno, su pecho tan palpitante siempre, al del hombre y lo besó con humedad, despacio, haciéndole sentir su labio inferior como la mejor promesa de otros labios que iban a estar, ya por fin, otra vez a su alcance.

Él devolvió con rabia la caricia. Mordió aquel labio, e iba a sucumbir... pero agitó de pronto con ira la cabeza y con un gesto violento la apartó. Ella

abrió sus grandes ojos, pareció que iba de nuevo a avanzar hacia él, pero no lo hizo. Se quedó únicamente mirando y su mirada, aquella que tan pocas veces en el pasado él podía sostener, se fue cargando de agua. Había una pregunta. Él contestó.

—Cuando Ojo Largo estuvo solo, Mirlo no quiso ni siquiera mirarlo. Que no lo mire más ahora porque él tuvo también aguas en los ojos y sólo se las lamió su perro.

Se giró y volvió entre las danzantes de la hoguera. Nunca había poseído a aquella mujer, ella tampoco había poseído a Ojo Largo. Así era. Aquel tiempo era como aquellas cosas que le pasaban en sueños y de las que luego podía recordar muy poco. Volvió a su sitio, donde en la piel extendida en el suelo lo esperaba *Nariz*. Allí guardaba el collar que había conseguido del buhonero. Sabía para quién era; desde luego no iba a ser para Mirlo. Buscó a la Garza con los ojos. No le fue difícil localizarla. Estaba sentada con muchos jóvenes a su alrededor. Entre ellos vio a Viento en la Hierba, muy cerca de ella. Esperó.

Se quedó inmóvil y solo, al borde del resplandor de la hoguera, como había aprendido a hacerlo en sus largas noches de soledad allá en Nublares. Acechó su oportunidad y ésta acabó por presentarse. Los jóvenes que rodeaban a la Garza se alejaron. Sólo Viento en la Hierba quedaba junto a ella. Y Viento era su amigo. Se acercó.

—Este cazador quiere hablar con esta mujer a solas.

La Garza se levantó sin gesto alguno de sorpresa. Parecía haberlo estado esperando. Le hizo una señal a Viento y dio unos pasos hasta las sombras con Ojo Largo.

—Este cazador quiere darle este collar a la Garza. Le pide que lo acepte.

La Garza cogió el hermoso regalo de las manos del joven, lo contempló y con una amplia sonrisa se lo puso alrededor del cuello.

—Lo llevaré con orgullo porque viene de un hombre con un valiente corazón. ¿Quiere algo más de mí ese hombre?

Ojo Largo se tensó. Le latió con violencia el pulso. Le preguntaba directamente lo que él ansiaba decirle. Estaba sorprendido y atemorizado, pero al mismo tiempo la esperanza subía por su garganta. Y lo dijo:

—Ojo Largo quiere a la Garza.

La mujer volvió a sonreírle. Había ternura en sus grandes ojos almendrados.

—Ojo Largo tendrá esta noche y muchas noches a las hembras que quiera. No hace mucho he visto a alguna buscarlo y muchas otras lo esperan. La Garza no lo desprecia, pero no será una de ellas. Ve en su corazón y ve en sus ojos. Hay en él un jefe, un cazador poderoso, un hombre respetado. Lo será, pero ve también su violencia, su garra dura, hervir su ira y el frío helado de su odio. Por todo será un jefe. Pero la Garza no quiere un jefe, la Garza quiere un corazón más limpio y más fresco. Y esta noche lo ha encontrado. La Garza está contenta de haber sido deseada por Ojo Largo, pero no será suya. En este cañón crían los vencejos, siempre vuelan, nunca pueden posarse en tierra porque mueren. La Garza es como ellos, es del aire. Y Ojo Largo es de la tierra. Es la tierra.

El joven cazador recibió el largo parlamento envarado, sintiendo como fuego cada una de sus palabras en las entrañas. No tuvo siquiera aliento para contestar. Ella esperó unos instantes y ante su silencio habló de nuevo y preguntó:

—¿Aún le da el collar Ojo Largo a la Garza?

Él reaccionó. La miró fijamente. Fue él quien sonrió entonces. Había tristeza en el gesto.

—Ojo Largo estará siempre orgulloso de que la Garza lleve su collar. En ningún cuello estará mejor que en el suyo.

—Que nadie te arranque tu generosidad del pecho, cazador. Por ella te querrá quien de verdad merezca ser querida por ti. Ahora yo me voy. La noche no acabará triste para ti, Ojo Largo.

Se alejó de él. Volvió hacia el círculo de la hoguera. Viento en la Hierba la estaba esperando.

Ojo Largo volvió a su piel. Cerca los jóvenes de las Peñas Rodadas bebían. Ordenó a *Nariz* quietud. Se unió a ellos y bebió. Bebió de todos los cuencos hasta que ya no hubo hoguera, ni tambores, ni encontró la luna en el cielo. Cogió un último cuenco de brebaje medio lleno que alguien había olvidado, llamó al perro y se alejó tambaleante. Tampoco esta vez sintió los ojos de la joven Tórtola que durante toda la noche no habían dejado de seguirlo, fijos en su espalda.

Llegó justo a la orilla del río. Tropezando encontró un lugar donde preparar un lecho bajo una mimbrera. Apuró el brebaje y se acurrucó. De cerca, entre las aneas, le llegaban gemidos y jadeos. La cabeza le daba vueltas. Pensó que nunca hallaría el lugar donde dormía la luna. Y la buscó entre sueños. Quizá durmió, pero en algún momento, al mirar, lo que encontró sobre él fueron los ojos de una mujer que lo observaba. Eran ahora verdes como las aguas de los ríos de los Claros en algunas pozas. Era la segunda mujer de Paso de Lobo.

Ella se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Se metió bajo las ramas del árbol donde él se había construido un mínimo refugio, se introdujo entre las pieles y se apretó contra él, abrazándolo ansiosamente. Buscó sus labios, su boca y con su mano hábil rápidamente encontró su sexo. Lo endureció y excitada se remangó el vestido hasta descubrir el suyo, liberó con movimientos apresurados el del hombre y se lo introdujo dentro. Y dentro ardía. Se movió sobre él como enloquecida y luego obligó a Ojo Largo a ponerse sobre ella. Boqueaba en silencio como un pez asfixiado y en cada movimiento intentaba aspirar hasta lo más hondo del miembro del hombre. Él se contagió de su frenesí, sobre todo al contemplar sus ojos semicerrados que parecían de fuego azulverdoso y su boca abierta y anhelante, y aquellos muslos y la pelvis contra la que empezó a golpear la suya. Sólo entonces la oyó decir con una voz que era casi un estertor:

—Métete en lo más hondo, en lo más hondo.

Y cuando él se derramaba ella le dijo:

—Préñame, Ojo Largo, préñame.

Se aferró a él mientras el joven cazador vertía su leche en aquella cueva hirviente. Sintió sus manos crispadas agarrándose a él, como si temiera que se le escapara. Y así siguió un buen tiempo, durante el cual Ojo Largo sintió sus temblores intensos, que parecían producto de dolorosas heridas, sus sacudidas interiores. Y sólo cuando acabaron Cielo en los Ojos aflojó su abrazo y, finalmente, exhaló un largo suspiro para no mucho más tarde buscar separarse del hombre.

—Espera. He traído bebida para ti.

Se levantó y no tardó en regresar con un cuenco a rebosar del ardiente brebaje preparado para la fiesta.

—Lo escondía para ti, Ojo Largo.

Él bebió y permaneció callado. Le parecía estar en uno de aquellos sueños suyos. Pero los sueños no lo desnudaban y Cielo en los Ojos, después de hacerlo ella, lo estaba haciendo con él. Había traído también una suave piel y con ella y la de Ojo Largo preparó un dormidero mucho más cálido y confortable. Se acurrucó ahora mucho más suavemente junto a él.

—No te podré tener nunca para mí, Ojo Largo, pero esta noche sí serás por entero mío. Paso de Lobo no despertará hasta que el sol esté alto. Mimbrera tiene otro hombre esta noche. Yo se lo he buscado. A jefe le puse granos de amapola en su bebida, y lo agoté después. Sólo para ser tu hembra esta noche. Le hubiera arrancado los ojos a Mirlo si te hubiera logrado arrastrar a la sombra. Ahora acaríciame entera y luego muerde. Muerde mis pechos y todo mi cuerpo. Quiero llevar tu marca. Quiero tenerla para mí.

Lo llevó muchas veces dentro de sí. Unas con dulzura, mirándose en sus ojos. Otras como un espíritu enloquecido. Se hizo penetrar de todas las maneras y cuando su miembro se extenuaba, le daba de beber, bebía ella y con la boca húmeda hacía resucitar su carne. Fue al alba cuando le dijo:

—Te has ido de Nublares. Pero volverás un día como jefe. Cielo en los Ojos estará allí y será tuya siempre que quieras.

Él debió de quedar dormido después. Cuando despertó, ella no estaba, ni tampoco su piel, ni el cuenco. Sólo quedaba su olor. No quiso ir al río a quitárselo. Sólo se lavó la cara.

Estaba el sol alto, por encima de los farallones de roca. Los buitres planeaban por el cañón buscando la corriente para elevarse. Los contempló largo rato. Los clanes despertaban. Se iban acercando al agua a quitarse la noche de la piel. Vio a Viento en la Hierba y a la Garza. Iban cogidos de la mano, sin mirar otra cosa que a ellos mismos, pero todos los miraban. La Garza sonreía. Cuando se fijó por un momento en Ojo Largo, la sonrisa fue brevemente para él y se lo señaló a su amigo. Se llevó la mano al collar que le había regalado y que seguía llevando al cuello y los dos le saludaron alegres con la mano.

Hubo banquete de despedida aquella noche. Antes se había marchado rumbo al norte el buhonero y los dos jóvenes morenos de las tribus del Gran Río Hundido. Danzaron los hombres espíritu y sonaron los tambores. Ojo

Largo durmió bajo la mimbrera con *Nariz* a su lado. No esperó a nadie y nadie vino. Al amanecer era de los primeros en estar listo para comenzar a caminar de regreso a las Peñas Rodadas. Aún pudo acariciar a su hermana Oropéndola que partía también rumbo a Nublares y se despidió con afecto de la Velluda, de Sombrío y de algunos cazadores jóvenes. Miró irse a Mirlo entre Huesos y el Tullido, y ya la miró sin rabia. También vio emprender la marcha a Cielo en los Ojos. Ella no le miró a él. Llevaba agachada la cabeza siguiendo la marcha de Paso de Lobo.

Buscó la compañía de Viento en la Hierba para caminar juntos. Su amigo se despedía de la Garza con un largo abrazo que nadie miró con maldad, aunque muchos jóvenes sí lo hicieron con envidia. Ojo Largo sólo agitó el brazo y esperó a que su compañero llegara hasta él. No hubo palabras. Los dos desterrados habían aprendido a hablarse con miradas. La de Viento estaba cargada de alegría y de tristeza al mismo tiempo. Ojo Largo se alegró y se entristeció con él. Y comenzaron el camino hacia su nuevo clan, otra vez juntos, con *Nariz* a su lado.

Al traspasar los farallones de roca donde se apostaba el primer vigía de las gentes del Cañón del Río Dulce, la Tórtola vino a buscarlos.

—Azor dice que los dos jóvenes cazadores del clan de las Peñas Rodadas deben caminar abriendo la senda. Es una orden del jefe a los dos nuevos cazadores de su clan. Se marchó corriendo. Iba alegre. Avanzaron hasta las posiciones delanteras de la larga hilera del clan. Azor les dijo:

—Con mis hijos Gavilán y Alcotán caminad por delante para que el paso del clan de las Peñas Rodadas esté exento de peligros.

Y así, en vanguardia de su clan, llegaron al recodo del río Arcilloso donde en un montículo estaban sus cabañas.

VIII

LA MUERTE DE VIENTO

Fue Ojo Largo el primero en divisarlos, pero fue Viento en la Hierba quien hubo de morir aquel día por los dos y por muchos otros.

Cuando los divisó era tarde. Cuando los vio avanzar entre el aguacero, como sombras, supo que eran ellos. Cuando observó su acechante caminar, comprendió que venían a matarlos a él, a Viento y a todas las gentes de sus clanes. Cuando vio a la gran horda de los claros, como lobos entre la lluvia otoñal, Ojo Largo sintió que su vista penetrante los había alcanzado tarde entre aquellos humos grises de lluvia racheada que caía sobre la ancha estepa, al otro lado del río Arcilloso. Y cuando hizo un angustioso gesto de aviso a su compañero, se le erizó el vello de todo el cuerpo, se le encendió el miedo en las pupilas y ambos supieron que tal vez ya no verían llegar un día nuevo porque no iban a poder alcanzar las sombras protectoras de esa noche.

Los dos jóvenes cazadores habían sido enviados por Azor aquel mismo amanecer desde un campamento de caza situado en plena llanura donde habían ido a matar bisontes. Ojo Largo, como mejor conocedor de las tierras hacia el oeste, debía buscar algunos valles recogidos donde pudieran luego invernar familias en el tiempo de la dispersión.

Y hacia adonde se pone el sol habían partido, ligeros de toda impedimenta, con la orden y la intención de volver antes de que cayera la oscuridad. Si las sombras les alcanzaban antes, la gran hoguera les mostraría el camino recto.

A media mañana les sorprendió la lluvia, que llegó ya fría desde el norte y ya no dejó de caer desde el cielo gris sobre sus pasos. Tan sólo hallaron unas pequeñas hondonadas escasas de manantiales donde quizá podía establecerse un fuego. Rumiaban su fracaso en un bosquecillo de carracas sobre una pequeña loma cuando pensaron en volver.

—Avancemos un poco más. Aún hay luz para el regreso —propuso Ojo Largo.

—Con la lluvia sólo hallaremos barro, pero mi amigo quiere encontrar un lugar para el clan y yo lo seguiré. Antes flaquearán sus piernas que las mías.

—Volveremos pronto si no hallamos hondonadas con agua que mane de la tierra.

E iban a volver, desalentados, cuando Ojo Largo vio a los claros. *Nariz* no los había oído con el aguacero. Se paró en seco, hizo la señal de peligro y huyeron. No les hacía falta hablar para decirse que atrás había más de diez veces dos manos de hombres armados y que cuando tantos guerreros caminaban juntos y de esa guisa su caza eran otros hombres, los hombres del río Arcilloso.

Los claros no los vieron a ellos, pero los dos amigos sabían que aquel amplio abanico de experimentados cazadores encontrarían sus huellas en la tierra húmeda. Tenían que poner distancia antes de que un grito les avisara de que la persecución había comenzado.

—Debemos llegar hasta Azor.

La esperanza era el silencio. Pero el rumor de la lluvia no tardó en ser traspasado por un largo alarido. ¡Estaban tras sus huellas!

—Si seguimos hacia Azor llevaremos la muerte hasta él. Tú conoces la ruta más corta desde aquí hacia el río. En su ribera y en su cauce los perderemos y en la noche podremos llegar hacia Nublares —dijo Viento.

—Es hacia allá hacia adonde van los claros. Los hombres que hemos divisado debe ser tan sólo un ala de su partida de guerra. Pero no podemos llevar la muerte hacia Azor y tal vez sí podemos avisar a Paso de Lobo.

—Si no nos disparan flechas al llegar —recordó el desterrado.

—Se las disparará contra su propio corazón.

Corrieron con el correr de los que saben que la carrera será larga, con el perro blanco unos pasos por delante y las gotas de lluvia rebotando sobre sus espaldas. Corrieron ágiles, llevando a la horda de los claros lejos de Azor. Sabían del enemigo detrás, pero ahora no le oían, por mucho que aguzaran el oído, e incluso una vez se permitieron pararse a escuchar.

De pronto supieron por qué no se apresuraban sus enemigos. *Nariz* fue el que salvó sus vidas. La avanzada de los claros estaba ante ellos. El perro se

frenó en seco, los colmillos desnudos y el lomo erizado. Los estaban acechando allí, entre algunas hierbas, agazapados, listos para atravesarles las entrañas con sus venablos. Estaban atrapados.

Entonces Viento en la Hierba entró en las canciones que por siempre cantarían los clanes del río Arcilloso.

—Ojo Largo tiene el brazo fuerte y buena lanza. Yo tengo las piernas veloces. Yo correré entre ellos. Que mi hermano llegue a nuestro clan.

No dijo otra cosa. Se lanzó hacia las hierbas altas donde presentía al enemigo. Casi llegó a ellos, entonces se detuvo. Un guerrero claro no aguantó la tensión y se irguió apuntando su arma. Viento lanzó un agudo grito de combate. Otros dos más se levantaron. El joven los retó, inmóvil. El primero de los claros arrojó inútilmente su venablo. Viento gritó aún más fuerte y entonces sus enemigos se abalanzaron sobre él aullando. Se dieron cuenta tarde de que llevaban arcos a la espalda. Cuatro corrieron tras Viento. Dos no.

Ojo Largo lo presentía. No le iban a dejar tan fácilmente el paso libre. Y estuvo seguro de ello cuando oyó gritar a un veterano cazador:

—Es el hombre del perro, el que huyó del sacrificio de las grutas del valle Verde de los Arroyos.

—Matemos al hombre del perro. Matémosle con flecha.

Ojo Largo se dejó caer entre las hierbas. Eran dos y con arco. Pero él tenía a *Nariz*. Y su perro entendía los gestos de su mano. Y su mano hizo el gesto del cerco. El perro se perdió entre la maleza.

Avanzaron hacia él. Buscaban rodearle y que se descubriera. Lo matarían de un flechazo. Se acercaron con cautela hacia una espesura donde lo suponían oculto. Escudriñaron entre los hierbajos para localizarlo. Pero ahora la lluvia le era favorable. Dudaban en sus pasos. El más veterano dio unos cuantos más. Ojo Largo se tensó. Iba a descubrirlo.

Entonces saltó el lobo blanco. Saltó desde atrás sobre la nuca del más rezagado. Llevaba éste el arco a medio tensar en las manos, poco para oponer a los colmillos. Cayó aullando. Y el veterano se volvió un instante hacia su compañero atacado. Entonces se irguió Ojo Largo, corrió hacia él, apuntó su venablo, lo lanzó y lo vio hundirse profundamente en su costado. El claro aún intentó tensar el arco, pero el guerrero de Nublares ya estaba sobre él y con la

gruesa lanza lo atravesó por el estómago y lo clavó contra el suelo.

Nariz se debatía sobre el otro enemigo, quien sangrando por todo el rostro intentaba sacar su hacha de guerra del cinto. Casi lo había conseguido cuando sintió el pie de Ojo Largo inmovilizándole el brazo y el lobo encontró al fin su garganta.

Ojo Largo no quiso mirar atrás. Corrió otra vez de nuevo hacia Nublares porque sabía que atrás estaba muriendo su compañero. Porque sabía que allí, en la estepa, los claros estaban matando a Viento en la Hierba que moría para salvar al clan que le había desterrado por no haber querido lanzar su flecha contra la estrella vespertina, contra una hija de los claros.

El agua también llegó a las pupilas de Ojo Largo cuando corrió hacia el río Arcilloso, porque aquel ojo penetrante no había podido ver antes a los enemigos y Viento en la Hierba tuvo que morir por los dos y por muchos.

Llegó de noche. El fuego ardía en lo alto. Era él quien debía gritar. Lanzó su aullido de aviso nada más cruzar el río y antes de comenzar a subir la ladera.

—Los claros atacan. Los claros vienen. Son muchos. Soy Ojo Largo. Los claros vienen.

Le contestó otro agudo alarido. El vigía era Cara Ancha. Vio su silueta maciza avanzar sobre el cortado. Él subía tropezando por el sendero de la cárcava. Oía las voces de Cara Ancha y vio antorchas en el campamento y en la boca de la cueva. Llegó al fin arriba. Salían a buscarlo con teas. *Nariz* subió antes que él junto a la hoguera y el montón de grandes huesos de las ofrendas a los espíritus.

—Muchas manos de guerreros claros. Todas sus grutas, toda su horda viene hacia Nublares. Vienen a mataros, jefe Paso de Lobo.

El jefe confrontó al fugitivo del clan.

—¿Y tú cómo lo sabes, Ojo Largo?

—Viento y yo explorábamos la estepa a un día del campamento de Azor cuando descubrimos a un gran grupo que avanzaba hacia aquí.

—¿Viento no ha subido a Nublares por temor a que le diéramos muerte?

—Viento no ha llegado hasta aquí porque se llevó tras de sí a vuestros enemigos para que yo pudiera avisaros. Viento ha muerto en la estepa.

Luna entre Nubes, la madre de Viento, aulló. Su hermana Agachadiza

gimió, las dos niñas lloraron. Su padre, Voz de Ciervo, el hombre que hacía brotar animales de las rocas, se volvió de espaldas al fuego, mirando en la noche. El clan calló. Luego comenzaron todos a hablar al mismo tiempo, hasta las muchachas jóvenes y los niños. Alguno gritó. Paso de Lobo levantó una mano.

—Los cazadores vengan todos en torno al fuego. Los jóvenes no iniciados que vigilen desde aquí a ver si divisan antorchas al otro lado del río Arcilloso. Las mujeres a la Cabaña de Mujeres con los niños. Ojo Largo tiene aún derecho a sentarse en el consejo. Que hable luego. Antes, que reponga su fuerza con carne por si mañana tiene que luchar por su clan.

Ojo Largo sintió muchas miradas sobre él. Una vez más traía tras de sí el aliento de la muerte y la desgracia. Oyó hablar a los cazadores. Se podían defender bien desde lo alto. El campamento podía ser tomado, pero la cueva era inexpugnable. Podían venir cuantos claros quisieran.

Hubo quien levantó su voz para negarle. Era el Raboso.

—¿Y quién nos dice que Ojo Largo habla verdad? ¿No es un fugitivo? No se ve una antorcha en la estepa. ¿Por qué se presenta aullando en plena noche?

—He venido a avisar al que fue mi clan y hoy sigue siendo uno de los clanes hermanos del Arcilloso que el enemigo claro avanza como un rebaño de bisontes contra nosotros. Son tantos que por cada uno de mis dedos habrá diez manos. Vienen hacia Nublares porque es Nublares quien va hacia ellos y les arrebatara sus doncellas. Vienen a matarnos.

—Ellos cogen jóvenes y los sacrifican. Así ha sido siempre. No vinieron nunca todos a matarnos —dijo Piel de Jabalí.

—Vienen. Están cerca. Viento se los llevó hacia otro lado, pero vendrán a Nublares. El clan no podrá contenerlos ni en el poblado ni en la cueva.

—Yo creo a Ojo Largo —hablaba Cara Ancha—. Él y yo no somos amigos y nos separamos con odio, pero Ojo Largo es un guerrero valiente y dice verdad. Hay que defender la cueva. Debemos prepararnos.

—Será la muerte, Cara Ancha, de todos los cazadores y de todos los niños. Se llevarán a las mujeres. Se llevarán a Nutria si te encierras en la cueva.

—No podrán subir.

—No les hará falta. El hambre y la sed nos harán salir o morirnos dentro.

—Meteremos agua y comida para dos lunas. Se irán.

—No se irán. Pero además nos lanzarán el fuego. Desde arriba, desde los lados. Incendiarán la ladera y traerán leña hasta hacernos salir como nosotros hacemos salir a las alimañas de sus cubiles. Y nos matarán.

Fue Voz de Ciervo quien preguntó. Hubo silencio alrededor.

—¿Qué quiere hacer Ojo Largo?

—Todas las grutas de los claros se han juntado. Sólo podemos enfrentarlos si los clanes del río Arcilloso nos juntamos. Y todavía seremos pocos. Debemos ir a unirnos al clan de las Peñas Rodadas, coger el rumbo del bosque y el camino de los ciervos. Tapados y por él llegaremos a las Peñas Rodadas en la noche de mañana.

Se levantó un griterío. Lo protagonizaban el Raboso, Bisonte, el Tullido y Huesos.

—Quiere que dejemos nuestras cabañas, nuestro refugio, nuestra cueva y nos perdamos en la oscuridad acechados por el enemigo.

—Quiero que abandonemos nuestras cosas para que alguien venga y se las lleve.

—Quiere que dejemos a merced de nuestros enemigos a nuestros espíritus y a nuestros muertos —clamó Huesos.

Piel de Jabalí y Sombrío miraban a Paso de Lobo. Voz de Ciervo miraba al fuego. Cara Ancha a la oscuridad y los jóvenes Colmillo de Lince y el Oso aún no iniciados miraban a Ojo Largo, su compañero, al que admiraban. Pero ellos dos no podían hablar. Paso de Lobo miraba hacia la estepa.

Y aquella noche Paso de Lobo fue un jefe y salvó a su clan.

—Ojo Largo ha visto a los claros y ha venido a avisar a su clan. Nublares es su clan. Nos ha dicho que son tantos que nos aplastarían y que han matado a su amigo el desterrado. Este jefe cree a Ojo Largo, y este jefe sabe también que si nos quedamos moriremos todos, como dice Ojo Largo, porque nos sacarán como a zorros de la cueva. Este jefe no pregunta. Esta noche ordena. Iremos a las Peñas Rodadas, por entre los bosques. Que se carguen provisiones de partida de caza, sobre todo carne seca, y que se cojan todas las armas. Nos sobrará toda la comida si sabemos utilizar los venablos. Llamad a las mujeres, que no carguen mucho, pero que lleven a los viejos y a los niños.

Ojo Largo admiró aquella noche al jefe de Nublares, a quien tanto había despreciado. Lo vio en medio del clan organizando la partida, imponiendo con su gesto el orden. En poco tiempo el grupo de menos de cuatro veces dos manos que era todo Nublares estaba listo para la marcha, que era una huida.

Ojo Largo había permanecido apartado junto a la hoguera. Cuando vinieron las mujeres se le acercó su hermana Oropéndola y sonriéndole con boca y ojos le hizo la ya vieja caricia en la barbilla. También vio pasar a Cielo en los Ojos, que lo miró furtivamente, y a Mirlo a la que no quiso mirar él hasta que la mujer le dio la espalda. Iba junto a Tullido y el brujo Huesos. Ojo Largo no pudo evitar que ahora sus redondeces, sobre todo de caderas y piernas, le parecieran mucho menos atractivas.

En medio de la tensión y la angustia se dejó ir un instante. Si Viento hubiera estado a su lado, como siempre había estado, seguro que hubiera captado su mirada y le hubiera dicho: «Mirlo está engordando».

Pero era noche de huida y miedo. Despertó a la voz del jefe.

—Que en el flanco y junto a Cara Ancha camine Ojo Largo. Que penetre con su vista la noche y nos advierta del peligro. Que sea útil a su clan.

—Serviré a mi clan, jefe —contestó con orgullo Ojo Largo. Y caminó tras su silencioso medio hermano guardando su espalda. Aquella noche era Nublares quien huía abandonándolo todo. Los claros arrasaría el campamento, lo destruirían todo, lo quemarían todo. Todo menos al clan mismo, y si conseguían vivir podrían volver a encender sus fuegos en el alto de la cueva. Ojo Largo miró hacia atrás y comprobó que los fuegos ya no ardían. El jefe Paso de Lobo había ordenado apagarlos para retrasar todo lo posible la localización de Nublares por parte de los claros.

El fuego se llevaba ahora en ascuas metidas en pequeños recipientes de barro o de abedul, aunque también vivía entre las piedras negras, el pedernal y la yesca. Algunas ascuas del fuego de la cueva las llevaba Huesos, y otras de la hoguera del poblado, la Velluda. Donde fuera aquel fuego viviría el espíritu de Nublares.

Espantadas por la marcha de los hombres por la senda del bosque huían en estampida las palomas torcaces que dormían en los árboles. Era un camino conocido para el clan de Nublares, que avanzaba en silencio. La noche era oscura, húmeda, y la marcha, lenta. Tardaron mucho en alcanzar el viso del

monte, el de la cacería de venado, y pasaron junto al viejo refugio. No se detuvieron. Fue mucho después, cuando ya se presentía el alba, cuando la vanguardia se inmovilizó alarmada y ordenó detenerse. Algo subía por la ladera. Eran otros hombres con paso apresurado y jadeos en los pechos. Paso de Lobo ordenó a mujeres, viejos y niños ocultarse en la espesura. Los cazadores de Nublares se emboscaron, aguardando con los venablos a punto a que el enemigo llegara a su alcance.

Los sintieron subir haciendo rodar las piedras sueltas del conchal. Salieron a un pequeño claro, en fila. Algún brazo se alzó.

—Es Azor en el Bosque. No tiréis.

Fue Ojo Largo quien reconoció al jefe del clan de las Peñas Rodadas que guiaba a un pequeño grupo de cazadores. Ellos también buscaban la protección de la espesura.

Gritó Paso de Lobo:

—¡Somos el clan de Nublares!

Los dos grupos se unieron. Azor en el Bosque contó:

—Habíamos encendido la hoguera para señalar el campamento a nuestros exploradores cuando oímos el alarido de caza de los claros. Eran una jauría, una gran manada de lobos tras la presa. Apagamos nuestro fuego y huimos. Allá abajo han quedado dos jóvenes que fueron de vuestro clan, Ojo Largo y Viento en la Hierba. Nada pudimos hacer por ellos.

—Ojo Largo está aquí, —contestó Paso de Lobo, señalando al joven cazador—. Llegó a Nublares para avisarnos del ataque. Los claros perseguían a Viento en la Hierba.

—Oímos perderse sus alaridos hacia el norte. Viento en la Hierba es el mejor corredor del río Arcilloso.

Había esperanza en su voz. Ojo Largo la sintió crecer aún en su interior y pensó en los que en Nublares llevaban su misma sangre. Pero no duró mucho la sensación. Allá abajo, en la estepa, Viento era un hombre solo rodeado de una inmensa jauría.

Los dos jefes hablaron brevemente. Ojo Largo oyó las palabras de Paso de Lobo.

—Viento en la Hierba nos ha dado vida. Los claros irán a Nublares. Vayamos juntos hacia Peñas Rodadas. Mi clan pide refugio y ofrece sus

lanzas. Cuando los claros arrasen Nublares subirán río arriba hacia vuestro campamento.

—Estaremos allí en la mitad del día. Mandaremos corredores al clan del Cañón del Río Dulce para que todos estén alerta.

Ojo Largo pensó en la Garza y en Viento en la Hierba, y supo por qué aquella mujer había elegido en la noche de la Reunión a su amigo.

La exhausta expedición dio vista por el sendero de los bosques altos al campamento de las Peñas Rodadas. Allí todo estaba tranquilo. Nacía el cielo ensombrecido, que había vuelto a dejar caer la lluvia desde la amanecida, subían densos y tranquilos los humos de los fuegos del campamento. Bajaron presurosos, precedidos por los gritos de alarma de los vigías.

La Torcaz estaba en medio de su gente. Rápidamente los más débiles y fatigados fueron conducidos a las cabañas para que pudieran calentarse, comer y cambiar sus ropas mojadas. Dos veloces corredores salieron hacia el río Dulce. Los cazadores se prepararon para la batalla.

—Saldrá el sol dos veces antes de que los claros lleguen por el río. Pero debemos estar alerta. Hay que reforzar nuestras defensas y llevar a ellas todas nuestras armas. Detrás de los parapetos hay que acumular grandes piedras. Nos servirán mejor que los venablos cuando los claros suban.

Habló la Torcaz.

—Los brazos cansados no sirven para la batalla. Los cazadores que llegan deben reponerse. Con los más jóvenes reforzaré los parapetos, y las mujeres, los viejos y los niños llevarán las piedras.

Miró al grupo, a Ojo Largo, y preguntó:

—¿Dónde está Viento en la Hierba?

—Se quedó en la estepa, con los claros tras su huella —respondió su nieto, y bajó la vista al suelo.

Cuando la levantó se encontró con los ojos de Tórtola que lo miraban. Fue la primera vez que los ojos de ambos se encontraron; los del cazador de Nublares cargados de dolor y venganza reposaron unos instantes en la mirada de la joven.

La esperanza de que Viento en la Hierba hubiera logrado escapar se diluyó con el día y se perdió el siguiente amanecer. Al alba próxima quienes asomaron por el recodo del río fueron las avanzadillas de los claros. Ojo

Largo reconoció al hombre que iba en cabeza. Era Rayo.

Lo vio señalar hacia el poblado y hacer detenerse a sus hombres. Luego se ocultaron entre la vegetación de la margen del río. Desde allí acecharon.

El grueso de la horda no tardó en aparecer. Ojo Largo no había exagerado. Harían falta muchas manos para contarlos. Los conducía el jefe de la gruta del Valle Verde de los Arroyos, Hacha Negra. Los otros jefes lo rodearon. De entre el boscaje ribereño emergió Rayo. Lo vieron gesticular en su dirección. La horda al completo de los claros siguió. Pronto dejaron de verlos, pero estaban allá abajo, entre los árboles y la maleza.

Los volvieron a avistar cuando un grupo numeroso vadeó el río para pasar al otro lado de la gran nariz de roca donde las defensas del poblado tocaban el agua. Los defensores les enviaron las primeras flechas. Eran tiros lejanos y no vieron caer a ningún enemigo. Desaparecieron de nuevo.

Su ataque no se hizo esperar. Nada más acabar de desplegarse por la orilla del río, la horda brotó de entre la vegetación y aullando se lanzó al asalto. Habían dejado los arcos y llevaban venablos, lanzas y hachas. Su alarido comenzó a subir colina arriba. Pero no tardaron en oírse otros gritos. Los defensores desde su dominante posición les enviaron una auténtica avalancha de rocas, algunas enormes, que aplastaron a varios hombres e hicieron temer a otros. Los muchos que continuaron ladera arriba recibieron una nube de flechas, y antes de empezar siquiera a intentar subir los murallones, gruesos pedruscos cayeron de nuevo sobre ellos. Peñas Rodadas estaba bien defendida.

Pero el ataque de los claros no se detuvo, la ola siguió ascendiendo y al final llegó, herida y ensangrentada, bajo los parapetos. Desde allí los venablos arrojados con los propulsores por los atacantes empezaron a causar las primeras víctimas entre los guerreros del río Arcilloso. El verdadero asalto comenzó entonces.

Muchas cosas quedan en la memoria de aquel día. Muchas que contar en los fuegos de la sierra del norte y muchas que relatar en los clanes del Arcilloso. Una sobre todas ellas: la ferocidad con que aquel día combatieron y murieron los cazadores del pequeño clan de Nublares, los que habían huido abandonando su cueva y su campamento se batieron con ferocidad desesperada. Y algunos perecieron.

Sobre el parapeto murió Piel de Jabalí atravesado por muchas lanzas, y hasta de rodillas y moribundo siguió arrojando grandes piedras que aplastaron enemigos.

Desde la nariz rocosa sobre el río cayó Bisonte, quien después de haber desventrado a dos enemigos se encontró en sus entrañas con la gruesa lanza de Rayo. El duro guerrero claro lo ensartó y logró voltearlo luego hacia el río. Y la sangre de Bisonte tiñó el agua.

Rayo no tuvo tiempo de alegrarse por su victoria. Un hachazo de Cara Ancha le alcanzó en el hombro y lo hizo tambalearse y seguir el mismo camino de su rival vencido. Pero Rayo logró mantenerse en el agua y se le vio arrastrarse en el limo de la orilla de enfrente.

Paso de Lobo y Ojo Largo combatieron juntos, hombro con hombro. Mataron bien. Primero con las flechas, luego con los venablos y, al final, con las lanzas. Paso de Lobo sufrió el golpe de un hacha en el costado, pero cuando el claro iba a rematarlo sus sesos se derramaron bajo el hacha de Ojo Largo. Y cuando el joven guerrero sintió que su pierna desfallecía y él caía derribado porque un venablo le alcanzó casi en el mismo sitio donde tenía la cicatriz del gran jabalí, fue Paso de Lobo quien le arrancó el arma de su carne y quien le ayudó a incorporarse. El jefe le dio una tira de cuero para frenar la hemorragia y sostuvo la posición hasta que dos guerreros de las Peñas Rodadas llegaron en auxilio de ambos.

Murieron muchos. Algunos no debían haber muerto, como los dos jóvenes: el Oso y Colmillo de Lince, que todavía no habían puesto sus manos en las paredes de la cueva. Murieron juntos, aplastados por la embestida de un grupo numeroso de claros. Pero incluso ellos no murieron sin haber matado.

No murieron de Nublares ni Paso de Lobo, ni Ojo Largo, ni Cara Ancha, ni Voz de Ciervo, ni Sombrío, ni el Raboso, ni el Tullido que aun con su pierna seca combatió, ni murió tampoco Huesos que se quedó en lo alto del poblado conjurando espíritus. Pero el clan de Nublares perdió mucha sangre aquel día.

También la perdieron hombres de las Peñas Rodadas. Cerca de dos manos de guerreros. Y todos perdieron sangre, desde su jefe Azor, a sus hijos Gavilán y Alcotán, al que dieron por muerto por tantas heridas que le

ensangrentaban el cuerpo y la cara. El hachazo que parecía definitivo le había roto la nariz y algunos dientes, pero no el cráneo.

Pero cuando se retiraron las nubes mediado el día y se asomó el sol al río Arcilloso, los claros habían vuelto a su orilla y en las murallas de las Peñas Rodadas aún quedaban muchas flechas, piedras y lanzas que arrojar. Los invasores pidieron retirar sus muertos de la ladera por la tarde, aunque no les permitieron recoger cuatro cadáveres que habían quedado dentro del recinto, y encendieron hogueras por la noche.

La mañana no trajo ningún ataque. Los claros se lamían sus heridas. Llegó el sol a lo alto y no había surcado el cielo una flecha ni había roto el silencio un alarido. Fue entonces cuando la Torcaz, con su vestido de ceremonia, con la estatuilla de la diosa madre, bajó hasta los parapetos. Flanqueada por Azor en el Bosque y Paso de Lobo, subió a la roca sobre el río y habló.

—Que salgan a la luz los jefes de los claros. Que digan por qué han venido desde las montañas del norte a intentar matarnos.

Hubo silencio entre la vegetación de la ribera. Luego murmullo del follaje al removerse. Cinco jefes, con Hacha Negra a la cabeza, se adelantaron. Clavaron las lanzas en el suelo y extendieron las palmas de las manos.

Habló Hacha Negra.

—Las gentes del río Arcilloso vienen a nuestra tierra, raptan a nuestras doncellas y les quitan la vida junto a su cueva de Nublares o se las quedan para sus fuegos. Los claros no permitirán más que los del Arcilloso les arrebatan a sus hijas.

Contestó Paso de Lobo.

—Los claros bajan hasta nuestro río, capturan a uno de nuestros jóvenes y le arrancan el corazón en la pradera de su gruta. Los claros asaltan nuestros campamentos de invierno y matan.

—No criamos hijas para que los de Nublares las desangren.

—No hacemos cazadores para que los claros les arranquen el corazón.

La Torcaz elevó la voz:

—Que se encienda el fuego con fuego de las dos tribus. Que no se derrame sangre esta tarde. Que los jefes hablen.

Así se hizo. Alrededor de la hoguera se sentaron también los hombres

espíritu.

Hubo grandes voces, odio en las pupilas, gestos de amenaza, salmodias de los brujos, pero la Torcaz lo aplacó todo. La Torcaz habló de los muertos y de los que iban a morir y de los que seguirían muriendo.

—Ni los claros ni nosotros queremos más sangre derramada y más fuegos sin hombre.

—No lo quiero yo —dijo Azor.

—No lo quiero yo —dijo Hacha Negra.

La Torcaz impuso su don de la palabra y el poderoso influjo de la diosa madre. Los brujos de los sacrificios callaron.

—La diosa no quiere a sus hijos de vuelta a sus entrañas muertos por otros de sus hijos. La madre los quiere ver multiplicarse y hacer nacer otros hijos. No habrá más sacrificios. Los claros no arrancarán el corazón de los hijos de Nublares, los de Nublares no verterán la sangre de las hijas de los claros. Se respetarán los límites de los ríos del norte en la dispersión. No se cruzará a la orilla del poniente. No se cazarán más allá. Los claros no cazarán en el naciente de la orilla de su primer río.

En el crepúsculo se bebió un zumo fermentado de bayas de enebro, cerezas y guindas. Paso de Lobo hizo bajar a Ojo Largo. Había que hablar de los cadáveres. Los claros reclamaban a los cuatro caídos dentro del poblado; Ojo Largo el de su amigo Viento en la Hierba. Hacha Negra hizo venir a Rayo. Tenía el hombro vendado con tiras de cuero.

Los dos enemigos se miraron desde ambos lados de la hoguera.

—¿Habéis matado al corredor veloz?

—Lo matamos.

—Queremos su cuerpo.

—Se lo habrán comido los lobos.

—Traednos sus huesos.

Hacha Negra intervino.

—Os traeremos lo que quede. Era un corredor veloz y un corazón valiente. Él impidió vuestra muerte al avisaros. ¿Cómo se llamaba? Quiero saberlo para nuestras canciones.

—Viento en la Hierba.

—Viento en la Hierba. Buen nombre para quien nos burló un día, una

noche y casi una mañana —intervino otro de los jefes de gruta—. Llegó corriendo hasta la noche. Algunos querían dejar su cacería y atacar rápidamente Nublares. Pero era el orgullo de los claros el burlado. Teníamos que matarlo. Nos desplegamos, encendimos hogueras y no le permitimos el paso. Al amanecer volvimos a la caza. Intentó un gran rodeo para volver, pero poco a poco se le agotaron las fuerzas. Nuestros corredores se relevaron en sus costados hasta que lo cercamos. Entonces él se paró y de pie murió bajo nuestras flechas. Rayo lanzó la primera. Yo también cantaré su nombre en nuestros fuegos. Mis guerreros traerán su cuerpo.

Siguieron los parlamentos. Se acordó que las mujeres raptadas a los claros que lo desearan regresaran a su gruta. Lo hizo la mujer de Bisonte, el cazador de Nublares muerto en la batalla. No quiso hacerlo Cielo en los Ojos.

Ojo Largo preguntó:

—Mi madre es de los vuestros y vive en el valle Verde de los Arroyos. Fue a la única que no matasteis en las Juntas del Bornova. Si mi madre quiere, podrá volver a Nublares.

—Tu madre murió. Poco después de tu huida. Estaba en el fuego de Rayo.

Rayo miró fijamente a Ojo Largo con la mandíbula tensa y un rictus en la boca.

—Sí. Tu madre murió en mi fuego, Ojo Largo.

El joven cazador de Nublares entendió. Y odió. Rayo la había matado. Y también era él quien había matado a Viento en la Hierba. Había paz entre los claros y el río Arcilloso, pero no entre Rayo y Ojo Largo.

El joven ascendió cojeando al poblado de las Peñas Rodadas. Le dolía la herida, pero aún más el pecho por dentro. Se refugió en las sombras. Solo. Ni siquiera estaba *Nariz*. Pero si lo encontró la Tórtola. Esperó a que acabaran sus sollozos. Se sentó a su lado en silencio. Él casi no la sintió llegar. No tuvo fuerzas para alejarla. Ella después de tiempo le dijo:

—Todos quieren a Ojo Largo cuando es poderoso y un héroe. Tórtola lo quiere también cuando sufre. Tórtola ya lo quiso cuando llegó aquí huido y desterrado.

Él la miró y de nuevo reposó en sus ojos. Pero Ojo Largo sólo vio amistad y afecto donde había amor.

A la mañana siguiente el clan de las Peñas Rodadas enterró a sus muertos. Los de Nublares contemplaron en silencio la ceremonia. Agitó el brujo el «conjurador de espíritus», cantó el clan el nombre de los muertos y uno a uno los fueron llevando a una gran cabaña de piedras, rodeada de un círculo de piedras clavadas verticalmente en la tierra. Dentro del dolmen, los guerreros muertos, con sus armas al lado, quedaban uno al lado del otro apoyados contra la pared, como sentados alrededor del fuego. A cada uno se les puso agua y comida en sendos cuencos. Luego la entrada se volvió a tapiar con una gran piedra plana. El brujo volvió a llamar a los espíritus. El clan cantó sus nombres. Casi dos manos de cazadores de las Peñas Rodadas habían muerto.

Poco después Hacha Negra acompañado por cuatro guerreros se presentó ante el campamento. Sus hombres traían en un envoltorio cosido de pieles lo que quedaba de Viento en la Hierba. Se lo entregaron a la Torcaz y a Paso de Lobo.

Hacha Negra trajo presentes. Un collar de garras de oso cavernario para Azor en el Bosque, dos colmillos de león para Paso de Lobo y una extraña piedra negra llena de reflejos azules para la Torcaz. Ésta le entregó una estatuilla realizada en alabastro de la diosa madre.

Se despidieron extendiendo las palmas de las manos.

La expedición de los claros partió a mediodía rumbo al norte. Se llevaron también a sus muertos. Los del clan del río Arcilloso los vieron transponer el recodo del río por donde había asomado su avanzadilla con el feroz rostro de Rayo al frente.

Peñas Rodadas quedó en silencio. En la noche no hubo hogueras fuera de las cabañas. Había olor a muerte en todo el aire, y los hombres y mujeres buscaron olvidarlo con el sueño.

IX

EL AMOR DE TÓRTOLA

Lo que quedaba del clan de Nublares salió con las primeras luces por el camino del bosque, el más corto, hacia su cueva. También ellos decidieron llevarse a sus muertos a pesar de lo fatigoso de su transporte. Los envolvieron en pieles viejas y construyeron angarillas para poder echarlos encima y caminar mejor. Se llevaron también los restos de Viento en la Hierba, el desterrado. Lo enterrarían con su gente. Nadie se opuso cuando Paso de Lobo lo anunció. Los había salvado a todos.

El jefe miró a sus hombres. ¡Que pocos quedaban! Él, Voz de Ciervo, Sombrío, Cara Ancha, el Raboso y el brujo eran los únicos hombres con los que podía contar para reconstruir su poblado, que presentía arrasado. Por ello casi no pudo disimular su alegría y, aunque se contuvo en su expresión, hubo alivio cuando Ojo Largo se presentó cojeando.

—Este cazador regresará a Nublares si el jefe lo permite.

—Ojo Largo es un cazador de Nublares. Nadie puede prohibirle volver.

Así, el joven y errante cazador se despidió de la Torcaz, de Azor, de sus hijos y de todos aquellos con los que había combatido, cargó sobre sus hombros los restos de su amigo, que no permitió que nadie llevara, y salió en retaguardia del maltrecho grupo, junto a su perro *Nariz*, agitando la mano y arrastrando su pierna herida. Había buscado a Tórtola para despedirse también de ella, pero no pudo encontrarla. Por eso no la vio llorar mientras él se alejaba. La Torcaz sí. Y habló con ella.

—¿Lloras por el hombre de Nublares, hija mía?

—Sí, madre. Parece que sólo veré siempre su espalda cuando se marcha.

—Si algún día vuelve, será porque vendrá a ti, a por ti. Pero mi nieto tiene fuego y hielo en el corazón al mismo tiempo. Se parece más a su abuelo, León en la Estepa, que ninguno de mis hijos, ni mis otros nietos, por

eso lo conozco tan bien. Sus pasiones son fuertes. Para todo, para el amor o para el odio; para la generosidad o la ambición; para matar o para dar la vida. Es un hombre, Tórtola. Volverá si te recuerda.

—¿Y me recordará, madre?

Ojo Largo sólo tenía en el camino hacia Nublares el recuerdo de Viento en la Hierba. Su última imagen en la estepa, retando a los guerreros claros a la última carrera de su vida. Por dos veces, el día del sacrificio de la estrella vespertina y aquel en que él no vio a tiempo al enemigo, su compañero, más débil, había demostrado más valor que él, tan fuerte, tan poderoso cazador. Con ese peso y el no excesivo de lo que quedaba de la osamenta del muerto, cargó hasta Nublares Ojo Largo.

Paso de Lobo divisó al fin, en la mañana del tercer día de marcha, la altiplanicie donde estaba su campamento. Sabía lo que iba a encontrar y eso halló. El clan contempló en silencio sus cabañas saqueadas e incendiadas. Nada quedaba, sólo maderas chamuscadas, restos de pieles quemadas, enseres rotos. La furia y el fuego de los claros habían acabado con todo. Se habían ensañado, presos de su arrebatado de locura, y habían intentado borrar de la faz de la tierra el para ellos odioso poblado. Habían destrozado el montón de ofrendas y arrojado el poste del sacrificio ladera abajo como si hubieran sabido que allí morían sus hijas.

La cueva también había sufrido su ira. Particularmente el cubículo del brujo había soportado un concienzudo proceso de destrucción. Habían llevado una impresionante carga de leña a su interior y la habían prendido como si hubieran querido que las llamas borrarán cualquier rastro de aquel lugar maléfico.

Se habían llevado las calaveras humanas que Huesos y los antecesores de Huesos tenían allí depositadas. Quizá sabían que algunas eran de sus jóvenes doncellas, de las estrellas vespertinas sacrificadas.

Sin embargo, aunque el recinto de los jóvenes había sido saqueado, habían respetado la sala de las pinturas y de las manos. Por alguna extraña razón, aunque las pisadas indicaban que muchos habían estado allí, no las habían tocado.

La primera orden de Paso de Lobo fue encender los dos fuegos, el de la cueva y el del vigía. La Velluda y el brujo trajeron las ascuas que habían ido

reproduciendo desde su partida y las aplicaron a la leña que aportaron las gentes del clan junto con maderas medio quemadas. Cuando ardió la fogata en uno y otro sitio, el jefe se dirigió a su entristecida gente y dijo:

—Nublares vive.

Antes de comenzar la reconstrucción había que enterrar a los muertos. Iban a comenzar los ritos, cerca del atardecer, cuando vieron aparecer figuras humanas que bajaban presurosas por la senda del río. La alarma duró poco. Eran gentes del Arcilloso.

—¡Es la Garza! —exclamó Ojo Largo—. Viene con guerreros del Dulce.

La Garza venía a enterrar a Viento en la Hierba. Había recibido la noticia de su carrera mortal, traída por los corredores de las Peñas Rodadas, y rápidamente se había puesto en camino. Llegó al campamento de la Torcaz cuando ya los de Nublares habían emprendido la marcha y decidió seguir el camino del río, más seguro.

Su presencia causó un fuerte impacto en el campamento. Mucha era su fama, pero no todos conocían su amor con Viento en la Hierba. Que la Garza del Dulce viniera al destruido Nublares a rendir homenaje a Viento era un auténtico orgullo para todos, y en la tristeza muchos se sintieron reconfortados. La bella sacerdotisa de la diosa madre estaba con ellos.

Los de Nublares enterraban en el suelo, individualmente. La necrópolis estaba hacia naciente, en una pequeña explanada al remontar la ladera de la cárcava. Uno a uno, depositaron recostados en las entrañas de la tierra a Piel de Jabalí, a Bisonte, a los jóvenes Colmillo de Lince y el Oso, con algunas de sus armas favoritas al lado. Sus familias pusieron junto a sus pies algunas de sus pertenencias, de las pocas que conservaban, y una pequeña ofrenda. A Bisonte, el único de su sangre que le quedaba, el Tullido, el otro de los Dos que Caminan Juntos, le puso un collar de conchas, única pertenencia que había recibido de su madre.

A Colmillo de Lince, su hermana Escarcha le subió del río un brazado de plantas verdes y alguna flor tardía y las dejó junto a él. Avutarda, hembra de Piel de Jabalí y madre del Oso, en cuyo fuego habían quedado tan sólo el viejo Costilla Grande y dos niños, no pudo depositar otra cosa que una pulsera junto a su hombre y un gorro de piel a medio coser junto al cadáver de su hijo.

Lo que quedaba de Viento en la Hierba fue extraído del envoltorio. Los lobos y las alimañas se habían ensañado con él y dispersado todo. Quedaba la cabeza y parte de los costillares y huesos con trozos de carne aún adheridos. Pero nadie retiró la vista de ellos. Luna entre Nubes, su madre, y Agachadiza, su hermana, le dejaron al lado una guirnalda de hierbas que habían tejido. Su padre, Voz de Ciervo, el que hacía brotar animales en la roca, dejó un pincel. Ojo Largo se quitó del cuello su amuleto hecho con las amoladeras del gran jabalí y lo puso junto al cráneo del muchacho. Iban a echar tierra ya, pero la Garza los detuvo. Hizo una señal a los guerreros que la acompañaban y éstos trajeron su ofrenda: un pequeño cervatillo. La Garza lo cogió y suavemente lo dejó rodeando aquellos huesos del hombre que había amado.

Taparon las tumbas. Sobre cada una de ellas hicieron un pequeño túmulo, amontonaron ramas y sobre ellas las pertenencias y armas de los muertos, y las prendieron con antorchas encendidas de la hoguera del vigía de Nublares. Y sobre los cuerpos de Viento en la Hierba, Piel de Jabalí, el Oso, Bisonte y Colmillo de Lince ardieron toda la noche los fuegos de su clan.

Los vivos durmieron al cobijo de su cueva. También durmió allí la Garza y sus acompañantes. Cuando clareó el día se despidieron y emprendieron el largo camino de regreso al río Dulce. Antes de partir la Garza habló a solas con Ojo Largo.

—Viento en la Hierba vivirá en nosotros dos. Sé que en ti vive, Ojo Largo. Te dará fuerza. También vive en mí y en mí sobrevivirá su semilla. Porque la Garza lleva en sus entrañas la semilla de Viento y tendrá un hijo. Lo llamará Junco y Ojo Largo verá en él a su amigo. Algún día tendrá que protegerlo y la Garza sabe que Ojo Largo no fallará.

Ese día la Garza le mandará el collar que él le regaló en la Reunión y Ojo Largo acudirá desde donde quiera que se encuentre.

—Iré cuando la Garza me llame —contestó el cazador.

La Garza lo besó en la mejilla y descendió por la ladera donde ya la aguardaban los guerreros del río Dulce. Ojo Largo la siguió con la vista hasta que se perdió por la vereda del río, aguas arriba.

Al volverse se encontró con la figura de su hermana, Oropéndola, que se había acercado despacio hasta él. Ojo Largo le dijo casi en un murmullo:

—Viento en la Hierba seguirá soplando sobre toda esta tierra.

Oropéndola le respondió:

—¿Y mi hermano? ¿Se volverá a marchar? ¿Dejará de nuevo a su clan? Él no dudó.

—No. Nublares necesita a todos. No puede irse. No quiere irse.

El consejo de cazadores decidió que todos habrían de vivir en la cueva. El invierno estaba encima. No había tiempo para reconstruir las cabañas, pues era más importante conseguir comida, y había muy pocos cazadores para alimentar tantas bocas y lograr alguna reserva para cuando llegaran las grandes nieves.

Paso de Lobo consideró también que no habría dispersión. Mujeres, ancianos y niños permanecerían en Nublares, los cazadores saldrían en cuantas expediciones fuera necesario y tan lejos donde hiciera falta para traer carne. Otra cosa no podía hacerse con tantos fuegos sin cazador. Así se hizo.

Ojo Largo creció entonces y a lo largo de aquel durísimo invierno en el corazón de su clan. Nadie como él se esforzó. Nadie como él y hasta la extenuación acechó, persiguió y rebuscó cualquier posibilidad de comida. Nadie como él disputó con el animal que fuera un último resto de carroña.

Si los cazadores salían en grupo, él era el primero en el empeño, el más disciplinado y el más entregado a la tarea común para conseguir un buen resultado. Y cuando el grupo regresaba, él salía solo, bajaba al río a revisar sus cuerdas y trampas para los peces o se internaba de nuevo en la estepa buscando aportar algo más a Nublares.

Enflaqueció de agotamiento y falta de sueño. Sus músculos parecían alambres y sus ojos, casi siempre semientornados y en tensión, parecían arder con los colores del hielo azul. No hablaba apenas con nadie. Tan sólo su hermana Oropéndola se acercaba a él y podía sacarlo de su mutismo cuando el clan se reunía por las noches a dormir alrededor del fuego de la cueva. Oropéndola le arrancaba una sonrisa y algunas palabras, pero él rápidamente se iba hacia la entrada, al lugar peor y más frío para dormir junto a su perro un mínimo tiempo hasta que antes de la primera luz salía de nuevo con *Nariz* en busca de comida.

Su actitud sorprendía al clan. Sobre todo dejó perplejo a su medio hermano Cara Ancha, quien al principio pensó que sería algo pasajero y que Ojo Largo volvería a lo que él consideraba hacer su capricho. Pero al final

Cara Ancha acabó por rendirse ante la entrega de quien había sido su rival. Una noche, al regresar el grupo de cazadores con apenas unas piltrafas de carroña que habían arrebatado a unas hienas, Cara Ancha se dirigió a Ojo Largo, cuando abatido se disponía a enroscarse en su lugar de la cueva.

—Mi hermano se agota por el clan. Nadie hace más que él ni come menos. Cara Ancha quiere decirle que su corazón ha cambiado con respecto a él y que le gustaría ser su amigo. Quisiera que cuando sale a cazar solo Ojo Largo le avisara y cazarían juntos. Cara Ancha es un buen cazador y los dos aportarían juntos más al clan. ¿Me llamará mi hermano cuando salga con *Nariz*?

Ojo Largo le miró. Nunca aquel hombre, ni de niño, le había llamado hermano. Cara Ancha era el cazador más fuerte de Nublares y pedía su compañía. Lo entendió y lo quiso.

—Cazaremos juntos, hermano —contestó.

En el tosco rostro de Cara Ancha se abrió una sonrisa. Breve. Luego clavó en él sus grandes ojos oscuros y aún le dijo:

—Cara Ancha no podrá ser Viento en la Hierba, pero será su amigo.

Las grandes nieves fueron más intensas que nunca o así le pareció al famélico y desesperado clan. Las presas huían de las cercanías de la cueva y cada vez las partidas habían de arriesgarse más lejos bajo las ventiscas. En una de ellas Nublares sufrió una severa desgracia. Paso de Lobo, el jefe, resultó gravemente herido, arrollado por la carga de un uro. Lo trasladaron a la cueva con una pierna quebrada y varias costillas rotas. Logró vivir, pero no podía cazar ni dirigir las expediciones. El clan se sintió huérfano y la desesperación hizo presa en él.

Ojo Largo con la ayuda de Cara Ancha y las prestaciones de *Nariz* lograron sacar a sus gentes del abatimiento.

—Traeremos carne —gritaron rabiosos.

Y la trajeron. Volvieron dos días después, medio muertos de frío y cansancio, arrastrando tambaleantes el cadáver de un gran ciervo. Los seguían los lobos, pero por fortuna el vigía los vio llegar y el clan ahuyentó a la manada. *Nariz*, que había protegido la retaguardia de su amo, traía el pelaje blanco teñido de sangre que manaba por muchas dentelladas.

No murió *Nariz*, ni Paso de Lobo que, eso sí, renquearía ya para siempre.

Pero sí murieron otros más débiles. La desgracia siguió cebándose en el fuego que había sido de Piel de Jabalí: los dos niños de Avutarda perecieron y también amaneció un día muerto el más anciano del clan, el viejo Costilla Grande.

En el fuego del brujo murió también la más vieja de las Grajas, y en el de Voz de Ciervo se consumió una de las niñas mellizas que criaba Luna entre Nubes. Ni siquiera pasó de largo la muerte por el fuego del jefe y el más pequeño de los hijos de Mimbrera, su primera mujer, falleció también en lo más crudo del invierno.

Las mujeres y los jóvenes del clan aguantaron mejor. En los huesos y agotados de buscar cualquier vegetal o molusco comestible resistieron. Mirlo perdió incluso su provocativa sonrisa y algunas de sus rotundas formas. Con Ojo Largo al principio hubo tensión, pero ésta dio paso a una gélida indiferencia por parte del joven y la curandera se refugió en el Tullido quien, incapaz de seguir a los cazadores, ayudaba en todo lo que podía a las mujeres. El brujo Huesos no tenía impedimentos, pero no salía tampoco de la cueva. Era además el primero en hacerse con la poca comida que conseguían. Tanta era su ansia que un día la Velluda ya no se contuvo.

—Huesos es un hombre espíritu, pero parece que el espíritu come más que todos los hombres de Nublares juntos.

El chamán fue a replicar, pero al ver la mirada de todos, optó por callarse avergonzado. No obstante, siguió comportándose igual.

Cielo en los Ojos, la segunda mujer del jefe, sí se acercó en alguna ocasión a Ojo Largo. Su mirada le dijo todo al cazador, pero éste sin un mal gesto no correspondió a la invitación aunque sí se la agradeció. Una tarde, casi en el crepúsculo, tras regresar con algunas perdices de las nieves, escamoteó una y se la dio a la mujer con una de las pocas sonrisas que se permitió a lo largo de todo el invierno.

—Ojo Largo no se olvida de quien le dio de beber cuando nadie le ofrecía ya su cuenco. Tal vez volvamos a beber juntos en primavera, Cielo en los Ojos, —le susurró con un rictus de picardía en la mirada y la boca.

Ella regresó a su fuego con la perdiz oculta y desde allí contempló con una mirada más alegre las llamas, aunque alguna vez sus pupilas entre azules y verdes cayeron como por descuido en la puerta de la cueva donde estaban

las pieles de Ojo Largo.

Pero aquellos momentos eran muy escasos. Lo cotidiano era el hambre y la angustia, y al final de la estación fría estuvieron a punto de perecer todos. Pareció que el peor tiempo había pasado y que los días alargaban. Creció la esperanza y entonces llegó la peor tormenta de nieve y frío del invierno, la más larga y violenta, tanto que impedía a los hombres salir siquiera de la cueva. Pasaron unos días, se agotaron las pocas provisiones y poco a poco, tumbados sobre sus pieles, las gentes de Nublares comenzaron a resignarse a morir.

La salvación la trajeron los lobos.

Una gran manada se había juntado en la estepa, al otro lado del río Arcilloso, y recorría famélica la llanura en busca de cualquier presa. Y la noche en que el clan de Nublares se moría, los lobos hicieron cruzar el río una punta de caballos, los siguieron y los acorralaron en el barranco de la cárcava.

Los hombres oyeron el tumulto en la oscuridad. Comprendieron lo que pasaba y con sus últimas fuerzas cogieron antorchas y venablos y se dispusieron a disputarles el festín a los lobos o al menos a arrebatárles a alguna de sus presas.

Llegaron a la cárcava. Los lobos habían cercado a los caballos y los estaban degollando. Los cazadores de Nublares desde la ladera lanzaron sus venablos ultimando la matanza. Luego emplearon el fuego. A grandes voces llamaron a todos, y todos se pusieron a arrojar leños encendidos hacia los lobos. Por fin lograron que abandonaran dos caballos muertos, en lo más estrecho de la cárcava. Ante ellos hicieron una muralla de llamas y comenzaron a llevarse, por la ladera y hasta la cueva, tanta carne como pudieron. Los lobos, el tótem de Nublares, les habían dado la vida.

Fue el último impulso de la muerte que se llevó a la que quedaba de las Grajas; pero al fin salió el sol, dio calor y nació otra primavera.

Pero cuando llegó bastaban cinco manos para contarlos a todos, en vez de las ocho que eran necesarias tan sólo una temporada antes. Únicamente había una mano de fuegos con cazador. El de Paso de Lobo, el de Voz de Ciervo, el de Sombrío, el de Cara Ancha y el del Raboso. Ojo Largo no tenía hembra, y en los otros fuegos, el de la Velluda y el de Avutarda, sólo quedaban mujeres.

Había que contar el de Huesos donde sólo habían quedado el brujo, Mirlo y el Tullido.

Lo que ahora sobraban en Nublares eran jóvenes hembras sin cazador: Corzo, Agachadiza, Escarcha, Nutria y Oropéndola no tenían hombre.

La muerte se había cebado con los más jóvenes. La cueva estaba vacía de pieles y armas. Los solteros, con la excepción del Tullido, habían perecido y aún pasarían dos veranos hasta que el más mayor de los niños supervivientes pudiera iniciar el camino de su iniciación como cazador.

Paso de Lobo contaba a su clan y miraba a Ojo Largo. Éste no miraba a nadie. Algún impulso parecía haberse secado en el corazón del joven cazador. No el de servir a su clan, porque cuando se iniciaron las tareas de reconstrucción en el poblado Ojo Largo se partió la espalda trabajando, cortando troncos, subiéndolos cuesta arriba y ayudando a todos y en todo hasta que de nuevo seis cabañas volvieron a hacer salir el humo por el respiradero entre pieles y tierra.

La estampa de Ojo Largo y Cara Ancha subiendo por el camino de la cárcava con un joven tronco de árbol a los hombros se hizo tan cotidiana como su descanso en el crepúsculo, los dos sentados y silenciosos, mirando hacia la estepa y, más allá, hacia las cumbres de los claros, aun con nieve en los picos.

—¿Por qué no preparamos un fuego para mi hermano y coge mujer entre las jóvenes? Que coja dos si quiere. No lo rechazarán y el jefe Paso de Lobo estará contento —le espetó de pronto Cara Ancha el día en que habían acabado de acondicionar la última cabaña, precisamente la suya, a la que se iba a trasladar en compañía de Perdiz, quien exhibía una pronunciada barriga anunciadora de que pronto habría un nuevo miembro en el clan. También Cigüeña, la hembra del Raboso, pariría pronto.

Ojo Largo no contestó.

Al rato su compañero volvió a insistir.

—Ya no queda nadie en la cueva. Nosotros seremos los últimos en subir al campamento. ¿Vivirá en ella solo Ojo Largo?

—Estaré bien. Mi perro *Nariz* está conmigo. Cuando busque compañía ya subiré al fuego de mi amigo —le sonrió.

—Más bien creo que algunas bajarán a buscarla aquí —bromeó el serio

fortachón.

—Que bajen. Tal vez les muerda mi perro.

—Antes bien que las mordías tú.

No siguió el cazador rubio la broma. Y ahí quedó. Ojo Largo se estableció en solitario en la amplia gruta. Sombrío, el tallador, volvió a pasar algunas tardes en la plataforma, y cuando de algún fuego bajaba una joven hembra a llevarle comida, algunos esperaban que esa noche no subiera, pero regresaban todas.

—¿Ninguna deseas para ti, Ojo Largo? —le preguntó un día su hermana —. El clan vuelve a murmurar de ti. Hay muchas jóvenes mujeres solas.

Él se mantenía en un tozudo silencio, acariciaba la cabeza de *Nariz* y miraba hacia el valle y, a veces, hacia naciente, hacia las Peñas Rodadas.

Un día también apareció Mirlo por la cueva luciendo su collar, pero él salió con un gesto de desagrado, silbó a su perro y se dirigió al río. Otro día fue Cielo en los Ojos quien se acercó, ella sí tardó más en salir. Y tuvo que arreglarse un poco el vestido y el pelo. Hasta llegar a la hoguera del vigía mantuvo la sonrisa y los ojos brillantes. Luego puso su habitual gesto sumiso y bajó los ojos al suelo.

Algo le pasaba a Ojo Largo. Estaba con su clan, era el más esforzado, pero no estaba con ellos. Tanto era así que ni siquiera pareció conmocionarle la postrera muerte de aquel tiempo. Cigüeña, la hembra del Raboso, murió junto al hijo que traía en el parto. Nada pudo hacer Mirlo. Era muy estrecha, dijeron las mujeres. Murió ella y ahogó en su propia sangre a su hijo.

Le dieron tierra y al poco el Raboso cogió a otra mujer, la Nutria, la oronda hija de la Velluda y hermana de Cara Ancha. El Raboso quiso a Agachadiza primero, pero ni ella ni su padre Voz de Ciervo quisieron darle a la hermana de Viento en la Hierba para su fuego. Nutria sí aceptó.

Ojo Largo seguía mirando hacia el naciente. Algo había estado rondándole el corazón y la cabeza todo el invierno, y el latido y los recuerdos se hicieron más intensos con la llegada del tiempo de la hierba nueva. Era el poblado de Peñas Rodadas. Era, aunque no quisiera reconocerlo, la imagen de la Tórtola, la mujer que le había dicho que lo querría siempre, aun cuando no fuera poderoso.

Fue tras una fructífera cacería de ciervas y gabatas cuando se decidió por

fin a decírselo a Paso de Lobo.

—El poblado está en pie de nuevo. Nublares vive, jefe. Este cazador es ahora menos necesario. Quisiera pedirle algo a su jefe.

—Ojo Largo ha sido quien más ha contribuido a levantar Nublares. ¿Qué quiere pedir a este viejo jefe que tanto le debe? —Le guiñó un ojo pensando que por fin el joven había decidido crear su propio fuego.

—No es eso, jefe, mi petición quizá entristezca a Paso de Lobo, pero este cazador quiere regresar a las Peñas Rodadas.

El gesto de Paso de Lobo se nubló. Reaccionó con rapidez.

—¿Acaso el clan le trata mal?

—Nublares quiere a Ojo Largo y Ojo Largo ama a su clan. Las viejas peleas quedaron lejos y no dejaron huella. No. Ojo Largo quiere marchar por otras cosas. Que no se ensombrezca la cara de Paso de Lobo. Quizá vuelva muy pronto y no vuelva solo.

El jefe meditó unos instantes. Los dos miraron hacia adonde quedaba el poblado del clan amigo.

—Si Ojo Largo dejó algo allí, en las Peñas Rodadas, que quiere ir a buscar, que vaya, pero que no olvide que aquí está su clan y su gente y en él tendrá siempre cobijo, comida y fuego.

Al día siguiente Ojo Largo cogió sus armas, su mochila con provisiones de viaje y después de despedirse de todos emprendió el camino con el trote blanco de su perro abriéndole el sendero.

La Tórtola lo vio llegar. Muchas veces había mirado aquel sendero que venía de Nublares. Lo vio llegar, pero no corrió a recibirlo. La Torcaz supo quién venía nada más ver los ojos de la joven.

—Ojo Largo vuelve, madre, y vuelve solo. ¿Vuelve a mí?

—¿A qué otra cosa va a volver? Pero sé paciente, quizá él aún no sepa bien por qué vuelve.

Peñas Rodadas recibió con alegría a quien también era miembro de aquel clan. Sobre todo Gavilán, que ya tenía hembra y fuego propio, y Alcotán, cuya cara había quedado totalmente desfigurada por los golpes en la batalla, fueron los que se sintieron más contentos.

Su joven y risueño primo le dijo mostrando sus dientes desportillados:

—Mi hermano ha cogido mujer. Ya ves, a mí no me quiere nadie.

—Yo sé de un sitio donde te querrían todas, Alcotán.

Ojo Largo se presentó a Azor en el Bosque, quien le recibió con afecto. Era un útil y buen cazador aquel sobrino suyo. Un poco errabundo, pero valiente y un buen ejemplo para muchos jóvenes. Sería bienvenido a la línea de caza. Le adjudicó una cabaña, la misma que había habitado con Viento en su anterior estancia, y le sugirió que cuanto antes fuera a presentarse a su abuela.

Era lo que más deseaba y al mismo tiempo más temía. Allí estaría la Tórtola. De pronto una angustia le asaltó. ¿Y si no estaba? ¿Y si ya compartía fuego con algún cazador de las Peñas Rodadas? Se apresuró hacia la vivienda de la matriarca con el corazón encogido. Su abuela estaba sentada al sol del atardecer en su puerta. Suspiró con alivio, a su lado estaba Tórtola. Ambas parecían ensimismadas cosiendo unos adornos de conchas en una chaqueta y un gorro. Ojo Largo saludó muy envarado.

—Este joven cazador ha venido a vivir a su clan de las Peñas Rodadas y pide permiso a la cuidadora de la diosa madre para hacerlo.

La Torcaz le miró sonriente y con un punto de malicia.

—Mejor haría mi nieto en decir que ha venido a ver a su vieja abuela y se dejara de andar tan tieso. Da un beso a esta anciana y déjate de palabras altisonantes. Y saluda a Tórtola, tonto.

Aquello aún fue peor. La compostura de Ojo Largo se vino enteramente abajo. Acertó a besar a su abuela, a balbucear unas palabras de salutación a Tórtola —ninguna de las que había repetido durante todo el camino y que a él le habían parecido que sonaban tan bien—, y ya fue el desastre en cuanto quiso sacar los regalos que había pensado entregar solemnemente. Una preciosa estatuilla femenina que Sombrío había tallado en purísimo alabastro para la Torcaz y un brazalete del mismo material, abundante en Nublares, que él mismo había hecho y pulido con todo el esmero.

La estatuilla sí consiguió entregarla. El brazalete fue otro cantar. Ojo Largo se azaró tanto que se le cayó al suelo y salió rodando. Menos mal que lo hizo en blando y no se rompió, pero cuando al fin lo recogió y se lo dio a la joven, él, que había pensado en colocárselo altivamente en su brazo, sólo tenía ganas de escapar de allí corriendo. Ni se dio cuenta de la sonrisa de Tórtola, pero sí del gesto burlón de su abuela.

—Tengo que preparar mi cabaña, abuela. Me voy —terminó por decir.

—Vete, vete, Ojo Largo, pero al atardecer ven aquí de nuevo. Comerás caliente en el fuego de tu abuela y nos contarás cosas de Nublares.

Ojo Largo salió en estampida. A su espalda, las dos mujeres no podían aguantar la risa y nada más que transpuso la puerta no reprimieron sus carcajadas.

—¡Qué tonto está, hija mía, qué tonto! Los hombres, sobre todo estos que son los más duros y orgullosos, se ponen así cuando les tiembla el corazón por una mujer. Le temblaba todo a Ojo Largo.

Tórtola también se reía. Pero era otra risa.

—Sí, madre, ¡pero qué bonito lo que nos ha traído!, ¿verdad?

—Claro, hija. Ha pensado mucho en ti, y en ese brazalete están muchos de sus pensamientos mientras te lo hacía. Pero el muy tonto hasta traía pensado un discurso para echarnos y dejarte impresionada. Se le ha olvidado todo y mira cómo se ha ido.

—Está muy flaco, madre, y envejecido. Parece triste.

—Ha sufrido. El invierno ha debido de ser terrible para los pocos cazadores que quedan en Nublares. Pero mi nieto está fuerte y se ha hecho un hombre. Ha sabido sufrir. Tiene el alma de un jefe. Yo lo sé. Tú le devolverás la risa y la juventud, aunque no sé si no estará aún más flaco para entonces. Porque él ha venido a por ti, pero ya verás todo el ridículo y apuros que pasa hasta que te lo diga.

Ojo Largo, muy lavado y con vestido diferente, fue aquella noche a cenar. Estuvo mejor que por la tarde. Se relajó al ver que estaban también Azor en el Bosque, su hijo Gavilán y sus mujeres, así como el jovial Alcotán.

Era una reunión familiar y Ojo Largo, poco a poco, se destensó y acabó disfrutando de la velada. Contó con sencillez el terrible invierno en Nublares y con amargura relató las muertes de tantos niños y de los ancianos. Le escucharon en silencio y por fin se alegraron cuando el alto cazador les dijo que el campamento había sido reconstruido y que el viejo clan renacía en primavera.

Al final hasta hubo bromas. Sobre todo cuando Ojo Largo le dijo a Alcotán que hasta cuatro hembras jóvenes estarían absolutamente dispuestas a emparejarse con él, allí en Nublares. Pero su ironía se volvió contra él y

otra vez hubo de pasar apuros.

—No escuches a mi hermano, Ojo Largo. A Alcotán, a pesar de lo feo que le dejó aquel claro, no le falta con quien andar por las pieles. Es él quien se resiste y prefiere seguir con los jóvenes. A pesar de que no tiene dientes muerde bien.

El aludido se rió de nuevo y esta vez fue él quien se dirigió con sorna a Ojo Largo.

—Y si hay tantas y tan hermosas hembras sin cazador en Nublares, ¿por qué mi primo ha aparecido aquí en Peñas Rodadas tan solo con su perro? ¿Es que hay alguien aquí que no encuentra allí?

Las risotadas fueron tremendas. Ojo Largo no sabía ni adónde mirar ni dónde meterse. Y mirara, además, donde mirara siempre acababa encontrándose con los ojos de Tórtola. Pero cuando al final acabó la reunión familiar, él se marchó a su cabaña con el corazón caliente y saludó a su perro con alegría. Sentía que haber vuelto a las Peñas Rodadas estaba bien hecho.

Los días se sucedieron. Ojo Largo cazaba, pescaba y aprendía las artes de la talla de piedra y pulido de hueso en que eran tan hábiles sus compañeros. Luego, al final de las jornadas, con cualquier excusa acababa dejándose caer por la vivienda de su abuela y Tórtola.

Hablaba con la Torcaz y miraba a Tórtola. A veces su abuela pretextaba cualquier excusa y les dejaba solos. Entonces a Ojo Largo se le atragantaban las palabras, pero algunas se conseguían decir los dos. Lo malo era que también solían venir algunos otros jóvenes cazadores —a Tórtola no le faltaban pretendientes—, y éstos bromeaban, reían y se insinuaban con todo desparpajo. Él se quedaba mudo, reconcomiéndose por dentro, pero esos eran los días en que hasta que el último de los cazadores no se retiraba Ojo Largo aguantaba en su sitio. Sobre todo si el visitante era un espigado y alegre joven de nombre Lince, quien parecía gozar más que ningún otro de la confianza y simpatía de Tórtola. Aquellas noches Ojo Largo se iba con el corazón angustiado y dormía mal.

Su abuela observaba la escena, divertida y atenta, pero comenzó a preocuparse cuando detectó que el audaz Ojo Largo estaba siendo vencido por aquella súbita timidez y que incluso comenzaba a retraerse. Algunas tardes después Ojo Largo dejó repentinamente de acudir a la cita y volvió a

sus andanzas solitarias con *Nariz*. La Torcaz miró a Tórtola y no se le ocultó su zozobra. La matriarca decidió actuar por aquel par de tontos.

Un día que Tórtola estaba recluida en la Cabaña de Mujeres, mandó llamar a su nieto. Ojo Largo llegó del río con su perro. Se relajó al ver que no estaba la joven y que no había nadie más. Se sentaron los dos mirando el crepúsculo, bebiendo un tazón de refrescante té de monte.

—¿Se encuentra a gusto mi nieto en las Peñas Rodadas?

—Estoy bien aquí, abuela.

—¿Y por qué has dejado de visitarnos desde hace media luna? Acaso hay alguien aquí, en mi fuego, que te desagrada.

Ojo Largo sintió las palabras como un aguijonazo.

—¡No, no! —se apresuró a responder—. Es que no he podido venir — balbuceó.

La Torcaz fue directa.

—Te gusta mucho Tórtola, ¿verdad? Has vuelto por ella.

Ojo Largo no se lo esperaba, aunque lo temía. Calló unos momentos y luego respondió con nobleza.

—Sí. Pero no sé qué hacer. Ella no parece fijarse en mí. Siempre hay otros a su alrededor. Y es tu hija. Tú eres mi sangre. ¿Es tabú?

—Claro que se fija en ti, tonto. Pero es que tú no le dices nada. ¿Dónde está aquel Ojo Largo por el que suspiraban todas y que las hacía danzar sólo con mirarlas? ¿Es que se le ha comido la lengua un cárabo?

—Pero es tu hija.

—Es mi hija, pero no es hija de mi vientre. No hay tabú.

Y entonces la Torcaz le contó a Ojo Largo la historia de Tórtola.

—A Tórtola la encontraron los cazadores cerca del pueblo, en los bosques de arriba. Estaba medio muerta y no hubiera sobrevivido a la noche. Tuvo suerte de que una partida que volvía la encontrara caída en un calvero, llena de heridas y cubierta de sangre. La trajeron y yo la cuidé. Era poco más que una niña. Estaba asustada, aterrorizada por algo y por alguien. Tal vez por un hombre, pues durante mucho tiempo la presencia de uno de ellos la llenaba de pánico. Poco a poco se recuperó. Conservaba en algún lugar el miedo y la tristeza. Nunca ha contado apenas nada de lo que fue su vida anterior. Parece haber nacido en los clanes del Gran Río Hundido y haber salido de allí con

ese hombre de sus pesadillas, un buhonero o algo parecido. Debió de ser él quien la abandonó. Ella dijo haber caminado sin rumbo. Pero no debió de ser lejos de aquí donde aquel hombre la abandonó. Estaba rota a golpes, tal vez creyó que estaba muerta.

Ojo Largo se quedó mudo ante la revelación. Por un lado, el corazón le saltaba de alegría. No había tabú. Por el otro, el misterio y la tragedia de la vida de Tórtola lo habían dejado sin habla. Su abuela continuó:

—Pero ahora eso es lo de menos. Si Ojo Largo la quiere para él, deberá lograrla. Y huyendo de ella no va a conseguirla.

El joven regresó a su cabaña prisionero de todas las emociones. Pasó en vela toda la noche haciendo planes y buscando palabras para poder acercarse a Tórtola y al mismo tiempo con un inaudito ardor en el pecho. Sabría un día quién había sido aquel hombre y lo castigaría. Él vengaría a Tórtola.

Volvió a frecuentar el fuego de la Torcaz. Una noche que estaba también el risueño Alcotán, amparado en su primo, Ojo Largo logró estar tan locuaz como antaño y hasta un poco lenguaraz. Tanto que de pronto Tórtola le espetó:

—No sé si prefiero a este Ojo Largo o al silencioso. Me parece que me gusta más el callado. Dice menos tonterías.

Alcotán se rió de su amigo, que acusó el impacto. Pero cuando al rato Ojo Largo se levantaba para irse y se dirigió a la salida, la joven salió tras él.

—Tórtola no quisiera que Ojo Largo se entristeciera por lo que ha dicho. No quería herirlo.

Él se volvió.

—Ojo Largo un día no sabe hablar y otro habla demasiado. ¿Qué debe hacer para agradarte?

Los dos se quedaron muy serios mirándose. Luego ella respondió. Y le sonreía.

—Ojo Largo agrada siempre a Tórtola. Viene a verla y ella ya está contenta.

Estuvo a punto de contestar de palabra. Pero se dejó llevar por otro impulso, largo tiempo contenido. La abrazó con fuerza. Ella no se resistió. Levantó la cara y él la besó. Fue rápido, furtivo, apenas un roce. Ojo Largo iba a escapar, pero ahora fue ella la que lo rodeó con sus brazos y acurrucó su

cuerpo como buscando protección en el suyo.

Hubo ruidos dentro. Se desasieron. Sólo seguían con las manos juntas.

—Mañana ven, Ojo Largo.

El joven cazador caminó a grandes zancadas hacia su cabaña. Allí soltó un alarido de alegría y le contó todo a su perro.

El amor de Tórtola era como un río. Era como el Arcilloso en los momentos del sereno. La nariz de roca sobre la corriente donde tanta sangre se había derramado en el ataque de los claros se convirtió muchos atardeceres en su lugar de encuentro. Las partidas de caza salían antes del alba y regresaban antes de que el sol aplanara a hombres y bestias.

Si no había expedición nocturna Ojo Largo y Tórtola se daban cita, y casi siempre acababan contemplando el suave discurrir de las aguas desde aquel lugar. Él le contaba sus otras tardes en soledad tras su huida del valle Verde de los Arroyos. El perro echado junto al amo completaba el trío que se hizo pronto familiar para los habitantes del clan de las Peñas Rodadas.

El amor de Tórtola era como el agua.

Una noche, al regresar a las cabañas, ella entró en la de Ojo Largo. Por la mañana, cuando él partió con la línea de cazadores, ella se acercó a la de su madre, recogió algunos de sus enseres y los trasladó junto al fuego del hombre. La Torcaz vio reír a su hija y se le alegró el corazón. Cuando regresó, se sorprendió al ver su cabaña limpia y ordenada y cuando vio a Tórtola junto al fuego la abrazó y se amaron.

Alcotán le dijo al día siguiente:

—Ya sabía yo lo que no tenía Ojo Largo en Nublares.

Azor, Gavilán y el resto de los cazadores se rieron. Incluso Lince, el más pertinaz de los admiradores de la joven, tuvo una felicitación.

—Ahora tendré que ir yo a Nublares para devolverle el robo a Ojo Largo.

En Nublares era en lo que más pensaba el alto cazador. Había regresado a por Tórtola, pero ahora sentía que su sitio estaba junto a su debilitado clan. Peñas Rodadas, a pesar de las bajas, era un clan fuerte y pujante. No faltaba la comida y los niños nacían. Ojo Largo recordaba Nublares y la situación de su gente, con el jefe Paso de Lobo renqueante por las secuelas de sus graves heridas. Sólo Cara Ancha y unos pocos más eran útiles para proveer a todos. Había en el alto, sobre la cueva, muchas bocas que alimentar y pocos

venablos capaces de conseguir carne. Debía regresar.

Dudó mucho antes de decírselo a Tórtola. Sabía que a ella no iba a gustarle. Pero sus razones eran fuertes y le pesaban cada día más en su estado de ánimo. Estaba llegando el otoño. Era tiempo de recolectar todo lo que se pudiera, de hacer las grandes cacerías y conseguir reservas. Ojo Largo hacía falta en su clan. Debía volver.

Por fin se lo dijo a Tórtola. Ella se le quedó mirando fijamente. Escuchó con atención sus palabras. Luego le dio su respuesta:

—Tórtola ya sabía que Ojo Largo volvería a Nublares. Cuando se entregó a él ya lo sabía. Ha llegado el día. ¿Ojo Largo me llevará con él?

—Si Tórtola no le acompaña, este cazador volverá a Nublares mirando hacia atrás con los ojos llenos de agua; pero si Tórtola va con él, hará camino alegre.

—Iré adonde vaya Ojo Largo, si él así lo desea.

El hombre de Nublares y la joven llegada del bosque hicieron el amor aquella noche con más intensidad y ternura que nunca. El gemido de ella tuvo el son de los arrullos del pájaro al que le había tomado el nombre; la pasión de él, la misma fuerza que el día en que mató en el río al gran jabalí. Y rieron juntos y luego se entristecieron por lo que dejaban, sobre todo Tórtola, que abandonaba a quienes le habían dado una vida, seguridad y cariño. Dejaba a la Torcaz, a su madre.

Fueron a la casa de la matriarca juntos a comunicarle su decisión. A la Torcaz tampoco le sorprendió.

—Mi nieto es ya un jefe, porque piensa antes que en él en su clan y su gente. Que la Madre os acompañe.

Vinieron Azor y sus hijos. Ojo Largo invitó a Alcotán a acompañarles. Su primo aceptó con su habitual alegría.

—Veré si es verdad lo de esas hermosas jóvenes sin cazador de Nublares. Si no, volveré corriendo.

La partida se decidió para dos días después. Peñas Rodadas quería despedir a los que se iban con una fiesta. La harían junto con la luna llena. Luego marcharían.

Se celebró en lo alto de la colina. Se agitó el llamador de espíritus y resonaron los tambores. Lince se acercó a Ojo Largo.

—Este cazador quisiera unirse a vosotros. Quizá en Nublares, al contrario que aquí, en su propio clan, lo prefieran a él antes que a Ojo Largo.

No le gustó mucho el ofrecimiento a éste, pero no podía rechazarlo. Paso de Lobo se sentiría alegre de verlo regresar con dos hombres más. Había sido su rival con Tórtola, pero en Nublares encontraría a otra mujer, aunque también las había en las Peñas Rodadas. No se fiaba mucho de las intenciones de aquel risueño joven.

Un grupo de cazadores encabezados por Gavilán escoltó a Tórtola durante la primera jornada y la primera noche de las dos que había a paso rápido hasta Nublares. Eran órdenes de la Torcaz, que no quería riesgos innecesarios para su hija, a la que despidió junto con Ojo Largo en la puerta de su cabaña.

—Dos entre los que más quiero se van. Llevan la bendición de la Madre. Esta vieja quiere vivir para verlos regresar.

El grito del vigía les dio la bienvenida al poblado de la cueva, donde llegaron a media tarde. El revuelo fue grande, casi tanto como la alegría de Paso de Lobo al ver regresar a su cazador con dos hombres y una mujer.

—Este jefe no dudó que su cazador no le dejaría solo en la estación fría.

—Ojo Largo estará donde su clan lo necesite.

Llegaron las presentaciones. La Velluda y Oropéndola fueron las primeras en conocer a la hembra de Ojo Largo. La Velluda le dijo con aquella amable hosquedad suya:

—Era tiempo de que Ojo Largo hiciera su propio fuego.

Su hermana Oropéndola se acercó a él mimosa como siempre.

—Soy feliz de que mi hermano haya vuelto. —Y luego en un susurro—: Es muy hermosa. Ahora sé por qué suspiraba aquí Ojo Largo. Algunas de aquí no la van a mirar muy bien.

—La querrán pronto. Y para ti, hermanita, también he podido traer algo.

—Si ya veo. Uno con la cara rota y el otro siempre enseñando los dientes.

—Alcotán es hijo de Azor, el hermano de nuestro padre, y si tiene la cara rota es por salvar vidas de otros. Tiene el corazón grande. El otro, Lince, les gustará mucho a las jóvenes. Es risueño y alegre.

—A mí no —le contestó su hermana riéndose.

Luego fuego a fuego fueron conociéndose. El saludo de Cara Ancha y

Ojo Largo fue particularmente intenso.

—Mi hermano está aquí de nuevo. Ya no temo al invierno. Ha traído mujer. Es bueno.

—Juntos venceremos al invierno y no se llevará este año vidas de Nublares.

Paso de Lobo presentó a su familia. Tanto Mimbrera como Cielo en los Ojos fueron amables con Tórtola. Ojo Largo detectó una de aquellas miradas furtivas en los hermosos ojos de la segunda mujer del jefe cuando ésta le mostró su nuevo hijo, nacido en su ausencia. Era un rollizo bebé de pelo y ojos claros. Cielo en los Ojos fijó su mirada un instante en la del recién llegado cazador. Hubo un relámpago y luego la retiró y la volvió a bajar al suelo, como era su costumbre.

Saludaron a todos, también a Mirlo, quien esbozó una de aquellas sonrisas suyas que Ojo Largo contestó gélidamente y que se convirtió en una mueca un poco sarcástica cuando le presentó a Tórtola. Ojo Largo también presentó a su mujer a Huesos, el brujo, aunque breve y fríamente. El rechazo entre ambos era evidente. Tórtola miró al chamán con cierta atención y rápidamente se giró para seguir camino junto con su hombre.

Aquella noche, y hasta que tuvieron construida cabaña en el alto, durmieron en la cueva. Ojo Largo llevó a Tórtola en la noche cuajada de estrellas a la plataforma donde se sentaba Sombrío y que daba vista al valle y toda la llanura y a la sierra de los Claros.

—Ahora sólo hay noche. Pero mañana verás aquí el territorio de Nublares. Desde aquí se ve hasta muy lejos, hasta las montañas azules del norte. Mañana te las enseñaré, Tórtola.

Miraron hacia la oscuridad de la tierra y la belleza cuajada de luces del cielo. De pronto, Ojo Largo, al mirar hacia el horizonte negro, percibió un resplandor.

—Mira allí, Tórtola. Mira. Una hoguera. Otros hombres están allí.

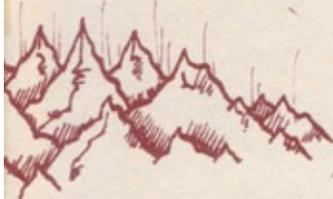
Miraron y sintieron juntos la noche. Luego fueron a sus pieles y se amaron por vez primera en Nublares. Acurrucada entre los brazos del hombre, Tórtola se quedó de pronto rígida. Ojo Largo lo notó. Iba a acariciarla cuando la oyó decir con voz queda, pero seria y profunda:

—Un día Tórtola le pedirá a Ojo Largo que mate a un hombre por ella.

Un hombre que un día la mató a ella por dentro. Un hombre de Nublares.
Él contestó.
—Ojo Largo matará por Tórtola.

FIN

Acabada de escribir en Madrid, en mi patio a las 23 horas. Bajo el níspero y junto al rosal y la pequeña encina en la noche del 15 de junio de 1999. Una hermosa y serena noche. Mi perro Lord estaba a mi lado.



PUEBLO ANTIGUO



CLAN DEL CANO
DEL RIO DULCE



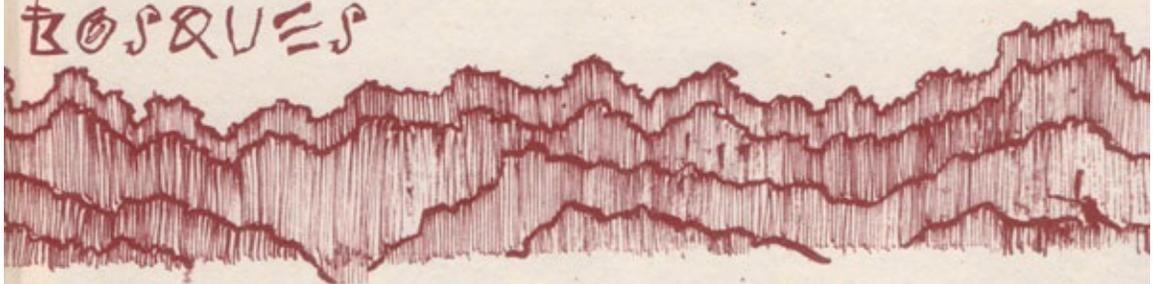
ESTEPA

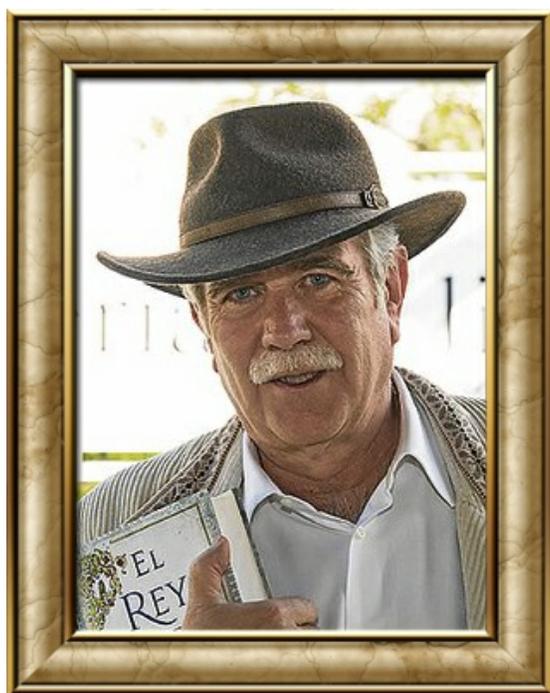
RIO DULCE



CLAN DE LAS
PENAS RODADAS

BOSQUES





ANTONIO PÉREZ HENARES. (Bujalaro - Guadalajara. 1953) Escritor y periodista. Entre su ya amplia bibliografía como escritor destacan *La conducta sexual de los españoles*, *Nobles y plebeyos* y *Los nuevos señores feudales*, de investigación sociológica, y sus obras de narrativa: *La piel de la tierra*, *Un sombrero para siete viajes*, *La letra de los ríos*, en colaboración entre otros con Manu Leguineche, *La luz del Quijote*, *El Pájaro de la aventura*, relato de sus andanzas con la Ruta Quetzal, (Viajes), *Antonio Buero Vallejo, una digna lealtad*, *Miguel de la Quadra Salcedo, el último explorador* (biografía), *Las bestias* (Cuentos) y sus novelas *La cruzada del perro*, *El río de a Lamia* y *El hijo del italiano*. Dos de sus últimas obras, sus novelas *Nublares* y *El Hijo de la Garza*, ambientadas en la prehistoria peninsular, cosecharon sendos éxitos editoriales obteniendo un gran respaldo de lectores y crítica especializada. Recientemente han entrado a formar parte de La colección mundial de Novela Prehistórica de RBA donde Pérez Henares ha sido el único novelista español presente. Está en posesión de prestigiosos premios literarios entre los que destacan el 2º Premio Nacional de Literatura juvenil, obtenido a los 15 años, el «Tigre Juan» de Oviedo y el «Flor de Nieve» de los Pirineos, Ambos de novela y el de «Caja España» y el

«Plaza Mayor» de París de cuentos, así como Su peso en miel», el divertido galardón que otorgan sus paisanos alcarreños, y el «Jaime de Foxá» de literatura cinegética.

Como periodista lleva ejerciendo desde los 18 años en que comenzó en el diario *Pueblo*. Ha trabajado después entre otros medios en *Mundo Obrero*, *Tiempo*, *El Globo* y la *Cadena Ser*. En el año 1989 se incorporó al *staff* directivo de *Tribuna*, publicación de la que fue director entre los años 1996 y 1999. En el año 2001 ingresó en el diario *La Razón* donde actualmente combina su labor como columnista con la dirección de sus Ediciones Especiales y la jefatura de los Suplementos del diario.

Colaborador destacado tanto en radio como en televisión, ha participado, presentado y, en algún caso, dirigido importantes programas de debate y opinión. En este momento ejerce como comentarista político en RNE, en Tele 5, Telemadrid, Canal Sur y otras televisiones autonómicas. Es consejero editorial y columnista de la revista *OSACA*, *magazine* dominical que se distribuye con una veintena de diarios del grupo «Promecal» en los que también mantiene un espacio de opinión fijo en todos los «Tribunas» de Castilla-La Mancha y en los diversos diarios de Castilla y León. A través de la agencia Europa Press sus columnas pueden ser leídas semanalmente en más de cuarenta periódicos de toda España. Su *blog* en *Periodista Digital*, «La Marea», ha superado las 60.000 visitas mensuales. Defensor de la naturaleza, cazador conservacionista, es Portavoz de la Real Federación Española de Caza y sus artículos en las diferentes publicaciones del sector han merecido la reciente recopilación por parte de la Fundación FIDA en un tomo titulado *Por la Caza y la Conservación*.